

# Anuario · IEHS

---



33(1) · 2018

---

ISSN-L 0326-9671

Instituto de Estudios Histórico-Sociales  
Facultad de Ciencias Humanas  
Universidad Nacional del Centro

---

Tandil · Argentina



# Anuario · IEHS

33(1)

1<sup>er</sup> semestre

2018

ISSN 0326-9671 (edición impresa)

ISSN 2524-9339 (edición en línea)



*Anuario IEHS*. Revista académica publicada por el Instituto de Estudios Histórico-Sociales «Prof. Juan Carlos Grosso» (Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires). Está dedicada a difundir los avances de la historia y de las ciencias sociales, centrada en las problemáticas de la historia argentina y americana. Para disponer de información adicional sobre el *Anuario IEHS* puede consultarse: <http://anuarioiehs.unicen.edu.ar/>.

*Anuario IEHS*. Academic journal published by the Institute of Historical and Social Studies «Prof. Juan Carlos Grosso» (Faculty of Humanities, National University of Central Buenos Aires Province). The publication intends to spread the advances of history and social sciences, focused on the problematics of Argentine and American history. In order to have additional information about *Anuario IEHS* it can be consulted: <http://anuarioiehs.unicen.edu.ar/>.

---

*Directora*

Dra. Olga Echeverría (UNCPBA - CONICET)

*Secretaria de Redacción*

Dra. Melina Yangilevich (UNCPBA - CONICET)

*Editores de reseñas y notas críticas*

Dra. Paola Gallo (UNCPBA) & Dr. Lucas Bilbao (UNCPBA - CONICET)

*Editor técnico*

Lic. Ramiro Tomé (CONICET)

*Comité Editorial*

Dra. Marina Adamini (CONICET)

Prof. Susana Bianchi (Investigadora Honoraria del IEHS)

Dr. Marcello Carmagnani (El Colegio de México)

Dr. Mario Cerutti (Universidad Autónoma de Nuevo León, México)

Prof. José Carlos Chiaramonte (Universidad de Buenos Aires)

Dr. Daniel Dicósimo (UNCPBA)

Dr. Juan Carlos Garavaglia (École des Hautes Études en Sciences Sociales) †

Dr. Tulio Halperin Donghi (University of California) †

Dr. Marcelino Irianni (UNCPBA - CONICET)

Dr. Herbert Klein (Columbia University)

Dra. Asunción Lavrin (Arizona State University)

Dra. Lucía Lionetti (UNCPBA)

Dr. Leandro Losada (UNSAM - CONICET)

Prof. Raúl Mandrini (Investigador Honorario del IEHS) †

Dr. Julio César Melon Pirro (UNCPBA - UNMdP)

Dr. Eduardo Míguez (UNCPBA - UNMdP)

Dr. Zacarías Moutoukias (Université de Paris VII)

Dr. Hernán Otero (UNCPBA - CONICET)

Dra. Reyna Pastor (Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid)

Dra. Yolanda de Paz Trueba (UNCPBA - CONICET)

Dr. Ricardo Pasolini (UNCPBA - CONICET)

Dr. Nicolás Sánchez Albornoz (New York University)

Dra. Gisela Sedeillan (CONICET)

Dr. Carlos Sempat Assadourian (El Colegio de México)

Dra. María Estela Spinelli (UNCPBA - UNMdP)

Dr. Nathan Wachtel (École des Hautes Études en Sciences Sociales)

Dr. François Weil (École des Hautes Études en Sciences Sociales)

---

El *Anuario IEHS* está indizado en las siguientes bases: Latindex (Catálogo); HLAS; Historical Abstracts; Dialnet; Emerging Source Citation Index (ESCI); Directory of Open Access Journals (DOAJ); European Reference Index for the Humanities (ERIH Plus); Red Iberoamericana de Innovación y Conocimiento Científico (REDIB).

En 2004, obtuvo uno de los premios en el concurso "Revistas de Investigación en Historia y Ciencias Sociales", otorgado por la Ford Foundation y la Fundación Compromiso.

Desde 2009, integra por concurso el Núcleo Básico de Revistas Científicas Argentinas (CONICET-CAICYT).

Desde 2016, se publica semestralmente, dividiéndose en dos fascículos el volumen anual.

A partir de 2012, el IEHS forma parte del Instituto de Geografía, Historia y Ciencias Sociales (IGEHCs), unidad ejecutora conjunta de la UNCPBA y el CONICET.

© IEHS. Pinto 399, B7000GHG Tandil, Buenos Aires, Argentina. [anuarioiehs@fch.unicen.edu.ar](mailto:anuarioiehs@fch.unicen.edu.ar)

ISSN 0326-9671 (edición impresa), ISSN 2524-9339 (edición en línea)

Hecho el depósito que marca la ley 11.723.

## ÍNDICE

### OBITUARIO

- 7 · Jorge Gelman, un gigante con pies de gigante  
*María Elena Barral*

### ARTÍCULOS

- 15 · Conexiones interoceánicas de la costa patagónica en el siglo XIX:  
Antecedentes de historia marítima  
*Sofía Haller & Julio Esteban Vezub*
- 39 · El oficio de hacer el Estado:  
Burocracia y políticas de minoridad, Córdoba 1936-1955  
*María José Ortiz Bergia*
- 61 · Conflictos interregionales y política azucarera argentina: Los sectores  
productivos entre el peronismo y la Revolución libertadora (1950-1957)  
*María Celia Bravo y Julieta Bustelo*
- 85 · La policía en la Provincia Oriental (1826-1838): Una construcción  
institucional entre el antiguo régimen y el orden republicano  
*Nicolás Duffau*

### DOSSIER: IMPACTO CULTURAL DE LA GRAN GUERRA

- 109 · Presentación.  
El impacto cultural de la Gran Guerra en Europa y América Latina:  
Intelectuales, periodistas y periódicos  
*Emiliano Gastón Sánchez*
- 119 · Futurismo en el frente:  
El vanguardismo italiano y la Gran Guerra  
*Selena Daly*
- 139 · Narrar la guerra desde la ventana:  
Mildred Aldrich y la batalla del Marne  
*Sara Prieto*

- 159 · Refracciones discursivas:  
Tres periodistas hispanos en los campos de batalla de Flandes (abril de 1916)  
*José Ramón González*
- 177 · Pasión de multitudes: La prensa y la opinión pública de Buenos Aires  
frente al estallido de la Gran Guerra  
*Emiliano Gastón Sánchez*

## TEMAS DE HISTORIOGRAFÍA

- 207 · «Pequeñas anécdotas sobre las instituciones».  
Juan Carlos Garavaglia, apuntes sobre su concepción  
de las instituciones (entre oralidad y escritura)  
*Darío Barrera*

## NOTAS CRÍTICAS

- 225 · María Silvia Di Liscia & Germán Soprano (editores), 2017.  
*Burocracias estatales. Problemas, enfoques y estudios de caso en Argentina*  
(entre fines del siglo XIX y XX). Rosario: Prohistoria / EdUNLPam. 217 p.  
*Hernán González Bollo*

## RESEÑAS

- 235 · Jacques Le Goff, 2016 (2014 1ª ed. en francés). *¿Realmente es necesario cortar  
la historia en rebanadas?* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. 109 p.  
*Yolanda de Paz Trueba*
- 238 · Leandro Lichtmajer, 2016. *Derrota y reconstrucción. El radicalismo  
tucumano frente al peronismo, 1943-1955*. Sáenz Peña: EDUNTREF. 272 p.  
*Leonardo Fuentes*
- 242 · Andrea Andújar et al., 2016. *Vivir con lo justo: Estudios de historia social  
del trabajo en perspectiva de género. Argentina, siglos XIX y XX*. Rosario:  
Prohistoria ediciones. 156 p.  
*Paula Andrea Romani*
- 246 · Laura Fernández Cordero, 2017. *Amor y anarquismo. Experiencias pioneras  
que pensaron y ejercieron la libertad sexual*. Buenos Aires: Siglo XXI. 240 p.  
*María Soledad González*
- 249 · INFORMACIÓN Y PAUTAS PARA AUTORES

---

# *OBITUARIO*

---



JORGE GELMAN  
(fotografía de Daniel Santilli)

## JORGE GELMAN, UN GIGANTE CON PIES DE GIGANTE

María Elena Barral<sup>1</sup>

Hace menos de un año, este anuario publicaba un artículo cuyo autor, Jorge Gelman, tituló “De la historia agraria a la historia de las desigualdades: un recorrido y varios homenajes”. En su primera nota a pie de página, Jorge compartía los sentimientos que lo acompañaban en los últimos meses como consecuencia de la partida de sus amigos Raúl Mandrini y Juan Carlos Garavaglia. El dolor y el abatimiento por la pérdida de estos “historiadores de enorme calidad, innovadores, comprometidos con su profesión y también con su presente, cálidos y generosos con sus colegas y, sobre todo, con sus numerosos alumnos” hacían lugar a una reflexión que les regalaba como legado y que, en este homenaje, merece ocupar el primer lugar: “no podemos abandonar nuestra humanidad para conseguir objetivos académicos; y... aún así podemos abrirnos camino profesionalmente en este medio que a veces parece una jungla”.<sup>2</sup>

¿De qué manera Jorge hizo que la jungla académica fuera menos jungla? ¿Qué marcas imprimió en un camino en el que produjo un conocimiento histórico extremadamente relevante y variado, dirigió grupos, redes e instituciones, se comprometió con los problemas de su presente, formó investigadores e investigadoras?

Aquel artículo del *Anuario IEHS* ofrece buenas pistas para reconocer su fecunda trayectoria. En primer lugar, la reconstrucción que allí realiza fue una oportunidad para mostrar el carácter grupal de este recorrido. Al referirse a la renovación de la historia agraria (primero, colonial y luego, del siglo XIX) y los caminos que ella abrió hacia los estudios sobre las desigualdades, abundan los plurales: “nos mostraron”, “nos permitieron”, “nos falta mucho”, “nos dirigimos, muchos de nosotros”... Como lo harían muy pocos entre nosotros, Gelman resistió la tentación de hablar de sí mismo (tal vez ni consideró esa conjugación) para mostrar la dimensión colectiva de esta experiencia historiográfica.

Esta elección por pluralizar y colectivizar el camino transitado, sin embargo, disimula muy mal el notable papel que desempeñó Jorge Gelman como promotor y conductor de estas líneas de investigación desde posiciones institucionales donde abrigó cálidamente a los jóvenes que se acercaban para iniciar su camino, el oficio de escribir la historia. Fue presidente de la Asociación Argentina de Historia Económica entre

1 CONICET / Universidad de Buenos Aires / Universidad Nacional de Luján, Argentina.

2 Jorge Gelman, 2017. De la historia agraria a la historia de las desigualdades un recorrido y varios homenajes, *Anuario IEHS*, 32(2), p. 47, nota 1.

2001 y 2005, Investigador Superior de CONICET, integró la Junta Departamental de la Carrera de Historia y el Consejo Directivo de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA (de donde era profesor titular de la cátedra Historia Argentina I), en la cual enseñó durante más de tres décadas. Sus últimos cinco años de vida los dedicó a dirigir el Instituto de Historia Argentina y Americana 'Dr. Emilio Ravignani' (UBA / CONICET). Desde el primer momento de esta, su última gestión, se propuso fortalecer el Instituto como un espacio de intercambio y debate. Justo cuando comenzaba su año sabático, el 16 de diciembre de 2017, Jorge se fue.

Veinte años antes, entre 1995 y 1997, fue parte de otra iniciativa que, aunque lejana, impactó en la vida de muchos jóvenes de América Latina y de España: dirigió (junto a Juan Carlos Garavaglia y Juan Marchena) la Maestría en Historia de la Universidad Internacional de Andalucía (sede La Rábida). Jorge asumía, con sus apenas cuarenta años, la tarea de orientar sus investigaciones y de dar lugar a una experiencia humana e intelectual de una intensidad inigualable. El tipo de trabajo que allí se propiciaba nos permitía imaginar y construir un tipo de vínculo que hiciera menos salvaje la jungla académica.

No fueron los únicos esfuerzos por transformar el mundo académico. Dedicó no pocos esfuerzos a la divulgación histórica: en primer lugar, a partir de su propia escritura –clara y llana– y de un modo de argumentación –preciso y contundente– que alivianaba los artificios de nuestra jerga para hacer comunicables conocimientos complejos. Además, desde 2007 dirigió la colección *Nudos de la historia argentina*, de la editorial Sudamericana, motivado por una doble comprobación: una gran vocación de la sociedad argentina por conocer su pasado y una disciplina que, al tiempo que se renovaba y profundizaba en temas y problemas, se hacía cada vez más oscura para un público no especializado. Cuando los primeros libros de esta colección salían a la calle, Gelman explicaba el sentido de la publicación de esta manera: “La investigación historiográfica ha avanzado mucho en los últimos 20 años. Pero paradójicamente la profesionalización del campo lo ha cerrado hacia adentro. Los historiadores son más numerosos y cada vez más escriben para sus colegas. Se abren líneas de trabajo muy específicas y complejas que convierten su tarea en un trabajo para otros académicos”.<sup>3</sup> La colección, en suma, buscaba ser un puente entre la mejor historia que se estaba produciendo y un público al que reconocía “sensible a la historia”.

La mirada atenta, la preocupación y el compromiso con su presente no eran nuevos. Tampoco lo era su intervención para transformar la sociedad. No porque sí, fue detenido el 1º de mayo de 1975, en el contexto del “Villazo”, la huelga de los metalúrgicos en Villa Constitución, en la cual participó como militante de la organización trotskista Política Obrera. Dos años antes había terminado la secundaria en el colegio Manuel Dorrego de Morón, donde había organizado el centro de estudiantes, del cual fue su primer presidente.

---

3 Jorge Gelman, 2007. La historia académica al contraataque, *La Nación*, 11-10-2007. <https://www.lanacion.com.ar/951991-la-historia-academica-al-contraataque>.

La revista *Política Obrera* del 19 de noviembre de 1975 (n° 249) publicaba, en su página 3, un recuadro “Escriba a los compañeros detenidos”. Allí estaba Jorge Gelman, con sus diecinueve años, preso en la cárcel de Coronda. En una entrevista muy reciente repasaba el itinerario de esos años: “Primero me llevaron a Alcaldía, donde está el Museo de la memoria ahora en Rosario, que era una jefatura de policía (que posteriormente me enteré que fue un Centro Clandestino de Detención), allí estuve 10 días una cosa así y de ahí me llevaron a Coronda, la cárcel en Santa Fe. Estuve en Coronda entre mayo, sería finales de mayo o mediados, y en noviembre del '75, nos trasladaron, hubo una especie de motín en la cárcel o de protesta de los presos políticos, y nos repartieron en distintos lugares a varios, o sea algunos quedaron ahí, y un grupo más o menos grande nos repartieron en otras cárceles, y a mí me tocó un grupo que nos llevaron a Resistencia (Chaco) y estuve en Resistencia hasta que salí después”.<sup>4</sup>

Luego de tres años preso, sin proceso ni condena, el Poder Ejecutivo Nacional accedió a otorgarle el derecho de opción y comenzó su exilio político, primero en Israel y luego en París, hasta 1984. En ese tiempo, Gelman realizó sus estudios de grado en la Universidad Denis Diderot / París VII y de postgrado en la École des Hautes Études en Sciences Sociales, dirigido por Ruggiero Romano. Allí escribió su tesis sobre el Río de la Plata en el siglo XVII (*Economía y administración local en el Río de la Plata del siglo XVII*) y también siguió militando en la célula de PO de París y en dos organizaciones de solidaridad: el CAIS (Comité Argentino de Información y Solidaridad) y en el TYSAE (Trabajadores y Sindicalistas Argentinos en el Exilio).

Reinstalado en la Argentina luego de la elecciones de 1983, intervino activamente en la renovación de la historia rural colonial junto a otros colegas, como Juan Carlos Garavaglia, con quien, en varias oportunidades, escribió balances historiográficos<sup>5</sup> poniendo blanco sobre negro los avances realizados, los temas que aún se encontraban pendientes y las posibles agendas de trabajo para quienes se iniciaban en la investigación. Estos ensayos ponían en evidencia un clima de trabajo de una calidad y densidad que quizás en el momento no dimensionábamos. No se trataba de programas de investigación institucionalizados, con líneas de financiamiento propias, plazos, objetivos... Las investigaciones mostraban otra dinámica, organizada a partir de voluntades de personas y grupos en formación, más o menos consolidados, y de intercambios que privilegiaban la discusión sobre un conocimiento que se concebía colectivo.<sup>6</sup>

En los últimos años del siglo XX, las investigaciones sobre historia agraria ya contaban con sólidos resultados y ponían en cuestión algunos de los mitos nacionales.

4 Sebastián Paris, 2018. Jorge Gelman: una trayectoria militante en *Política Obrera*, *Izquierdas*, n° 43, p. 282.

5 Entre ellas pueden verse, Jorge Gelman y Juan Carlos Garavaglia, 1995. The Rural History of the Río de la Plata, 1600-1850. Results of a Historiographical Renaissance, *Latin American Research Review*, 30:3, spring, pp. 75-105; y 1998. Mucha tierra y poca gente: un nuevo balance historiográfico de la historia rural platense (1750-1850), *Historia Agraria*, 15, pp. 29-50, Murcia.

6 Una de las primeras concreciones fue la Red de Estudios Rurales, con sede en el Instituto Ravignani, de la cual Jorge era uno de los coordinadores.

Algunas repercusiones se hicieron sentir como consecuencia de la publicación de una entrevista que el periodista Jorge Halperín realizó a Gelman en abril de 1998. El periodista tomó una de las expresiones de Jorge y tituló la nota “El gaucho argentino fue un mito”. Se trataba de la entrevista de la edición dominical de *Clarín*, en la cual el periodista lo arrinconaba: “¿Usted dice que el gaucho por aquí no pasó?”.<sup>7</sup> Jorge contestaba –de nuevo en plural– “Yo digo que un grupo de historiadores –entre ellos Juan Carlos Garavaglia, Carlos Mayo y otros– nos pusimos a investigar ese pasado agrario colonial y descubrimos que la realidad era muy distinta de lo que creíamos y mucho más compleja”. Con enorme vocación docente agregaba: “El personaje de las pampas argentinas era la familia pobre o modesta, y no el gaucho y el poderoso estanciero”. Jorge Halperín buscaba un cierre categórico para su entrevista y arremetía “¿el gaucho finalmente no existió?”. Jorge no cedía y negociaba un final más prudente: “Yo no sería tan contundente –¿no me irán a echar del país por esto?–. En serio, creo que si la imagen del gaucho existía, algo había en esa realidad, que permitió que después se construyera un mito y se lo generalizara. Y, sobre todo, que se lo quisiera convertir en un elemento típico del mundo rural cuando, de verdad, era muy poco significativo. En otras palabras, si existía –y muy parcialmente, creo que sí– era un personaje muy poco presente en ese mundo.”

La cosa no terminó ahí. Como cuenta Gelman en el referido artículo de este anuario de 2017, las reacciones que generó esa entrevista no se hicieron esperar: “Me paraban en la calle para preguntarme, cuando no para increparme por decir semejantes ‘mentiras’. Una conocida periodista me invitó a un programa de radio y durante la entrevista llamó el comodoro Güiraldes, de larga alcurnia ‘gauchesca’ y presidente de la Confederación Gaucha Argentina, quien me reprendió por mis dichos en el diario y en ese programa y terminó preguntándome: “Gelman, Gelman, ¿de dónde es ese apellido?”.<sup>8</sup> Esta vez el conflicto, que “amenazaba” con expulsarlo otra vez del país, o al menos de la identidad nacional, aparecía como consecuencia de su trabajo como historiador, de una investigación minuciosa y rigurosa basada en fuentes, conceptos, metodologías y problemas. Los hallazgos de esta experiencia historiográfica atentaban, como diría Hobsbawm, con “una cultura de la identidad que está anclada en el pasado por medio de mitos disfrazados de historia”.<sup>9</sup>

No fue la única manera con la cual Jorge combatió el conservadurismo que nos habita en las aulas, bibliotecas y archivos, y fuera de ellos. Sus primeras investigaciones sobre la “Banda Oriental” traspasaron las fronteras nacionales con una “naturalidad” que desafió los paradigmas historiográficos nacionalistas y favoreció la circulación de hipótesis, problemas y prácticas de investigación. Quizás una de sus principales marcas

7 Jorge Halperín, 1998. El gaucho argentino fue un mito. *Clarín*, 5-4-1998. Entrevista a Jorge Gelman. [https://www.clarin.com/opinion/gaucho-argentino-mito\\_o\\_HJqfzJy8he.html](https://www.clarin.com/opinion/gaucho-argentino-mito_o_HJqfzJy8he.html).

8 Jorge Gelman, 2017. De la historia agraria..., p. 51, nota 7.

9 Eric Hobsbawm, 1998. La historia de la identidad no es suficiente, en *Sobre la Historia*, Crítica: Grijalbo Mondadori, Barcelona, p. 272.

ha sido su voluntad por inscribir las investigaciones sobre el Río de la Plata y Argentina en los debates de la historiografía continental e internacional. Su último artículo publicado en el *Boletín del Ravignani* se dedicaba a reseñar críticamente el libro de Peter Lindert y Jeffrey Williamson, *Unequal gains. American growth and inequality since 1700*. Allí manifestaba una “saludable” envidia por la profundidad alcanzada por la rica historiografía sobre la desigualdad en los Estados Unidos. Reconociendo el contraste de esta producción con lo estudiado para el caso argentino, reformulaba esa sana envidia en estímulo para continuar dedicándole esfuerzos a esta tema motivado, en particular, por el diagnóstico de la Argentina actual, sus problemas de crecimiento y sobre todo por la tremenda desigualdad que sufren las mayorías “que nos imponen el desafío de estudiar estos temas con el mayor empeño”.<sup>10</sup>

Este homenaje a Jorge Gelman toma solamente trazos incompletos de su biografía. Aquel título<sup>11</sup> de uno de los primeros artículos que dedicó a Juan Manuel de Rosas en 1998 (un personaje al que no abandonaría entre sus preocupaciones académicas y fascinaciones personales<sup>12</sup>), apenas formalmente modificado, aunque invertido en su sentido más profundo, puede servir hoy para recordar a Jorge y a su gigantesca tarea en este mundo.

---

10 Jorge Gelman, 2018. La historia de la desigualdad en el largo plazo, entre la política y el mercado. A propósito de Peter Lindert and Jeffrey Williamson (2016). *Unequal gains. American growth and inequality since 1700*, Princeton University Press: New Jersey, en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana 'Dr. Emilio Ravignani'*, n° 48, p. 173.

11 Jorge Gelman, 1998. Un gigante con pies de barro. Rosas y los pobladores de la campaña, en Noemí Goldman y Ricardo Salvatore (comps.), *Caudillismos rioplatenses. Nuevas miradas a un viejo problema*, Buenos Aires: EUDEBA, pp. 223-240.

12 En 2015 publicaron la biografía de Rosas, junto a Raúl Fradkin, en la cual exponían su principal interrogante que los estimuló a escribir el libro: “si la imagen de la sociedad en la que emergió y primó la figura de Rosas es hoy radicalmente diferente –cuando no en muchos aspectos abiertamente opuesta– a la que se tenía cuando se construyeron la mayor parte de los relatos sobre Rosas, ¿cómo debe cambiar la explicación de su emergencia, su trayectoria y su significado?”, Jorge Gelman y Raúl Fradkin, 2015. *Juan Manuel de Rosas. La construcción de un liderazgo político*, Colección ‘Biografías Argentinas’, Buenos Aires: EDHASA, p. 23.



---

# ARTÍCULOS

---



## CONEXIONES INTEROCEÁNICAS DE LA COSTA PATAGÓNICA EN EL SIGLO XIX: ANTECEDENTES DE HISTORIA MARÍTIMA<sup>1</sup>

INTEROCEANIC CONNECTIONS OF THE 19TH CENTURY PATAGONIAN COAST:  
MARITIME HISTORY BACKGROUND

Sofía Haller<sup>2</sup> y Julio Esteban Vezub<sup>3</sup>

<i>Palabras clave</i>	<i>Resumen</i>
Historia marítima, Historiografía, Navegación, Atlántico, Patagonia	Las narraciones épicas y un tono apologista y tradicional predominan alrededor de la historia del litoral patagónico, que sólo recientemente se ha visto renovado con abordajes desde diferentes disciplinas, preguntas y metodologías. Se plantea una exploración y una discusión de las tendencias historiográficas sobre las conexiones y redes marítimas, esbozando un estado de la cuestión a nivel internacional, nacional y regional. Los antecedentes históricos de la costa patagónica en el siglo XIX permiten situarla en la escena global y dar cuenta de un litoral interconectado mediante actores y redes invisibilizados en la Historia tradicional. Los nuevos enfoques permiten considerar plantear una agenda de trabajo interdisciplinario que tenga en cuenta aspectos ambientales y que atienda a la cuestión regional, así como a la transnacional.
<i>Recibido</i> 2-10-2017 <i>Aceptado</i> 5-12-2017	
<i>Key words</i>	<i>Abstract</i>
Maritime History, Historiography, Navigation, Atlantic Ocean, Patagonia	Epic narrations and a laudatory and traditional tone prevail among the historical production about the Patagonian coast, which only recently has been renewed by approaches from different disciplines, questions and methodologies. Exploration and discussion of the historiographic tendencies on the maritime connections and networks allows to sketch a state of art in international, national and regional levels. The historical background of the 19 <sup>th</sup> century Patagonian coast lets to place Patagonia in a global scenario, interconnected through actors and networks marginalized in traditional History. The new approaches make it possible to consider an interdisciplinary work agenda that takes into account environmental aspects and addresses the regional issues, as well as the transnational ones.
<i>Received</i> 2-10-2017 <i>Accepted</i> 5-12-2017	

1 Una versión muy preliminar de este trabajo, "La historiografía del mar: antecedentes en la costa patagónica (siglo XIX)", ha sido editada en *Actas Digitales 6tas Jornadas Internacionales e Interdisciplinarias de Estudios Portuarios*, Rosario, Santa Fe, 2015. ISBN: 978-978-33-8430-1.

2 CONICET / Instituto Patagónico de Ciencias Sociales y Humanas (IPCSH) / Grupo de Ecología en Ambientes Costeros (GEAC). Dirección: Bd. Guillermo Brown 2915, (9120) Puerto Madryn, Argentina. C. e.: shaller@cenpat-conicet.gob.ar.

3 CONICET / Instituto Patagónico de Ciencias Sociales y Humanas (IPCSH) / Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco. Dirección: Bd. Guillermo Brown 2915, (9120) Puerto Madryn, Argentina. C. e.: vezub@cenpat-conicet.gob.ar

Los océanos han definido y determinado el curso de la humanidad durante siglos como espacio de intercambio y articulación social, económica y política. A su vez, han sido el elemento por el cual diversas comunidades costeras se han formado y han subsistido. Aunque la narrativa histórica de batallas y exploraciones marítimas data de cierto tiempo, la entidad teórica de la historia entre el ser humano y el mar, tal como hoy la conocemos, fue desarrollada a mediados del siglo xx. Con la mirada puesta en la historia universal y global, Schmitt (2007, 1ª ed. 1942) reflexionó sobre el antagonismo de la tierra y el mar; y pocos años después Braudel recortó en el Mediterráneo una historia marítima de relaciones sociales y rutas comerciales reconstruidas (2010, 1ª ed. 1949). En términos generales, la historia marítima tradicional se desarrolló en tres temas separados y aislados: la historia de la exploración, las guerras navales y los asuntos económicos vinculados a la construcción de barcos, tráfico y pesca comercial (Hattendorf 2012). Durante la década de 1980, se empezó a prestar atención a la experiencia social, considerando la vida en alta mar y en la costa, en tanto ambas se encuentran completamente vinculadas (Chaves 2011).

Así, con poca popularidad entre historiadores académicos pero una creciente entre el público general (Heidbrink 2017, Ojala y Tenold 2017), empezaron a cubrirse una multiplicidad de temas como la historia social de los marineros, la pesca, los viajes de balleneros y loberos, las expediciones, el tráfico, la tecnología y la economía marítimas. Se fundaron revistas para ocuparse del tema como el *International Journal of Maritime History* (1989), *Great Circle* de Australia (1980) y *Chronique d'Histoire Maritime* (1980), entre algunos otros. La crítica más dura que se hace a la Historia marítima es que ha carecido de un principio teórico unificado y un cuerpo de literatura mantenido en el tiempo con cierta unidad (Chaves 2011), posiblemente porque los historiadores marítimos no se han dedicado en el pasado a debatir entre ellos (Vickers 1993). Sin embargo, ciertos esfuerzos se han dirigido cada vez más a definir la disciplina y, en este sentido, las revistas especializadas jugaron un papel importante.

Simultáneamente a esta nueva historia marítima, en los años ochenta se hizo popular, principalmente en Norteamérica y Gran Bretaña, una corriente denominada "Atlantic World History" o atlanticismo, con el eje puesto en ahondar el estudio de la circulación y la conectividad del océano Atlántico entre los límites temporales de 1492 a 1820, desde la llegada de Colón a América hasta la caída del imperio español. El atlanticismo abarca una multiplicidad de temas, como el tráfico de esclavos, el transporte de *commodities*, la historia del trabajo, las migraciones e incluso el estudio de las ideas que circularon a través de la cuenca atlántica. Lo atractivo de este marco se halló en sus posibilidades de trascender las fronteras imperiales y nacionales y de pensar la comunidad atlántica como una unidad, teniendo en cuenta sus múltiples conexiones. Sin embargo, aunque esta corriente mantiene el nombre de un océano, se ha señalado que los estudios históricos atlanticistas pocas veces involucran verdaderamente la experiencia marítima, la historia social de quienes vivían el mar o el mar en sí mismo en sus factores ambientales (Bolster 2008, Heidbrink 2017).

Al contrario de la perspectiva atlanticista, la tendencia de la historia marítima de los últimos años replantea sus contornos y perspectivas y postula que los océanos no se estudien más como diferentes regiones oceánicas, sino que se interroguen como mundos jaspeados, fragmentados e interconectados de múltiples maneras (Polónia 2017, p. 91). Una de las propuestas para definir el camino de esta corriente es su cooperación con la historia mundial, global o transnacional –indistintamente– que goza de cada vez mayor popularidad, llamando la atención del público general y la academia (Heidbrink 2017). En líneas generales, se considera que el futuro de historia marítima plantea desafíos interdisciplinarios que deben tener en cuenta aspectos ecológicos y ambientales y añadir dinamismo a la dialéctica histórica (Bolster 2008, Heidbrink 2017b). Esta nueva perspectiva aparece azuzada por las problemáticas ambientales actuales, que han puesto el foco en la contingencia marítima, haciendo visible para los historiadores ambientales el impacto de las actividades humanas en el ecosistema marino desde la Antigüedad hacia el presente.

En Argentina, en los últimos veinte años, diversos trabajos se han dirigido a profundizar en las complejidades de los espacios portuarios, de la historia del trabajo en los puertos, y de la conformación de las comunidades portuarias (Mateo Oviedo 2003, Sandrín y Biangardi 2014, Cañete *et al.* 2011, entre otros). Estos avances temáticos indican el principio de una mirada académica de los historiadores nacionales hacia el océano y el hecho de que han comenzado a participar en debates con historiadores portuarios de otras nacionalidades en eventos como las Jornadas Internacionales de Estudios Portuarios, interviniendo desde entidades como la Red de Estudios Portuarios (RedEP). Esto coincide con una rama de la historia marítima que ha dirigido su atención, en las últimas tres décadas, al estudio de los puertos en sus niveles locales, regionales e internacionales (Riveiro da Silva 2017, p. 140).

En el marco de un proyecto de investigación interdisciplinario que propone analizar el impacto de los viajes marítimos en la dispersión de especies marinas en la Patagonia del siglo XIX, y que realizamos los autores de este trabajo junto a la doctora en Ciencias Biológicas Evangelina Schwindt, se plantea una exploración de las tendencias historiográficas sobre las conexiones y las comunicaciones en el mar y la necesidad de esbozar un estado de la cuestión. Entre otros asuntos, se da cuenta de los cambios de enfoque, preguntas y metodologías de los últimos treinta años, así como la identificación de nuevas fuentes y problemáticas, sobre todo en el plano del análisis espacial y lo relativo a conceptos tales como circulación y redes. El propósito es situar la Patagonia en el contexto internacional histórico –dar cuenta del carácter global de su historia regional– y explicar la importancia de las redes y la conectividad que hubo en la costa patagónica del siglo XIX. Al mismo tiempo, se piensa el período en cuanto a su tratamiento historiográfico, identificando y discutiendo las tendencias actuales.

Como primera hipótesis de dicho ejercicio, se postula que las perspectivas históricas oceánicas como el atlanticismo, o las transnacionales que caracterizan a las nuevas

tendencias, tendrían un desinterés relativo por las problemáticas regionales, que son consideradas periféricas, como la Patagonia y, por otro lado, que el aislacionismo nacionalista de los estudios históricos recorta las conexiones y las relaciones sociales o ambientales que exceden las fronteras. En segundo lugar, se plantea que la costa patagónica en el siglo XIX comenzó a ser investigada desde diferentes disciplinas y lugares recién en los últimos veinte años; se intentará comprender de qué formas y por qué. Estos nuevos enfoques permiten considerar la relevancia de una agenda de trabajo interdisciplinario con multiplicidad de perspectivas –entre las cuales se destaca la importancia del impacto ecológico histórico– que atiendan tanto a la cuestión transnacional como a los archivos regionales.

Un conjunto de preguntas guía ambos aspectos: ¿cuál era el escenario regional de la costa patagónica del siglo XIX?, ¿qué producciones se han dedicado a reconstruir el pasado marítimo patagónico?, ¿cuáles son las problemáticas pendientes de abordaje para comprender la historia social y ambiental de la Patagonia de dicha centuria? La costa patagónica constituía, a nivel internacional, un foco de actividad marítima importante en el siglo XIX. Primeramente, porque desde la mitad del siglo XVIII, el hemisferio sur convocaba una gran cantidad de loberos y balleneros, sobre todo provenientes de Nueva Inglaterra, Gran Bretaña y en menor medida de Francia. El aceite de ballenas y elefantes marinos era utilizado para la iluminación doméstica y urbana, y como lubricante en las máquinas industriales. Las ballenas también eran capturadas por las barbas de su boca, para la confección de corsés, entre otras manufacturas. El cachalote era capturado específicamente por el ámbar gris, secreción biliar utilizada para elaborar productos de perfumería. La piel de los lobos se utilizó para la producción de sombreros y abrigos en la industria estadounidense hasta mediados del siglo XIX y en la británica hasta principios de siglo XX (Dickinson 1994). Los productos se comercializaban en los respectivos países, pero también se exportaban a China, especialmente a través del puerto de Cantón (Mayorga 2016).

En el proceso de explotación de estos recursos, la costa patagónica y las islas australes constituían un lugar de almacenaje, reparaciones navales, descanso e incluso comercio para foqueros, arponeros y balleneros, lo que generaba estadías breves e incluso la construcción de factorías, asentamientos y astilleros. Oficiales de la Marina argentina pusieron en evidencia la presencia de instalaciones francesas que explotaban el aceite de aves y lobos marinos y otros barcos extranjeros que se dedicaban a la explotación del guano desde mediados de siglo (García 2009). Por otro lado, el pasaje por cabo de Hornos era una de las dos vías marítimas del mundo que permitían una ruta comercial entre el océano Atlántico y el Pacífico, siendo la otra por el cabo de Buena Esperanza, rodeando Sudáfrica. El paso por cabo de Hornos era fundamental en la comunicación: se utilizaba para importar y exportar productos de Asia, así como para el comercio del guano que se explotaba a ambos lados del continente americano. También tuvo un período de intensa utilización para transportar pasajeros hacia California durante la denominada “fiebre del oro”.

La continuidad de estos viajes de objetivo diverso impulsó exploraciones y relevamientos costeros sobre los recursos naturales de la región por parte de potencias como Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos. La importancia de esta ruta estuvo vigente hasta la apertura del canal de Panamá en 1914, que cambió radicalmente el curso de los viajes marítimos. Pero si en los océanos del hemisferio sur en el siglo XIX la actividad de loberos y balleneros era frecuente y se trataba de un lugar estratégico en términos mundiales, conectado con el resto del globo, ¿por qué el contenido académico desarrollado al respecto es tan modesto? La respuesta parece tener múltiples razones. En primer lugar, podemos pensar que la producción nacional argentina de historia marítima suele circunscribirse a las costas y los puertos y que encuentra ella sus límites en las fronteras nacionales y regionales, dejando a un lado la dimensión de interconectividad transnacional del océano. Pero al haber sido un punto recurrente en una multiplicidad de viajes, la narrativa histórica de la costa patagónica debe relacionarse con otros países. Sin embargo, en este aspecto, la historia del litoral patagónico parece haber sido siempre relatado en términos de un “lugar de paso” de otras potencias y referirse únicamente a lo que sus navíos se dedicaban a explotar o a descubrir. Dos cuestiones permanecen en la oscuridad, salvo algunos trabajos puntuales: el impacto que estos viajes producían localmente y los intercambios transnacionales que en ellos sucedían.

#### CUESTIONES CONCEPTUALES

Cuando Braudel (2010) estudió el Mediterráneo, consideró las unidades geográficas y físicas así como sus diferentes poblados en constante interacción. Los espacios marítimos eran –según relata– cosidos y recosidos por las embarcaciones que las navegaban casi en procesión. El atlanticismo consideró el océano como un lugar de articulación y para ello procuró integrar las historias nacionales y regionales, sin circunscribirse a las fronteras de los Estados-nación (Armitage 2002). El hecho de desdibujar las fronteras y la noción de conexiones intraoceánicas que propuso el atlanticismo ha resultado un aporte sustancial, pero no sólo deja afuera del análisis las conexiones fundamentales con el Pacífico y el Índico, sino que la tendencia de esta corriente ha sido la de pensar el proceso global exclusivamente en los términos del expansionismo europeo (Coclanis 2006).

Por otra parte, la historia marítima se entrelaza cada vez más con la noción de globalidad y empieza a plantearse en términos de “océanos conectados” (Polónia 2017). Cabe destacar que esta idea ha sido tomada de J. H. Parry, quien ya en la década de 1970 refiere “Todos los mares del mundo son uno solo. Con unas cuantas excepciones de escasa importancia (...) todos están conectados unos con otros” (1974, p. 9). Esta globalidad en un mar sin fronteras ha sido retomada por la historia marítima desde distintas posturas, discutidas cada vez más en los últimos años. Aun así, cuando hablan del tema en el *International Journal of Maritime History* no hay mucho para mencionar en materia de estudios sudamericanos: rutas marítimas, puertos asiáticos y africanos

se han añadido exitosamente a una discusión en la que Australia desde hace bastante forma parte activa, pero Sudamérica apenas si se menciona dentro de estas visiones globales. ¿Qué le queda, entonces, a la región patagónica, confinada en una esquina de los mapas planos occidentales?

La historia de las interconexiones marítimas patagónicas parte de una concepción de “región” que reconoce que ésta se extiende hasta allí donde se pueda seguir la explicación, es decir, identificando y describiendo relaciones entre actores y espacios distantes (Bandieri 1996, De Jong 2001). Varios indicios señalan que algunos historiadores marítimos están tomando este camino (Seshan 2017, Ribeiro da Silva 2017, Abrantes Garcia 2017), concentrándose en la manera en que los procesos globales se manifiestan en constelaciones locales o incluso las constituyen (Polónia 2017). Lo cierto es que mantener estrictamente una perspectiva internacional tiene un costo demasiado alto, si significa que la historia de las comunidades costeras de las que los marineros partían y a las que volvían no es cuidadosamente estudiada. Es este un descuido al que son propensos incluso historiadores marítimos muy sofisticados que se han esforzado en relatar una historia global (Vickers 1993, p. 421). Vickers señala que hay dos razones por las cuales la historia marítima no ha sido trabajada en profundidad en este sentido: la primera es que, aunque es bastante fácil encontrar a los marineros en alta mar, es mucho más difícil averiguar sus orígenes y su recorrido o la vida que tuvieron después de sus viajes. La segunda razón es que el carácter itinerante de este tipo de trabajo hace muy complejo el seguimiento de los marinos, aun cuando parece relativamente fácil encontrarlos en registros de barcos y aduanas. Conforme a la perspectiva de este autor, el desafío de los historiadores marítimos es el de integrar lo que se sabe de la vida en el mar con la comprensión de la vida en el puerto: lo que requiere de una perspectiva transoceánica, una sensibilidad para los problemas metodológicos de estudiar gente e ideas en movimiento y la historia de las comunidades costeras (Vickers 1993, p. 424). De esta manera, la historia marítima cobra la forma de una historia social que tiene en cuenta los diferentes aspectos que involucran la totalidad de la experiencia marina, tales como el género o la etnicidad, entre otras cuestiones.

Aun cuando encontramos que las críticas al atlanticismo son pertinentes, hay un gran trabajo de reconstrucción de circulaciones globales, trans e interoceánicas. La historia social ha retomado desde el atlanticismo los viajes de actores tradicionalmente invisibilizados, a partir de la historia de ideologías y diálogos transatlánticos propagados por el océano, así como de resistencias políticas. En esta corriente, la cuenca atlántica fue presentada como el escenario en donde se plasmó la circulación de ideas en forma de publicaciones, líderes insurrectos, sindicatos o revoluciones (Linebaugh y Rediker 2005, Fink 2011). Otros trabajos se focalizaron en la historia del tráfico de esclavizados en el Río de la Plata, dando cuenta de conexiones transimperiales y la manera en que estas daban forma a las rutas esclavistas que terminaban en Buenos Aires y Montevideo, provenientes de Brasil y África (Prado 2002, Borucki 2011, 2013). En estas investigaciones, también se reparó en conexiones tanto formales como informales

(amistades, matrimonios), en las que los sujetos coloniales o los esclavos desarrollaron redes sociales y económicas que les dieron ciertos niveles de autonomía frente a los centros de poder. Estas redes horizontales o verticales determinaban cuestiones como el acceso a mercados, prácticas económicas, precios, autorizaciones, e incluso el espacio en los barcos para almacenar mercancías (Prado 2009).

Estos aportes, entre otros, permiten pensar en las posibilidades de reconstruir una historia regional patagónica del siglo XIX que esté ubicada en el centro de una escena que se conecta con otras regiones del mundo y en las redes que se despliegan a través del escenario marítimo tanto atlántico como austral. Asimismo, dan cuenta de las posibilidades de explorar la diversidad de personajes involucrados en dichas redes que comprenden no sólo las grandes narrativas de personajes reconocidos (como Piedra Buena, Darwin y Fitz Roy) o las acciones navales de los múltiples Estados que se disputaban la región (argentino, chileno, británico), sino marineros, loberos, balleneros y poblaciones indígenas cuya importancia y estudios recientes se tomarán más adelante en esta síntesis de los antecedentes. Pero hacer esto requiere de la voluntad de explorar en profundidad la vida de los actores: sus comunidades de origen y sus acciones y relaciones en la costa patagónica.

Con este propósito, se enfatizará sobre dos conceptos útiles para pensar la historia de manera transnacional: zonas de contacto y circulación. Su uso está relacionado con la historia del expansionismo europeo y la historia de la ciencia y el conocimiento. Las zonas de contacto son aquellos espacios de copresencia social y temporal de sujetos que anteriormente habían estado separados por cuestiones geográficas e históricas, y cuyas trayectorias se intersecan (Pratt 2003). Los sujetos interactúan y se constituyen –ambos– en la relación que mantienen, que a menudo toma características asimétricas. Por otro lado, circulación es un concepto que ha sido utilizado para destacar el papel de los intercambios locales en las redes globales que construyen el conocimiento científico (Roberts 2009). Esta herramienta permite considerar la experiencia de estos actores transnacionales a bordo de un navío y en las costas. Más que referir a la mera movilidad, la circulación remite a las cosas, hombres y sentidos que se transformarán en el proceso de esa movilidad. Estos términos no deben pensarse como un movimiento desde un punto hacia un centro específico, sino como un movimiento continuo que cuenta con múltiples puntos de contacto e intercambio. La noción de “océanos conectados” (Parry 1974) es recogida por Polónia (2017), quien, a su vez, la entrelaza con la búsqueda de “historias conectadas” como apuesta por integrar la historia a escala local, regional y global, estudiando la singularidad en su articulación con los fenómenos de circulación y conectividad como alternativa para descentralizar el relato expansionista europeo de la modernidad.<sup>4</sup>

A partir de dicho abordaje, pensar en los “océanos conectados” implica tener en cuenta los itinerarios dinámicos de los actores marítimos y no sólo focalizarse en la

4 Polónia parte de la lectura de Subrahmanyam 1997 y 2008; para una ampliación de la discusión sobre las “connected histories”, véase AA.VV. 2001 y Gruzinski 2001.

manera en que los sistemas globales se manifiestan en sistemas regionales o los constituyen –porque esa lógica obedece a un sentido expansionista e imperialista que no permite retorno–, sino más bien considerar la multiplicidad de escenarios regionales que conectan sus historias. Para ser más claros: entendemos que no sólo se trata de cómo se vincula lo global en lo regional sino también de cómo distintas regiones se vinculan y se encuentran en los procesos globales. Desenredando estos procesos es como nos permitiremos ver los hilos que conectan una región con otras, hilos que alguna vez conectaron el mundo (Subrahmanyam 1997, p. 762).

#### APUNTES DE LAS CONEXIONES PATAGÓNICAS EN EL SIGLO XIX

El XIX fue el siglo de la colonización y las migraciones modernas por excelencia, así como de importantes expediciones científicas y de relevamiento cartográfico. Los navíos constituyeron la principal vía de comunicación internacional, llevando no sólo mercadería y pasajeros sino correo e información. Hacia mediados de 1850, comenzó una era de gran navegación caracterizada por barcos como los *clippers*<sup>5</sup> y vapores que empezaron a desplazar los navíos a vela (Vairo 2000). En ese período, el mar del hemisferio sur contó con una frecuente circulación de barcos extranjeros que viajaban del Atlántico hacia el Pacífico o viceversa. Ya desde antes, contaba, como se ha mencionado, con una reiterada actividad cinegética motivada por distintas demandas de materia prima que podía extraerse de los mamíferos marinos. En este apartado, se considerará cómo se han tratado estos temas en diversas producciones históricas que exploran específicamente la región.

Senatore (2011) sostiene que la historia de la Antártida ha sido narrada potenciando las experiencias de exploración por sobre las de otros personajes asiduos a esas costas. Algo similar ha pasado con la historia marítima del litoral patagónico, cuya narrativa tradicionalmente enfatizó la historia de su exploración y relevamiento costero, reparando sobre todo en el proceso de ‘descubrimiento’ de la Patagonia desde la mirada y los intereses europeos, particularmente los territoriales y políticos de Gran Bretaña, y desde personajes destacados en la historia tradicional (Ratto 1930, Riesenbergr 1941, Passeti 2008, 2014) y regional (como los trabajos de la revista *Argentina Austral* publicada entre 1929 y 1968). También fue frecuente la apología patriótica de las expediciones militares y de figuras épicas como la de Luis Piedra Buena (Entraigas 1966). Estos trabajos brindan un primer panorama de los intercambios con pobladores de la región con protagonistas históricamente relevantes, deviniendo estudios con contenidos sobre todo biográficos.

En 1957, la Armada Argentina creó la División de Estudios Históricos Navales que, dos años después, se convirtió en el Departamento de Estudios Históricos. Una de sus obras más importantes fueron los diez tomos de la *Historia marítima argentina* (1985),

---

5 Buques hidrodinámicos a vela, caracterizados por su alta velocidad.

bajo la dirección del contraalmirante Destéfani y las colaboraciones de otros especialistas. La producción de la Armada fue meticulosa y utilizó, como fuentes, diarios y bitácoras de navegación. Cuando tal obra puso su foco en los intercambios internacionales fue en aquellos episodios de exploración por parte de personajes prominentes o bien de naturaleza bélica. Sobre todo, se tomó una posición defensiva contra los intereses británicos en la Patagonia, motivada por la disputa por la soberanía y la guerra que, poco antes de la publicación de los volúmenes, había tenido lugar.

Al estudiar la importancia que tenía el cabo de Hornos como pasaje hacia el Pacífico a mediados del siglo XIX, Rydell (1948, 1949) consideró la situación política y económica de Estados Unidos. El comercio de este país con Asia había sido habilitado a partir de 1849 por la derogación de las Actas de Navegación inglesas, lo que permitía que Estados Unidos se involucrara en el comercio del té con China y, por otro lado, debido a la “fiebre del oro” y el colateral comercio con California. En su análisis, la tecnología de los *clippers* fue fundamental para el subsecuente auge de navegación americana en la historia de la ruta de cabo de Hornos. Rydell se explayó en detalles del pasaje hacia el Pacífico, focalizado en los intereses estadounidenses y sus viajes por un pasaje que muchos de estos buques no soportaban por las duras condiciones.

Lo relativo a los naufragios en cabo de Hornos, Isla de los Estados, estrecho de Magallanes, península Mitre, Malvinas y Georgias del Sur fue compilado por Vairo (2000) con el trabajo de otros autores, contextualizando históricamente la región patagónica. Vairo también destacó la importancia del cabo de Hornos y el estrecho de Magallanes en el siglo XIX como pasaje hacia y desde el Pacífico en rutas comerciales, viajes de pasajeros y de balleneros y loberos, y en especial las consecuencias de los navíos que no pudieron concretar esos viajes.

Desde la arqueología, este tema es desarrollado por el Programa de Investigación y Conservación del Patrimonio Cultural Subacuático (PROAS), creado en 1990 en el Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano (INAPL). Varios trabajos del programa dieron cuenta de la frecuencia de barcos en la región y sus accidentes en conjunto con el contexto internacional histórico (Murray *et al.* 2009, Elkin *et al.* 2015, Grosso *et al.* 2015, Elkin 2016, Elkin *et al.* 2017). Estas contribuciones consideran, entre otras cuestiones, la importancia del litoral patagónico en términos globales y la asiduidad de navíos loberos en la costa. El INAPL también ha trabajado desde enfoques interdisciplinarios sobre el deterioro de sitios arqueológicos subacuáticos que consideran el efecto de organismos incrustantes y de *Teredo navalis* –organismos que perforan la madera sumergida– en los restos de naufragios (Bastida *et al.* 2008, Grosso 2008, Bastida *et al.* 2010).

Debido a la actividad lobera y ballenera, en ciertos puntos de la costa había lugares de secado de pieles y talleres de fundido de aceite (*tryworks*) que las tripulaciones extranjeras construían para sus trabajos temporarios (menciones de estos hacen Mayorga 2017, Murray *et al.* 2009). Esta actividad cinegética extranjera, junto a la necesidad de asegurar la posición austral, propició los establecimientos españoles del fuerte San José

en la península Valdés, de Floridablanca en la bahía de San Julián, de Carmen de Patagones y de Puerto Deseado, mediante una cédula real promulgada en 1778 (Destéfani 1985). El fuerte San José subsistió hasta 1810, cuando fue atacado e incendiado por indígenas, ocasionando la muerte de la mayor parte de sus ocupantes (Buscaglia *et al.* 2012). Por otro lado, Floridablanca y Puerto Deseado fueron abandonados unos años después de su establecimiento, principalmente por resultar demasiado onerosos para la corona española, entre otros motivos. Puerto Deseado, volvió a establecerse en 1790 con la creación de la Real Compañía Marítima de Pesca y fue abandonado nuevamente con la caída de dicha compañía en 1807. Silva (1978, 1992) trató en profundidad este tema, tomando de manera integral el desarrollo de la industria pesquera de la península ibérica desde el siglo XVI, la transformación regional de la zona rioplatense en la mitad del siglo XVIII y su creciente importancia en el contexto mundial, hasta el establecimiento en Puerto Deseado, cuyo propósito no era sólo económico sino político y estratégico. El autor ahondó en las provisiones y la población del emprendimiento y en su análisis detalló ampliamente las dificultades materiales, económicas, sociales y de oficio que implicaba la pesca de ballenas para quienes habitaban el emplazamiento (1978).

Respecto al fuerte San José, mediante metodología arqueológica, se destaca el trabajo de Bianchi Vilelli y Buscaglia (Bianchi Vilelli *et al.* 2013, Bianchi Vilelli y Buscaglia 2015) y su cuestionamiento, a partir de la disposición del asentamiento, a la narrativa canónica de la colonización española. Estos trabajos llaman a considerar la múltiple dimensionalidad y causalidad de la colonización, mientras cuestionan la mirada que se centra únicamente en el flujo marítimo atlántico y que disocia los procesos ocurridos en la costa del interior patagónico, las intenciones españolas hacia el interior del territorio y el flujo que provenía del océano Pacífico (2015, p. 192). Sobre todo, llevan el foco a las relaciones interétnicas del establecimiento del fuerte San José con las poblaciones indígenas, actores fundamentales e indisolubles de la historia del litoral patagónico. Estos intercambios con indígenas también han sido considerados en la exhaustiva investigación arqueológica y documental sobre Floridablanca de Senatore (2007), que explora la sociedad de esta colonia y el papel que en ella jugaron los discursos ilustrados españoles.

Varios estudios históricos se explayaron sobre el establecimiento de la colonia de El Carmen y su desarrollo (Martínez de Gorla 1970, Destéfani 1985, Bustos 1993). En 1810 Patagones fue habilitado como puerto menor para el comercio, y para 1822 un servicio marítimo hacía con cierta regularidad el recorrido entre Buenos Aires y Patagones, el cual prosperó especialmente en el bloqueo del Río de la Plata durante la guerra con Brasil durante los años 1825-1828. La actividad de este puerto se intensificó en la guerra con el Brasil, cuando corsarios nacionales y extranjeros comenzaron a operar y Patagones multiplicó sus vías comerciales marítimas: estaba comunicado con Buenos Aires, Montevideo, Santa Catalina, Islas Malvinas, entre otros puertos. Fue en este período cuando el enclave original de 1779, básicamente una aldea con su *hinterland* que aglutinaba a indígenas, hispano-criollos y europeos, se vio repoblada por presidiarios solda-

dos, comerciantes y hacendados, así como por población afroamericana proveniente de las naves capturadas por los corsarios. Para 1856 fue sancionado por el Estado de Buenos Aires como puerto franco. En 1861 Patagones se unía a la ciudad rioplatense con un buque con una frecuencia de 18 días aproximadamente (Martínez de Gorla 1970).

Por su parte, García (2010) y García y Podgorny (2013) trabajaron el relevamiento de la costa patagónica por parte de los navíos extranjeros que se produjo luego de la caída de los imperios ibéricos, particularmente por parte de Gran Bretaña. La exploración de los territorios sudamericanos implicó no sólo obtener permisos de las autoridades, sino valerse de “individuos conocedores de las rutas, los transportes y las regiones a visitar” (García 2010, p. 302). De esta manera, se reconoce que pilotos prácticos, técnicos, loberos y otros tripulantes jugaron un papel en la producción de los mapas y las cartas de navegación inglesas. En las costas y a bordo, se produjeron encuentros que facilitaban información y pilotos que ayudaban a navegar la zona. Las observaciones de estos personajes se transcribieron como guías e itinerarios en varios idiomas. García y Podgorny (2013) enfocaron el caso específico de la “casa de los pilotos”, situada en la boca del río Negro, que proveyó de ayuda e información a los barcos extranjeros en la navegación y la exploración de la costa patagónica. La “casa de los pilotos” constituyó un nodo que regulaba el tránsito por el curso inferior del río, un lugar al que se recurrió en las siguientes expediciones y desde el cual se conformaba un saber sobre los territorios donde los pobladores patagónicos incidían como conocedores. En ella se entretrejan contactos, y el artículo de García y Podgorny analiza al respecto las modalidades de relación entre lo local y lo internacional. García (2009) también contempló las expediciones e investigaciones geográficas y de recursos que el Estado argentino propulsó hacia la década de 1880 con miras a instalar una cultura marítima que brindara no sólo colonias de pescadores que extrajeran recursos en la costa patagónica, sino que a largo plazo pudiera formar marineros para ser reclutados por la marina de guerra. Aunque los intentos de instalar un emprendimiento pesquero en el golfo Nuevo no prosperaron, el trabajo permite ver la presencia cada vez mayor, hacia finales del siglo XIX, de navíos de la Armada en la Patagonia.

Anteriormente, se habían fundado factorías que fueron zonas de contacto con los buques balleneros y loberos, como la que levantó Piedra Buena en Bahía Crossley en 1873 en la isla de los Estados, o la Colonia Rouquard en 1871 al sur del río Santa Cruz. Estos emplazamientos, puertos pequeños, estancias y otras regiones costeras tenían cierta comunicación con los viajeros (cuya frecuencia aún queda por determinar). El estrecho de Magallanes, Tierra del Fuego y Malvinas también fueron particularmente frecuentados en el primer tercio del siglo XIX cuando los navíos repostaban, descansaban o tomaban rumbos definitivos de retorno a los puertos de origen (Martinic 2009, p. 6).

En cuanto a la dimensión de la historia transnacional de la Patagonia, Bascopé (2012) estudió el poblamiento ovino de Magallanes y la fundación de Ushuaia, ambos propiciados por colonos británicos, principalmente los misioneros de la South American Missionary, que partían del obispado sudamericano con sede en la isla de Keppel

para evangelizar a fueguinos, tehuelches y pampas a mediados del siglo XIX. Bascope mostró cómo el pasado de la Patagonia austral, Tierra del Fuego, Malvinas y demás islas del Atlántico Sud se resuelve en una historia internacional que no puede reducirse a los límites nacionales de Argentina y Chile.

Avanzado el siglo XX, pero con repercusiones sobre las visiones retrospectivas del XIX, la “cuestión Malvinas” plantea dificultades a la historiografía nacional luego de la guerra de 1982 (Lorenz 2011). Federico Lorenz considera que los análisis históricos sobre Malvinas están marcados por disputas del pasado y por el revisionismo con el que se retomó el tema a partir de la restauración democrática (2013 y 2014). Asimismo, este autor remarcó la importancia de construir una historia de largo plazo que no se limite a los hitos de la ocupación británica en 1833 y a la guerra de 1982 y abrir el tratamiento a la dimensión mayor de los contextos coloniales como las disputas entre Gran Bretaña y Estados Unidos por la hegemonía de los mares y el negocio ballenero de mediados del siglo XIX, o el proceso de construcción de los estados nacionales sudamericanos. En este orden, se puede remitir al trabajo de Anthony Dickinson (1993, 1994), biólogo que trabajó de inspector en la administración británica de las islas Malvinas.

La actividad ballenera y lobera inglesa en los mares del sur se había iniciado a mediados del siglo XVIII y continuó en auge hasta aproximadamente 1820, declinando hacia 1825. Esto sucedió por el reemplazo creciente que se hizo de aceite de pinnípedos por gas o carbón para la iluminación urbana y doméstica desde 1817, pero también por la caída en la demanda de pieles de lobos marinos, ya que la producción de sombreros de seda introducida en 1797 reemplazó los sombreros de piel en la moda británica (Dickinson 1994). Además, era difícil competir con los cazadores estadounidenses, cada vez más frecuentes, incitados por la industria creciente de sombreros norteamericana que, desde 1820, tendía a utilizar pieles como insumo, a la inversa de la moda británica. Los navíos estadounidenses permanecieron muy activos en los océanos del hemisferio sur, llegando a mediados del siglo XIX a un pico que podría describirse como una “edad de oro” de la actividad ballenera y lobera norteamericana (Bandieri 2009), sobre todo provenientes de Nueva Inglaterra. Por otro lado, Francia promovió su propia industria ballenera a fines del siglo XVIII y para la década de 1770 barcos balleneros provenientes de Dunkerque también se dirigieron a las costas patagónicas (García y Podgorny 2017). En el trabajo que desarrolló durante su tesis de doctorado, Dickinson examinó, entre otras cuestiones, los insatisfactorios intentos de regular la actividad ballenera y lobera en las Malvinas antes de 1834 y cómo los vaivenes de la economía e industria británica y norteamericana se servían de dicha actividad. Dickinson abordó este tema más preocupado por la conservación que por la geopolítica, considerando los reclamos de soberanía en la larga perspectiva. Al situar el conflicto soberano en los términos del mercado de pieles y sombreros, y la demanda popular que éstos tenían en Estados Unidos, el problema de la dominación de Malvinas se desdobra de la bipolaridad argentino-británica y amplía su panorama en un abanico de tópicos mucho más amplio, que involucra a una multiplicidad de actores y políticas.

Mateo Martinic, historiador de la Universidad de Magallanes, ha ahondado en la historia marítima de la Patagonia, en ambos océanos, desde varias perspectivas. Entre otras cuestiones, describió la interrelación entre la Patagonia y las islas Malvinas (o Falklands, como las denomina), mediante los navegantes que recalaron y se establecieron en esos territorios (2009) y la inmigración malvinense en Punta Arenas (1996). Martinic presentó la singularidad del caso patagónico por la relación ultraterritorial que involucra los territorios argentinos y chilenos, la isla binacional de Tierra del Fuego y Malvinas. También ha puesto énfasis en la presencia intensa de loberos y balleneros estadounidenses, ingleses y franceses en las costas sudamericanas desde fines del siglo XIX (2009b). Martinic ha manifestado que, lejos de ser un espacio vacío de embarcaciones extranjeras, el estrecho de Magallanes y varias zonas del archipiélago de Tierra del Fuego eran un ámbito de creciente navegación por parte de estos cazadores, que debieron desarrollar su propio conocimiento sobre la geografía marítima patagónica sud y occidental, así como sobre los recursos de la región y los pobladores que podían encontrarse. Sobre las experiencias de contacto entre tripulantes y pobladores, ha investigado el comercio sexual entre mujeres aónikenk y marineros que se localizaba en la bahía San Gregorio y el puerto Pecket (2008). Las características de estos episodios permiten considerar que la conectividad que tuvo lugar en el litoral patagónico del siglo XIX era de múltiples propósitos, desde el aprovisionamiento de víveres e información hasta diferentes formas de sociabilidad, como el comercio sexual. La comunicación intensa entre Malvinas, Punta Arenas y Ushuaia, la migración entre Argentina y Chile y la migración europea son algunos de los temas trabajados por Martinic que permiten reconstruir la escena patagónica desde su dinámica regional y transnacional. Sobre la relación entre Malvinas y Patagonia, también ha trabajado Coronato (2004, 2013) destacando la relación regional de las islas con la Patagonia continental, sobre todo con la colonia galesa del valle del río Chubut.

Como hemos mencionado, Martinic ha profundizado sobre loberos y balleneros, principalmente en su paso por la Patagonia oriental y el impacto regional en términos migratorios y de intercambios con lo local. Dickinson, por otra parte, ha abordado la explotación lobera en Malvinas y sus dependencias gubernamentales desde cuestiones de índole económica y ecológica. La historia de los loberos en Patagonia también ha sido trabajada por Soluri (2013) como una historia social ambiental, indagando, a la vez, la relación de “grupos de personas” con “grupos de animales” y las condiciones materiales de explotación de los recursos. Orientado a las conexiones internacionales y el paso de los barcos por la Patagonia atlántica continental, Mayorga (2016, 2017) presenta antecedentes sobre el tema cinegético y sigue el recorrido de los barcos loberos desde las fuentes que proporcionan las expediciones que han sido publicadas, o las bitácoras loberas, introduciendo el trasfondo histórico de estas actividades.

El estado de la cuestión realizado nos brinda un panorama de las problemáticas recientes que han sido tratadas en cuanto a las interconexiones de las costas de la región patagónica del siglo XIX. Desde 1990, se advierte cómo las nuevas preguntas

suscitan nuevos abordajes, a menudo interdisciplinarios. Las diferentes líneas: expediciones y descubrimientos científicos y de relevamiento hidrográfico, rutas comerciales, arqueología, arqueología subacuática, historia del trabajo, historia ambiental, explotación de recursos marítimos y las conexiones de Malvinas con la Patagonia continental nos remiten, una y otra vez, a la problemática de la variable espacial en nuestro objeto de estudio. El litoral patagónico aparece interconectado, entre sí y hacia el resto del mundo, con una diversidad de actores que conforman más de una red de comunicación marítima. Estos personajes claves participaban en la formación de rutas y de zonas de contacto, tenían agencia propia y características completamente específicas que se modifican según el período. Cuáles eran estas características, cómo circulaban los actores y de qué manera impactaron en la región son algunos de los interrogantes que se suscitan.

#### EL ESPACIO PATAGÓNICO

Desde los inicios de la exploración y el proceso de colonización, y durante las disputas que surgieron por su territorio a lo largo de los siglos XIX y XX, la Patagonia fue reclamada como propia por una multiplicidad de estados. Mientras tanto, diversos actores visitaron sus costas y extrajeron sus recursos. Marineros civiles y militares o sujetos que combinaban roles, comerciantes, loberos y balleneros, misioneros y colonos, en competencia y conflicto con las poblaciones originales, le dieron un aire cosmopolita a una región que se ha retratado como aislada y prístina en el imaginario popular, aunque este cosmopolitismo se dio en condiciones de asimetría incremental hasta terminar con la autonomía territorial indígena. Los diversos encuentros y conflictos que tuvieron lugar constituyeron zonas de contacto entre los actores tanto en puntos de la costa como a bordo de los barcos: entre otras cuestiones, los antecedentes muestran que involucraban intercambios de conocimiento, comercio, disputas, incluso comercio sexual y rescates de naufragios.

Como hemos consignado al tratar los antecedentes, el pasaje por cabo de Hornos era importante para los balleneros del hemisferio norte que querían cazar sus presas en el Pacífico y también para el comercio con Asia. El uso del estrecho de Magallanes era limitado debido a las corrientes y el clima impredecible que lo hacían demasiado peligroso para la navegación a vela, siendo el cabo de Hornos más seguro, aun cuando también entrañaba riesgos, pero los buques mixtos de vapor y vela que se impusieron con su propaganda de seguridad y rapidez hacia fines del siglo XIX prefirieron esta ruta. Los barcos, en su mayoría, provenían de Nueva York y Nueva Inglaterra, pero también de Gran Bretaña y otras potencias europeas, en menor medida (Rydell 1948). Además de California, el descubrimiento de oro en Australia intensificó los viajes. En la década de 1840, este pasaje interoceánico también fue muy utilizado para el comercio del guano, desde Europa y la costa este de Estados Unidos hacia El Callao y las islas Chincha (Hollett 2008). El comercio con Japón y China se hizo también más frecuente. Y para

abastecer a los vapores fueron necesarios cientos de *clippers* cargados con carbón. El centro de dicha actividad lo constituyó Punta Arenas, con arribos diarios, en detrimento de Ushuaia. Ésta, que contó su primer asentamiento en 1870 cuando Thomas Bridges fundó la Misión Anglicana, y donde se estableció la subprefectura argentina en 1884, recibía apenas un par de buques por mes. La gran cantidad de naufragios en la región, derivada de la intensa actividad en una zona peligrosa para navegar, condujo a que muchos personajes regionales se dedicaran a la práctica del *raque*, sustrayendo los restos que dejaban los naufragios (Vairo 2000).

A estas conexiones debe añadirse las expediciones científicas marítimas (tanto naturalistas como aquellas con propósitos de relevamiento hidrográfico) que pasaron por la zona, como las francesas a cargo de Freycinet (de 1817-1820), Duperrey (1822-1825) y Martial (1882-1884); las británicas de Parker King (1826-1830), Foster (1829-1831), Fitz Roy (1831-1836) y Ross (1839-1841); las estadounidenses de Palmer y Pendleton (1829-1830), Wilkes (1838-1842), Johnson (1871-1872), Thompson (1872-1876), Tanner (1889-1893). Hacia fin de siglo, otros países también tuvieron paso por Patagonia, como la expedición italo-argentina liderada por Bove (1881-1882), la alemana a cargo de Schrader (1882-1883) y la belga comandada por Gerlache de Gomery (1897-1899). Estos viajes recalaron y se aprovisionaron de víveres e información en la costa patagónica y las islas australes –que en muchos casos eran un objetivo de la exploración–, antes de volver a continuar su viaje.

Es necesario también considerar la dimensión de la comunicación que propició la circulación de los navíos, no sólo de puertos oficiales como el de Carmen de Patagones o de Ushuaia más adelante, sino desde otras vías. Por ejemplo, Coronato (2010), en el estudio de la historia pecuaria de la Patagonia, recopiló documentación que da cuenta de las interacciones entre la Falkland Islands Company y el Ministerio del Interior argentino para adquirir tierras en la península Valdés durante la primera presidencia de Roca, y de comunicaciones entre colonos británicos de Santa Cruz y la flota de igual nacionalidad (Coronato 2010, p. 307-313). Asimismo, Luis Piedra Buena era conocido por comandar barcos del gobierno y llevar en ellos el correo. Brumatti, un aficionado a la filatelia, llevó adelante una investigación sobre el correo en Patagonia desde sus comienzos, relevando información sobre varios barcos a los que se les asignaba la responsabilidad de llevar correspondencia en el siglo XIX, como el Villarino, el Comodoro Py o el Golondrina.

## CONCLUSIONES

En cuanto a las producciones históricas de la costa patagónica en el siglo XIX, puede verse una tendencia creciente, en los últimos veinte años, que pone el foco en las interconexiones regionales y globales. Asimismo, se han definido nuevos problemas que han destacado la importancia de actores que hasta el momento no han sido tan trabajados, aun cuando, como en el caso de las empresas balleneras y loberas, son fundamentales para explicar la situación del litoral patagónico en esa centuria. Los cambios de perspectivas resultan adecuados para plantear una transformación en la agenda de las inves-

tigaciones históricas de la Patagonia y para preguntarse sobre aquellas cuestiones que aún quedan por trabajar en profundidad. La mayoría de los investigadores de la historia marítima patagónica enfatizaron los peligros y las condiciones de la navegación: el clima tormentoso, las corrientes, los riesgos del estrecho de Magallanes y las dificultades para fijar el rumbo con un barco a vela. En este sentido, la experiencia del viaje por el Atlántico sur está trabajada, con cierto componente épico. Pero esta es sólo la punta del iceberg. Por ejemplo, cuando Martinic, en función de otra apuesta analítica, pone el foco en otro tipo de experiencias, como el comercio sexual de las aónikenk, permite preguntarse por otras vivencias e intercambios que también aportan datos sobre la formación de los derroteros y los lugares de fondeo y anclaje. Respecto a las expediciones científicas y los relevamientos hidrográficos, Podgorny y García han abierto el panorama al atender a los nodos y las redes de los que formaba parte la Patagonia y considerar la incidencia de actores cuyo rol en la construcción de conocimientos y cartografías no han tenido visibilidad. La utilización de herramientas teóricas y metodológicas, como el estudio de la configuración de nodos y las redes de circulación y comunicación, es útil para dar cuenta de las agencias de distintos actores, la topología y la topografía de sus relaciones.

La revisión bibliográfica y documental muestra que los Estados Unidos se destacan de manera muy relevante para la historia regional marítima del siglo XIX y que ello no ha sido suficientemente advertido por la historiografía nacional. El papel de los navíos y los marinos norteamericanos es opacado en las descripciones por el de los intereses británicos, presentados como opuestos del Estado-nación argentino. Esta perspectiva histórica en términos duales y antagonistas, que aún predomina, es una repercusión producida por las disputas por el territorio insular entre Argentina y Gran Bretaña que oscurece, en gran medida, los roles de actores de otras nacionalidades en la región, no sólo estadounidenses sino franceses y españoles, entre otros, lo que ha otorgado una versión de la historia parcial o muy fraccionada hasta el momento.

Según nuestro punto de vista, hay tres dinámicas entrelazadas que deben tenerse en cuenta al considerar la historia marítima y naviera patagónica. En primer lugar, el contexto socioeconómico y político global, que trae a escena, en el siglo XIX, a los comerciantes que se dirigían al Pacífico para llevar y traer mercancías y a los navíos dedicados a la explotación de pinnípedos y cetáceos marinos que obedecían a la demanda internacional de pieles y aceite, entre otros productos. En segundo lugar, la dinámica colonial y nacional, esto es, los esfuerzos orientados por parte de los gobiernos en disputa –la corona española, los gobiernos que la suceden después de las revoluciones de independencia, la provincia de Buenos Aires, la Confederación Argentina y luego la República Argentina y, por otro lado, la Corona británica– en administrar este territorio marítimo, insular y costero, y las medidas diplomáticas y bélicas que se siguieron con este propósito. Por último, pero no menos importante, una dinámica regional que trasciende las fronteras ligadas a la expansión estatal sobre los territorios –y ello comprende a Chile, Argentina y Gran Bretaña–, que vincula la costa patagónica atlántica y pacífica con las islas Malvinas. Esto debe considerarse desde la triangulación entre

los poblados de Punta Arenas, Carmen de Patagones, Puerto Soledad y Puerto Stanley, pero también desde la dinámica misma del territorio que obedece a cierta lógica regional, aún no explorada en profundidad. Eran frecuentes, por ejemplo, las expediciones de la Patagonia continental a Malvinas con provisiones o los viajes de las islas Malvinas a la isla de los Estados o al estrecho de Magallanes para proveerse de madera. El entrelazamiento de estas tres dinámicas permite una comprensión integral de los procesos globales en la región, en donde otras regiones, como, por ejemplo, Nueva Inglaterra con sus barcos loberos, también tienen alcances.

Para el análisis de estas tres dinámicas se debe considerar también los estudios históricos que se han dedicado a cada una. En la literatura de historia marítima o atlantista, Sudamérica no tiene una gran participación y particularmente la Patagonia está relegada a un lugar marginal que desmerece el que tenía en el período. En líneas generales los estudios atlantistas se enfocan más en los intercambios ideológicos, culturales, mercantiles y de esclavos que tuvieron lugar con Europa y también con Estados Unidos. Muchas nuevas tendencias de la historia marítima encaran con entusiasmo las tareas interdisciplinarias y ambientales, lo que permite una mirada sobre el impacto de los movimientos marítimos en el ecosistema y considerar el mar como una entidad viva e histórica. Sin embargo, estas tendencias se debilitan al pensar en lugares sudamericanos periféricos como la Patagonia. Es posible que la importancia de la Patagonia sea relativa en términos de otros continentes o regiones específicas que convocaban más marineros, pero considerando una perspectiva dinámica que tenga en cuenta los múltiples actores que tenían tránsito por la región, que establecían contactos e intercambios con la población patagónica, ya fuera ésta continental o insular, vale la pena preguntarse por el lugar relegado que aquella ha tenido.

En la historiografía nacional, la costa patagónica está relatada sobre todo en términos de grandes narrativas épicas que exaltan la marina de guerra y las figuras de los pioneros de la navegación argentinos o extranjeros, ya sean militares o particulares. Luego, el relato se sitúa en los esfuerzos de la colonización española por asentarse en la región. ¿Por qué la historia nacional no ha sabido distinguir los movimientos globales en la región en términos de las interacciones que se daban allí? ¿Por qué hay un vacío de conocimiento del flujo naviero más allá de las fronteras y no se han explorado los visitantes más frecuentes y sus intercambios con los residentes de las costas? Posiblemente, la explicación se encuentre en la circunscripción a las fronteras del Estado-nación de la historia tradicional, pero también en el hecho de que la guerra de las islas Malvinas tuvo un efecto hondo en las producciones historiográficas posteriores a 1982. Los términos duales argentino-británicos en los cuales se narró la historia a continuación oscurecieron otros aspectos históricos de la región. Para una comprensión integral de la historia patagónica es necesario volver a someter a discusión la reconstrucción histórica de la presencia del gobierno español y luego argentino en el mar austral.

A fines del siglo XIX, en 1880, surgió la urgencia de normalizar y balizar la situación de los puertos y poblados que se habían fundado en la Patagonia como parte de la expan-

sión territorial de un Estado soberano. Esta urgencia tuvo diversas motivaciones que aún no han sido analizadas en detalle. Las áreas marítimas de las que los navíos extranjeros extraían un sinfín de recursos sólo fueron regularizadas con relativo éxito en las últimas décadas del siglo XIX. ¿Por qué recién entonces? Estas regularizaciones merecen una mirada más profunda, un análisis renovado desde la diversidad de protagonistas presentes en la escena histórica desde el giro transnacional que ha tomado la historia marítima en los últimos años. ¿Qué antecedentes tuvieron y por qué fracasaron? En 1880, ¿qué variables propiciaron que el estado argentino conformara una fuerza naval y en qué circunstancias? Los diversos intentos de regularizar la costa patagónica pueden verse desde los establecimientos españoles de fines del siglo XVIII en San José, San Julián y Patagones, los planes trazados por Luis Vernet de su colonia en Malvinas y sus intentos para ejercer como comandante de las islas y de Tierra del Fuego, el establecimiento de la colonia galesa a mediados de siglo, entre otros momentos fundantes del litoral patagónico tal como lo conocemos. Para cuando el estado argentino orientó su mirada y sus esfuerzos al sur en la década de 1880, Chile también era visto como amenaza del territorio nacional; y el Ministerio de Guerra y Marina construyó y orientó recursos navales, estableciendo prefecturas como la de Ushuaia. Durante todo el siglo, los intentos por regularizar las costas y protegerlas impactaron en los marineros asiduos a la región y en los pueblos originales del territorio. Entre otros temas, cabe preguntarse por las disputas con los indígenas del territorio, el intercambio comercial y la venta regular de alcohol. Estos asentamientos, después de todo, no respondían únicamente a la amenaza marítima de barcos extranjeros, como hace ver su narrativa tradicional, sino también a la autonomía indígena y su control territorial previo a la imposición del Estado, ya sea colonial o republicano (Bianchi Villelli y Buscaglia 2015).

La nueva tendencia de la historia marítima de estrechar lazos con la historia mundial encierra cuestiones interesantes, sobre todo la noción de “océanos conectados”, que hemos recogido de los antecedentes. Una historia que se recorta en fronteras oceánicas está colmada de limitaciones y ese recorte es un anacronismo: para los marinos del siglo XV al XIX el océano Atlántico constituía varios mares diferentes (Coclanis 2006). Sin embargo, mantener el foco exclusivamente en lo internacional encierra el riesgo de olvidar una parte sustancial de la experiencia de los viajeros marítimos, aquello que sucedía no sólo en sus lugares de origen sino de anclaje –sobre todo si se trataba de un anclaje adonde recurrían de manera repetida–.

Por otro lado, una historiografía reducida a lo nacional tiene poco para decir en un área de estudios donde la mayor parte de los barcos, tripulaciones y, por lo tanto, archivos que permiten reconstruir relaciones históricas son extranjeros. Los términos antagonistas en los que se plantea la historia marítima argentina no han sido de mucha ayuda para conocer la dinámica eminentemente regional y globalmente conectada de la costa patagónica. En este sentido, es necesario construir históricamente la experiencia marítima de costas en apariencia periféricas como la Patagonia, de donde salían menos barcos que los que llegaban, pero donde también transcurre una parte sustan-

cial de la historia marítima: la de las mujeres aónikenk prostituidas, los agrupamientos indígenas que conseguían alcohol y armas mediante el comercio con marineros y los almaceneros de los enclaves de colonización, o lugares de anclaje que eran afectados directamente por los barcos que introducían en ellos especies no nativas o por las tripulaciones que arrasaban con su fauna marina. Sobre este problema, las posibilidades de producir una historia regional costera y marítima del extremo sur continental (patagónico-malvinense-fueguina) se vislumbra más enriquecedora que una historia una historia estrictamente nacional, ya sea ésta argentina, chilena o británica.

¿Cómo encarar un estudio regional que contemple la circulación y las redes de manera transnacional? ¿Cómo pensar en las redes bosquejadas en el período con respecto al Atlántico norte (con Nueva Inglaterra o Gran Bretaña) pero también considerar las relaciones que se mantienen desde el hemisferio sur con Chile, Nueva Zelanda o Australia? El *quid* de la cuestión parece más bien apelar a aprender de los aportes de las tendencias atlanticistas y mundialistas y pensar desde conceptos como la circulación atendiendo en particular al flujo transnacional con la Patagonia en la escena central. Considerar poder, economía y sociedad globales, pero siguiendo, al modo en que lo hizo Hobsbawm (2009), las trayectorias específicas de la formación del capitalismo en regiones periféricas del mundo. En el caso de la costa patagónica, son los flujos, las conectividades y las redes, y no dimensiones más abstractas, genéricas o no localizadas como los océanos o los hemisferios, los que finalmente diagraman los límites, y sobre todo los alcances de la región. La circulación de los buques extranjeros y nacionales en la Patagonia ha producido una diversidad de impactos que constituyen ejes de análisis que aún resta investigar. Los impactos económicos y sociales de la caza y la pesca de mamíferos marinos y la navegación derivaron en establecimientos tales como factorías, estancias, asentamientos balleneros e incluso refugios para náufragos, así como en intercambios sociales y comerciales importantes para la dinámica regional. La comprensión de esta dinámica está ligada a las experiencias no sólo de los navegantes sino de los actores locales con los que se interactuaba. Los estudios al respecto, exhaustivos en lo relativo a puertos como Carmen de Patagones (como ha sido el caso del trabajo pionero de Martínez de Gorla), aún no han sido profundizados respecto de otros sectores costeros menos relevantes desde el punto de vista del registro documental que se generó a partir de ellos. Al litoral patagónico extendieron sus brazos marítimos regiones recónditas, en la forma de grupos multiétnicos, de culturas distintas y formas de explotación específicas que en su conjunto afectaron a esta costa, al tiempo que se afectaban ellos mismos. Colonos e indígenas patagónicos brindaron indicaciones, compartieron su conocimiento y negociaron recursos con sus visitantes marítimos y, en más de una ocasión, fueron vandalizados por éstos.

Finalmente, el impacto ecológico que ha derivado de estos viajes en el mar austral tampoco ha tenido repercusión en la historia académica. A primera vista, hay que considerar organismos como ratas, plantas, insectos y animales domésticos que posiblemente han sido introducidos en estos viajes del siglo XIX, algunas veces a modo de

“polizones”, bajo la mirada inadvertida o impotente de las tripulaciones. Pero también es fundamental considerar la incidencia de estos viajes en la biodiversidad marítima, un tema que mundialmente recibe poca atención, ya que la historia ambiental mantiene cierto sesgo terrenal con poca atención en los ecosistemas acuáticos, orientando más bien el foco a ríos que a lagos u océanos (McNeil 2005). En términos generales, tanto el atlanticismo como la historia marítima tradicional –excepto aquellos que reconstruyen la historia de las pesquerías– han descuidado el mar y todo lo que vive en él (Bolster 2008). En este sentido, dos cosas apremian para ser tomadas en cuenta en el litoral patagónico del siglo XIX: la caza de mamíferos marinos, que ha tenido un impacto devastador sobre la fauna de la región, y la introducción de aquellos organismos que han sido transportados de un lugar a otro, adosados a los navíos y a los lastres a modo de “islas biológicas flotantes” (Carlton 1992). El estudio de los animales “carismáticos”, como ballenas, elefantes y lobos marinos, es mucho más frecuente en detrimento de otra fauna y flora que habitan las costas y el fondo marino (Bortolus y Schwindt 2007) y que ha sido afectada por estos viajes. Considerar factores como los flujos marítimos, la intensidad de los viajes, su proveniencia y el tiempo de fondeo en distintos puntos de la costa patagónica posibilita generar teorías sobre la procedencia de especies invasoras que impactan hoy en los recursos marinos. Es por eso que las tendencias en la historia marítima (y en otros campos de las ciencias sociales) respecto a redes y circulación resulta útil, entre otras cosas, para investigar temas clásicamente biológicos como la introducción de especies (Banks *et al.* 2015). En los últimos quince años, se registra un incremento del esfuerzo colaborativo entre ciencias naturales y sociales que ponderan una visión global o interdisciplinaria de las interacciones históricas humanas con la vida en los océanos, aunando cada vez más a historiadores y ecologistas para investigar cuestiones que serían imposibles de contestar desde una sola disciplina (Bolster 2008, Schwerdtner *et al.* 2014). Conforme a esta tendencia, se desarrollan proyectos a gran escala como el History of Marine Animal Populations (HMAP), que pretenden reconstruir históricamente los ecosistemas oceánicos. Este giro interdisciplinario es posible y propiciado gracias a la perspectiva transnacional de la historia y constituye un desafío porque no puede ser reducido sólo a variables económicas sino también sociales y políticas que han decidido el rumbo de las embarcaciones que transitaban por la región. El desafío será complementarlo con estudios que atiendan a las dinámicas sociales y naturales en las escalas local y regional y a la manera en que estas se traman con los procesos globales más allá de los límites nacionales o jurisdiccionales.

## BIBLIOGRAFÍA

- ABRANTES GARCÍA, A. C., 2017. New ports of the New World: Angra, Funchal, Port Royal and Bridgetown. *International Journal of Maritime History*, vol. 29, nº 1, pp. 155-174.
- AA.VV., 2001. Une histoire à l'échelle globale. *Annales*, año 59 nº 1, EHESS.

- ARMITAGE, D., 2002, Three Concepts of Atlantic History. En D. ARMITAGE y M. J. BRADDICK, eds., *The British Atlantic World, 1500-1800*. Londres: Basingstoke. pp. 11-29.
- BANDIERI, S., 1996. Entre lo micro y lo macro: la historia regional. Síntesis de una experiencia. *Entrepasados*, vol. 11, pp. 71-100.
- , 2009. *Historia de la Patagonia*. Buenos Aires, Sudamericana. 445 p.
- BANKS, N., D. R. PAINIM, K. L. BAYLISS, M. HODDA, 2015. The role of global trade and transport network topology in the human mediated dispersal of alien species. *Ecology Letters*, vol. 18, pp. 188-199.
- BASCOPÉ JULIO, J., 2012. La colonisation de la Patagonie australe et la Terre de Feu. *Sources pour une histoire internationale, 1877-1922*. París. Tesis doctoral, presentada en la École des Hautes Études en Sciences Sociales, Ms. 1028 p.
- BASTIDA, R., D. ELKIN & M. GROSSO, 2008. The Role of Benthic Communities and Environmental Agents in the Formation of Underwater Archaeological Sites. En M. E. LSHIKAR-DENTON y P. LUNA ERRENGUERENA (eds.), *Underwater and Maritime Archaeology in Latin America and the Caribbean*. Walnut Creek (California): Left Coast Press. pp. 173-185.
- , 2010. Enfoques interdisciplinarios para el estudio de procesos naturales de formación de sitios arqueológicos subacuáticos: investigaciones en el marco del Proyecto Swift (Provincia de Santa Cruz, Argentina). En: F. OLIVA, N. DE GRANDIS, J. RODRÍGUEZ (comps.), *Arqueología argentina en los inicios de un nuevo siglo*, tomo III. Publicación del XIV Congreso Nacional de Arqueología Argentina (Rosario, septiembre 2001). Rosario: Laborde. pp. 269-283.
- BIANCHI VILLELLI, M. & S. BUSCAGLIA, 2015. De gestas, de salvajes y de mártires. El relato maestro sobre el fuerte San José reconsiderado desde la arqueología histórica (Península Valdés, Pcia. de Chubut, Siglo XVIII). *Revista del Museo de Antropología*, vol 8., nº 1, pp. 187-200.
- & B. SANCCI, 2013. Una genealogía de los planos históricos del Fuerte San José (Península Valdés, Chubut, Siglo XVIII). *Corpus - Archivos virtuales de la alteridad americana*, vol. 3, pp. 1-15.
- BOLSTER, W. J., 2008. Putting the Ocean in Atlantic History: Maritime Communities and Marine Ecology in the Northwest Atlantic, 1500–1800. *American Historical Review*, vol. 113, nº 1, pp. 19–47.
- BORTOLUS, A. & E. SCHWINDT, 2007. What would have Darwin written now? *Biodiversity and Conservation*, vol. 16, pp. 337-345.
- BORUCKI, A., 2011. The Slave Trade to the Río de la Plata. Trans-imperial Networks and Atlantic Warfare, 1777-1812, *Colonial Latin American Review*, vol. 20, nº 1, pp. 81-107.
- , 2013. Shipmate Networks and Black Identities in the Marriage Files of Montevideo, 1768-1803. *Hispanic American Historical Review*, vol. 93, nº 2, pp. 205-238.
- BRAUDEL, F., 2010. *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. México: Fondo de Cultura Económica. 1810 p.
- BRUMATI, H., 2011. Investigación de correos y télegrafos en la historia patagónica. Disponible en <http://www.drault.com/pdb/correo/correo-indice.html>
- BUSCAGLIA, S., M. BIANCHI VILLELLI, L. STARÓPOLI, C. BOSONI, S. CARELLI, J. ALBERTI, 2012. Arqueología Histórica en Península Valdés. Primeros Abordajes Históricos y Arqueológicos al Fuerte San José (1779-1810). *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana*, vol. 6, pp. 47-79.
- BUSTOS, J. A., 1993. Indios y Blancos, sal y ganado más allá de la frontera. *Anuario IEHS*, vol. 8, pp. 27-45.
- Cañete, V., F. Rispoli, L. Ruocco, G. Yurkievich (comps.), 2011. En *Los puertos y su gente: pasado, presente y porvenir*. Mar del Plata: GESMar. 184 p.
- CARLTON, J. T., 1992. Blue immigrants: the marine biology of maritime history. *The Log*, vol. 44, pp. 31-36.
- CHAVES, K., 2011. Athwart the trend: Maritime History's position in a sea of Atlantic World prospects, *Interdisciplinary Journal of Maritime Studies*, vol. 2, nº 2., pp. 12-21.
- COCLANIS, P. A., 2006. Atlantic World or Atlantic/World? *The William and Mary Quarterly*, third series, vol. 63, nº 4, pp. 725-742.
- CORONATO, F., 2004. Early links between the Falkland Islands and the Welsh Colony in Patagonia: Bishops from the Islands visiting the Mainland. *Falkland Islands Journal*, pp. 22-27.

- , 2010. *El rol de la ganadería ovina en la construcción del territorio de la Patagonia*. París. Tesis doctoral, presentada en el Institut des Sciences et Industries du Vivant et de l'Environnement, Agro Paris Tech. Ms. 329 p.
- & J. F. TOURRAND, 2013. Falklands and Patagonia: the good old neighbourhood. *Falkland Islands Journal*, pp. 90-106.
- DE JONG, G., 2001. *Introducción al método regional*. Neuquén: LIPAT, Universidad Nacional del Comahue. 159 p.
- DESTÉFANI, L. H., 1985. Colonización Patagónica. En *Historia marítima argentina*, tomo IV. Buenos Aires: Departamento de Estudios Históricos Navales, Secretaría General Naval. pp. 177-224.
- DICKINSON, A. B., 1993. Early sealing in the Falkland Islands dependencies. *The Great Circle*, vol. 15, nº 1, pp 1-17.
- , 1994. Early Nineteenth-Century Sealing on the Falkland Islands: Attempts to Develop a Regulated Industry, 1820-1834. *The Northern Mariner / Le Marin du nord*, vol. 4, nº 3, pp. 39-49.
- ELKIN, D., 2016. Arqueología marítima en la Patagonia: el proyecto HMS Swift (Argentina). *Revista PH*, pp. 78-93. Disponible en <http://www.iaph.es/revistaph/index.php/revistaph/article/view/3748>
- , C. MURRAY, M. GROSSO, G. GUTIÉRREZ, M. E. TRASSENS, R. BASTIDA, 2015. Investigaciones Interdisciplinarias en Sitios Arqueológicos de Naufragio en el Golfo Nuevo (Provincia Del Chubut): Primeros Resultados. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano*, vol. 1, pp. 21-40.
- , C. MURRAY, M. GROSSO, 2017. Arqueología de naufragios históricos en la costa atlántica fueguina. En *Patrimonio a orillas del mar - Arqueología del litoral atlántico de Tierra del Fuego*. Ushuaia: Editora cultural Tierra del Fuego, pp. 207-237.
- ENTRAIGAS, R. A., 1966. *Piedra Buena caballero del mar*. Buenos Aires: Departamento de Estudios Históricos Navales, Secretaría de Estado de Marina. 420 p.
- FINK, L., 2011. *Sweatshops at Sea. Merchant seamen in the world's first globalized industry, from 1812 to the present*. Chapel Hill: The University of North Carolina. 288 p.
- GARCÍA, S. V., 2009. El estudio de los recursos pesqueros en la Argentina de fines del siglo XIX. *Revista Brasileira de História da Ciência*, vol. 2, nº 2, pp. 206-221.
- , 2010. La logística de los levantamientos hidrográficos en el Río de la Plata y Patagonia en tiempos del HMS Beagle. *Anuario IEHS*, vol. 25, pp. 279-304.
- & I. PODGORNY, 2013. La Casa de los Pilotos, Las escorias de la Patagonia y el naturalista de la barca inglesa. En R. RUIZ, M. A. PUIG-SAMPER, G. ZAMUDIO (eds.) *Darwinismo, Biología y Sociedad*. España: Doce Calles / UNAM. pp. 29-50.
- & I. PODGORNY, 2017. L'exploitation de la faune marine dans l'Atlantique Sud: quelques idées pour une histoire globale de la zoologie et du commerce au XIXe siècle. En: D. ROJAS (ed.), *Amérique latine globale. Histoire connectée, globale et internationale*, Paris: L'Harmattan, 2017, pp. 17-47.
- GROSSO, M., 2008. Arqueología de naufragios: estudio de procesos de formación naturales en el sitio HMS Swift (Puerto Deseado, Santa Cruz). Buenos Aires. Tesis de Licenciatura en Ciencias Antropológicas - Orientación Arqueología. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires. Publicación electrónica CD. 146 p.
- , D. ELKIN, C. MURRAY, M. A. CASTRO, 2015. Evidencia arqueológica de naufragios en zonas costeras: El caso del Parque Nacional Monte León (Provincia de Santa Cruz). *Magallania*, vol.43, nº 2, pp.93-118.
- GRUZINSKI, S., 2001. Les mondes mêlés de la monarchie catholique et autres 'connected histories'. *Annales*, año 59, nº 1, EHESS.
- HATTENDORF, J. B., 2012. Maritime History Today. *Perspectives on History*, vol. 50, nº 2, pp. 34-36.
- HEIDBRINK, I., 2017. Closing the 'blue hole': Maritime history as a core element of historical research. *International Journal of Maritime History*, vol. 29, nº 2, pp. 325-332.
- HOBBSAWM, E. J., 2009. *La era del imperio, 1875-1914*. España: Editorial Crítica. 408 p.
- HOLLETT, D., 2008. *More Precious Than Gold: The Story of the Peruvian Guano Trade*. Madison: Fairleigh Dickinson University Press. 301 p.
- LINEBAUGH, P. & M. REDIKER, 2005. *La Hidra de la Revolución. Marineros, esclavos y campesinos en la historia oculta del Atlántico*. Barcelona: Crítica. 496 p.

- LORENZ, F., 2011. El malestar de Krímov. Malvinas, los estudios sobre la guerra y la historia reciente argentina. *Estudios*, vol. 25, pp. 47-75.
- , 2013. Reconstruir la historia. *Le Monde diplomatique*, vol. 163, pp. 10-11.
- , 2014. *Todo lo que necesitas saber sobre Malvinas*. Buenos Aires: Paidós. 208 p.
- MARTÍNEZ DE GORLA, D. N., 1970. *El Puerto Franco de Patagones y la realidad socioeconómica de la frontera del sud*. Buenos Aires: Junta de Investigaciones y Estudios Históricos de la Provincia de Río Negro. 114 p.
- MARTINIC BEROS, M., 1996. Inmigrantes malvineros en Magallanes. *Magallania: Anales del Instituto de la Patagonia, Serie Ciencias Humanas*, vol. 24, pp. 21-34.
- , 2008. El comercio sexual entre las mujeres Aónikenk y los foráneos. *Magallania*, vol. 36, n° 1, pp. 31-36.
- , 2009. Relaciones y comercio entre Magallanes y las islas Falkland. *Magallania*, vol. 37, n° 2, pp. 5-21.
- , 2009b. Balleneros en la Patagonia Occidental en los años de 1830. *Boletín de la Academia de Historia Naval y Marítima de Chile*, vol. 12, pp. 87-96.
- MATEO OVIEDO, J. A., 2003. *De Espaldas al Mar. La Pesca en el Atlántico Sur (siglos XIX y XX)*. Barcelona. Tesis doctoral, Universitat Rompeu Fabra, Institut Universitari d'Història. 70 p.
- MAYORGA, Z., M., 2016. Antecedentes históricos referidos a la caza de lobos marinos y su interacción con el medio geográfico y humano en el extremo austral americano: el caso del lobo escocés William Low. *Magallania*, vol. 44, n° 2, pp. 37-64.
- , 2017. Actividad lobera temprana en la Patagonia Oriental: caza de mamíferos marinos. *RIVAR*, vol. 4, n° 11, pp. 31-51.
- MC NEIL, J. R., 2005. Naturaleza y Cultura de la Historia Ambiental. *Nómadas*, vol. 22, pp. 12-25.
- MURRAY, C., M. GROSSO, D. ELKIN, F. CORONATO, H. DE ROSA, M. A. CASTRO, R. BASTIDA, N. C. CIARLO, 2009. Un sitio costero vulnerable: el naufragio de 'Bahía Galenses' (Puerto Madryn, Chubut, Argentina). En *Arqueología de la Patagonia: Una mirada desde el último confin*. Ushuaia: Utopías, pp. 1093-1108.
- OJALA, J. & S. TENOLD, 2017. Maritime history: A health check. *International Journal of Maritime History*, vol. 29, n° 2, pp. 344-354.
- PARRY, J. H., 1974. *El descubrimiento del mar*. Barcelona: Editorial Crítica. 368 p.
- PASSETTI, G., 2008. A América Latina como símbolo do fracasso da colonização ibérica em "civilizar os nativos" segundo o relato de Robert FitzRoy, capitão do HMS Beagle (1829-1836). En *Anais do XIX Encontro Regional de História: Poder, Violência e Exclusão*. ANPUH/SP - USP. São Paulo, 08 a 12 de setembro de 2008. Cd-rom, pp. 1-12. Disponible en <http://www.anpuhsp.org.br/sp/downloads/CD%20XIX/index.html>
- , 2014. Strait of Magellan rediscovered: science, politics, commerce. *Antíteses: Dossiê Cultura Marítima*, vol. 7, n° 13, pp. 254-276
- POLÓNIA, A., A. S. RIBEIRO, D. LANGE, 2017. Connected oceans: New pathways in maritime history. *International Journal of Maritime History*, vol. 29, n° 1, pp. 90-95.
- PRADO, F., 2009. In the Shadow of Empires: Transimperial Networks and Colonial Identity in Bourbon Rio de la Plata (c. 1750 – c. 1813). Atlanta. PhD Thesis, Emory University. Ms. 311 p.
- PRATT, M. L., 2003. *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*. Londres: Routledge. 257 p.
- RATTO, H. R., 1930. *Actividades marítimas en la Patagonia durante los siglos XVII y XVIII*. Buenos Aires: Guillermo Kraft. 194 p.
- RIBEIRO DA SILVA, F., 2017. The slave trade and the development of the Atlantic African port system, 1400s-1800s. *International Journal of Maritime History*, vol. 29, n° 1, pp. 138-154.
- RIESENBERG, F., 1941. *Cabo de Hornos*. Buenos Aires: Hachette. 459 p.
- ROBERTS, L., 2009. Situating Science in Global History: Local Exchanges and Networks of Circulation. *Itinerario*, vol. 33, pp. 9-30.
- RYDELL, R. A., 1948. The Cape Horn Route to California, 1849. *Pacific Historical Review*, vol. 17, n° 2, pp. 149-163.
- , 1949. The California Clippers. *Pacific Historical Review*, vol. 18, n° 1, pp. 70-83.
- SANDRÍN, M. E. & N. BIANGARDI (comps.), 2014. *Los espacios portuarios: Un lugar de encuentro entre disciplinas*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. 405 p.

- SCHMITT, C., 2007. *Tierra y Mar, Una reflexión sobre la historia universal*. Madrid: Editorial Trotta. 112 p.
- SCHWERDTNER MÁÑEZ, K., P. HOLM, L. BLIGHT, M. COLL, A. MACDIARMID, H. OJAVEER, B. POULSEN, M. TULL, 2014. The Future of the Oceans Past: Towards a Global Marine History Research Initiative. *PloSOne*, vol. 9, nº 7, pp. 1-10. Disponible en <http://journals.plos.org/plosone/article?id=10.1371/journal.pone.0101466>
- SENATORE, M. X., 2007. *Arqueología e Historia en la Colonia Española de Floridablanca. Patagonia, Siglo XVIII*. Serie Arqueología Histórica. Proyecto Floridablanca. Buenos Aires: Editorial Teseo. 332 p.
- , 2011. Antártida como Narrativa. *Vestigios Revista Latinoamericana de Arqueología Histórica*, vol. 5, pp. 159 – 184.
- SESHAN, R., 2017. Intersections: Peoples, ports and trade in seventeenth-century Surat and Madras. *International Journal of Maritime History*, vol. 29, nº 1, pp. 111-122.
- SILVA, H. A., 1978. La economía pesquera en el Virreinato del Río de la Plata. Buenos Aires: Fundación para la Educación, la Ciencia y la Cultura.
- , 1985. La pesca y la caza de lobos y anfibios, la Real Compañía Marítima de Pesca en Deseado (1790/1807). En *Historia marítima argentina*, tomo IV. Buenos Aires: Departamento de Estudios Históricos Navales, Secretaría General Naval, pp. 508-530.
- , 1999. *Navegación y comercio rioplatense 1 y 2*. Bahía Blanca: Universidad Nacional del Sur, Departamento de Humanidades.
- SOLURI, J. 2013. Seals and Seal Hunters along the Patagonian Littoral, 1780-1960. En M. FEW & Z. TOTORICI (ed.), *Centering Animals: Writing Animals into Latin American History*. Durham: Duke University Press, 2013, pp. 243-269.
- SUBRAHMANYAM, S., 1997. Connected Histories: Notes towards a Reconfiguration of Early Modern Eurasia. *Modern Asian Studies*, vol. 31, nº 3, Special Issue: The Eurasian Context of the Early Modern History of Mainland South East Asia, 1400-1800, pp. 735-762.
- , 2007. Holding the World in Balance: The Connected Histories of the Iberian Overseas Empires, 1500-1640. *The American Historical Review*, vol. 112, nº 5, pp. 1359-1385.
- VAIRO, C. P., 2000. *Nafragios en el cabo de Hornos, Isla de los Estados, Magallanes, Península Mitre, Malvinas y Georgias del Sud*. Ushuaia: Zagier & Urruty. 224 p.
- VICKERS, D., 1993. Beyond Jack Tar. *William and Mary Quarterly*, third series, vol. 50, nº 2, pp. 418-424.

## EL OFICIO DE HACER EL ESTADO

### BUROCRACIA Y POLÍTICAS DE MINORIDAD, CÓRDOBA 1936-1955<sup>1</sup>

THE JOB OF MAKING THE STATE. BUREAUCRACY AND MINORITY POLICIES, CÓRDOBA 1936-1955

María José Ortiz Bergia<sup>2</sup>

*Palabras clave*    *Resumen*

Burocracia,  
Políticas públicas,  
Proceso de  
implementación,  
Minoridad

*Recibido*  
23-2-2017  
*Aceptado*  
17-11-2017

Una aproximación sistemática al Estado permite comprender que el contenido, el alcance y la orientación de las políticas públicas no son solo el resultado de las decisiones de expertos y políticos sino también el complejo producto de la administración responsable de su implementación. Más precisamente, tres cuestiones permiten ilustrar la manera en que los burócratas son capaces de impactar en las políticas públicas: los desajustes existentes entre las categorías estatales y las realidades sociales en las que se aplican, la diversidad de metas existentes en el interior de la estructura estatal y la heteronomía en su conformación. En este trabajo, estos factores son analizados para explicar la implementación de las políticas de minoridad de la provincia de Córdoba, entre los años treinta y los cincuenta.

*Key words*    *Abstract*

Bureaucracy,  
Public policies,  
Implementation  
Process,  
Minority

*Received*  
23-2-2017  
*Accepted*  
17-11-2017

A systematic approach to the state allow us to understand that the content, scope and orientation of public policies are not just the result of the experts' and politicians' decisions but also the complex product of the administration responsible for its implementation. More precisely, three issues illustrate how the bureaucracy are able to impact public policies: the maladjustment between the state categories and the social realities in which those were applied, the goals diversity within the state structure and the heteronomy of their conformation. In this article, these factors are analyzed to explain the implementation of minority policies in Córdoba province, between the thirties and fifties.

Expertos y dirigencia política construyeron una sociedad exitosa en la Argentina de entreguerras, impulsando circuitos institucionales represivos, judiciales y de inter-

1 Distintas versiones de este trabajo se beneficiaron de la atenta lectura de Isabella Cosse, Jeremías Silva y Agustina Gentili, también de quienes participaron de las IV Jornadas de Estudios sobre la Infancia, las III Jornadas "Políticas de masas y cultura de masas en entreguerras" y de quienes integran el programa "Estado, poderes y control social", con sede en el Centro de Investigaciones y Estudios sobre Cultura y Sociedad (UNC / CONICET). Agradezco la generosidad de sus comentarios.

2 CONICET / Universidad Nacional de Córdoba / Centro de Estudios Históricos "Prof. Carlos S. A. Segreti". Dirección: Miguel C. del Corro 308, Córdoba, Argentina. C.e.: ortizbergia.mj@gmail.com.

nación destinados a niños *delinquentes y abandonados moral y/o materialmente*. Esto promovió la creación de internados en la jurisdicción cordobesa, como un medio a través del cual reemplazar el tradicional depósito de menores por un sistema de establecimientos especializados en el cuidado de la infancia en diferentes situaciones legales. La revisión de la prensa y la correspondencia dirigida a las oficinas estatales permite reconocer la favorable recepción que la sociedad otorgó a esos roles oficiales sobre la infancia en el espacio urbano de la ciudad de Córdoba. Entre las reacciones provocadas, destacamos las de cerca de doscientas familias que solicitaron que sus hijos fueran internados en esos nuevos espacios tutelares y muchas otras que efectivamente hicieron uso de esos servicios entre mediados de los años treinta y los cuarenta. Ahora bien, una mirada más atenta a las solicitudes enviadas a las oficinas públicas permite constatar que una parte de la población dirigió sus cartas al Estado cordobés con la intención de pedir prestaciones que no se adecuaban del todo a las expectativas oficiales. Madres, padres y guardadores demandaban utilizar los recursos estatales para asegurar la supervivencia de estructuras familiares alejadas de los modelos normativos o gestionaban mecanismos de ascenso social. Si bien sendos propósitos escapaban a la planificación estatal, la revisión de las memorias, las estadísticas y los trámites administrativos internos del Ministerio de Gobierno cordobés permiten constatar que algunas de esas familias fueron satisfechas en sus demandas y que la población destinataria de los alojamientos oficiales no siempre coincidió con la que estaba delimitada en los criterios formales (Ortiz Bergia 2015).

Los trabajos producidos en el campo de la infancia han puesto en evidencia la manera en que las políticas de minoridad tendieron a adecuarse a las realidades familiares, a las modalidades de circulación infantil de los sectores populares y a la utilización de los internados oficiales como recursos en la gestión de necesidades particulares de crianza (Aversa 2013, Gentili 2015, Leo 2015). En las cartas y en los expedientes revisados para este trabajo, se desprende esa cotidianidad de las relaciones entre familias y agencias estatales. Se visibilizan las coincidencias, los acuerdos y los acomodamientos, pero también los equívocos y las decepciones. Esos encuentros muestran que las políticas de minoridad no fueron el resultado automático de las decisiones adoptadas por expertos y dirigencias partidarias, sino más bien el resultado de una compleja secuencia de acciones, que involucró a múltiples actores.

Respecto de los estudios sobre el Estado argentino, es posible afirmar que la administración estatal y la implementación de las políticas públicas ha recibido una atención comparativamente menor que la centrada en las instancias de diseño de las intervenciones oficiales (Pereyra 2012). Esto ha orientado la predilección por los problemas de investigación enfocados en la génesis de las agendas públicas y en los procesos de toma de decisión, involucrando a expertos, dirigentes partidarios y grupos de interés. Una sensibilidad diferente ha inspirado los trabajos que estudian el *Estado en los márgenes*, aquellos contornos en donde la estructura estatal estuvo escasamente consolidada, en términos materiales y simbólicos, y en donde el orden estatal fue perma-

nementemente desafiado. En esta línea, se destacan los estudios sobre la formación del Estado moderno en la Argentina decimonónica (Garavaglia, Braddick & Lamouroux 2016) y los emprendimientos dedicados a la implementación de políticas públicas – agentes, oficinas y servicios– en los espacios rurales y territorianos durante el siglo xx (Bohoslavsky y Di Liscia 2008, Casullo, Gallucci y Perren 2013, entre otros). Estas investigaciones muestran cómo las metas oficiales han sido transformadas rutinariamente en el terreno de su ejecución y el análisis de las agendas oficiales no basta para explicar los resultados alcanzados.

En el marco de estos estudios, el objetivo de este trabajo es visibilizar el rol que han tenido los burócratas como activos creadores de las políticas sociales, antes que meros instrumentos neutrales de su ejecución. El reconocimiento del carácter medular de este grupo se desprende de su actuación cotidiana reinterpretando las normas estatales y adecuándolas a las múltiples, y por momentos contradictorias, tensiones técnicas, sociales, materiales y políticas en las que se desenvolvían. En este trabajo, utilizamos los términos *burocracia* y *administración* en forma indistinta para identificar a los empleados del Estado involucrados en los niveles operativos y prestamos especial atención a la *burocracia de calle*, aquella alejada de los centros de poder y dedicada a implementar las políticas públicas en contacto permanente con la población, integrada, por ejemplo, por policías, jueces, médicos y maestros. Los burócratas de calle se destacan por sus altos niveles de improvisación, discrecionalidad y autonomía en la asignación de beneficios y sanciones, en gran medida como resultado de los constreñimientos materiales y temporales con los que lidian, las presiones técnicas y sociales en las que trabajan y la ambigüedad de metas con las que intervienen.<sup>3</sup> Estos rasgos pueden variar a lo largo de un *continuum* entre empleados cuyas dotaciones de recursos y responsabilidades son las adecuadas, respecto a otros que despliegan su labor en contextos con enormes exigencias y recursos reducidos (Lipsky 2010).

En esta investigación, nos centramos en tres cuestiones que son indicativas de la importancia de la burocracia de calle en la implementación de las políticas públicas. Inicialmente, exploramos los desajustes existentes entre las categorías estatales y la complejidad social, intentando exponer cómo el éxito de las políticas cordobesas dependió en buena medida de decisiones burocráticas que subvirtieron rutinariamente los programas oficiales. Posteriormente, indagamos la heterogeneidad de los agentes burocráticos. Finalmente, ahondamos en la heteronomía de su conformación. A través de esas dos variables, intentamos poner en evidencia cómo los criterios que presidieron la asignación de bienes públicos estuvieron enraizados tanto en principios fundados en razones sociales y técnicas propias del campo de la minoridad como en imperativos surgidos de la trayectoria laboral y política de la propia administración provincial.

3 Esta perspectiva de la labor administrativa se alimenta de las discusiones desarrolladas en la ciencia política en torno a la implementación de las políticas públicas y la crisis de las distinciones entre política y administración (Aguilar Villanueva 1992).

Para realizar el estudio exploramos las estructuras administrativas que tuvieron responsabilidad en el destino de niños y adolescentes bajo la tutela estatal en la ciudad de Córdoba en las defensorías de menores, la policía, los internados y la Dirección de Menores. Para ello nos ceñimos a un período que se inicia con la instalación del sistema tutelar cordobés, a partir de 1936, mediante la creación de la Colonia Hogar 'Vélez Sarsfield', y nos extendemos a largo de sus dos primeras décadas de funcionamiento. En la realización de esta tarea, utilizamos registros muy variados, como diarios de sesiones, libros, decretos y publicaciones oficiales y particulares. Relevamos exhaustivamente expedientes de las oficinas provinciales con información sobre su actividad cotidiana, como memorias, informes, pedidos particulares, denuncias, sumarios y reglamentos. También hicimos un análisis sistemático de periódicos locales, como *La Voz del Interior*, *Córdoba* y *Los Principios*, entre 1930 y 1955. Las publicaciones periódicas nos proporcionaron información sobre el impacto social de esas reparticiones y su trayectoria a lo largo del tiempo.

#### LA CONSTRUCCIÓN DE DISPOSITIVOS SOCIALES PARA LA INFANCIA

La sanción de la ley de maternidad e infancia, la Caja de Maternidad, la Comisión Nacional de Ayuda Escolar, el Patronato de Menores, las gotas de leche, las cantinas maternas, los jardines y albergues infantiles y las colonias de niños débiles fueron algunas de las innovaciones introducidas en la década del treinta con el propósito de transformar las condiciones materiales en las que se forjaban las infancias populares en la Argentina (Cosse 2005, Billorou 2010, Biernat y Ramacciotti 2013). El volumen y la diversidad de las medidas adoptadas constituyen indicios inequívocos de la centralidad pública adquirida por la maternidad, las familias y, en especial, la crianza de los niños, fenómenos que contemporáneamente adquirieron expresión continental (Guy 1998b, Molyneux 2000 p. 49, Binn 2007).

Es posible afirmar que la inserción socioeconómica de la jurisdicción cordobesa hizo que el Estado provincial dispusiera, durante el período de entreguerras, de una importante capacidad relativa en la generación de esas políticas públicas dentro del país.<sup>4</sup> En las primeras décadas del siglo xx, estas capacidades se habían volcado predominantemente a la construcción de intervenciones en el área de seguridad, educación y obras de carácter económico (Moreyra 2009). A partir de los años treinta, sin embargo, la maduración de convicciones respecto a que el analfabetismo, las enfermedades y la pobreza también incidían en el desenvolvimiento económico y político de la provincia favoreció la elaboración de intervenciones estatales en áreas previamente marginales como el trabajo, la salud, la vivienda y la asistencia social. Dentro de ese conjunto, fueron privilegiados los intentos por mejorar la salud materno-infantil, brindar apoyos

4 De todos modos, la provincia de Córdoba demostró un desarrollo más ralentizado respecto a otras provincias como Mendoza y Buenos Aires que instalaron sus Juzgados de Menores en los años treinta (Stagno, 2008; Cerdá, 2012).

materiales a las familias empobrecidas y sustituir los vínculos filiales “negativos” por los estatales. Los dirigentes políticos inauguraron las llamadas gotas de leche en el período de entreguerras, orientadas a atender la salud y la nutrición de los niños de primera infancia. Posteriormente, fueron agregadas las cantinas maternas que brindaban una comida a las mujeres embarazadas o en período de lactancia y, entre los niños escolarizados, fueron creados los llamados comedores y cantinas, a semejanza de los servicios que estaban siendo implantados a nivel nacional. Esa labor fue complementada con colonias vacacionales para escolares débiles y otros servicios destinados a mejorar las condiciones de salud infantil. También fueron instalados jardines de infantes y fue creado un albergue para cuidar durante el día a los hijos de madres obreras. Esas innovaciones institucionales intentaron mejorar la situación material de las familias populares, complementando y apuntalando presupuestos y vínculos sociales.

En ese conjunto, la dirigencia cordobesa impulsó también una serie de políticas públicas dirigidas a cumplimentar algunos de los propósitos contenidos en la ley Agote, vinculados con los niños *delincuentes y abandonados moral y materialmente*. Esto se concretó mediante la creación de internados que reemplazarían, según los planes oficiales, el tradicional depósito de menores por un sistema de establecimientos especializados en el cuidado de la infancia en diferentes situaciones legales. Hasta 1936, los niños solo contaban con el Asilo de Menores de la Cárcel de Encausados en donde hacían vida carcelaria. A partir de la construcción de los nuevos institutos, esta dependencia pasó a alojar a los niños *penados o procesados* y en la Colonia Hogar ‘Dalmacio Vélez Sarsfield’ (1936) fueron instalados quienes eran *huérfanos o abandonados*. Para quienes eran destacados por su conducta, dos años después, fue establecido el Internado de Asistencia Social para Menores de la Escuela Industrial “Presidente Roca”. Los niños no aceptados en los institutos, por enfermedad, edad o inconducta, eran recluidos en las comisarías, en el Cuartel de Bomberos y, a partir de 1942, en el Reformatorio de Varones de Villa Belgrano. Esta división fue anulada pocos años después y, en la Colonia Hogar ‘Vélez Sarsfield’, comenzaron a convivir los niños en condición de *abandono* con aquellos *detenidos y procesados*. Estos establecimientos estuvieron dirigidos a niños escolarizados y adolescentes de sexo masculino de entre seis y veintidós años. Durante los gobiernos peronistas, la Cárcel de Encausados<sup>5</sup> siguió siendo utilizada como resguardo de menores, a la que fue sumada la Colonia Hogar “San Roque” (1950) y el Reformatorio Juvenil de Bell Ville (1953). Para la internación de niñas y adolescentes existía el asilo de preservadas de la Cárcel del Buen Pastor, pero para 1942 comenzó a crearse un circuito específico con la inauguración del Hogar de Menores Madres para adolescentes embarazadas, el Hogar de Menores Mujeres (1945) y el de la localidad de Escalante (1948). Durante los años cuarenta, a la Dirección General de Menores también se transfirió la administración de la Colonia Hogar “Santa Catalina”, la Colonia “Marcelo T. de Alvear” y el Hogar Escuela “Remedios de Escalada”, dedicadas

---

5 Córdoba, 22/4/45, p. 12.

a niños pobres. Este circuito de internación de jurisdicción provincial, para los años cincuenta, custodiaba a más de ochocientos niños y jóvenes de ambos sexos.<sup>6</sup>

#### NO TODO ES LO QUE PARECE: LOS DESAJUSTES DE LAS CATEGORÍAS ESTATALES

En la institución de orientación técnico-industrial “Presidente Roca”, los destinatarios de su internado debían ser “abandonados”, pero además debían cumplimentar requisitos bastantes exigentes. Los niños ingresantes debían tener catorce años y contar con el cuarto grado de la escuela aprobado, condiciones de escolarización poco frecuentes entre los niños que se encontraban *abandonados moral y/o materialmente*, a menos que se flexibilizara qué se entendía por esa categoría. Quienes llegaron a solicitar el ingreso a esta escuela, y en muchos casos fueron atendidos en sus pedidos, fueron familias de escasos recursos que cumplían esos requisitos y solicitaban la atención del Estado. Sin embargo, no fundamentaban sus demandas en sus dificultades para sustentar a sus hijos, sino para proveerles de una esmerada educación profesional. Esto contravenía lo afirmado por el legislador que había fundamentado el proyecto de un internado “Únicamente para los niños abandonados.”<sup>7</sup> Esa alteración de los requisitos de admisión del Internado “Presidente Roca” puede adoptarse como un ejemplo de las reinterpretaciones que la burocracia cordobesa realizaba rutinariamente con la finalidad de reducir la brecha entre los mandatos oficiales y la heterogeneidad de la infancia.

Para entender esto es necesario partir de la constatación de que quienes diseñaron las políticas de minoridad del período de entreguerras elaboraron sus agendas e instrumentos de intervención mediante la utilización de categorías y rituales provenientes de la criminología positivista, la eugenesia y las novedades pedagógicas de la Escuela Nueva. Académicos, políticos, organizaciones civiles y particulares discutieron las políticas de minoridad de su época mediante ese repertorio discursivo común<sup>8</sup> que proporcionó legitimidad a las nuevas políticas públicas y facilitó categorías eficaces

6 A los internados oficiales fue agregado el Hogar Escuela “General Perón”, inaugurado por la Fundación Eva Perón y destinado a los niños pequeños (1952). También funcionaron más de una decena de establecimientos administrados por congregaciones religiosas y asociaciones de beneficencia. Los agentes estatales podían contar con algunas plazas en estos últimos por medio de gestiones específicas, el pago de subsidios y la concesión de becas. *Los Principios*, 18/9/37, p. 5; 24/12/48, p. 4; 3/1/51, p. 3; 1/11/51, p. 2; 16/12/52, p. 3; *La Voz del Interior*, 24/6/45, p. 7; 22/12/47, p. 10; 7/12/48, p. 11; Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores de la Provincia de Córdoba, 1947, pp. 72-73; 1952, p. 98; 1953, p. 18; 1954, p. 20; Archivo de Gobierno de la Provincia de Córdoba (en adelante AGPC), Serie Gobierno, 1943, t. 38, f. 607r; 1943, t. 38, 24/8/43, f. 473r; 1946, t. 39, f. 275r; 1947, t. 24, f. 113r; 1944, t. 5, 10/12/43, f. 244r; 1944, t. 65, f. 33r; 1947, t. 24, f. 39r; Archivo de la Legislatura de la Provincia de Córdoba, Memoria del Ministerio de Gobierno de la Provincia de Córdoba, 1942, f. 271r; Sonzini Astudillo 1949, p. 30.

7 Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores de la Provincia de Córdoba, 1938, p. 333.

8 Ejemplo paradigmático de la difusión y el consenso alcanzado alrededor de estos saberes lo constituyeron las dos Conferencias Nacionales sobre Infancia Abandonada y Delincuente realizadas en Buenos Aires en 1933 y 1942.

con las cuales tipificar las experiencias heterogéneas de la niñez. De tal modo, ese lenguaje de la *minoridad*, de los *menores moral y materialmente abandonados*, brindó moldes flexibles dentro de los cuales incluir las variables y variadas condiciones en la que subsistían los jóvenes del “desierto” patagónico, los porteños de la metrópolis o los cordobeses de la gran aldea. Esa grilla común eliminó los matices, las ambigüedades, las diferencias y proveyó a los agentes estatales poderosos instrumentos de intervención social. Lo que nos interesa enfatizar en este trabajo es el modo en que esas categorías implicaron bosquejos conceptuales extremadamente esquematizados respecto a cómo era la sociedad, cómo se comportaba y cómo reaccionaba frente a las políticas públicas (Scott 1998). No eran la realidad social, sino un modelo conceptual simplificado de ella.<sup>9</sup> Esa distancia entre las categorías estatales y los contextos en los que debían operar, las personas a las que habían de aplicarse y los comportamientos que necesitaban regular, introdujo un hiato que debió cerrarse mediante reinterpretaciones burocráticas de las normas estatales.

Numerosos eran los desajustes que hemos podido identificar entre esa grilla y la experiencia cotidiana de los cordobeses más vulnerables. Los avances realizados en el estudio de las condiciones de vida en los años treinta permiten aprehender que buena parte de las familias trabajadoras, en realidad, podían experimentar circunstancias materiales y sociales en las que necesitaban ayudas extraordinarias para la crianza de sus hijos. La canasta alimentaria de una familia obrera, compuesta de cinco miembros, tres de los cuales eran menores de catorce años, entre 1930 y 1943, insumió un monto que osciló entre 60 y 70 pesos; sumados a un costo en concepto de alquiler que varió entre 10 y 20 pesos, el gasto mínimo de una familia trabajadora era aproximadamente de entre 70 y 90 pesos. Si se considera que una proporción importante de la población percibía salarios que fluctuaban entre 50 y 150 pesos, las condiciones de vida variaban en relación a los ingresos, pero una parte importante de la población logró asegurar estrechamente sus necesidades diarias (Ortiz Bergia 2009). Al estudiar a las familias de los “menores delincuentes”, Gregorio Bermann afirmaba: “Conozco hogares respetables, que viven oscilando entre la pobreza y la miseria, pero no los hay que vivan en la miseria de manera permanente.” (Bermann 1933, p. 82). El carácter endeble de las redes de protección social existentes y la fluidez de las circunstancias socioeconómicas de una familia a lo largo del tiempo podían hacer que la posibilidad de requerir una ayuda externa entre los particulares, la beneficencia o las entidades estatales estuviera al alcance de buena parte de la población de recursos reducidos.<sup>10</sup> Quienes eran cali-

---

9 El reconocimiento del carácter simplificador de estas categorías no implica soslayar su carácter performativo, su capacidad para difundir repertorios extremadamente productivos en la construcción de marcos de percepción, identidad y prácticas sociales (Bourdieu 1993).

10 Esa situación no se habría alterado con el paso de los años. En la década siguiente, el registro de los niños y los adolescentes bajo custodia de la dirección de menores permite afirmar que un porcentaje significativo de las causas de las internaciones siguió ligada a situaciones de pauperismo. De las estadísticas proporcionadas entre 1946 y 1948 el 43% era por maternidad de jóvenes, 10% por trastornos en

ficados como “abandonados” en cierta coyuntura entonces solían mantener sus lazos familiares y retornaban a sus hogares cuando se encontraban en mejores condiciones socioeconómicas.

Incluso quienes pudieron beneficiarse de los internados estatales fueron quienes se hallaban en circunstancias socioeconómicas que les permitían prescindir de los beneficios que producía el trabajo infantil. Una constatación habitual es que en las familias numerosas el trabajo de los niños resultaba necesario para su sostenimiento. Gregorio Bermann afirmaba que entre los hogares obreros

... la mayoría de los hijos empiezan a trabajar a los 10 o 12 años en oficios o trabajos callejeros, con un salario o remuneración que varía de 10 a 40 pesos por mes. Los salarios mínimos de los padres, jornaleros por lo común no especializados, es de 3 a 4 pesos por día, no cobrando los días de fiesta, y son muchos los días que no trabajaban. Con eso y con la ayuda de la mujer deben hacer milagros, y resulta casi indispensable la contribución de los hijos en edad temprana para el mantenimiento del hogar (Bermann 1933, p. 47).

Los relatos periodísticos sobre la niñez trabajadora también llegaban a las mismas conclusiones sobre su rol económico y su necesaria tolerancia. La prensa incluía testimonios de mujeres que reclamaban el carácter imprescindible de la contribución económica de niños y los jóvenes.<sup>11</sup> Y el mismo jefe policial toleraba cierta cantidad de niños en el trabajo callejero, aquellos “para quienes la necesidad de trabajar en esa forma es imprescindible, y que no encuentren otros medios de ganar su subsistencia y la de las personas que atienden.”<sup>12</sup>

Ahondando en los desajustes entre categorías estatales y realidades sociales, es posible afirmar que el uso de los internados constituyó una práctica habitual entre ciertos perfiles sociales. Un grupo bien delimitado estuvo constituido por madres solas, solteras, viudas o abandonadas. Este grupo era el remitente del 41% de las cartas relevadas con solicitudes de internación. En la prensa y en la correspondencia es posible escindir una narrativa recurrente en donde mujeres madres solicitaban trabajo o la internación de un niño, dadas sus dificultades para conciliar el ingreso en el mercado de trabajo con el cuidado infantil. Los conflictos de la crianza de niños por parte de mujeres solas parecieron adquirir centralidad durante el período de entreguerras, a causa de los cambios introducidos en las condiciones de trabajo femenino. El aumento de las migraciones internas y la crisis de las relaciones laborales paternalistas habrían

---

la conducta, 11% por abandono, 3% por desequilibrios familiares y el 33% por razones de pauperismo (Sonzini Astudillo 1949, p. 36).

11 Luego de una razia policial, en la que se detuvieron decenas de pequeños trabajadores callejeros, un periódico publicaba los reclamos de las familias: “¿Y ahora qué será de nosotras? Si el gobierno nos arrebatara así a nuestros hijos, que son los que nos proporcionan el sustento, ¿qué tendremos que hacer? ¿Robar? ¿Mendigar?”, “y yo que he tenido que levantarme de la cama y venir, enferma y toda, a reclamar la libertad de mi criatura... [...] no les proporciona alimento. Tampoco proporciona trabajo a los hombres. ¿Y entonces? ¿Qué debemos hacer? Nosotros, los viejos, no podemos andar corriendo por las calles vendiendo los diarios...”. Córdoba, 4/1/38, p. 7.

12 *Los Principios*, 8/1/38, p. 6.

dificultado el cuidado de niños por parte de mujeres solas<sup>13</sup> e impulsado la búsqueda de alternativas laborales o de crianza para los hijos.<sup>14</sup>

La imprecisión y la flexibilidad de las categorías de minoridad pueden hacerse extensivas a muchas clasificaciones sociales de la época. La revisión de la estructura del bienestar existente en el período permite aseverar que tipificaciones como las de “menores abandonados”, “alumnos pobres” y “niños débiles” en realidad sustentaron intervenciones de distintas asociaciones civiles y agencias estatales sobre la misma población. El Consejo Provincial de Educación diseñó sus comedores escolares y colonias vacacionales para mejorar las condiciones sociales de las familias populares e impulsó la creación de internados dirigidos a los “escolares pobres”. La Colonia de Niños Débiles “San Catalina” dio alojamiento a niños desnutridos de familias carecientes, la Escuela Maternal se instituyó para el cuidado diurno de niños de entre tres y cinco años de familias obreras y el Hogar “Remedios de Escalada” tuvo la finalidad de alojar a niños de familias asalariadas que no podían asegurar su cuidado durante el año lectivo.<sup>15</sup> Para ingresar a esta última se debía pertenecer a una familia de escasos recursos: “De los 30 inscriptos, 20 niños, no tienen padre, no pudiendo la madre hacer frente a su mantenimiento y educación –3 niños están internados por orden del Juez de menores, carecen estos de hogar–, El resto, unos tienen madres, y otros tienen padre, pero estos no se ocupan de sus hijos.”<sup>16</sup> En el área de salud, por su parte, fueron creados la Casa del Niño de San Francisco y el Albergue Infantil en donde las mujeres trabajadoras podían dejar a sus hijos durante la jornada completa.<sup>17</sup> Las políticas públicas realizadas por quienes estaban preocupados por los “menores abandonados” y los “escolares pobres” identificaban una población infantil común constituida por los hijos e hijas de las familias asalariadas con obstáculos para cuidarlos y educarlos coyunturalmente en las condiciones de mercado existentes. Distintas agencias fueron inaugurando esos servicios y generando un crecimiento de la estructura estatal que confluía sobre los mismos sujetos sociales.

Un análisis más exhaustivo del contexto urbano cordobés y de la situación de la niñez en esa época nos lleva a interrogarnos respecto a cuáles eran las posibilidades

---

13 La vulnerabilidad social y la tendencia a la disgregación de las familias con una mujer a cargo es un rasgo permanente de los países latinoamericanos (Blum 2009) y en Chile habría sucedido algo bastante similar. La creciente mercantilización y modernización de las relaciones laborales en el servicio doméstico habría introducido la necesidad de colocar niños en hospicios como mecanismo para liberar el trabajo femenino (Milanich 2011, p. 42). Sobre los cambios en las relaciones partenaristas en el servicio doméstico en Córdoba, ver Remedi 2014.

14 Los casos de infanticidio aparecidos en la prensa también solían insistir en la figura de la joven empleada seducida y abandonada que en su desesperación cometía un crimen contra su propia descendencia. *Córdoba*, 25/4/33, p. 4; 3/11/34, p. 4; 28/2/35, p. 7; 23/7/38, p. 8.

15 AGPC, Serie Gobierno, 1936, t. 37, f. 236r.

16 AGPC, Serie Gobierno, 1944, t. 45, f. 375r.

17 La Voz del interior, 19/7/45, p. 7.

de que los burócratas provinciales identificaran a niños que respondieran a las definiciones estatales y articularan dispositivos consistentes con ellas; cuán recurrentes eran los niños y los adolescentes sin ningún tipo de lazo emocional o personas que se interesaran por ellos; cuán habituales eran los niños huérfanos o abandonados con credenciales educativas que les permitieran incorporarse a los proyectos de enseñanza industrial disponibles en la provincia; cuántas familias de escasos recursos podían prescindir de la ayuda material que proporcionaban sus hijos para internarlos en los asilos estatales. Un policía, un defensor, un maestro, un médico, un asistente social tenían la atribución de etiquetar a un niño como “abandonado”, pero para ello probablemente debieran operar ajustes en el contenido y en los alcances de esa categoría. La discrecionalidad de la que gozaban para dotar de sentido a las normas no puede considerarse una anomalía del oficio estatal, sino rutinarias reinterpretaciones (Gupta 2001) realizadas en pos de adecuar las metas estatales a los contextos institucionales, culturales y sociales de su época, adaptaciones necesarias entre categorías expertas y realidades sociales complejas.

#### LA DIVERSIDAD DE LA BUROCRACIA ESTATAL

Los agentes estatales fueron los principales responsables en la reforma de esas clasificaciones infantiles, pero la reinterpretación de las normativas no fue solo el resultado de los intentos por mejorar su adecuación al contexto social cordobés sino también de impregnarlas de los intereses de esferas específicas de acción estatal. Esto supone reconocer que, en los procesos de implementación de las políticas públicas, son introducidos *ex nihilo* criterios que hacen a la vida de las propias instituciones estatales, a las finalidades que persigue su personal, a su búsqueda de regularidad y previsibilidad y a sus expectativas de minimizar el conflicto social. Nos vemos impulsados a afirmar que la administración suele modelar los alcances de las normas adecuándolas a sus recursos y posibilidades específicas, a las metas existentes, a sus probabilidades de mejorar sus oportunidades de éxitos y de adecuar sus acciones a lo que consideran mejor.<sup>18</sup> En ese sentido, expertos, legisladores, funcionarios judiciales, administrativos y directores

---

18 Las perspectivas estadocéntricas, como la de Theda Skocpol, afirman que las formas históricamente modeladas de las instituciones gubernamentales y los partidos políticos inciden en el tipo de políticas sociales de bienestar, los beneficios que son instituidos, su periodización, sus proveedores y sus beneficiarios. Para ello propone reconceptualizar al Estado como actor parcialmente autónomo y como estructura y lugar de conformación de políticas, lo que supone que las políticas sociales pueden ser condicionadas por las estructuras organizacionales, las capacidades estatales y los efectos políticos de decisiones anteriores. Entonces, se analizan las políticas sociales como el *out-come* de la capacidad del Estado para percibir y resolver problemas, articulando respuestas que no son simplemente un reflejo de las demandas de los grupos de interés. Skocpol, por el contrario, afirma que los actores estatales tienen la posibilidad de realizar aportes independientes en el diseño de las políticas sociales y para explicarlas se debe tener en cuenta tanto los procesos socioeconómicos y las necesidades e intereses cambiantes de los grupos sociales como la construcción estatal y la organización de la vida política (Skocpol 1995).

de internado tuvieron metas, saberes, repertorios de acción, interlocutores y recursos diferentes que modelaron su relación con los marcos legales y su aplicación. Esta afirmación resulta evidente cuando comparamos la labor desarrollada por quienes se relacionaron con las políticas públicas desde la lógica de su diseño y quienes se ocuparon de su ejecución.

Durante los años treinta es posible identificar un discurso bastante monocorde vinculado a los saberes pedagógicos, médicos y legales que estaban circulando en el ámbito nacional sobre la problemática de la minoridad y que, con escasas excepciones, adquirieron predominio en la definición de la agenda de problemas relativos a la infancia en Córdoba.<sup>19</sup> El discurso de Jorge Eduardo Coll fue el que estableció, a nivel nacional, las coordenadas en las cuales debía comprenderse el problema de los menores en esa época. Su impacto en distintos niveles estatales y organizaciones civiles fue generado por los cargos que ejerció en el Estado nacional,<sup>20</sup> sus asesorías a diferentes entes públicos y su patrocinio de foros locales destinados a coordinar las políticas públicas nacionales.<sup>21</sup> En Córdoba, quienes discutieron el problema de la infancia y lograron su inclusión en la agenda pública hicieron permanente uso de la figura de Coll para legitimar sus proposiciones. El proyecto de Patronato de Menores que circuló en las cámaras durante esa década había sido redactado por Coll.<sup>22</sup> Gregorio Bermann, en el estudio oficial sobre *Los menores desamparados y delincuentes*, mencionado previamente, hizo uso de las categorías psicológicas, médicas y legales en boga que proponían la tutela estatal y citó a Coll como referente. La comisión de especialistas convocados para resolver la cohabitación de adultos y jóvenes en las cárceles comunes utilizó referentes similares. Esta comisión estaba conformada por José María Valdés, un reconocido pediatra, Juan José de Elizalde, arquitecto, y Sebastián Soler,<sup>23</sup> director general de cárceles de la provincia y destacado penalista.<sup>24</sup> Las recomendaciones de Bermann y de la Comisión propusieron impulsar la construcción de una colonia de similares características a la Colonia Hogar "Ricardo Gutiérrez" del Patronato Nacional de Menores, que se cristalizaría con la edificación de la Colonia Hogar 'Vélez Sarsfield'. Estos elementos nos permiten reconocer una comunidad de saberes científicos a la

---

19 Como señala Salvatore (2001), la criminología positiva habría proporcionado una "grilla analítica" útil para pensar la realidad de la época.

20 Durante los años treinta, ejerció los cargos de Presidente del Patronato Nacional de Menores y de Ministro de Justicia e Instrucción Pública.

21 Estos eran explícitamente los propósitos subyacentes a la convocatoria de las Conferencias Nacionales sobre Infancia Abandonada y Delincuente mencionadas previamente.

22 Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Provincia de Córdoba, 1930, p. 12.

23 AGPC, Serie Gobierno, 1932, t. 40, fs. 19-39.

24 Interpretamos que la utilización de Coll para fundamentar este proyecto debió responder a una lógica utilitarista de sus autores. Esto se desprende de la existencia en Córdoba de un contexto intelectual más general que cuestionaba la tradición jurídica de la criminología positivista. Dentro de esta crítica, podemos encontrar a penalistas como Sebastián Soler (Cesano 2010).

que pertenecía la intelectualidad y la dirigencia política local y que implicaba comprender la población infantil en las líneas consabidas de la Ley Agote.

Un núcleo de definiciones diferentes puede identificarse entre quienes debían ejecutar las políticas para la infancia negociando entre los propósitos estatales, sus objetivos institucionales, los recursos disponibles y las expectativas de la población. Desde nuestra perspectiva, cuatro agentes fueron centrales modelando las intervenciones oficiales: la defensoría de menores, la policía, los directores de internados y la Dirección de Menores.

La labor de los defensores<sup>25</sup> tradicionalmente había consistido en asegurar que los niños bajo su tutela encontraran algún tipo de ubicación entre particulares, colonias estatales, asilos civiles e, incluso, comisarías. Estos funcionarios judiciales solían colocar a los niños y jóvenes de mejor conducta en puestos particulares de donde eran rotados regularmente por insatisfacción de los contratantes o de ellos mismos. Es posible advertir que el principal objetivo que presidía la labor de estos funcionarios, en un contexto de escasos recursos institucionales, era lograr una ubicación para cada uno de los niños y jóvenes bajo custodia estatal, logrando eludir las calles o las comisarías. Sin embargo, los intelectuales, la prensa y la dirigencia política emitían discursos críticos sobre esta institución y sobre quienes la ejercían,<sup>26</sup> aseverando que los defensores se desentendían de la suerte que corrían los niños una vez que lograban “colocarlos”. Estos quedaban en manos de personas que los explotaban en el trabajo doméstico o callejero y no fueron raros los niños y jóvenes bajo custodia de los defensores que terminaron en las páginas policiales.<sup>27</sup> Claudia Freidenraij (2016) analiza la figura de los defensores de menores, sus funciones, modalidades de trabajo, las controversias con las que quedaron vinculados y los conflictos en los que se vieron involucrados con otros agentes estatales, civiles y privados.<sup>28</sup> En el ámbito cordobés, uno de los principales problemas al que estos funcionarios debieron enfrentarse fue la escasez de espacios en donde colocar niños y adolescentes, dada la existencia de internados sobrepoblados y de comisarías inadecuadas.<sup>29</sup>

La policía tenía una posición bastante similar a la de los defensores. Distintos jefes policiales se dedicaron a destacar la importancia de la función social que cumplía la institución como agente de resolución de dramas familiares.<sup>30</sup> En las comisarías, se encontraban niños vagos, delincuentes, sin guardadores y también aquellos que

25 Décadas después, los cambios legales introducidos en el área convirtieron esta figura en delegada de Protección a la Infancia dependiente de los jueces de menores (Gentili 2015).

26 Bermann, 1933; *Córdoba*, 24/4/33, p. 5.

27 Algunos de los casos recolectados hablan de niños involucrados en episodios de malos tratos, muertes violentas, suicidios y prostitución infantil. *Córdoba*, 27/6/30, p. 5; 21/10/30, p. 3; 24/4/33, p. 5.

28 Para un análisis de los conflictos que enfrentaron a los defensores, los directores de internados y las organizaciones de beneficencia durante las primeras décadas del siglo XX, ver Villalta 2012.

29 *La Voz del Interior*, 13/6/45, p. 7.

30 Esto bien vale para el caso de la infancia como para los enfermos psiquiátricos. La policía era la

... reciben de los padres, tutores o guardadores, aquellos menores que por una u otra circunstancia deben ser puestos a disposición de los señores Defensores, los que son remitidos al Asilo de Menores anexados a la Cárcel de Encausados. [...] La Policía tiene el deber de amparar esta situación y no puede negarse en modo alguno a recibir al niño, cuando le es entregado en las forma antes dicha, aparte de que por otro lado, son los mismos Defensores los que solicitan continuamente la detención de menores...<sup>31</sup>

Sin embargo, con la especialización paulatina de las colonias y los intentos de sus directivos de restringir la circulación en ellas, pronto no existió más un depósito temporal para que la policía pudiera cumplir regularmente su rol social. La opción de un jefe policial fue que los defensores de menores insertaran laboralmente a los niños y jóvenes con mejor comportamiento y al resto los alojara en las cuadras del Cuartel de Bomberos.<sup>32</sup> Este lugar comenzó a ser utilizado con ese fin en 1938 y, si bien fue pensado como un alojamiento temporal, muchos de los niños y adolescentes nunca fueron reclamados y la población fue renovada a lo largo del tiempo. A comienzo de los años cuarenta, ese lugar todavía alojaba a más de cincuenta niños<sup>33</sup> y diez años después la policía y los defensores de menores seguían utilizando como depósito de menores las comisarías, la Cárcel de Encausados y el Cuartel de Bomberos. En este último lugar, tenían la “suerte” de evitar la convivencia con los delincuentes adultos.<sup>34</sup>

Los administradores de las colonias parecieron cumplir un rol diferente. En la prensa, el director de la Colonia Hogar ‘Vélez Sarsfield’ explícitamente aseguraba que podían ser admitidos “menores desamparados de seis años hasta la mayoría de edad, que estén bajo la tutela de la autoridad competente, pero también pueden recibirse niños cuyos padres deseen su internación, pues allí no se admiten ni delincuentes ni enfermos”.<sup>35</sup> En otra ocasión, la Colonia era para “niños que ya sea por la incapacidad de los progenitores o por haberlos perdido, quedaron librados a su iniciativa” y, en algunos documentos oficiales dirigidos al subsecretario de instrucción pública, se refieren a los internos como los “hijos de nadie”.<sup>36</sup> En la práctica administrativa, el principal objetivo de los directores pareció ser el de alcanzar una población permanente y homogénea de internos con los cuales cumplir, en el contexto precario en el que debían desenvolverse, los objetivos de protección y formación básica. Dados esos propósitos, fue habitual verlos intentar eludir internos que superaran su capacidad, que tuvieran “mala con-

---

encargada de asilar a las personas en esta condición y gestionar su internación, cuestión que en algunos casos podía prolongarse en el tiempo. Ablard 2008, p. 73.

31 AGPC, Serie Gobierno, 1937, t. 21, f. 188r.

32 La Cárcel de Encausados solía recibir niños y jóvenes bajo la tutela del defensor de menores. También tenemos menciones de otros espacios institucionales que accidentalmente encontramos en la prensa, como el resguardo de menores del Tiro Federal. *Córdoba*, 19/6/32, p. 8.

33 AGPC, Serie Gobierno, 1940, t. 48, f. 266r; *La Voz del Interior* 19/7/42, p.10.

34 *La Voz del Interior*, 22/11/49, p. 8; 1/12/49, p. 8.

35 *La Voz del Interior*, 7/6/36, p. 9.

36 *La Voz del Interior*, 4/9/36, p. 6; AGPC, Serie Gobierno, 1936, t. 26, f. 404r.

ducta” o algún tipo de discapacidad. Con escasas excepciones en las que rechazaron la internación de niños provenientes de familias con poder adquisitivo,<sup>37</sup> la mayoría de las exclusiones correspondieron a jóvenes con discapacidades de diferente tipo, deficiencias mentales y comportamientos indeseables, como tendencia a la fuga o “pederastia pasiva o activa”. El interés predominante en el interior de la Colonia Hogar pareció ser, sobre todo, el de seleccionar jóvenes que generaran las menores dificultades para su cuidado y permitieran la aplicación de un código de conducta homogéneo.<sup>38</sup> Como afirmaba uno de sus primeros directores, era necesario evitar poner “en inminente peligro la estabilidad moral y educativa” de la Colonia Hogar<sup>39</sup> con lo cual era preciso

... seleccionar los menores a internarse en cuanto a edad y capacidad moral y educativa. No olvidemos que esta Institución no es un reformatorio, ni es una escuela de niños débiles ni de tarados mentales; por ello rogaría al Sr. Ministro que este año, teniendo en cuenta el plan de organización de trabajos y enseñanza agrícolas, se envíen solamente Menores de 14 a 22 años, fuertes y sanos de cuerpo y alma.<sup>40</sup>

Algo similar pretendían los directores de las escuelas técnicas, quienes explicitaban el deseo de seleccionar entre los jóvenes provenientes de las colonias a aquellos que, bajo su criterio, podían adecuarse mejor al sistema educativo y disciplinario de los internados industriales.<sup>41</sup>

Estos intereses contrapuestos, entre los defensores y los administradores, produjeron algunos conflictos cuando los representantes judiciales intentaron alojar en las colonias niños de “mala conducta” o con algún tipo de incapacidad. Los defensores aspiraban imperiosamente a asilar a los adolescentes que no podían colocar en empleos entre particulares y las colonias eran su única alternativa a las comisarias,<sup>42</sup> el Cuartel de Bomberos o la calle.<sup>43</sup> Conflictos similares fueron generados cuando los defensores dispusieron, para la colocación laboral o la adopción, de niños o jóvenes bajo resguardo de las colonias para quienes los administradores tenían otros destinos. Este fue el caso del uso para el servicio doméstico de las jóvenes del Hogar de Menores Madres.<sup>44</sup>

37 AGPC, Serie Gobierno, 1937, t. 22, f. 244r; 1936, t. 29, f. 62r.

38 AGPC, Serie Gobierno, 1938, f. 29r, f. 437r. Incluso se realizaban excepciones con algunos adolescentes, según el delito cometido y el concepto que el director se había formado de su personalidad. AGPC, Serie Gobierno, 1936, t. 23, f. 397r.

39 AGPC, Serie Gobierno, 1936, t. 23, f. 399r.

40 AGPC, Serie Gobierno, 1936, t. 26, f. 404r.

41 AGPC, Serie Gobierno, 1946, t. 41, f. 57r.

42 Conflictos similares enfrentaron a los policías y a los administradores de las colonias. El director de la Colonia Hogar se quejaba a su superior porque, al rechazar el ingreso de un joven por falta de espacio, el empleado policial que lo acompañaba le respondió insolentemente “que mejor era que durmiera en el piso que con 40 mayines”. AGPC, Serie Gobierno, 1945, t. 79.

43 En la etapa que analizamos, estos alcanzaron a involucrar al Tribunal Superior de la Provincia que reclamaba un “depósito de menores”. AGPC, Serie Gobierno, 1937, t. 13, f. 65r; t. 26, f. 54r; 1940, t. 13, f. 329v.

44 AGPC, Serie Gobierno, 1942, t. 43, f. 520r.

Un cuarto perfil burocrático comenzó a configurarse a partir de la creación de la Dirección General de Menores (1945), destinada a concentrar las prácticas de tutela en una agencia especializada. Sin embargo, esta dirección empezó a compartir los problemas de los defensores: lograr ubicar a los niños y adolescentes a su cargo, y su creación no modificó las tensiones que atravesaban el sistema y los vetos que cada actor imponía al resto. Las autoridades de la Colonia Hogar 'Vélez Sarsfield' podían rechazar el ingreso de jóvenes dispuesto por la Dirección de Menores<sup>45</sup> y en algunos internados reclamaban que esta agencia decretaba internaciones sin los espacios necesarios para hacerlas efectivas.<sup>46</sup>

El incremento de los agentes estatales involucrados en la definición de los destinos infantiles –abogados, educadores, médicos, asistentes sociales– generó conflictivos procesos de acomodamientos entre sí. Ubicados en lugares diferentes de la maquinaria estatal, no tenían las mismas interpretaciones de las políticas públicas, los mismos recursos y metas. Esto modeló la aplicación de los nuevos propósitos estatales y necesariamente condicionó los resultados alcanzados.

#### HETERONOMÍA BUROCRÁTICA Y POLÍTICAS DE MINORIDAD

Hasta ahora hemos intentando alertar sobre la necesidad de tomar en serio a la burocracia en la definición de las políticas públicas y de asumir que ella estuvo lejos de conformar un medio neutral en el procesamiento de las demandas sociales. Una última variable permite ahondar este supuesto y explicar, en parte, el comportamiento administrativo en la asignación de bienes públicos: el impacto de las dinámicas partidarias en la construcción estatal.<sup>47</sup> En particular, nos interesa poner de relieve la manera en que la conformación de la administración provincial quedó modelada por los vaivenes y juegos partidarios de la dirigencia cordobesa y, para ello, nos interrogamos sobre los criterios que incidieron en el reclutamiento, la permanencia y la movilidad de quienes conformaban la burocracia de minoridad.

Las contribuciones recientes dedicadas a pensar la genealogía de las burocracias estatales han tendido a destacar la manera en que su desenvolvimiento estuvo estrechamente involucrado con los cambios producidos en el interior de “las disciplinas y prácticas específicas”, poniendo en suspenso las explicaciones centradas en los movimientos políticos y en la competencia partidaria (Plotkin y Zimmermann 2012, p. 10; Lobato y Suriano 2013). Para esta línea de estudios, la estabilidad laboral y el desarrollo de saberes profesionales fueron condiciones que permitieron la generación de agencias autónomas respecto de los proyectos políticos. Este pudo ser el caso de los abogados a cargo de la defensoría de menores, poseedores de credenciales específicas dentro del

45 AGPC, Serie Gobierno, 1945, t. 79, f. 36r.

46 AGPC, Serie Gobierno, 1946, t. 1, f. 29r.

47 Esta sección dialoga con una serie de investigaciones que comienzan a iluminar las relaciones entre el desenvolvimiento de los partidos políticos y los aparatos estatales durante la primera mitad del siglo xx (Mauro y Lichtmajer 2014, Palermo y Silva 2016).

fuero judicial y un grupo profesional consolidado dentro del Estado. Pero al alejarnos de esa elite profesional y al acercarnos a quienes componían la administración estatal más en su base –policías, visitadoras, maestras y cuidadores–, las posibilidades de esa autonomía limitada, pero real, se torna más elusiva.<sup>48</sup> En los hechos, la jurisdicción cordobesa en el área de minoridad muestra de qué modo la política partidaria constituyó un factor duradero y rutinizado de creación estatal.

El relevamiento de los directores de los principales establecimientos de internación y de la Dirección General de Menores permite registrar que uno de los rasgos de esas reparticiones fue la alta rotación de sus autoridades y las constantes intervenciones.<sup>49</sup> Esas discontinuidades tendrían efectos duraderos en la estructura administrativa en la medida en que los tiempos breves de la política dejarían sus rastros en el carácter cortoplacista de los proyectos de construcción de agencias, la recurrencia de estructuras estatales creadas a partir de urgencias temporales, la colonización insular de expertos o los permanentes cambios en el balance de poder entre proyectos políticos. Si bien los nuevos servicios estatales destinados a las familias y los niños en condiciones de vulnerabilidad social fueron numerosos entre comienzos de los años treinta y la década del cincuenta, ellos en general respondieron a iniciativas de corto aliento, con escasas bases políticas y una pobre articulación entre sí. Establecimientos sociales aislados se fueron sedimentando en la estructura provincial, como el Albergue Infantil, el Hogar Maternal, el Hogar de Menores Mujeres y la misma Colonia Hogar ‘Vélez Sarsfield’.

Las formas de reclutamiento y promoción burocrática también son reveladoras de la centralidad de los criterios políticos partidarios en la construcción estatal. El clientelismo político en la selección del personal fue un rasgo duradero en la integración de los servicios sociales, lo que pudo verse favorecido por los bajos salarios, la poca claridad en la definición de las calificaciones necesarias para ejercer en el área de minoridad y la incipiente profesionalización del trabajo social.<sup>50</sup> La trayectoria de la Co-

48 En un texto reciente Ricardo Salvatore describe la incidencia del clientelismo político en dos de las principales burocracias nacionales de comienzos de siglo xx, la sanitaria y la educativa. En el trabajo destaca especialmente que el clientelismo político fue central en la conformación del sistema educativo (Salvatore 2016).

49 Dirección de Menores: (1945/1947) Alejandro Correa; (1947) María Etchemandy (Intervención); (1947/1948) Ricardo Revol (Intervención); (1948) Sexto Sonzini Astudillo; (1948/1950) Mariano de la Serna; (1955) Hugo Dardo Bacchiani; Colonia Hogar: (1936) Juan C. Pita; (1936) Andrés Segura; (1938) Celestino Menéndez Grau; (1943) Luis María Piñero; (1944/1945) Rodolfo Gómez Dávila; (1945) Ramiro Suárez; (1946) Roberto Segura; (1947) Francisco Guyot; (1947) Raúl Racana; (1949) Juan Domingo Alba; (1951/1955) Ramón Gigena; (1955) Santiago Cressi. *Los Principios; La Voz del Interior*, AGPC, Serie Gobierno, 1945-1949.

50 Sólo con el paso de los años, en la Dirección comenzó a producirse un crecimiento de los requerimientos de título habilitante para el trabajo en la agencia –asistentes sociales, maestras y visitadoras de higiene– que redundó en un proceso de especialización de los trabajadores a cargo de la repartición. En el caso de los internados, en los hogares de mujeres y niños pequeños se comenzaron a establecer condiciones especiales para trabajar, con la exigencia de títulos relativos a la especialidad. A partir de 1949, en el Hogar de Escalante la directora debía ser maestra normal y asistente social y otro tanto en el Hogar de Menores Mujeres. En esas instituciones, también se disponía la contratación de auxiliares

lonia Hogar 'Vélez Sarsfield' es un caso testigo de los problemas que el reclutamiento político sin criterios de calificación podía generar en este tipo de establecimientos. En el transcurso de sus primeros veinte años de vida, casi todas las notas periodísticas relevadas y mucha de la información administrativa a la que hemos accedido reiteran el latiguillo de los "fracasos" de la institución decana en la atención de la infancia cordobesa, producto de la deficiencia de su personal y de la desatención estatal. A pocos meses de inaugurada, se produjo su primer problema interno, que ameritó críticas en la prensa y la renuncia de su director. Para 1955, un editorialista no quería exagerar cuando afirmaba que, en el transcurso de su existencia, esta institución había sufrido cerca de cincuenta intervenciones.<sup>51</sup> A comienzos de ese año, se procedía a efectuar el último sumario del que tenemos constancia en el que se criticaba el trato de los menores y la situación del personal y pocos meses después se cesanteaba al director por problemas en la administración. En uno de los tantos decretos de intervención, se afirmaba que, dada la negligencia del personal, era necesario despedir al encargado de la Colonia, al ecónomo, al maestro de grado; se apercibía a los preceptores y a los encargados de hogar y se llamaba la atención del mismo director general de menores por haber abandonado la asistencia médica de los alumnos de la colonia.<sup>52</sup>

La situación de la Colonia Hogar 'Vélez Sarsfield' no fue excepcional. El director del Hogar de Menores Madres calificaba a sus empleados como personas sin condiciones "vocacionales, personales e ilustración".<sup>53</sup> Y cuatro años después, la Dirección General de Menores planeaba la realización de cursos de formación técnica en los distintos institutos porque "en los Establecimientos dependientes de esta Dirección General, en su mayoría, el personal de celadores, enfermeros, encargados de hogar y gobernantas, no están técnicamente preparados para la importante tarea de reeducar a los menores que se encuentran bajo su directa y permanente atención."<sup>54</sup> En una nota de opinión, una exinterventora trataba el tema del personal de minoridad afirmando que "Un director capacitado, deseoso de obra y cristianamente inspirado, verá su obra permanentemente entorpecida por un personal que no se halla técnica y espiritualmente preparado, salvo alguna excepción, para una labor social de tal trascendencia."<sup>55</sup> Estas denuncias remitían a los obstáculos a la hora avanzar en procesos de burocratización de la administración pública, con la institucionalización de jerarquías, competencias, normas, controles y carreras meritocráticas.

---

como visitadoras de higiene, asistentes sociales y secretarías. Leyes de presupuesto, Compilación de Leyes de la Provincia de Córdoba, 1949, 1951-1952, 1953, 1954-1955.

51 *Los Principios*, 5/1/55, p. 2; 18/5/55, p. 2; *La Voz del Interior*, 25/5/55, p. 4.

52 *La Voz del Interior*, 10/4/51, p. 6.

53 AGPC, Serie Gobierno, 1943, t. 38, f. 521r. En 1943, se decidió implementar en forma autónoma un curso de Asistencia Social abierto al público, de modo de seleccionar aspirantes con mayores calificaciones para ocupar las vacantes que se producían en el internado. *Los Principios*, 27/11/43, p. 3.

54 AGPC, Resolución de la Dirección de Menores número 189, 1947.

55 *Los Principios*, 29/1/49, p. 2.

Las acusaciones sobre el predominio del clientelismo político en la designación del personal fueron permanentes.<sup>56</sup> Durante una temporada, cada vez que la gobernación nombraba algún nuevo director de minoridad, *La Voz del Interior* tomaría la costumbre de reiterar en sus páginas la fórmula “no conocemos la habilitación en la especialidad que pueda tener este señor”. Y se destacaba que la Colonia Hogar ‘Vélez Sarsfield’ debía dejarse de utilizar como “pan de necesitados o en ayuda de costas de gente con influencia”. Era necesario que los gobiernos depusieran “su indiferencia y haciendo de lado cualquier interés o compromiso político, para que la Colonia Hogar ‘Dr. Dalmacio Vélez Sarsfield’ deje de ser un depósito de menores, como ha venido ocurriendo.”<sup>57</sup> Si bien las críticas fueron más recurrentes durante los gobiernos peronistas, momento en que la expansión del empleo público fue objeto de enardecidos comentarios, los ataques a esta institución se despliegan a lo largo de un arco temporal en el que se sucedieron gobiernos radicales, militares y peronistas, sistemáticamente culpabilizados por los mismos desaciertos en el nombramiento de personal.<sup>58</sup>

Resulta difícil ponderar el peso del clientelismo político y del tráfico de influencias en la manera de tratar a los beneficiarios, pero existen elementos que avalan el supuesto de que esos criterios partidarios influyeron en la distribución de los recursos estatales.<sup>59</sup> Las identificaciones políticas hicieron su aparición en algunas solicitudes personales y encontramos varias escritas directamente por dirigentes políticos o acompañadas por avales partidarios. Hacia mediados de los años cuarenta, también contamos con las tradicionales solicitudes apoyadas por Eva Perón. Las respuestas positivas a estos requerimientos ponen en evidencia el modo en que diversos factores podían intervenir en la manera de asignar los bienes públicos mediatizando las lógicas técnicas y sociales.

Un caso más bien excepcional puede dar cuenta de una acción más rutinaria. Según María Etchemandy, inspectora de la Dirección de Menores e interventora de esta en 1947, quien tenía la responsabilidad de asignar las plazas en los internados, Adriana M. Gómez, se desenvolvía privilegiando criterios políticos. En sus palabras, esto era una práctica poco menos que habitual en la oficina.<sup>60</sup> Las críticas posteriores a la interven-

56 Esta crítica continuaría flotando en el aire durante décadas (Gentili 2015, p. 54).

57 *La Voz del Interior*, 6/1/55, p. 4.

58 La reiteración de las quejas por el personal a cargo de las instituciones y su formación: *La Voz del Interior*, 4/9/36, p. 6; 9/4/40, p. 9; 31/10/42, p. 9; 25/1/43, p. 6; 12/2/43, p. 6; 20/2/43, p. 6; 24/2/46, p. 6; 30/6/46, p. 6; 26/11/46, p. 10; 29/4/47, p. 6; 23/5/47, p. 9; 21/10/47, p. 9; 13/1/48, p. 6; 11/6/48, p. 7; 1/2/49, p. 6; 9/4/49, p. 6; 22/6/52, p. 4; 1/11/54, p. 4; 6/1/55, p. 4; 25/5/55, p. 4.

59 Al respecto, bien vale retomar la noción de Javier Auyero, quien entiende las redes clientelares como redes de resolución de problemas mediante las que se distribuyen bienes simbólicos y materiales entre clientes, punteros y patrones políticos (2001).

60 En su informe afirmaba que “la actual Inspectora General Interina, Srta. Adriana M. Gómez debo manifestar que en lo que a su actuación al frente de la Inspección General se refiere, esta empleada con un desconocimiento absoluto de la función que le cabía desempeñar, se ha limitado exclusivamente al trámite ordinario, sin tener en cuenta las situaciones especiales que se han debido contemplar en un

ción de Etchemandy llevaron a relativizar sus opiniones sobre sus colegas. Sin embargo, la biografía laboral de Gómez genera sospechas sobre los criterios que definieron su desempeño. Maestra y estudiante de derecho en 1946, ingresó en la gestión del primer gobernador peronista, Argentino Aucter, para trabajar en la mesa de archivo de la repartición. Diez meses después, como resultado de una asombrosa carrera burocrática, la encontramos ejerciendo el cargo de inspectora general de la repartición.<sup>61</sup>

A través de testimonios fragmentarios, es posible reconocer rasgos duraderos de la cultura política provincial, de una modalidad de construcción del aparato estatal y de formas patrimonialistas en la asignación de bienes y servicios estatales. Esto nos conduce al comienzo de este trabajo y nos lleva a reconocer los factores extratécnicos que también explican los resultados de las políticas públicas.

## CONCLUSIÓN

En sus oficinas, los burócratas fueron quienes definieron los criterios de admisión en los institutos, de permanencia y salida de niñas y niños; demandaron y administraron los recursos técnicos, profesionales y administrativos; procesaron los pedidos familiares, establecieron los criterios que debían satisfacer, sus obligaciones y derechos; en otras palabras, decidieron el destino de niños y adolescentes, determinando, en buena medida, la suerte de estos, modelando el tipo de hombres y mujeres en los que se convertirían. Lejos de ser solo un medio más en el establecimiento de las metas oficiales, los burócratas constituyeron piezas claves en las modalidades de distribución y usufructo de las nuevas políticas sociales y definieron la experiencia que la población tuvo del Estado y lo que el Estado podía ser. Las nuevas políticas de minoridad fueron entonces producidas cotidiana y rutinariamente por estos agentes y su rol no puede minimizarse.

Como hemos visto, los sentidos dados a las normas no fueron unívocos y dependieron de distintos factores contextuales. Las mismas condiciones de trabajo y, en especial, las distancias existentes entre las categorías estatales y la realidad social produjeron un espacio de incertidumbre en el que fue necesario reinterpretar las normas estatales para asegurar su aplicación. La gestación de diversas y heterogéneas agencias de minoridad provinciales, diferenciadas en sus propósitos, recursos y tareas, multiplicó los criterios, prioridades y procedimientos de esa administración. La colocación de un niño en una colonia hogar podía ser pensada de distintas formas por varios agentes estatales y esto dependió en buena medida del rol que cumplieran dentro del circuito administrativo. El mismo reclutamiento de esa administración generó que su desenvolvimiento dependiera de los políticos de turno y la discontinuidad fuera un rasgo

---

organismo que tiene bajo su supervisión la miseria y el abandono, dando preferencia en el trámite y resolución a los casos impuestos por recomendaciones políticas como ya era norma arraigada en esta oficina." AGPC, Serie Gobierno, 1947, t. 24, f. 253r.

61 AGPC, Serie Gobierno, 1947, t. 24, f. 260r.

duradero de sus carreras. Esto dotaría de heterogeneidad a sus intereses, procedimientos y prácticas, la manera en que interpretaron los problemas sociales y aplicaron los nuevos marcos legales.

Todas estas variables aseguraron a las burocracias de minoridad una enorme discrecionalidad en la asignación de servicios sociales e hicieron de sus criterios factores condicionantes de las políticas públicas. Más que un instrumento neutral a disposición de las elites dirigentes y los expertos sociales las burocracias cordobesas constituyeron agentes políticos que crearon el Estado y sus intervenciones.

## BIBLIOGRAFÍA

- ABLARD, J. D., 2008. *Madness in Buenos Aires. Patients, Psychiatrist, and the Argentine State, 1880-1983*. Athens: Ohio University Press. 319 p.
- AGUILAR VILLANUEVA, L. (ed.), 1992. *La hechura de las políticas*. México: Porrúa. 434 p.
- AUYERO, J., 2001. *La Política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo*. Buenos Aires: Manatíal. 251 p.
- AVERSA, M. M., 2013. Infancia tutelada. Senderos institucionales y rutinas judiciales. Ciudad de Buenos Aires, 1900-1919. En: S. SOSENSKI & E. JACKSON ALBARRÁN (coord.). *Nuevas miradas a la historia de la infancia en América Latina. Entre prácticas y representaciones*. México: UNAM. pp. 177-207.
- BERMANN, G., 1933. *Los menores desamparados y delincuentes en Córdoba. Estudio psico-patológico, médico-social, criminológico y médico-legal*. Córdoba: Talleres Gráficos de la Penitenciaría, t. 1.
- BIERNAT, C. Y K. RAMACCIOTTI, 2013. *Crecer y multiplicarse. La política sanitaria materno-infantil. Argentina 1900-1960*. Buenos Aires: Biblos. 165 p.
- BILLOROU, M. J., 2010. Los comedores escolares en el interior argentino (1930-1940). Discursos, prácticas e instituciones para el 'Apoyo a los Escolares Necesitados'. En: L. LIONETTI & M. DANIEL (comp.). *Las infancias en la historia argentina. Intersecciones entre prácticas, discursos e instituciones (1890 -1960)*. Rosario: Prohistoria. pp. 141-162.
- BINN, A. E., 2007. Child health in Latin America: Historiographic Perspectives and Challenges. *História, Ciências, Saúde-Manguinhos*. vol. 14 (3), pp. 677-708.
- BLUM, A., 2009. *Domestic Economies. Family, Work and Welfare in Mexico City, 1884-1943*. Lincoln and London: University of Nebraska Press. 351 p.
- BOHOSLAVSKY, E., & M. S. DI LISCIA, 2008. La profilaxis del viento. Instituciones represivas y sanitarias en la Patagonia argentina, 1880-1940. *Asclepio*. vol. LX (2), pp. 187-206.
- BOURDIEU, P., 1993. Espíritu de Estado. Génesis y estructura del campo burocrático. *Revista Sociedad*. <http://www.uruguaypiensa.org.uy/imgnoticias/1042.pdf>. Consultado: 10/2015.
- CASULLO, F., L. GALLUCCI & J. PERREN (comps.), 2013. *Los Estados del Estado. Instituciones y agentes estatales en la Patagonia, 1880-1940*. Rosario: Prohistoria. 152 p.
- CERDÁ, J. M., 2013. Una política social particular para la infancia en la década del '30: el patronato y los tribunales de menores en la provincia de Mendoza. *Páginas. Revista digital de la Escuela de Historia*. vol. 8, pp. 197-220.
- CESANO, J. D., 2010. Sebastián Soler, la crítica al positivismo criminológico y el significado de su *derecho penal argentino*: saberes jurídicos y contextos intelectuales. Una aproximación desde la historia de las ideas. *Cuadernos de Historia*. vol. 20, pp. 89-113.
- COSSE, I., 2005. La infancia en los años treinta. *Todos es Historia*, n° 457, pp. 48-57.
- FREIDENRAJ, C., 2016. El caso Manuel Sicar. Resistencias y disputas en torno a los niños tutelados por el Estado (Buenos Aires, fines del siglo XIX). *Trashumante*, n° 8, pp. 154-175.

- GARAVAGLIA, J. C., M. J. BRADDICK & C. LAMOUREUX, 2016. Histories and Bureaucracies: Administrate and Serve the State. En: Ídem, *Serve the Power(s), Serve the State: America and Eurasia*. Cambridge: Cambridge Scholars Publishing. pp. vii-xix.
- GENTILI, A., 2015. Pequeños cuerpos. Familias, adopciones y justicia en Córdoba, 1957-1974. Tesis de Doctorado en Historia. Córdoba: UNC. Inédito.
- GUPTA, A., 2001. Governing Population. The Integrated Child Development Services Program in India. En: T. B. HANSEN & F. STEPPUTAT (ed.). *States of Imagination. Ethnographic Explorations of the Postcolonial State*. Durham and London: Duke University Press. 432 p.
- GUY, D., 1998. The Pan American Child Congresses, 1916 to 1942: Pan Americanism, Child Reform, and the Welfare State in Latin America. *Journal of Family History*. vol. 23 (3), pp. 272-291.
- LEO, M., 2015. Sobre "depósitos" y "rescates": una aproximación cuantitativa a la circulación de niños como práctica y como estrategia familiar de los sectores populares. Buenos Aires, 1930-1945. *IV Jornadas de Estudios sobre la Infancia*, Buenos Aires, 22 al 24 de abril de 2015.
- LIPSKY, M., 2010 [1980]. *Street-Level Bureaucracy. Dilemmas of the Individual in Public Services*. New York: Russell Sage Foundation. 275 p.
- LOBATO, M. Z. & J. SURIANO (comps.), 2013. *La sociedad del trabajo. Las instituciones laborales en la Argentina (1900-1955)*. Buenos Aires: Edhasa. 368 p.
- MAURO, D. & L. LICHTMAJER (comps.), 2014. *Los costos de la política. Del Centenario al primer peronismo*. Buenos Aires: Imago Mundi. 152 p.
- MILANICH, N., 2011. Women, Children, and the Social Organization of Domestic Labor in Chile. *HAHR*, vol. 91 (1), pp. 29-62.
- MOLYNEUX, M., 2000. Twentieth-Century State Formations in Latin America. En: E. DORE & M. MOLYNEUX (ed.). *Hidden Histories of Gender and the State in Latin America*. Durham & London: Duke University Press. pp. 33-81.
- MOREYRA, B. I., 2009. *Cuestión social y políticas sociales en la Argentina. La modernidad periférica. Córdoba, 1900-1930*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes. 393 p.
- ORTIZ BERGIA, M. J., 2015. Familias en la trama del Estado. Usos y apropiaciones de la tutela infantil en la entreguerras, Córdoba-Argentina. *IV Jornadas de Estudios de la Infancia*, Buenos Aires, 22 al 24 de abril de 2015.
- , 2009. *De Caridades y Derechos. La construcción de políticas sociales en el interior argentino. Córdoba, 1930-1943*. Córdoba: CEH. 183 p.
- PALERMO, S. & J. SILVA, 2016. Expertos, burocracias y política de masas en Argentina. *Estudios Sociales del Estado*. vol. 2 (3), pp. 6-21.
- PEREYRA, E., 2012. El Estado y la Administración Pública nacional en perspectiva histórica. Análisis crítico de la producción académica sobre el período 1930-1976. *PolHis*. vol. 9, pp. 92-112.
- PLOTKIN, M. B. & E. ZIMMERMANN (comps.), 2012. *Las prácticas del Estado. Política, sociedad y elites estatales en la Argentina del siglo xx*. Buenos Aires: Edhasa. 264 p.
- REMEDI, F., 2014. El "problema del servicio doméstico" en la modernización argentina. Córdoba, 1910-1930. En: F. REMEDI & M. BARBOSA CRUZ (comp.). *Cuestión social, políticas sociales y construcción del Estado social en América Latina, siglo xx*. Córdoba-México: CEH-UAM. pp. 51-71.
- SALVATORE, R., 2001. Sobre el surgimiento del estado médico legal en la Argentina (1890-1940). *Estudios Sociales*. vol. 20, pp. 81-114.
- , 2016. Burocracias expertas y exitosas en Argentina: Los casos de educación primaria y salud pública (1870-1930). *Estudios sociales del Estado*. 2 (3), pp. 22-64.
- SCOTT, J., 1998. *Seeing Like a State. How Certain Schemes to Improve the Human Condition Have Failed*. New Haven and London: Yale University Press. 445 p.
- SHARMA, A. & A. GUPTA (eds.), 2006. *The Anthropology of the State. A reader*. Malden: Blackwell Publishing. 410 p.
- SKOCPOL, T., 1995. *Social Policy in the United States. Future Possibilities in Historical Perspective*. New Jersey: Princeton University Press. 328 p.

- SONZINI ASTUDILLO, S., 1949. *Seis meses con los menores en la provincia de Córdoba*. Córdoba: Imprenta de la Universidad de Córdoba. 46 p.
- STAGNO, L., 2008. *La minoridad en la provincia de Buenos Aires, 1930-1943. Ideas punitivas y prácticas judiciales*. Tesis en Maestría en Ciencias Sociales con Orientación en Educación. Buenos Aires: FLACSO.
- VILLALTA, C., 2012. *Entregas y secuestros: el rol del Estado en la apropiación de niños*. Buenos Aires: Del Puerto, CELS. 344 p.

## CONFLICTOS INTERREGIONALES Y POLÍTICA AZUCARERA ARGENTINA

### LOS SECTORES PRODUCTIVOS ENTRE EL PERONISMO Y LA REVOLUCIÓN LIBERTADORA (1950-1957)

INTERREGIONAL CONFLICTS AND SUGAR ARGENTINE POLICIES. PRODUCTIVE  
SECTORS BETWEEN PERONISM AND THE LIBERATING REVOLUTION (1950-1957)

María Celia Bravo<sup>1</sup> y Julieta Bustelo<sup>2</sup>

*Palabras clave*

Racionalización y regulación  
azucarera,  
Conflictos interregionales,  
Sectores productivos,  
Peronismo,  
Revolución Libertadora

*Recibido*

8-8-2017

*Aceptado*

4-1-2018

*Resumen*

Desde el año 1950, el gobierno peronista implementó políticas de racionalización y regulación de la agroindustria azucarera argentina, que fueron continuadas durante el gobierno de la llamada Revolución Libertadora. Éstas implicaron una confrontación interregional entre la agroindustria de Salta y Jujuy y la de Tucumán, principal centro azucarero del país. El artículo estudia las medidas implementadas y las posiciones de las corporaciones empresarias y de la asociación de plantadores de Tucumán al respecto. La perspectiva adoptada ilumina los sentidos de las políticas azucareras del peronismo y de las aplicadas por la Revolución Libertadora; en ese aspecto afloran sus diferencias y sus impactos desiguales en las distintas regiones.

*Key words*

Sugar rationalization and  
regulation,  
Interregional conflicts,  
Productive sectors,  
Peronism,  
Liberating Revolution

*Received*

8-8-2017

*Accepted*

4-1-2018

*Abstract*

Since 1950, the Peronist government imposed rationalization and regulation policies on the Argentine sugar agroindustry, which were continued during the government of the so-called Liberating Revolution. These involved an interregional confrontation between Salta and Jujuy agroindustries and those in Tucumán, the main sugar center in the country. The article studies the implemented measures and the positions of the business corporations and the planters association of Tucumán adopted in this regard. The chosen perspective illuminates the senses of the Peronism sugar policies and those applied by the Liberating Revolution. In this regard, their differences and their unequal impacts on the different regions emerge.

1 CONICET / Universidad Nacional Tucumán. Argentina. C.e.: mceliabravo@hotmail.com.

2 CONICET / Universidad Nacional Tucumán. Argentina. C.e.: julibustelo@yahoo.com.ar.

## INTRODUCCIÓN

Este trabajo propone analizar las políticas azucareras argentinas aplicadas entre 1950-1957 y las posiciones adoptadas por las corporaciones empresarias: el Centro Azucarero Regional del Norte Argentino (en adelante, CARNA), que expresaba la voz de los industriales salto-jujeños, el Centro Azucarero Regional de Tucumán (en adelante, CART) y la Unión de Cañeros Independientes de Tucumán (UCIT), que representaban respectivamente las posiciones de los industriales y de los plantadores de caña (denominados cañeros) de Tucumán.<sup>3</sup> El enfoque adopta un esquema relacional que contempla los resultados regionales y centra su atención en lo acaecido en Tucumán, principal centro productor de azúcar del país. Tal perspectiva no ha sido contemplada por la historiografía azucarera argentina que estudió de manera independiente el desarrollo seguido por los distintos complejos productivos.<sup>4</sup> Existen algunas excepciones, como la contribución de Campi y Lagos (1995) que examina la formación del mercado de trabajo azucarero en ambas regiones desde una mirada comparativa. La historiografía azucarera brasileña ha prestado mayor atención a los conflictos interregionales entre los fabricantes y abastecedores de caña de azúcar del Nordeste con el emergente empresariado del Estado de San Pablo y de la zona de Campos (Río de Janeiro) para conquistar el mercado azucarero nacional (Szmrecsányi 1979).

El presente artículo se inscribe en esa línea de análisis, al contemplar desde una perspectiva relacional los argumentos vertidos por los principales actores productivos azucareros. Se incluyen los condicionantes sociales y económicos derivados de la formación de las distintas regiones azucareras, lo que supone, para el caso de Tucumán, contemplar las tensiones inherentes derivadas de una práctica distributiva. Asimismo, se indagan las políticas adoptadas por la Revolución Libertadora para desmantelar el acentuado estatismo peronista identificado con las políticas reguladoras. En gran medida, prolongar el análisis permite indagar los antecedentes del colapso tucumano de 1966, desencadenado por el cierre de once ingenios decretado por la dictadura de Onganía.

El período escogido no es arbitrario. En 1950, se clausuró una política caracterizada por las compensaciones estatales a los mayores costos productivos derivados de la política laboral, insumos, transporte, el pago de la caña según el peso y el mantenimiento de los bajos precios del precio del azúcar, medidas que implicaron un subsidio a la agroindustria tucumana en particular y a los consumidores en general. Desde 1950, el gobierno peronista adoptó un postulado racionalizador que implicaba aplicar políticas de estímulo a la productividad y desalentar la actividad en regiones consideradas marginales. La arista racionalizadora comenzó a configurarse en 1950 con la formación de

3 En julio de 1955, el Centro Azucarero Regional de Tucumán cambió su nombre por Cámara Azucarera Regional de Tucumán para adaptar su estructura a lo dispuesto por la Ley de Asociaciones Profesionales 14.295.

4 Bravo 2006, 2008; Bravo y Gutiérrez 2014; Bustelo 2015; Fleitas 2003; Lenis 2016, Moyano 2015, Pucci 1989, 1991; entre otros.

la Dirección Nacional de Azúcar (DA), primer organismo técnico de carácter nacional con potestad para decidir el régimen azucarero, a la vez que debía diseñar políticas a largo y mediano plazo. La racionalización implementada se expresó en la ponderación del rendimiento sacarino para determinar el precio de la caña y la productividad industrial.<sup>5</sup> La medida se moderaba con la creación del Fondo Regulador Azucarero (en adelante, FRA), destinado a sostener las distintas regiones productivas a través de un complejo sistema de aportes y compensaciones. Sin embargo, su formación abrió una disputa de alcance regional entre Tucumán, comprometido con la defensa del FRA, y la industria salto-jujeña, que aprobó la racionalización impulsada por el gobierno pero discrepó respecto del procedimiento regulador adoptado.

Durante la Revolución Libertadora, la DA mantuvo el postulado racionalizador reflejado en una política azucarera que giró en torno al rendimiento sacarino como demarcador de los precios. Al mismo tiempo, sostuvo la existencia del FRA, que no cumplió su función de organismo compensador debido a su desfinanciamiento. Desde esta óptica podría afirmarse que hubo continuidad entre las políticas económicas diseñadas por el segundo gobierno peronista y el de la Revolución Libertadora como han señalado algunos autores.<sup>6</sup> Sin embargo, los resultados en materia azucarera afectaron de manera desigual a ambas agroindustrias.

Al compás de las decisiones gubernamentales, se desató una confrontación entre los empresarios del CARNA y el CART, en la que participaron activamente los cañeros representados por la UCIT. Las demandas de los actores mencionados reflejaban las disparidades productivas de ambas regiones azucareras. El análisis de sus condiciones de producción, de las formaciones sociales configuradas y de los antecedentes reguladores adoptados en Tucumán permiten dilucidar los intereses de los distintos actores involucrados en la actividad agroindustrial, en un contexto de disputa regional, destinados a incidir en la formulación de las políticas azucareras.

#### REGIONES AZUCARERAS ESTRUCTURALMENTE DIFERENCIADAS

La provincia de Tucumán, principal centro azucarero del país, contaba con 28 ingenios de disímil capacidad productiva (entre 3.600 y 900 toneladas diarias); 19 de ellos estaban provistos de destilerías, como rubro subsidiario. Los equipos industriales no se habían renovado debido a las dificultades para conseguir permisos de importación, situación que compartían ambas regiones productivas.<sup>7</sup> El suministro de materia prima

5 El rendimiento sacarino refiere a la cantidad de azúcar contenida en la materia prima que se obtiene, según un análisis químico, de los atados de caña entregada por el cañero a la fábrica, cuyo jugo debía obtenerse del primer molino. El rendimiento comercial del ingenio alude a la cantidad de azúcar obtenida por tonelada de materia prima molida.

6 Véase Díaz Alejandro 1977 (p. 266), Gerchunoff y Llach 1975 (p. 241) y Sánchez Román 2009 (p. 240).

7 Datos extraídos del informe interministerial de asuntos azucareros realizado por Banco Central de la República Argentina (BCRA 1949).

era provisto por cañeros, cuantificados en 18.977 productores en 1945, en su mayoría pequeños propietarios.<sup>8</sup> Al estar la provincia emplazada en una zona de heladas frecuentes, los rendimientos sacarinos eran menores a los obtenidos en los cañaverales de Salta y Jujuy.

La singularidad de la región productiva tucumana residía en la existencia de una estructura agraria sumamente fragmentada, que revelaba la preponderancia de cañeros independientes. La relación entre éstos y los industriales estuvo marcada por el conflicto. En 1927, se produjo la primera huelga cañera que interrumpió un mes la zafra y concluyó con la aceptación del arbitraje presidencial. En 1928, el Laudo Alvear institucionalizó las relaciones sectoriales de cañeros e industriales. Estipuló la obligatoriedad de un contrato tipo para la comercialización de la materia prima y determinó una fórmula para fijar el precio de la tonelada de caña, estimada en el 50 % del precio promedio comercial alcanzado por el azúcar durante la zafra. Además, delimitó el porcentaje sectorial de molienda en cada zafra: el 43,42 % correspondía a los cañeros y el 56,58 % a los industriales.<sup>9</sup>

Bajo un contexto de sobreproducción, la provincia de Tucumán implementó, en 1928, una ley reguladora de la producción que determinó la reducción de la cosecha, pero obligó a los ingenios a recibir materia prima de cañeros cuya producción se redujo en un porcentaje similar al que regía para la molienda fabril, sólo los pequeños productores estuvieron autorizados a moler la totalidad de su cosecha (Schleh 1939). Tales normativas contribuyeron a consolidar una estructura agraria cañera fundada en el desarrollo de la pequeña propiedad. En 1945, los cañeros controlaban el 58% de la superficie cultivada, mientras los ingenios ocupaban el 42%, indicador que reflejaba el notable retroceso experimentado por los industriales tucumanos en el ámbito agrario (Bravo y Bustelo 2016). Esta situación se reflejó también en el sector industrial con la formación de los ingenios *Nuñorco* y *Marapa*, formados como sociedades mixtas integradas por cañeros y el Estado provincial. Los ingenios *Esperanza* y *Santa Ana* pasaron a la órbita patrimonial de la provincia para evitar su cierre (Bustelo 2016). Tal diversidad de sociedades industriales expresaba el declive del tradicional empresariado azucarero tucumano.

Las labores de los trabajadores, tanto permanentes como transitorios, signadas por la demanda estacional, congregaron un denso conglomerado humano en época de cosecha. En 1947, su número ascendió a 46.000 obreros durante los meses en que se intensificaba el ritmo de trabajo. Accedían desde las provincias de Catamarca y Santiago del Estero, aunque también era importante el contingente aportado por Tucumán.<sup>10</sup> En 1944, se organizó la Federación Obrera Tucumana de la Industria Azucarera (en ade-

8 Datos extraídos del Censo de las Plantaciones de Caña de 1945 realizado por el Consejo Nacional de Estadística y Censos (CNEC 1945).

9 Para el análisis del Laudo Alvear véase Bravo 2008 (pp. 265-321).

10 Datos extraídos del informe interministerial de asuntos azucareros BCRA 1949.

lante, FOTIA), integrada por 30 sindicatos de obreros de ingenio y del surco que contabilizaban un total de 60.000 trabajadores. De la mano del peronismo y con el auspicio de la Confederación General del Trabajo (en adelante, CGT), se transformó en una entidad poderosa, que dirigió, a nivel regional, el sector azucarero. Luego de la huelga general decretada por FOTIA en 1949, la institución fue intervenida y perdió su carácter federativo al transformarse en una asociación, aunque mantuvo su denominación.<sup>11</sup>

En la denominada *región Norte* (Salta y Jujuy) se ubicaba el ingenio *Ledesma*, principal productor nacional desde 1950 y emblema de empresa integrada al abastecerse de sus plantaciones. En 1949, a medida que crecía su capacidad productiva, compró por primera vez materia prima de terceros, en pequeños porcentajes (Fundación CEPPA 2008, p. 72). *La Esperanza* y *Río Grande*, situados en la misma provincia, de importante capacidad productiva, también funcionaban con un esquema agroindustrial integrado. Salta contaba con dos ingenios, *San Isidro* y *San Martín de Tabacal*, este último se destacaba por su gran capacidad productiva y por aprovisionarse de sus plantaciones. En definitiva, la región Norte refería a cinco ingenios que controlaban las esferas agrícola y fabril; tres de ellos estaban equipados con destilerías y requerían de manera subsidiaria del auxilio de productores independientes. En Salta y Jujuy, predominó el latifundio azucarero, factor que constituyó una ventaja comparativa en tanto no distribuía la renta agraria como lo hacían los ingenios tucumanos (Campi y Lagos 1995, p. 196).

También contribuyeron las disparidades laborales de salarios y condiciones de trabajo entre ambas regiones productivas. Durante las primeras décadas del siglo xx, los ingenios del Norte consumaron una política de concentración territorial con el objetivo de captar mano de obra bajo la figura del arriendo. Se trataba de una estrategia coactiva utilizada por los ingenios para asegurarse el trabajo en la zafra.<sup>12</sup> La fuerza laboral contemplaba diversos orígenes étnicos: comunidades aborígenes del Chaco (matacos y tobas) que arribaron a las plantaciones hasta 1920; a partir de esa fecha, los contingentes se engrosaron con campesinos de la Puna, criollos de las provincias vecinas y, desde 1940, con inmigrantes bolivianos. Llegaban reclutados por contratistas que recibían un pago por parte del ingenio por cada trabajador aportado; el traslado requería de la utilización de mecanismos coercitivos: era frecuente el vale, una suerte de crédito por las compras realizadas por los trabajadores en las proveedurías de los ingenios a las que aplicaban altos intereses. Kindgard sostiene que dicho mecanismo implicaba una reducción en términos reales del costo de producción de las empresas (Kindgard 1999, p.80). La normativa de pagar con vales había sido abolida en Tucumán luego de la imponente huelga obrera realizada en 1904, aunque posteriormente se registraron testimonios sobre el mantenimiento de esta práctica en varios ingenios de la provincia.

---

11 Sobre la formación de la FOTIA y su dinámica durante el peronismo, véase Rubinstein 2006 y Gutiérrez 2012 (pp. 151-187).

12 En 1930, los territorios del ingenio *La Esperanza* alcanzaban las 192.000 ha, mientras que el ingenio *Ledesma* poseía 72.279 ha (Campi y Lagos 1995, p. 195).

A fines de 1945, la provincia de Jujuy contaba con sindicatos por ingenio: la Unión Obreros del Ingenio Ledesma con 2.300 afiliados, el Centro de Obreros Unidos del Ingenio Esperanza con 1775 afiliados, la Unión Obreros del Ingenio de Río Grande con 1588 afiliados y el Sindicato de Obreros Unidos del ingenio San Andrés con 700 afiliados. En 1946, las organizaciones llevaron adelante medidas de protesta que incluyeron la paralización de los ingenios y cortes de energía eléctrica con el objetivo de hacer efectivos los incrementos salariales y el pago del aguinaldo (Fleitas y Kindgard 2006). En Salta, se formaron el Sindicato de Obreros del Azúcar del Ingenio San Isidro y el Sindicato de Obreros del Azúcar de San Martín del Tabacal (Del Valle Michel y Bustos 2005). Los sindicatos de Salta y Jujuy se reunieron en la Federación Regional de la Industria Azucarera (FORIA), que, en 1947, se integró a la FOTIA. Cuando ésta fue intervenida en 1949, la FORIA se disolvió y sus sindicatos se afiliaron separadamente a la CGT.

De este modo en la región Norte se configuró un modelo de economía de escala concentrado en pocas unidades fabriles de gran porte que delineó una estructura agraria fundada en el latifundio. Se trató de una región profundamente desigual en términos sociales. En cambio, en Tucumán se desarrolló una configuración industrial y agraria productivamente frágil pero más compleja y distributiva. Su sello distintivo residía en el dinamismo asociativo del sector agrario que forzó a los industriales a redistribuir la renta azucarera, mientras en Salta y Jujuy se consolidaba la concentración agrícola y fabril. Tales características definieron los rasgos del sindicalismo azucarero, con mayor capacidad de presión en Tucumán que en Salta y Jujuy, aunque FOTIA desplegó sus pretensiones de establecer su hegemonía sobre toda la región.

#### LOS INICIOS DE LA CONFRONTACIÓN ENTRE AMBOS MODELOS PRODUCTIVOS (1950-1955)

El gobierno militar de junio de 1943 debió afrontar el declive productivo del azúcar que insumió las existencias gestadas por la superproducción acaecida en la zafra de 1940. La carestía alcanzó su punto culminante en 1945, año en el que se importó 50.000 toneladas de azúcar en una coyuntura de postguerra caracterizada por el faltante del producto a nivel mundial, generando el alza de los precios del producto elaborado. En este contexto, el gobierno dictó el decreto n° 678 de 1945 que, por primera vez, estableció una regulación integral y nacional de la agroindustria.<sup>13</sup> La normativa en su introducción se propuso, como uno de los objetivos principales, solucionar los ciclos de escasez de una agroindustria que poseía capacidad industrial suficiente para autoabastecer el mercado interno. El decreto fijó los precios del azúcar, de la materia prima, de los insumos necesarios del procesamiento industrial, los salarios obreros, el costo fabril. El precio se mantuvo fijo para el consumo entre 1945 y 1947 y sólo se elevó \$ 0,10 en 1948. Los precios de la materia prima se determinaron según su peso a partir del estudio de los petitorios elevados por los productores según sus costos, además de contemplar la

13 Véase el decreto n° 678 emitido por el Poder Ejecutivo Nacional (PEN 1945). Para un análisis del decreto n° 678/45 y de la política azucarera del peronismo, véanse Bravo y Gutiérrez 2014 y Bustelo 2015.

tradición distributiva del precio del azúcar fijado por el Laudo Alvear en 1927. El decreto creó un Fondo de Compensación y Asistencia Social abastecido por el aporte \$ 0,06 por cada kilogramo de azúcar comercializado por ingenios, refinerías, elaboradores de productos azucarados y comercializadores de azúcar. El impuesto se depositaba en una cuenta del Banco de la Nación Argentina (en adelante, BNA) administrada por la Junta Nacional del Azúcar (JNA); debido a que esta institución nunca funcionó, la cuenta fue gestionada por el Instituto para la Promoción del Intercambio (IAPI). Las compensaciones se distribuían según el régimen azucarero que cada año definía la Secretaría de Industria y Comercio y eran canalizadas a través de créditos del BNA. Este flujo de dinero bancario tenía una finalidad precisa: pago de salarios, aguinaldos, incrementos salariales, gastos administrativos, movimiento de la zafra, fletes, compras de combustible y de materias primas, anticipos a cañeros, renovación y ampliación de plantaciones.<sup>14</sup> En ese sentido, coincidimos con Brenan y Rougier (2001, p. 77) cuando afirman que la política industrial del peronismo, hasta 1949, estaba en gran medida subordinada a las políticas salariales y a la política bancaria, de modo que el crédito, en esta etapa, no expresó una preocupación tendiente a mejorar la productividad fabril o agrícola, sino que tenía como finalidad el funcionamiento de la agroindustria bajo los parámetros de la redistribución de ingresos impuesto por el gobierno en un contexto de carestía del azúcar. Tal mecánica de funcionamiento determinó el constante aumento de subsidios estatales otorgados al Fondo de Compensación y Asistencia Social.

A partir de 1947, se normalizó el mercado al registrarse un ascenso productivo que se prolongó hasta 1955 y abasteció el consumo nacional estimado en 640.000 toneladas. En ese contexto, signado también por la crisis de la balanza comercial, la inflación y el mal desempeño productivo del área pampeana, el gobierno nacional comenzó a revisar la política de subsidios al azúcar. Creó la Comisión Interministerial de Estudios Azucareros, la que diseñó un programa de racionalización centrado en la situación de la agroindustria tucumana, principal centro productivo del país al que sindicaba como responsable del encarecimiento de los costos.<sup>15</sup> La comisión proyectó la creación de la DA, un plan de racionalización del transporte de la caña, la quita de los subsidios otorgados a través del Fondo de Compensación, la definición del precio de la materia prima sobre la base de su rendimiento en azúcar y la determinación de zonas consideradas marginales dentro de Tucumán en las que no se podía plantar más caña.<sup>16</sup> En

14 Sobre la política económica y crediticia del peronismo, véanse Bellini 2004 (pp.143-158), Brenan y Rougier 2015 (76-100), Girbal 2003 (pp. 265-317), 2004 (pp. 69-110), 2011 (pp. 111-136, 141-158), Rapoport 2013 (191-403) y Rougier 2001.

15 Entre 1945-1948, Tucumán había logrado abastecer el mercado a costa de expandir su cultivo hacia zonas marginales, crecimiento avalado por el gobierno al aprobar el pago de las liquidaciones de materia prima según el peso de la planta. Esta modalidad de pago había sido implementada en la década de 1930 como resultado de las movilizaciones de cañeros. También en los primeros años del peronismo el gobierno autorizó la molienda de cañas de bajo rendimiento haciéndose cargo de la consecuente compensación a los ingenios.

16 Véase BCRA 1949, pp. 45-49.

1949, se constituyó la DA, dependiente del Ministerio de Industria y Comercio, como institución encargada de implementar las políticas azucareras. La DA asumió un postulado racionalizador, en sintonía con la política agropecuaria a nivel nacional, que tenía por objetivo afrontar la crisis económica. Se trataba de un organismo técnico destinado a atender la heterogeneidad y complejidad de los problemas agroindustriales y contener las demandas sectoriales con soluciones imbuidas de racionalidad científica. La DA cumpliría las funciones que el decreto n° 678/45 había asignado a la JNA.

La racionalización azucarera estuvo enmarcada por la política económica que el gobierno delineó como consecuencia de la crisis económica que mostró un fuerte impacto a partir del año 1949. El descenso de los precios agrícolas en el mercado internacional desvaneció la fuente de financiamiento del proceso industrializador y de la distribución del ingreso en favor de los asalariados, conforme a los postulados del Primer Plan Quinquenal. Se produjo un cambio de rumbo en la política económica, expresado en una mayor atención al sector agrario, y se detuvo el traslado de recursos del agro a la industria. El objetivo se cifró en el incremento de la productividad agraria, la reducción de los costos de producción, el aumento de los beneficios, el incentivo al productor, el mantenimiento de la promoción de importaciones necesarias para el agro y se reforzó la política crediticia del BNA. Los precios agropecuarios serían fijados teniendo en cuenta los costos de producción, pero sin descuidar la relación de los precios del mercado mundial con los del mercado interno.<sup>17</sup>

La producción azucarera se había incrementado y satisfacía las necesidades del consumo, pero no se había logrado un *stock* razonable de reserva. En consecuencia, ante un posible aumento del consumo, podía repetirse la necesidad de importar azúcar, operación que generaba el drenaje de divisas.<sup>18</sup> En esa línea, desde 1950, la DA implementó medidas racionalizadoras que tenía como meta eliminar los subsidios estatales, mejorar la productividad fabril y agrícola y lograr el autofinanciamiento de la agroindustria.<sup>19</sup> Por un lado, elevó el precio del azúcar en un 60% para acercarlo a su costo real. Por otro lado, instauró el plan de racionalización del transporte de la caña en Tucumán, que tenía como objetivo reducir el tiempo entre el corte de la materia prima y su traslado al ingenio para aumentar el rendimiento sacarino de la planta. Antes de cada zafra, la DA determinaba la cantidad de azúcar necesaria para el año entrante y asignaba a los ingenios cuotas de molienda de caña propia y comprada. La provincia de Tucumán se dividió en siete zonas cañeras, en las que los ingenios debían moler las

---

17 Girbal-Blacha (2011, pp. 141-158) documenta que los créditos otorgados por el BNA a cañeros e industriales de Tucumán para mejoras en la productividad, a través de la adquisición de maquinarias y compra y renovación de semillas, fueron en aumento a partir del año 1949.

18 BCRA 1949, p. 46.

19 La Comisión aconsejaba abandonar el sistema de compensaciones que se otorgaban a productores de materia prima y a los industriales azucareros, régimen que podía considerarse un subsidio a los consumidores, pues éstos se beneficiaban al adquirir el producto elaborado a un precio inferior al costo. *Ibidem*, p. 48.

toneladas autorizadas de materia prima de los cañeros de su zona de influencia. La contratación de caña por los ingenios dentro de cada zona era libre, aunque las fábricas debían respetar las cuotas asignadas.

Por último, la DA transformó el Fondo Compensador en un Fondo Regulador Azucarero (en adelante, FRA), alimentado por el impuesto aportado por los ingenios y comercializadores, destinado a equilibrar las disparidades de costos de los distintos modelos azucareros para garantizar su funcionamiento.<sup>20</sup> Tal esquema suponía la redistribución de los beneficios en función de los costos productivos de las distintas regiones, incluyendo un margen de utilidad. Asimismo, su propósito racionalizador se reflejó en la adopción del rendimiento sacarino para determinar los precios del azúcar y de la caña, además de disminuir el componente de la materia prima que se pagaba en función del peso. Se aplicó un precio mixto para la caña y su industrialización que consistía en el mantenimiento de un monto fijo determinado sobre la base del peso, más una suma variable que se pagaba según su contenido en azúcar. Este sistema fue sugerido por el Consejo Directivo de la Industria Azucarera (en adelante, CDIA) en sus presentaciones de 1948 y 1949 y contó con el respaldo de sus filiales, incluida Salta y Jujuy.<sup>21</sup> Sin embargo, la implementación del FRA abrió un virulento conflicto entre los empresarios de Salta y Jujuy con los de Tucumán con el objetivo de incidir en la política azucarera nacional en función de sus intereses, enfrentamiento que no anuló la tradicional puja de los sectores productivos de Tucumán.

El CARNA acordó con la política racionalizadora desplegada por la DA pero reclamó su profundización. En octubre de 1950, elevó al Ministerio de Industria y Comercio un estudio denominado “El Remedio de Fondo” donde proponía la adopción de una escala que rebajaba las sumas fijas acreditadas a las fábricas en concepto de industrialización (determinadas exclusivamente por el peso de la caña) y elevaba los índices relacionados con las sumas variables (en función del contenido sacarino), durante un lapso de cinco años. Sugería, además, el desarrollo de la industria en zonas apropiadas, la eliminación de ingenios y cañeros de zonas marginales por su ineficiencia económica y la compra de las maquinarias por parte de las fábricas más eficientes que se comprometían al pago de una compensación en las zonas donde se erradicaría la actividad. Sostenía que los derechos de producción de caña y de industrialización de azúcar de las empresas quebradas debían distribuirse entre los ingenios más eficientes.

---

20 Aumentó la contribución de ingenios, refinerías, elaboradores de productos azucarados y comerciantes mayoristas y minoristas a razón de \$ 0,06 a \$ 0,60 por cada kg de azúcar. Véase Decreto n° 11.223/50, reproducido en *La Industria Azucarera* (junio 1950, pp. 372-379).

21 El CDIA se formó en 1926 para articular las relaciones interindustriales de las distintas regiones azucareras. Su creación formó parte del conjunto de reorganizaciones del colectivo empresarial azucarero que culminaron con la formación de centros azucareros regionales (Lenis 2016, p. 169). Las presentaciones conjuntas del CDIA realizadas en 1948 y 1949 revelaban que los industriales tucumanos mantenían aún su influencia en esa institución que se disolvió en agosto de 1957. Véase *La Industria Azucarera* (agosto 1957, pp. 365-366).

La sugerencia se hacía sin considerar si la región azucarera de Salta y Jujuy estaba en condiciones de abastecer el mercado nacional, ni contemplar el problema económico y social que se generaba a la provincia de Tucumán.<sup>22</sup> El memorial del CARNA implicaba un ataque directo a la producción tucumana, a la que adjudicaba patrones de ineficiencia que persistían a costa de la agroindustria del Norte, considerada eficaz y científica. Por primera vez, el centro norteño tomaba una decisión unilateral al peticionar aisladamente al gobierno, sin dar la discusión en el interior del CDIA. El CARNA desafió abiertamente a los industriales tucumanos al adoptar una posición de confrontación, que dejaba atrás la búsqueda de consenso empresarial para disputar el diseño de la política azucarera argentina.<sup>23</sup>

El análisis del petitorio permite afirmar que sus demandas se adaptaban a las ventajas productivas de los grandes ingenios de Salta y Jujuy (principalmente San Martín de Tabacal y Ledesma). Las plantaciones propias, los canales de riego y las proveedurías para su población obrera incidían en la baja de los costos productivos. El objetivo de reducir los valores adjudicados a los costos constantes por tonelada de caña provocaba la disminución de ingresos a los ingenios con rendimientos comerciales de 6 y 7% (ubicados en Tucumán), al tiempo que incrementaba las sumas que percibirían los establecimientos de Salta y Jujuy, especialmente las dos grandes fábricas mencionadas. El esquema de introducir valores decrecientes al peso de la caña hasta lograr su desaparición completa en un lapso de cinco años para reemplazarlo por un valor único sobre la base de la riqueza sacarina ocasionaba una transferencia de ingresos azucareros hacia los establecimientos del Norte en tanto se tomaba como referencia el mayor costo (el de Tucumán) y beneficiaba a esa región debido a sus rendimientos culturales más altos.

El CART, en su memorial al Ministro de Industria y Comercio, refutó la propuesta de CARNA, alegó que existían dos modelos azucareros cuyas especificidades debían contemplarse. En esa línea, sostuvo que el principio de equidad distributiva sectorial y regional había generado la formación del FRA y discrepó con el sentido que le adjudicaba CARNA cuando afirmaba, como único propósito, el estímulo a la producción más eficiente y económica. Para el CART, el FRA funcionaba como una cámara compensadora animada con un espíritu previsor, en tanto garantizaba el funcionamiento del parque industrial al derivar recursos a zonas castigadas por heladas y sin capacidad económica para enfrentar los quebrantos derivados de los ciclos de sobreproducción que generaban el declive en los precios por exceso de oferta. Al mismo tiempo, argumentaba que la institución se había programado para "asegurar a los ingenios con

---

22 En 1950 los ingenios salto-jujeños tenían el 29 % de la producción nacional. El máximo porcentaje de participación en el mercado azucarero se registró en 1969 con el 41 %, luego del cierre de los ingenios tucumanos en 1966. En la zafra de 2016 la producción azucarera del "Norte" fue del 30 % del mercado, porcentaje que mantiene hace varios años.

23 Memorial del CARNA de octubre de 1950 reproducido en CART (1955, pp. 37-77). En dicha publicación se reproducen las presentaciones realizadas por el CARNA y el CART ante los funcionarios estatales entre los años 1950 y 1955.

rinde inferior al promedio el valor básico correspondiente a la caña” (CART 1955, p. 97). De esta forma, el FRA corregía las asimetrías existentes en los costos productivos regionales y morigeraba los conflictos intersectoriales en Tucumán al implementar un sistema de precios de la materia prima acordes a los costos de las diferentes regiones productivas, sobre la base de un promedio de rendimiento por zona. El respaldo al FRA por parte de los industriales tucumanos provenía de la capacidad del organismo para incidir en la derivación del flujo de sus recursos. Su objetivo consistía en evitar que los incrementos de los precios del azúcar, determinados por los mayores costos productivos de Tucumán, se transfirieran a la región de altos rendimientos culturales, situación que generaba un *plus* de utilidad a tales ingenios. En esa dirección, destacaba que los recursos del FRA se formaban con un impuesto sufragado por los consumidores; por lo tanto, ese dinero no pertenecía a las empresas, que sólo actuaban como agentes de retención.

En defensa de sus intereses, la corporación tucumana afirmaba que sus fábricas no eran responsables de la calidad de la materia prima –argumentación que culpabilizaba a los cañeros– y aclaraba que los costos para industrializar caña eran equivalentes en todos los establecimientos, con independencia del rendimiento en azúcar. Refutaba la descalificación de CARNA respecto de la incapacidad de la agroindustria, a la que sindicaba de “deficiente” e “ineficaz”, atributos que no se concedían con los rendimientos culturales obtenidos en años anteriores. No obstante, admitía que los ingenios del Norte se encontraban en zonas más adecuadas y producían en condiciones más económicas, pero señalaba que no podían reemplazar el volumen de la producción tucumana. Aprobaba que un porcentaje de la caña se pagara en función del coeficiente sacarino como estímulo a la mejor calidad y no como castigo a la región de inferior rendimiento. Admitía que podía mejorarse la eficacia técnica de algunos ingenios, pero recordaba que las importaciones de maquinarias aprobadas por el Estado estaban suspendidas por escasez de divisas.<sup>24</sup> Finalmente, se preguntaba cómo se resolvería el problema social de Tucumán al propiciar el traslado o el abandono de ingenios y plantaciones. En consecuencia, sostenía que la propuesta de CARNA era regresiva, no solucionaba el problema de los mayores costos, sólo lo agravaba al permitir a Salta y Jujuy triplicar sus ingresos con recursos del FRA, mientras que a Tucumán se le reducían sus ingresos. Solicitaba un aumento del componente fijo del precio (en relación con el peso) y una disminución del índice que determinaba la parte móvil, referido a la riqueza sacarina para contribuir al ordenamiento y la consolidación del parque azucarero de Tucumán. Concluía su memorial afirmando que la industria tucumana tenía históricamente un sentido distributivo en tanto la producción cultural estaba distribuida entre 18.000 cañeros propietarios que entregaban su producción a 27 ingenios, de los cuales uno pertenecía a una cooperativa de cañeros (ingenio Ñuñorco), dos se encontraban bajo

---

24 En 1949, el gobierno admitía que no se habían modernizado las instalaciones fabriles de los ingenios debido a la guerra y a las dificultades para conseguir permisos de importación. BCRA 1949, p. 12.

la jurisdicción patrimonial del Estado provincial (ingenios *La Esperanza y Marapa*) y uno era propiedad de la nación (ingenio *Santa Ana*).<sup>25</sup>

En la zafra de 1951, la DA respetó la propuesta tucumana de mantener precios diferenciales para la caña y su industrialización según las diferentes áreas productivas azucareras.<sup>26</sup> La DA adoptó una decisión salomónica al reconocer un mayor valor a la materia prima de Salta y Jujuy en función de su mejor rendimiento, pero al mismo tiempo moderó el importe del componente variable relativo al contenido sacarino. Para la materia prima de Tucumán se aplicó un valor zonal –solicitado por el CART– formado según un rendimiento promedio y fueron reconocidos los mayores costos productivos de los ingenios al establecer para la región un precio más alto en concepto de industrialización. Los cañeros resultaron beneficiados en sus bonificaciones a la materia prima, dado que el rendimiento fabril no se calculó según el desempeño alcanzado por el ingenio al que entregaban su materia prima, sino en función del rendimiento fabril promedio alcanzado por las fábricas en su zona de influencia. Los ingenios que no alcanzaran el valor promedio debían aplicar en favor de los cañeros ese mayor rendimiento. La medida incrementó la presión sobre los ingenios para lograr una mejor productividad, situación que desató la conflictividad intersectorial en Tucumán, en tanto las fábricas se negaron a cargar con las pérdidas y acusaron a los cañeros de ser los principales responsables de los bajos rendimientos culturales. Pese a los desacuerdos de cañeros e industriales con el régimen racionalizador inaugurado en 1950, el régimen de precios mixtos se mantuvo en las zafras de 1952 y 1953, con mínimas modificaciones en los montos establecidos resultantes de las diferencias anuales de costos.

En 1954, la DA generó un viraje en la política azucarera al dictar la resolución nº 127, que profundizó la racionalización. Para la caña y su industrialización se estableció un precio único en todas las zonas azucareras, se elevó el rendimiento sacarino y el rendimiento comercial fabril al 8% y se mantuvo el precio mixto. Sobre el componente sacarino del precio se practicaba un descuento o bonificación por cada kg de azúcar obtenido en exceso o defecto respectivamente. En Tucumán, el rendimiento de la caña continuaba calculándose con relación a la zona del ingenio. Para el rendimiento comercial del ingenio se practicaba el mismo procedimiento de descuento y bonificación, tomando como referencia el valor del 8%. Para las futuras zafras se proyectaba una escala descendente anual del componente fijo del precio, de manera que, en 1960, la caña se pagaría en su totalidad según su riqueza sacarina. La resolución mantenía el aporte de los diferentes factores azucareros al FRA. Por último, quedaba asentado que la DA llevaría a cabo un plan de zonificación de las explotaciones cañeras e industriales, mediante el control de rendimientos mínimos, a fin de encauzar la actividad azucarera hacia regiones y zonas del país económicamente más aptas.<sup>27</sup>

25 Memorial presentado por el CART en 1951 reproducido en CART (1955, pp. 79-107).

26 Resolución 671, reproducida en *La Industria Azucarera* (junio 1951, pp. 189-191).

27 Resolución nº 127, reproducida en *La Industria Azucarera* (octubre 1954, pp. 413-422).

Cañeros e industriales de Tucumán denunciaron los perjuicios para la provincia ocasionados por la resolución n° 127 al fijar un rendimiento del 8%, alejado de los obtenidos en la provincia, cuyo resultado se plasmaría en precios bajos que no alcanzaban a cubrir los costos productivos. UCIT y CART dejaron de lado sus acusaciones sobre la responsabilidad de los bajos rendimientos y dirigieron sus críticas a la normativa. UCIT sostuvo que el rendimiento establecido se correspondía con el obtenido en Salta y Jujuy y no con el de Tucumán, que resultaba inferior al 6,5 %. La entidad cañera consideraba sumamente perjudicial el aumento del rendimiento y la proyectada disminución anual de los precios fijos de la caña. Sostenía que previamente a estas medidas debía haberse proyectado un régimen de racionalización del cultivo, cosecha, transporte e industrialización, que sólo sería posible en el largo plazo con la ayuda técnica del Estado. Por otra parte, UCIT denunciaba que la medida priorizaba el interés económico y no consideraciones de orden social. Sostenía que el modelo tucumano había desarrollado la subdivisión de la tierra en la provincia al aplicar políticas distributivas que permitieron la existencia de millares de productores e impedido el desarrollo del retardatario latifundio existente en el resto del país.<sup>28</sup>

El CART, en un amplio documento, se opuso al establecimiento de precios decrecientes para la materia prima y su industrialización. Afirmó que el nuevo régimen proyectaba la destrucción de la agroindustria azucarera de Tucumán y, por ende, de la economía provincial. Negó que el bajo rendimiento fuera producto de la deficiencia técnica, sino de la recepción de caña de productores alejados de las fábricas, lo que producía la pérdida de rendimiento de la materia prima debido al espacio entre días de corte y molienda. Tal situación no sucedía en Salta y Jujuy donde los ingenios poseían sus propias tierras y molían su caña cortada en el día. Por último, destacaba que, si desaparecía Tucumán como productora de azúcar, el resto de las zonas azucareras del país no podrían abastecer el mercado nacional, obligando al país a recurrir a la importación.<sup>29</sup>

La nueva resolución reflejaba la convergencia de las peticiones de CARNA con la formulación de la política azucarera implementada por la DA. La escala decreciente aplicada por la resolución n° 127 instauraba lineamientos similares a la propuesta denominada "El Remedio de Fondo", propiciada por esa institución en 1950. El decreto tenía una injerencia similar a la de una ley azucarera, al proyectar el régimen azucarero a lo largo de 6 años, lapso luego del cual la materia prima se pagaría en su totalidad según el contenido sacarino. No fue casual entonces que la asociación de los ingenios del Norte aplaudiera la nueva resolución. Según su punto de vista la normativa:

Pone fin a una situación que era de verdadera injusticia para los productores del extremo Norte del país; dispone la supresión gradual y progresiva de trabas [...] a los productores de mayor productividad y eficiencia; y abre perspectivas amplias al desarrollo de la industria azucarera en las regiones apropiadas (CARNA 1954, p. 1.).

28 Véase *La Gaceta*, 19/11/1954.

29 Véase el memorial del CART reproducido en CART (1955, pp. 7-30).

Salta y Jujuy poseían una productividad más elevada que Tucumán, no sólo por sus mejores condiciones climáticas, sino por las diferencias derivadas de sus respectivas estructuras agrarias. La existencia de cañeros minifundistas en Tucumán con bajos rendimientos por surco, en condiciones de negociar precios similares a los de medianos y grandes cañeros, elevaba los costos productivos de la provincia. De esta forma, el Norte con menores costos productivos, pero con precios de mercado similares a los de Tucumán, se apropiaba de una renta diferencial azucarera que el FRA proponía redistribuir.<sup>30</sup>

Frente al destacado desacuerdo de los sectores productivos tucumanos, para la zafra de 1955 la DA dictó la resolución n° 502 que actualizó los precios de la caña y de su elaboración y dejó en suspenso la aplicación de la resolución n° 127/54 en cuanto a la escala decreciente de los precios fijos hasta tanto fueran estudiados los reclamos sectoriales. La normativa aclaraba: "La consideración final de los petitorios de los distintos sectores azucareros con respecto a la resolución 127/54, ha quedado diferida".<sup>31</sup> La decisión se adoptó en el marco de una mala cosecha generada por fuertes heladas en la provincia de Tucumán y en un contexto político complejo generado por el golpe militar de septiembre de 1955 que desplazó al peronismo del gobierno.

#### LA REVOLUCIÓN LIBERTADORA Y LA CONTINUIDAD DE LA POLÍTICA AZUCARERA

Las fuertes heladas de 1955 generaron un déficit de 120.000 toneladas provocado por la notable disminución de los rindes sacarinos en Tucumán, cubierto con el *stock* acumulado. La desastrosa cosecha puso en duda el rol de la provincia como principal centro productor de azúcar e incrementó los comentarios críticos sobre la capacidad de su agroindustria. En diciembre de ese año, con una zafra realizada pero todavía impaga, el gobierno de la Libertadora dejó sin efecto la resolución n° 127/54 y emitió la resolución n° 258/55 que fijó un rendimiento único nacional de 6,20%.<sup>32</sup> En su considerando, la resolución criticaba al gobierno depuesto por no constituir los recursos financieros del FRA que hubieran permitido ayudar económicamente a la región afectada. Con el objetivo de solventar esta contingencia, se aplicó al consumidor un impuesto de \$ 0,75 por kg en el precio del azúcar, pero el decreto no contempló que lo recaudado por el nuevo impuesto se integrara a la cuenta del FRA, que continuó desfinanciado. La normativa sólo definió el aporte al FRA para la zafra de 1956.<sup>33</sup>

Los objetivos del régimen azucarero mantuvieron continuidad con la política azucarera desplegada por la DA desde 1950, al ponderar la eficiencia productiva y el desaliento a las actividades antieconómicas, asociadas con la producción cañera de

30 Sobre la renta diferencial azucarera, véase Flichman 1982 (pp. 138-139). El informe del BCRA propiciaba la formación de cooperativas para los pequeños productores tucumanos (BCRA 1949, p. 7).

31 Véase Resolución n° 502, reproducida en *La Industria Azucarera* (mayo 1956, pp. 232-233).

32 Véase la Resolución n° 258 reproducida en *La Industria Azucarera* (diciembre de 1955, p. 558).

33 Este aporte se conformaba con un impuesto de \$ 0,66 por kg de azúcar sufragado por fabricantes de productos azucarados y comerciantes mayoristas; a los minoristas se lo fijó en \$ 0,67 por kg de azúcar.

Tucumán.<sup>34</sup> Se descartaron las demandas de industriales y cañeros tucumanos de restablecer los precios diferenciales para la materia prima por regiones. De todas formas, era muy difícil para los sectores solicitar un mejor precio para la caña debido a su baja calidad. Sin embargo, el gobierno exigía al consumidor un esfuerzo económico solventado por el impuesto al azúcar con el objetivo de auxiliar a los productores tucumanos, pero el rendimiento único nacional adoptado (superior al obtenido por Tucumán) beneficiaba a las industrias de Salta y Jujuy.<sup>35</sup>

Los estudios elaborados por CART y UCIT determinaban que los precios de la materia prima resultantes de dichos valores significaban un quebranto para Tucumán estimado en 20 millones de pesos, mientras los cinco ingenios de Salta y Jujuy recibían beneficios calculados en \$ 82.852.416,57.<sup>36</sup> Por su parte, el CARNA se opuso a la resolución n° 258 aduciendo que implementaba un régimen antieconómico destinado a apoyar a Tucumán, región que no podía ser considerada una zona apropiada para producir azúcar. En esa dirección, atacó el sistema de compensaciones que obligaba “a productores de alto rendimiento sacarino a desprenderse de una parte del precio que reciben del consumidor y aportarlo como contribución obligatoria al Fondo” (CARNA 1956, p. 10). Según CARNA, el sistema habría generado en Tucumán una despreocupación por producir azúcar, al importarles sólo moler caña. La situación se reflejaba en la caída de los rendimientos sacarinos y en la ineficiencia de sus fábricas. Finalmente, afirmaba que la referencia de 6,20% de rendimiento determinaba que el precio de la tonelada de caña de baja calidad (5,20 % de rendimiento) resultaba en \$ 131,853, mientras que el obtenido con un 90% de rendimiento era de \$ 144,63, cuya diferencia de 10 % entre ambos precios no guardaba relación con los distintos rendimientos sacarinos obtenidos por las distintas regiones azucareras (CARNA 1956, p. 14). El decreto atendía parcialmente la situación de Tucumán al moderar la transferencia de beneficios obtenidos por los ingenios de Salta y Jujuy, pero postergó la definición respecto del financiamiento de la zafra que preocupaba a los industriales tucumanos, cuya industria descapitalizada no estaba en condiciones de afrontarla. El gobierno quedó envuelto en el laberinto del problema azucarero tucumano, polo productivo del que no podía prescindirse para abastecer el consumo sin recurrir a la importación, pero cuya producción debía racionalizarse para tornarse más competitiva.

En ese contexto, los actores de las dos regiones productivas interpretaron la política azucarera según sus distintas contexturas productivas, de las que derivaban intereses regionales y sectoriales contrapuestos. El núcleo de la discordia era el sentido

---

34 En los fundamentos, la resolución acusaba a los productores del descuido en la selección de variedades de caña e indolencia para realizar los trabajos indispensables.

35 El rendimiento promedio de los ingenios de Tucumán fue de 5,35%, el de Salta, 8,62 y el de Jujuy, 8,89. De tal modo, el valor sacarino autorizado beneficiaba a los ingenios de Salta y Jujuy. El precio obtenido por la materia prima liquidada fue de \$ 131,85 la tonelada para Tucumán, \$ 143,74 la de Salta y \$ 144,63 la de Jujuy. Véase *La Industria Azucarera* (diciembre de 1955, p. 558).

36 Véase *La Gaceta*, 7/1/1956.

del FRA. En este punto, CART y UCIT lo defendieron como organismo compensador para prevenir las contingencias climáticas y para respaldar a las regiones afectadas por los bajos rendimientos. Destacaron que el sistema estaba sustentado por el aporte del consumidor con el objetivo de sostener la integridad del parque industrial azucarero de la provincia y evitar su descapitalización. UCIT aceptaba el pago de la caña según su contenido sacarino de manera exclusiva, pero solicitaba un tiempo de transición para su implementación. Aducía la ausencia de riego en algunas zonas y de cadenas para transportar los atados de caña en el ferrocarril, entre otros factores. En consecuencia, industriales y cañeros, a pesar de reconocer el descenso del valor de referencia sacarino adoptado por el gobierno, cuestionaron que en Tucumán, la zona afectada, el precio adjudicado no alcanzaba a cubrir los costos de producción. Por su parte, CARNA omitía en sus memoriales y solicitudes que el dinero a repartir debía del incremento del precio del azúcar, aprobado para ayudar a la industria tucumana afectada por las heladas. Enarbolando el concepto de la libre empresa, consideraba inadmisibles la obligación de presentar los balances de sus fábricas a la DA para arreglar sus cuentas con el FRA y opinaba que la obligación de los ingenios de actuar como agentes de retención refería a la situación de una agroindustria socializada. En esa línea, atacó la resolución ministerial por entenderla contraria a los preceptos de la constitución nacional, en tanto la atribución impositiva era una facultad privativa del Congreso de la Nación (CARNA 1956).

Así, cada región postuló dos esquemas de regímenes azucareros en función de sus intereses y particularidades productivas. La sostenida por los industriales y los cañeros de Tucumán reivindicaba las atribuciones reguladoras del Estado, concebido como el agente moderador de las disparidades productivas regionales. Y la invocada por la región Norte, sustentada en una visión de la función estatal anclada en la libertad económica y en la eficiencia productiva. Defendía la prescindencia del Estado, aunque no cuestionaba su intervención cuando establecía barreras arancelarias al azúcar importado, una forma de injerencia estatal en favor de la industria nacional. Los argumentos de ambas regiones productivas reflejaban, además, la disputa por el mercado nacional azucarero por parte de los industriales salto-jujeños. La posición ofensiva de la industria salto-jujeña se desplegaba en una coyuntura propicia cuando arreciaban las críticas al denostado "estatismo" que se identificaba con la gestión peronista y se registraba en el principal centro productivo un bajísimo rendimiento sacarino. Tucumán adoptaba una postura defensiva destinada a preservar su posición dominante como principal centro productivo y a mantener financiada su actividad. Por su parte, el Estado no podía prescindir de la producción tucumana. En consecuencia, modificó el rendimiento de referencia (por encima del alcanzado por Tucumán), lo que le permitió a la agroindustria seguir en funcionamiento, mientras Salta y Jujuy obtenían el mayor porcentaje de los beneficios generados por la venta del azúcar, en función de los mejores precios obtenidos por su mayor índice sacarino. No resolvió el problema de la financiación de la zafra en Tucumán, porque los precios otorgados estuvieron por debajo del costo de producción real. En ese contexto, CART solicitó un reajuste del

valor básico de la industrialización y la realización de un estudio sobre los costos productivos de las distintas regiones azucareras para rectificar los valores de la resolución a la luz de sus resultados. Por su parte, UCIT endureció su posición sobre el decreto n° 258/55 al rechazar el ordenamiento azucarero establecido por considerarlo “reaccionario y antisocial” (*La Gaceta*, 15/1/1956).

El financiamiento de la zafra se resolvió con un préstamo de fomento del BNA a los ingenios, que se autorizó mediante una garantía comercial.<sup>37</sup> El mecanismo adoptado colocó a los ingenios como deudores del BNA. Las fábricas tucumanas se consideraban acreedoras al FRA, que continuaba desfinanciado.<sup>38</sup> La CART denunció este procedimiento que iniciaba un ciclo de endeudamiento de los ingenios tucumanos con el Estado Nacional. Posteriormente, el gobierno reconoció un 28% de incremento a los beneficios fijados a los comerciantes mayoristas y minoristas y otorgó un adicional del 15% a los cañeros por los costos de la materia prima. Sin embargo, no accedió a las demandas de la CART que había solicitado un reconocimiento de mayores costos a los ingenios por el aumento de los insumos, el nuevo escalafón obrero, el alza de las tarifas de transporte y el mayor costo derivado de la exigencia de la DA de moler la totalidad de las cañas dañadas por las heladas. Sobre este punto, la cámara tucumana cuestionó la decisión asumida por la institución al afirmar: “a la materia prima portadora de bajo tenor sacarino se le reconoce mayor costo, en cambio para su obligada industrialización no se establece ningún reconocimiento” (*La Gaceta*, 5/1/1956).

En marzo, la DA dio los primeros pasos tendientes a desregular la relación fabril - cañera con la resolución n° 237/56. Suprimió la obligatoriedad impuesta a las fábricas de moler la totalidad de la materia prima sin tomar en cuenta su calidad, anuló la exigencia de establecer cargaderos de caña en zonas consideradas ineptas, dejó sin efecto el plan de transporte de la caña de Tucumán, derogó las disposiciones que fijaban las cuotas de molienda para cada ingenio y levantó la prohibición sobre la libre contratación y comercialización de la caña.<sup>39</sup> Tales medidas desordenaron el desarrollo de la zafra en la provincia de Tucumán e introdujeron la conflictividad en las relaciones entre industriales y cañeros. La desregulación impactó negativamente en los plantadores, al dejarlos a expensas de las decisiones de los ingenios, que comenzaron a rechazar la materia prima de pequeños productores de Simoca, Atahona, Leales, La Ramada de Abajo y otras áreas caracterizadas durante el peronismo como zonas marginales.<sup>40</sup>

En mayo de 1956, por gestiones del Ministro de Hacienda de la provincia de Tucumán, Luis Rotundo, se realizó una reunión entre los representantes de CART y UCIT

37 Se trató de una suma de \$ 191.150.000 que se distribuyó entre los ingenios en función de sus mayores costos (*La Gaceta*, 15/2/1956).

38 UCIT manifestó que la deuda de arrastre de los ingenios del Norte con el FRA se remontaba a la etapa peronista. Según la asociación de productores, sólo habían realizado aportes parciales durante 1953 y 1955, aunque asentaron en sus balances la totalidad del pago (*La Unión*, 23/1/1956).

39 Resolución n° 237, reproducida en *La Industria Azucarera* (mayo 1956, pp. 154-155).

40 Véase *La Gaceta*, 28/4/1956.

con Carlos Álvarez, director de la DA. En dicho encuentro, los industriales aceptaron la solicitud de los plantadores de moler la totalidad del cañaveral de acuerdo con las prescripciones del Laudo Alvear. Se estipuló, además, que el valor de la liquidación de la materia prima y la definición de los anticipos por caña entregada serían determinados por la DA. La concesión de la CART tenía como objetivo restablecer la armonía en las relaciones fabril – cañeras, en tanto precisaba de la colaboración de UCIT para combatir la modalidad del rendimiento nacional único impuesto por la resolución n° 258. Sin embargo, la DA, identificada con la racionalización productiva, no escuchó las demandas de industriales y cañeros y mantuvo el rendimiento de referencia que propició la transferencia de mayores recursos a los establecimientos industriales de Salta y Jujuy.

La zafra de 1956 finalizó sin que se conociera el precio de la materia prima y de la industrialización. Se desató un estado de incertidumbre económica en Tucumán que precipitó el quebranto de ingenios con dificultades financieras. Se aprobó el remate del ingenio *Esperanza*, administrado por el Estado provincial, que acreditaba un pasivo de 20 millones de pesos y el BNA decidió la venta del ingenio *Santa Ana*.<sup>41</sup> Los precios de la zafra se develaron a comienzos de 1957, mediante el decreto n° 1645/57, también de carácter transitorio, que fijó un rendimiento único de 7,8 % para la caña de azúcar, a los efectos de fijar los precios de la materia prima y de la industrialización. En función de los valores establecidos, el precio de la tonelada de caña para Tucumán quedó en \$ 158,18, valor inferior al que había solicitado la UCIT (\$ 171,27). La CART había certificado su costo de elaboración en \$ 156,72 por tonelada de caña, mientras el decreto le acordaba \$ 105.<sup>42</sup> En tales circunstancias, los industriales solicitaron la mediación del interventor provincial para gestionar la revisión del decreto que ocasionaba un quebranto de 340 millones de pesos sólo en concepto de industrialización de azúcar, al tiempo que advertía que tal política atentaba contra la estabilidad económica de la agroindustria.<sup>43</sup>

En ese contexto, CART y UCIT solicitaron al presidente provisional, Pedro Eugenio Aramburu, el reconocimiento de los mayores costos de producción de la agroindustria tucumana (debía computarse el incremento de precios de los insumos y los valores del nuevo escalafón obrero) y la modificación del rendimiento único adoptado por la DA. Anunciaban que de mantenerse el rendimiento de referencia del decreto se generaría una millonaria transferencia de ingresos que “beneficiaba injustificadamente a los pocos industriales del Norte, mientras se desfinanciaba la principal actividad provincial” (*La Gaceta*, 27/1/1957).

Frente a la ausencia de respuestas, los factores tucumanos intensificaron sus demandas en torno a la formación de los recursos del FRA, como institución responsable

41 La única propuesta de compra provino de una sociedad cooperativa de cañeros de Simoca que tenía el propósito de trasladar la fábrica a esa localidad. El hecho de ser el único oferente revelaba que los industriales tucumanos no estaban en condiciones de invertir en la empresa azucarera (*La Gaceta*, 13/4/1956).

42 Decreto n° 1.645 reproducido en *La Industria Azucarera* (febrero 1957, pp. 74-75).

43 Véase *La Gaceta*, 20/2/1957.

de atenuar las disparidades regionales. Pero los ingresos de la institución no se conformaron debido a la presentación judicial realizada en 1956 por los industriales de Salta y Jujuy, que impugnaron la constitucionalidad del organismo, dejaron de actuar como agentes de retención y se apropiaron indebidamente del impuesto destinado al FRA. En un memorial dirigido al Consejo Económico Nacional la CART, denunció:

El incumplimiento de los tres grandes ingenios del norte se estima en 55 millones e impide a la DA liquidar las compensaciones a que tienen derecho los ingenios de Tucumán y el Litoral” y preguntaba a las autoridades: “¿Por qué no se obliga al Norte a cumplir su obligación de reintegro? ¿Por qué el Ministerio de Comercio haciendo uso de sus facultades no regulariza esta anormal situación?” (*La Gaceta*, 27/1/1957).

UCIT adoptó una posición intransigente que la condujo a un enfrentamiento abierto con la DA. Su presidente, Miguel Sayago Valdez, responsabilizó a Carlos Álvarez, director de la entidad, de obstaculizar las gestiones cañeras destinadas a modificar la normativa de la zafra de 1956. En su informe a sus asociados, declaraba:

Golpeamos puertas de los despachos oficiales, en particular de la DA, que permanecieron herméticamente cerradas. Carlos Álvarez no sólo era hermético, sino que manifestaba mala voluntad en lo que se refiere a los productores cañeros, también en lo que respecta a nuestra provincia. (*La Gaceta*, 4/2/1957).

Posteriormente, el gremio de productores lo declaró persona no grata y denunció públicamente la actitud del funcionario.<sup>44</sup> La crítica se trasladó a los técnicos, quienes fueron presentados como los responsables de “aplicar los costos de Tucumán, para abultar los beneficios de Salta y Jujuy” (*La Gaceta*, 25/2/1957). Respecto de la presentación judicial de la industria salto-jujeña, acusó al Estado de adoptar una postura complaciente por no intimarla a depositar los aportes que fijaba la resolución y exigía al gobierno la normalización de la situación financiera de los ingenios del Norte con el FRA.<sup>45</sup>

Las acciones de CART y UCIT para modificar la política azucarera no consiguieron resultados positivos. La descapitalización de los ingenios generó el incumplimiento en los compromisos salariales. En consecuencia, se realizaron paros obreros por la falta de pago de aumentos concedidos. La incapacidad de los ingenios para afrontar este compromiso determinó que el gobierno nacional, a través del decreto n° 3616/57, concediera un crédito de 90 millones de pesos, que se depositó en la cuenta del FRA para cancelar la deuda salarial.<sup>46</sup> El régimen azucarero para la zafra de ese año mantuvo el mismo lineamiento del decreto n° 1.645, al fijar un rendimiento sacarino único de 7,8%, pero introdujo un anticipo de \$ 140 por tonelada de materia prima entregada a los ingenios.<sup>47</sup> El adelanto favorecía a los cañeros pero ocasionó conflictos con los

44 *La Gaceta*, 25/2/1957.

45 Véase *La Unión* de los días 25/4/1957 y 10/1/1958, entre otros.

46 Debido a las protestas de los industriales tucumanos por la modalidad adoptada en el crédito concedido, en 1956 se adoptó un mecanismo diferente.

47 Resolución n° 941 reproducida en *La Industria Azucarera* (junio de 1957, p. 275).

industriales por su generalizado incumplimiento. Para paliar la asfixia económica de los ingenios tucumanos, el gobierno emitió el decreto-ley nº 5.581, que acordaba un anticipo de \$ 66.000.000 al FRA para proveer recursos destinados a saldar los mayores costos de elaboración de las zafras de 1955 y 1956.<sup>48</sup> En su considerando, se informaba que la deuda de los ingenios al FRA ascendía a \$ 302.000.000, incluida la zafra de 1956.

En las postrimerías de la Revolución Libertadora, la actividad azucarera de Tucumán se encontraba en una situación crítica. La aplicación del sistema de rendimiento único había generado una transferencia de recursos en favor de los ingenios del Norte que no se corrigió debido al desfinanciamiento del FRA, imposibilitado de cumplir su función compensadora. La descapitalización de las fábricas tucumanas interrumpió la cadena de pagos de los ingenios a los cañeros por la imposibilidad de cumplir con el anticipo reglamentado. La zafra en Tucumán se convirtió en una operación incierta porque las resoluciones de la DA se emitieron de manera tardía. Se iniciaba la cosecha sin saber el precio del azúcar ni los costos de producción autorizados por el Estado y, cuando la zafra finalizaba, se mantenían saldos impagos a cañeros y trabajadores por la carencia de recursos del FRA. Las condiciones de la industria tucumana contrastadas con la situación floreciente de los ingenios del Norte revelaban que la industria salto-jujeña había ganado la partida al incidir en la política azucarera argentina en función de sus intereses.

#### CONCLUSIONES

Las regiones productoras de azúcar en la Argentina presentaron condiciones estructurales diferenciadas. Tucumán tenía un parque industrial diverso compuesto por una veintena de bocas de molienda, con un sector agrario controlado por un heterogéneo grupo de productores agrarios, por lo general pequeños plantadores propietarios, que tenían una consolidada trayectoria asociativa. Reunía, además, una densa masa laboral de trabajadores de fábrica y surco con una intensa experiencia organizativa. Se trataba de una región productiva desarrollada sobre la base de un esquema regulador de corte distributivo previo al peronismo, cuyo talón de Aquiles residía en sus menores rendimientos sacarinos debido a su localización y sus condiciones productivas. Por su parte, la industria salto-jujeña expresaba a un empresariado con fábricas concentradas e integradas que reunían un conglomerado laboral étnicamente diverso con una reciente experiencia de sindicalización. Su mayor fortaleza residía en sus mejores rendimientos sacarinos, pero tenía una debilidad: la región no podía por sí misma abastecer a un mercado nacional protegido con barreras arancelarias, a pesar de su denodado propósito de desalojar a Tucumán como principal zona productora de azúcar.

A partir de 1945, el peronismo desarrolló una política industrial centrada en la redistribución del ingreso y postergó medidas de mejoramiento productivo y reno-

48 El gobierno reconocía que debía a los ingenios \$ 41.000.000 por la zafra de 1955 y \$ 25.000.000 por la de 1956, en concepto de compensaciones por mayores costos de elaboración. Véase Decreto-ley nº 5.581, reproducido en *La Industria Azucarera* (junio 1957, pp. 299-300).

vación tecnológica. Desde 1949, a consecuencia de la crisis, el gobierno adoptó una política racionalizadora, reflejada en la creación de la DA, organismo técnico destinado a dirigir la política azucarera a través de postulados de racionalidad y eficiencia productiva. Estas premisas se complementaron con un esquema regulador cifrado en el FRA, que actuaba como cámara compensadora para atenuar las disparidades existentes entre las principales regiones productivas. La DA implementó una variedad de respuestas técnicas: precios mixtos para la caña establecidos según el peso y un adicional expresado en la riqueza sacarina, rendimientos delimitados en función del promedio alcanzado en la zona de influencia del ingenio, plan de transporte de la caña, entre otras. Tales decisiones técnicas estaban orientadas a impulsar la racionalización productiva en Tucumán y traslucían orientaciones políticas que afectaban o beneficiaban a cuantiosos intereses regionales, empresariales y sectoriales.

Hasta 1954, las políticas azucareras diseñadas por el peronismo fueron permeables a las demandas de los sectores productivos de Tucumán, especialmente de cañeros y obreros, al atender sus requerimientos en cuanto al precio de la materia prima y a las demandas obreras, además de reconocer los mayores costos industriales, a través del FRA. En 1954, la DA acentuó la racionalización al adoptar un régimen azucarero que se asemejaba al defendido por CARNA, que aspiraba a fijar el precio de la caña según su contenido sacarino mediante una escala descendiente para el componente del precio formado en función del peso, que debía desaparecer en un lapso de cinco años. Este mecanismo se presentó como el más adecuado para alcanzar la racionalidad económica y la eficiencia productiva. Las intensas heladas de 1955 dejaron en suspenso la normativa cuestionada por Tucumán.

Las resoluciones de la DA se adoptaron en un contexto signado por la confrontación entre las principales regiones productivas azucareras. El CART intentó mantener el componente del peso para la formación del precio de la caña, posteriormente aprobó los rendimientos promedios según zona de influencia de los ingenios y, de manera consecuente, defendió el sentido compensatorio del FRA para corregir las asimetrías regionales. Por su parte, CARNA, enrolado en la libre empresa, defendió la fijación de un rendimiento único nacional fundado en el contenido sacarino de la planta y atacó al FRA por considerarlo anticonstitucional. Los argumentos reflejaban los intereses de ambas regiones productivas y también dos concepciones de políticas de Estado. El sustentado por Tucumán lo concebía como un agente regulador de los desequilibrios regionales, mientras que el invocado por la industria salto-jujeña expresaba un esquema que dejaba en libertad a las empresas más eficientes. Detrás de estos argumentos, se dirimían disputas de carácter regional que enmascaraban los distintos intereses empresariales que, en el caso de Tucumán, incluía, además, a los cañeros. El objetivo principal de la controversia consistía en el control del mercado azucarero nacional con el objetivo de incidir en el curso de las políticas azucareras aprobadas por el gobierno.

Durante el gobierno de la Revolución Libertadora, la DA profundizó la racionalización productiva. Tal decisión promovió un flujo de recursos a la industria salto-jujeña

debido a su mejor tenor sacarino. Por otra parte, el FRA no pudo operar como mecanismo compensatorio de las disparidades regionales debido a la resistencia de los ingenios de Salta y Jujuy, que impugnaron su constitucionalidad. La DA, más inclinada a la racionalización que a la regulación como mecanismo compensatorio, no adoptó medidas para conformar efectivamente los recursos del FRA, aunque contempló su funcionamiento en sus resoluciones de 1956 y 1957. La tolerancia ante la rebelión fiscal de los ingenios del Norte anuló, en la práctica, la función correctora del FRA. Ante tales circunstancias, Tucumán recibió, en 1956, préstamos otorgados por el BNA para hacer frente a las deudas de la zafra, situación que generó el endeudamiento de sus ingenios. El Estado los auxilió tardíamente, debido a sus mayores costos para que pudieran afrontar el inicio de la zafra, porque el consumo nacional no podía prescindir de la producción tucumana. En consecuencia, la política azucarera de la Revolución Libertadora adoptó un carácter provisional como el que tenía su gobierno. Asumió los postulados de racionalización y regulación del peronismo, pero aplicó una desregulación de hecho debido a la parálisis del FRA por falta de fondos. Los efectos de dichas políticas descapitalizaron a los ingenios tucumanos que interrumpieron las liquidaciones de la materia prima a los cañeros e incumplieron compromisos salariales. Por su parte, la región productiva salto-jujeña experimentó un período de prosperidad y crecimiento productivo, mientras los ingenios de Tucumán afrontaban las zafras con deudas y conflictos intersectoriales.

## BIBLIOGRAFÍA

- BARROS MEIRA, R., 2008. Uma discussão inacabada: a modernização e o desenvolvimento da agroindústria sucroalcooleira no Brasil: 1875-1945. *Revista Ágora*, 8, 1-22.
- BELLINI, C., 2004. *Convenciendo al capital*, Buenos Aires: Imago Mundi.
- BRENAN, J. & M. ROUGIER, 2015. *Perón y la burguesía argentina*. Buenos Aires: Lenguaje Claro editora.
- BRAVO, M. C., 2006. Agrarismo y conflicto social en Tucumán en la década de 1920. *Anuario del Centro de Estudios Históricos Prof. Carlos S.A. Segretti*, año 8, nº 8.
- , 2008. *Campesinos, azúcar y política: cañeros, acción corporativa y vida política en Tucumán (1895-1930)*. Rosario: Prohistoria Ediciones.
- & F. GUTIÉRREZ, 2014. La política azucarera argentina: de la concertación sectorial al tutelaje estatal (1928-1949). *H-industrtri@*. *Revista de Historia de la industria, los servicios y las empresas en América Latina*, nº 14, año VIII, primer semestre. Disponible en: <http://ojs.econ.uba.ar/ojs/index.php/H-ind/article/view/659/1212>
- & J. BUSTELO, 2016. Las pequeñas explotaciones cañeras tucumanas entre el Laudo Alvear y la política azucarera del primer peronismo. *Revista Avances del CESOR*, Vol. XIII, Nº14. Disponible en: <http://www.scielo.org.ar/pdf/avances/v13n14/v13n14a03.pdf>
- BUSTELO, J., 2015. Las políticas azucareras durante el primer peronismo (1943-1955): cambios, continuidades y respuestas sectoriales. *Travesía. Revista de Historia Económica y Social*, vol. 17, nº 2. Disponible en: <http://www.travesia-unt.org.ar/pdf/volumen172/01-Bustelo.pdf>
- , 2016. Los ingenios mixtos en Tucumán durante el primer peronismo (1943-1955). *H-industrtri@*. *Revista de la historia de la industria, los servicios y las empresas en América Latina*, nº 19, año 10, 2016. Disponible en: <http://ojs.econ.uba.ar/ojs/index.php/H-ind/issue/view/147>

- CAMPI, D., 2000. Economía y sociedad en las provincias del Norte. En: Lobato, M., *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*, Colección Nueva Historia Argentina. Buenos Aires: Sudamericana, pp. 71-118.
- & M. LAGOS, 1995. Auge azucarero y mercado de trabajo en el noroeste argentino, 1850-1930. En: J. SILVA RIQUEL *et al.*, *Circuitos mercantiles y mercados en Latinoamérica. Siglos XVIII y XIX*, México: Instituto Mora - Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM. Disponible en: [http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1669-90412005000100009](http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1669-90412005000100009)
- DEL VALLE MICHEL, A. & I. BUSTOS, 2005. Agroindustria azucarera y sindicatos en la provincia de Salta (1943-1955). *Revista Escuela de Historia*, año 4, vol. 1, n° 4. Disponible en <http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/Michelburgos.pdf>
- DÍAZ ALEJANDRO, C., 1977. *Ensayos sobre la historia económica argentina*. Buenos Aires: Amorrortu.
- DRAIBE, S., 1985. *Rumos e metamorfoses: Estado e industrialização no Brasil (1930-1960)*. Río de Janeiro: Paz e Terra.
- FLEITAS, M. S., 2003. El pensamiento económico y social de la elite azucarera del noroeste argentino, 1912-1930, *e-I@tina. Revista electrónica de estudios latinoamericanos*, vol. 1, n° 3, Abril-junio de 2003, pp. 3-23.
- & A. KINDGARD, 2006. Entre la legalidad y la proscripción. Políticas públicas y lucha obrera en Jujuy. 1918-1976. En: A. TERUEL & M. LAGOS (comps.), *Jujuy en la Historia. Desde la colonia al siglo xx*. San Salvador de Jujuy: Ediunju.
- Flichman, G., 1982. *La renta del suelo y el desarrollo agrario argentino*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- GERCHUNOFF, P. & J. J. LLACH, 1975. Capitalismo industrial, desarrollo asociado y distribución del ingreso entre los dos gobiernos peronistas: 1950-1972. *Desarrollo Económico*, vol. 15, n° 57, abril - junio.
- GIRBAL-BLACHA, N., 2003. Economía azucarera tucumana, empresarios y crédito en tiempos del estado peronista (1946-1955). En Macor, Darío y Tacht, *La invención del peronismo en el interior del país*, Santa Fe: UNL, pp. 265-317.
- , 2004. El Estado benefactor, dirigista y planificador. Continuidad y cambio en la economía y la sociedad argentina. En: N. GIRBAL-BLACHA, N. (coord.), A. ZARRILLI & J. BALSÀ, *Estado, sociedad y economía en la Argentina (1930-1997)*. Bernal: UNQ, pp. 69-108.
- , 2011. *Mitos, paradojas y realidades en la argentina peronista (1946-1055)*. Bernal: UNQ.
- GUTIÉRREZ, F., 2012. La dirigencia de FOTIA y los sindicatos de base: tensiones y conflictos en el proceso de sindicalización azucarera. Tucumán, 1944-1955. En F. GUTIÉRREZ & G. RUBINSTEIN (comps.), *El primer peronismo en Tucumán. Nuevos avances y perspectivas*, Tucumán, EDUNT. pp. 151-187.
- KINDGARD, A., 1999. Los sectores conservadores de Jujuy ante el fenómeno peronista (1943-1948). *Revista Estudios Sociales*, año IX, n° 16, 1 semestre 1999, Santa Fe, Argentina, pp. 79-80.
- LENIS, M., 2016. *Empresarios del azúcar*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- MOYANO, D., 2015. *Desde la empresa. Firms familiares y estructura empresarial en la industria azucarera tucumana (1895-1930)*. Buenos Aires: Prometeo.
- PUCCI, R., 1989. *La élite azucarera y la formación del sector cañero en Tucumán, 1860-1920*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- , 1991. Azúcar y proteccionismo en la Argentina, 1870-1920. En CAMPI, D. (comp.). *Estudios sobre la Historia de la Industria Azucarera Argentina - Tomo I*. San Miguel de Tucumán: FCE / UNT.
- RAPOPORT, M., 2013. *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2003)*, Buenos Aires: Emecé.
- ROUGIER, M., 2012. *La economía del peronismo. Una perspectiva histórica*. Buenos Aires: Sudamericana.
- RUBINSTEIN, G., 2006. *Los sindicatos azucareros en los orígenes del peronismo tucumano*. San Miguel de Tucumán: UNT.
- SÁNCHEZ ROMÁN, J. A., 2009. Los dilemas impositivos de la Revolución Libertadora. *Población y Sociedad*, vol. 16, n° 2, julio / diciembre. Disponible en: [http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1852-85622009000200002](http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1852-85622009000200002)
- SCHLEH, E., 1939. *Compilación Legal sobre el Azúcar*, tomo IV, Buenos Aires: CAA.
- SZMRECSÁNYI, T., 1979. *O planejamento da agroindustria canaveira do Brasil (1930-1975)*. São Paulo: Hucitec / Universidade de Campinas.

## FUENTES

- BCRA, 1949. *Informe de la Comisión Interministerial de Estudios Azucareros*. Buenos Aires: BCRA.
- CAA 1949-1957. Revista *La Industria Azucarera*, Buenos Aires: CAA.
- CARNA, 1954. *La Resolución N°127/1954 del Ministerio de Comercio de la Nación. Régimen de la Industria Azucarera*. Buenos Aires: CARNA.
- CARNA, 1956. *El intervencionismo estatal en la industria azucarera*. Buenos Aires: CARNA.
- CART, 1955. *La provincia de Tucumán en la economía azucarera*, San Miguel de Tucumán: CART.
- CNEC, 1945. *Censo de las Plantaciones de Caña de Azúcar de 1945, Informe N° 1 y N° 2*, Buenos Aires: Ministerio del Interior.
- DA, 1956. *Problemas azucareros del país*. Informe preparado por la Dirección de Azúcar, Buenos Aires: DA / Ministerio de Industria y Comercio.
- Diario *La Gaceta* de Tucumán de los años 1950-1957.
- Diario *La Unión*, editado por la UCIT.
- Fundación CEPPA, 2008. *Ledesma, una empresa argentina centenaria, 1908-2008*. Buenos Aires: Fundación CEPPA.
- Instituto de Investigaciones Económicas, 1956. *Problema azucarero argentino*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Económicas/ Ministerio de Comercio e Industria.
- PEN, 1945. *Decreto 678. Se da solución permanente al problema azucarero*, Buenos Aires: PEN.

## LA POLICÍA EN LA PROVINCIA ORIENTAL (1826-1838)

### UNA CONSTRUCCIÓN INSTITUCIONAL ENTRE EL ANTIGUO RÉGIMEN Y EL ORDEN REPUBLICANO

POLICE IN THE ORIENTAL PROVINCE (1826-1838). AN INSTITUTIONAL BUILDING BETWEEN THE COLONIAL REGIME AND THE REPUBLICAN ORDER

Nicolás Duffau<sup>1</sup>

<i>Palabras clave</i>	<i>Resumen</i>
Policia, Estado, Orden público, Uruguay	Se realiza una reconstrucción de la evolución de la Policía Oriental, desde su formación como cuerpo independiente en 1826 hasta el inicio de la Guerra Grande en 1838. Para ello se estudia el proceso de constitución de una policía "nacional", sus atribuciones, las formas de su legitimación y el modo en que los conflictos armados locales y regionales moldearon su estructura. A su vez, se analiza la noción de "orden" a través de la relación entre los agentes policiales y la comunidad, para lo cual se abordan algunas de las funciones policiales iniciales que, contrariamente a lo que se ha planteado desde la historia institucional escrita por policías, no se encargó exclusivamente de la represión del "crimen", en la medida que se ocupó de diversas tareas comunales que permiten pensar la institución más como un cuerpo vecinal que como un poder central.
<i>Recibido</i> 21-8-2017 <i>Aceptado</i> 11-3-2018	
<i>Key words</i>	<i>Abstract</i>
Police, State, Public order, Uruguay	A reconstruction of the <i>Policia Oriental's</i> evolution will be carried out, from its formation as an independent body in 1826, until the beginning of the <i>Guerra Grande</i> in 1838. To that end, we will study the constitution process of a "national" police, its attributions, their legitimation forms and the way in which local and regional armed conflicts shaped their structure. In turn, we will study the notion of "order" through the relationship between police agents and community. To do this, we will address some of the initial police functions that was not exclusively responsible for the "crime" repression –contrary to what has been raised from the institutional history written by police–, to the extent that it dealt with various communal tasks that allow the institution to be thought of more as a neighborhood body than as a central power.
<i>Received</i> 21-8-2017 <i>Accepted</i> 11-3-2018	

## INTRODUCCIÓN

La historia de la policía y la reflexión sobre el uso de las fuentes judiciales y policiales ha empezado a ocupar un espacio cada vez más amplio dentro de la historiografía

1 Universidad de la República. Dirección: Uruguay 1695, Montevideo, Uruguay.  
C.e.: nduffau@fhuce.edu.uy.

latinoamericana. En los últimos treinta años, estudios centrados en los procesos de construcción estatal en América Latina abordaron la problemática de la ley, la policía, el control social y la criminalidad desde enfoques que salieron de las perspectivas institucionales y se acercaron a las prácticas y los usos en relación a la justicia y las autoridades policiales (cf. cuatro estados de la cuestión que dan cuenta de la situación latinoamericana: Aguirre, Joseph y Salvatore 2001, Caimari 2013, Trujillo Bretón 2015, Barreneche 2015). La preocupación por estas temáticas se inserta en el análisis de la construcción estatal en varias regiones de América, a partir de estudios de caso que intentaron desentrañar las etapas institucionales que atravesaron las denominaciones administrativas que surgieron tras los procesos independentistas (Bretas 1997, Garavaglia 2007, Bohoslavsky y Godoy 2010; para el caso de la Provincia Oriental, véase Frega 2006, Cuadro 2009 y Etchechury 2015). Sin embargo, la historia de las instituciones de control social en Uruguay es un área de trabajo hasta el momento escasamente atendida por la historiografía académica. No contamos, a la fecha, con abordajes sostenidos o líneas de investigación que hayan estudiado desde una perspectiva social y política la historia de la policía. En forma reciente, Alfredo Alpini (2017) ha publicado, en edición de autor (lo que da cuenta del escaso valor que aún subsiste en el medio académico sobre la temática), un trabajo, fruto de una tesis de licenciatura en la Universidad de Montevideo, donde estudia el rol de la policía y de otras instituciones en el desarrollo urbanístico de Montevideo en el período comprendido entre 1829 y 1865. El texto demuestra una significativa labor documental, pero carece de diálogo con la historiografía uruguaya más reciente (en cambio, está muy presente el campo argentino), no plantea una relación entre policía y política, entre las funciones policiales (que aparecen inherentes a su condición y no como una construcción, las continuidades sobrevivientes desde el Antiguo régimen o las tensiones entre el poder centralizador y las resistencias de los poderes locales. A su vez, insiste en señalar el origen de “la policía nacional del Estado uruguayo” en 1829, a través de un proceso lineal y “civilizador” que, en algún sentido, emparenta el texto de Alpini con los trabajos escritos por los policías - historiadores. Se trata de uno de los pocos antecedentes académicos en que se da cuenta de la incipiente preocupación por la temática. A la fecha, la mayor parte de la bibliografía existente se reduce a trabajos producidos desde las memorias institucionales, en los que predomina una mirada encomiástica. Estos enfoques vinculan la historia de la policía a una posición nacionalista y presentan las distintas etapas históricas que atravesó dicha institución como parte del proceso inequívoco de formación de un Estado centralizado. Esta versión selectiva del pasado institucional sirve para trazar una visión canónica matizada con un tono moralista, que apunta a convertirse en una empresa cultural destinada a los agentes del presente. Las versiones más recientes de este tipo de enfoques son los trabajos de los excomisarios José Victoria Rodríguez (2006-2008) y Carlos Suárez Lemos (2014).

Desde una visión cuestionadora de esos planteos históricos tradicionales, podríamos decir que, en los primeros años de funcionamiento, lejos estuvo la policía orien-

tal de constituir una fuerza homogénea y difícil resulta analizar su historia como una mera sucesión de acontecimientos que derivaron en la formación de un cuerpo estable y, por consiguiente, punto de llegada de una entelequia llamada *Estado oriental*. Por el contrario, postularemos la necesidad de superar el modelo estadocéntrico y analizar la institucionalidad como el resultado de constelaciones de fuerzas políticas y sociales, así como el diálogo y el enfrentamiento entre ellas.

El artículo no intenta mostrar una serie de principios fijos que toda policía, para adquirir su condición de tal, debería alcanzar, sino más bien explicitar los problemas que emergieron con el fin del período colonial. Pero no por ello pensamos el tramo cronológico abordado como una etapa destinada a dejar atrás los obstáculos del pasado y el consiguiente pasaje a una época de modernización. El objetivo central de nuestro texto será demostrar de qué forma, entre 1826 y el inicio de la Guerra Grande en 1838, las transformaciones que atravesó el territorio de la Provincia Oriental, el inmediato período postrevolucionario, los diversos proyectos políticos, provocaron la preocupación en torno al orden urbano y ambientaron el surgimiento de la policía como una institución eminentemente política, en tanto ejecutora de la voluntad de los poderes centrales (L'heuillet 2010, pp. 41-59; para el caso rioplatense, Galeano 2017, pp. 15-36). El período cronológico 1826-1838 servirá como punto de observación para analizar el paulatino proceso de construcción de fuerzas policiales en un contexto cercado por conflictos bélicos internos y externos.

Al mismo tiempo, interesa examinar de qué modo ese proyecto institucional llamado *policía* alcanzó legitimación entre la población. Sobre ese eje, el trabajo analizará dos aspectos de la historia de la policía local. En primer lugar, realizaremos una reconstrucción institucional para conocer los principales cambios que atravesó la fuerza durante el período considerado y prestaremos atención a sus características (cómo se reclutaban los policías, cuál era el posible criterio de instrucción); en segundo lugar, trataremos de analizar cuáles fueron las ideas rectoras que facilitaron la formación de un cuerpo policial. Ambas partes se unen a través de un interrogante central en el trabajo: conocer los rasgos más sobresalientes de las estructuras de gobierno que surgieron con los procesos de independencia. Para ello es necesario tomar a la Policía como un elemento central y fundante de las nuevas estructuras de poder.

La investigación se desarrolla a partir del relevamiento de diversos documentos editados e inéditos. En el primer grupo, se destacan, entre otras, las actas de la Sala de Representantes (1825-1827), las Actas de la Asamblea General Constituyente y Legislativa (1828-1830), los tomos del Registro Nacional de Leyes y Decretos que compilan disposiciones desde 1825 y prensa periódica. En el segundo grupo, el caudal más importante de documentación se encuentra entre la papelería que se preserva mayoritariamente en el Archivo General de la Nación (AGN) de Uruguay, en particular las relativas a las Jefaturas Políticas y de Policía departamental y de los ministerios de Gobierno y Guerra y Marina. La mayor parte de los documentos seleccionados corresponden a papelería administrativa compuesta por designaciones, partes diarios, semanales o mensuales,

órdenes del día del Jefe Político y de Policía y edictos para toda la población. Si bien existe un fondo específico de Policía y otro de Gobierno, ha sido necesario recurrir a textos dispersos, fragmentarios, los cuales permitirán elaborar un primer acercamiento a la temática en cuestión, pero presentan significativas interrupciones que entorpecen la tarea de reconstrucción histórica. Las características de la documentación y sus formas de conservación también dan cuenta de la relevancia de la policía como problema de investigación. La dispersión de los documentos en distintos fondos, el estado de deterioro avanzado de la papelería y la ausencia de inventarios expresan la escasa o nula relevancia de la temática para la historiografía local. No obstante, las fuentes producidas por las autoridades policiales, sin importar su rango jerárquico, contribuyen al estudio de la institución y ayudan a comprender hábitos, actitudes, costumbres, formas de acción política de la propia población. Por otro lado, optamos por dejar fuera los relevamientos demográficos o comerciales, así como aquellas fuentes vinculadas al rol de la policía en tareas sanitarias o educativas.

#### LA "POLICÍA" ORIENTAL: UNA ENSAYO INSTITUCIONAL PARA VIEJOS PROBLEMAS

Desde su período fundacional en la década de 1720, el Cabildo de la ciudad de Montevideo quedó encargado de la función de mantenimiento del orden interno. De la autoridad capitular dependía el nombramiento de los representantes locales que cumplían con el control del orden público, tanto en el recinto amurallado como en los extramuros más cercanos. El Cabildo cumplía cuatro funciones centrales: gobierno, justicia (civil y criminal), hacienda y guerra. El *Derecho indiano criollo* se valía, para las funciones relativas al orden interno, de los *bandos de buen gobierno* promulgados por gobernadores, intendentes y virreyes. Tales bandos constituyen una serie de disposiciones relativas al ordenamiento de la ciudad, "mandamiento gubernativo dirigido a todos los vecinos y habitantes, que contenía un conjunto de disposiciones de carácter general y utilidad común, sobre diversas materias" (Tau Anzoategui 1992, p. 351), como las normas relativas a la limpieza de las calles, el alumbrado público, el tránsito, la higiene pública, los cafés, fondas, tabernas, el juego de azar o apuestas, el ornato público, entre otros. Los bandos constituían el nivel más popular del ordenamiento jurídico, tanto porque se aplicaban a todos los grupos sociales como por su brevedad y características que permitían el acceso a la lectura y comprensión de todos los estratos sociales (lo que no ocurría con otros textos legislativos cuya lectura era más reservada).

En 1768, el centralismo monárquico de los Borbones inició una reforma que dividió Madrid en ocho cuarteles que se correspondían con un barrio de la capital imperial, vigilados por el llamado "alcalde de barrio", "vecinos destacados" utilizados "como vehículo de cooptación y de afianzamiento del orden urbano" (Di Meglio 2006, p. 94; Barrera 2017). La modificación tuvo efectos en las ciudades hispanoamericanas, las cuales comenzaron a adoptar el sistema. Buenos Aires lo hizo en 1772, al crear dieciséis cargos de alcalde de barrio y especificar sus distintas funciones, de acuerdo a las dis-

posiciones metropolitanas (Galeano 2009, p. 70). El alcalde era seleccionado entre los vecinos, no dependía del Cabildo y era un auxiliar de justicia sobre las causas civiles y penales (no sobre las eclesiásticas o militares). La situación que tenía lugar en Buenos Aires se repetía en la Banda Oriental. En este territorio, y en especial en Montevideo, la principal figura para el mantenimiento del orden interno era el alcalde de cuartel. Entre sus tareas, se encontraba el control sobre el cumplimiento de las disposiciones de higiene, alumbrado, ornato, edificación y ventas ambulantes, servicios fúnebres, animales sueltos, limpieza y reparación de las calles, control del uso de los cursos de agua.

Las guerras de independencia propiciaron diversas transformaciones generadas por influjo de un pensamiento liberal, en algunos casos antimonárquico, y racionalizador de los recursos estatales, que contribuyeron a repensar las funciones de las instituciones encargadas de las tareas que hoy llamaríamos de “seguridad”. El nuevo andamiaje administrativo impulsado por la Sala de Representantes de la Provincia Oriental, que surgió tras los levantamientos iniciados en 1825, buscó diversas formas de desligarse de las configuraciones del poder local. Una de ellas eran los cabildos, los cuales, por ley aprobada el 6 de octubre de 1826, fueron disueltos. Las autoridades capitulares cesarían en sus funciones a partir del 1º de enero de 1827 (“Cabildos, Administración de Justicia”, *Colección legislativa de la República Oriental del Uruguay* 1876, p. 9). Una vez disueltos, la ley propuso una nueva distribución de las funciones que hasta entonces había desempeñado el ayuntamiento y separó las funciones policiales de las de justicia.<sup>2</sup>

Una novedad administrativa que introdujo la ley fue la creación del cargo de comisario, figura central para cualquier historia de la policía, que devino, en las distintas circunscripciones, el enlace entre las autoridades y los pobladores. El comisario era un delegado del jefe departamental y de su actuación dependían dos tipos de servicio: la organización policial y la vigilancia. Reunía en un mismo haz las funciones de policía y las del mantenimiento de la ciudad o la jurisdicción rural. Como señala Galeano (2009, p. 112), en esa indeterminación de funciones, el comisario no sólo estaba llamado a ser un “juez en su distrito” sino también “una suerte de estadígrafo, archivero y cartógrafo *amateur*”. El cargo comisarial resultó nuevo, pero al analizar los libros que designaron nuevos funcionarios es posible constatar que, en muchos casos, los cargos fueron ocupados por quienes hasta la promulgación de la ley cumplían tareas como alcaldes; en otros casos, los comisarios fueron llevados desde otros departamentos y debieron enfrentar las resistencias de la población local.

En el cumplimiento de sus tareas, este tipo de funcionario aprovechó los distintos espacios utilizados desde el período colonial, que reconfiguraron sobre todo las zonas urbanas: parroquias, cuarteles, etc., que pasaron a ser el punto nodal de la vigilancia y el control social. El comisario asentó su poderío en las zonas que habían comenzado a delimitar las reformas borbónicas a través de las transformaciones urbanas en las ciu-

---

2 Los cabildos de Montevideo y Colonia, ambas localidades en manos brasileñas, siguieron funcionando hasta el retiro de las tropas imperiales en enero de 1829.

dades coloniales. A su vez, tuvo ascendencia sobre otros funcionarios provenientes del período colonial; por ejemplo, los alcaldes de barrio de Montevideo quedaron superpuestos a los comisarios y estaban obligados a pasar “parte diario, verbal o por escrito, de las ocurrencias acaecidas en el día y noche anterior” y en caso de “haber procedido a la prisión de algún delincuente o cómplice, los remitirán a la cárcel a disposición del Comisario”. Así como los alcaldes, también los tenientes de barrio, pasaban a ser “inmediatos auxiliares del Departamento de Policía” bajo las órdenes de los comisarios y “prestarán el auxilio que demanden los Jueces Ordinarios, para la prisión de cualquiera persona, u otra medida que sea necesaria para hacer respetar las leyes” (“Policía. Su organización y reglamento”, *Colección legislativa* 1876, p. 21). En sus orígenes, la institución policial combinó las atribuciones conferidas a poderes centrales con el funcionamiento de redes asociadas a la vida vecinal que tenían en los alcaldes o tenientes a sus representantes más significativos (Barriera 2017). María Elena Barral y Raúl Fradkin (2005, pp. 9-10) señalaron, para el caso de la Provincia de Buenos Aires, que la coerción estatal que comenzaron a desarrollar las provincias platenses en la primera mitad del siglo XIX a través de una nueva institucionalidad, apuntaba no sólo a la represión sino a medidas tendientes a “controlar, vigilar y castigar, educar, juzgar y hasta transformar los hábitos y costumbres de la población”. Por tanto, fue necesario abandonar un modo de control que los citados historiadores llaman “indirecto”, apoyado en “intermediarios sociales”, a otro que tendiera a ser “directo”, respaldado en “organizaciones estatales con capacidad de penetrar profundamente en la vida social”.

La construcción de esta nueva institucionalidad implicaba transformaciones sociales, pero también cambios fiscales y económicos de envergadura. Los nuevos cargos creados (jueces, comisarios, escribanos) recibían un salario, a diferencia de varios de sus predecesores. El gobierno oriental, con sede en Canelones, se vio obligado a implementar una reforma tributaria para aumentar las recaudaciones. La *contribución directa*, que se aplicaba a todo capital declarado superior a dos mil pesos, fue uno de los impuestos utilizados para solventar la nueva estructura. Tanto ésta como el impuesto a la ley de patentes de giro, que recayó sobre los establecimientos comerciales, tomaron como base las disposiciones similares aprobadas en Buenos Aires. Los rubros impositivos eran pocos<sup>3</sup> y la aparición de nuevos gravámenes *ad hoc* se vincula con la necesidad de contar con mayores recursos para solventar la estructura administrativa naciente (en una situación similar a varias regiones americanas; véase Garavaglia 2010, pp. 159-192).

El 25 de enero de 1827, fue aprobado el primer Reglamento de Policía que tuvo la Provincia Oriental (“Policía. Su organización y reglamento”, *Colección legislativa* 1876, pp. 13-21). Del artículo 1º al 19 las normas del reglamento establecían las disposiciones

3 “Libro Manual de entradas y salidas en esta Tesorería al cargo del Tesorero en comisión Dn. Loreto de Gomensoro que da principio en 1 de enero del presente año y consta de trescientas fojas útiles”, libro 512 Archivo General de la Nación-Uruguay [en adelante AGN], ex Archivo General Administrativo [en adelante ex AGA]; “Libro Mayor para la cuenta y razón de la Adm. y Tesorería Principal de la Provincia al cargo del Adm. y Tesorero que subscribe, da principio el día 17 de julio de 1826”, AGN, ex AGA, libro 624.

de tono comunal, referentes a la ciudad, la edificación y la salubridad. Lo interesante del punto es que las primeras diecinueve normas referentes al funcionamiento de la Policía estaban destinadas al ordenamiento comunal, característica que mantendría durante la primera mitad del siglo XIX y que, como veremos, algunos actores del período consideraban su única función; los artículos 20 al 29 establecieron normas sobre infracciones menores al orden público (pasaportes, juegos de azar, porte de armas, registro de oficios, rifas). Los artículos 30 a 48 establecieron las medidas a tomarse con vagos y mendigos, puntos que expresan la preocupación de los sectores dominantes que convirtió a la vagancia en un problema policial, posición que también perduró a lo largo de todo el siglo XIX. Los artículos 48 a 59 referían al indebido porte de armas; del 59 al 63, sobre pesas y medidas y luego una serie de disposiciones transitorias. El reglamento sería, aunque con variaciones, un elemento fundante y rector de la actuación policial a lo largo de todo el período considerado.

La promulgación del reglamento estuvo acompañada de la creación del Departamento de Policía de la Capital, con sede en Montevideo, que pasó a ser el órgano rector de la autoridad policial en todo el territorio. El Departamento dependía del Ministerio de Gobierno, que también controlaba las comisarías del interior, autoridades policiales en los poblados de la campaña. Sin embargo, la disolución en octubre de 1827 de la Junta de Representantes y del Gobierno Provisorio por parte de Juan Antonio Lavalleja, con el apoyo de un grupo de militares de los departamentos opositores a la política llevada adelante por la Junta de Representantes, generó transformaciones en la legislación judicial y policial. Una nueva ley sobre administración de justicia, sancionada el 6 de diciembre de 1827, suprimió las figuras de los comisarios y de los jueces de primera instancia y confirió potestades judiciales a los alcaldes ordinarios de cada departamento. La ley, que entró en vigencia el 1º de enero de 1828, también creó un Consejo de Administración departamental encargado de “velar sobre las necesidades de su Departamento” y encomendó a los “comandantes militares” el auxilio a “las autoridades civiles en todos los casos que necesitara[n] fuerza armada” (“Administración de Justicia”, *Colección legislativa* 1876, pp. 51-53).

A comienzos de 1829, se inició la discusión sobre las características de la Policía que redundaron en la aprobación de un nuevo reglamento de justicia que intentó legislar sobre el ramo. El proyecto de articulado promovido por el gobierno apuntó a garantizar “[l]a seguridad de las personas y propiedades, el aseo de los pueblos, el adelantamiento de las obras públicas, que contribuyen tanto a la comodidad como a la belleza, y por último la conservación del orden interior”. Para ello definió dos tipos de policía: alta y baja, ambas a cargo de una jefatura política, pero no estableció cuáles serían las características de una u otra (Actas de la Asamblea General Constituyente y Legislativa del Estado 1896, p. 232 [sesión del 27 de febrero de 1829]). Entre los opositores al proyecto, se encontraban aquellos representantes que consideraban que el mantenimiento de una fuerza policial a través de una sola jefatura implicaba superponer tareas que ya desarrollaban otros poderes públicos, como el ejército. Esa fue la posición de

Lázaro Gadea en la sesión del 13 de marzo de 1829, en la que intentó demostrar que “[l]a campaña ha estado un tanto arreglada, y si me es permitido decirlo, bien sin ese Departamento”, por lo que no existía “necesidad de establecerlo” (Actas de la Asamblea General Constituyente y Legislativa del Estado 1896, p. 293 [sesión del 27 de febrero de 1829]) Por su parte, Miguel Barreiro sugirió que la policía quedara en manos del poder judicial y no constituyera un cuerpo autónomo. Ambos diputados, como otros que intervinieron en el debate, no eran representantes por Montevideo, por lo que podríamos pensar en la resistencia de diversos poderes locales opositores a crear una fuerza que reemplazara a las autoridades provenientes del período colonial o incluso a los destacamentos militares que cumplían funciones para el mantenimiento del orden interno. Sin embargo, las autoridades centrales (que a comienzos de 1829 recuperaron el dominio de todo el territorio provincial) continuaron con la iniciativa de separar tareas policiales de las militares y conformar el poder judicial como un espacio autónomo. Esta voluntad ha llevado a la historiografía ortodoxa de la policía a establecer interpretaciones según las cuales “[j]amás nuestra Policía Nacional ha sido una derivación filial del Ejército [...] ya que nació mucho antes que éste” (Victoria Rodríguez 2006, p. 215).

El 14 de agosto de 1829, el Poder Ejecutivo dispuso la creación del cargo de jefe de Policía del Estado y designó para la función al coronel Ignacio Oribe –hermano del militar Manuel–, hombre involucrado en el proceso independentista (AGN-DAC, Fondo Ex Ministerio de Gobierno y Ministerio del Interior, caja 785, carpeta 21, documento 552 [Montevideo, 18 de agosto de 1829]). Quedaban bajo su dependencia todos los piquetes de policía, así como las formaciones de milicias activas y pasivas. Esta nueva autoridad se radicó en Montevideo, primero de los problemas señalados por algunos de los hombres públicos del período, en la medida que de la ciudad cabecera dependía el poder centralizador y capaz de contener a los poderes locales surgidos tras la revolución de independencia. Por el contrario, para algunos el programa de pacificación y centralización estatal debía radicarse bajo una única autoridad legal pero fuera de Montevideo, “dado el virtual empate hegemónico entre los grupos locales en pugna” (Etchechury 2015, pp. 43-44).

Oribe insistió, durante los primeros meses de su mandato, en una ley que reglamentara en forma definitiva la tarea policial. Según una nota enviada a la Asamblea Legislativa y Constituyente, “el establecimiento de la policía, fue en la conciencia de que lo reclamaban urgentísimamente la seguridad de las personas y propiedades, no menos que multitud de objetos del primer interés a la conservación del orden y de las garantías individuales”, situación que se acentuaba más “en los momentos que seguían a la terminación de una guerra, que jamás deja de producir hábitos de desorden, de corrupción y criminalidad” (AGN, Documentos de la Administración Central, Fondo Ex Ministerio de Gobierno y Ministerio del Interior, caja 785, carpeta 21, documento 574 [24 de agosto de 1829]).<sup>4</sup>

4 En las citas de documentos, respetamos la ortografía y la sintaxis originales.

En 1829, también se estatuyó por ley la creación de los cargos de Jefes Políticos y de Policía. Como señala Ana Frega (2016, pp. 71-72), este tipo de resoluciones fueron una manifestación partidaria del centralismo o sistema de unidad que formaba parte de las discusiones políticas del constitucionalismo hispanoamericano, pero que, a su vez, chocó con los regionalismos que debilitaron esa pretensión centralizadora. Los primeros jefes debieron lidiar con el rechazo que generaron en los departamentos de campaña. La figura del Jefe Político y de Policía quedó consagrada en la Constitución de 1830, en su artículo 118, que estableció que “en el pueblo cabeza de cada Departamento” se encargaría a “un agente del Poder Ejecutivo” que llevaría “el título de Jefe Político, y al que corresponderá todo lo gubernativo de él; y en los demás pueblos subalternos”. Para ser jefe político eran requisitos *sine qua non*: “ciudadanía en ejercicio”, “ser vecino del mismo Departamento, con propiedades cuyo valor no baje de cuatro mil pesos, y mayor de treinta años”. La carta constitucional también estableció que las “atribuciones, deberes, facultades” de los jefes serían fijadas *a posteriori* con “un Reglamento especial, que formará el Presidente de la República, sujetándolo a la aprobación de la Asamblea General” (*Constitución de la República Oriental del Uruguay*). La exigencia del patrimonio de cuatro mil pesos o más para ocupar la jefatura limitaba los posibles aspirantes, ya que para contar con esa cuantía monetaria era imprescindible una posición económica holgada. Eso explicaría por qué la función recayó en personas que provenían de las familias económicamente más poderosas, quienes, en la mayoría de los casos, utilizaron esa primera responsabilidad política como un espaldarazo a su carrera.

Al igual que pasaba con otros cargos que formaban parte de la frágil estructura administrativa de la provincia, los alcances y atribuciones de los jefes de policía no quedaron claros, no siempre por falta de reglamentos o disposiciones sino también por la señalada contienda entre los jefes políticos y militares. El 25 de febrero de 1831, José Agustín Vidal, jefe político y de policía de Canelones, escribió a José Ellauri, ministro de Gobierno, para manifestarle que carecía de conocimiento sobre “los asuntos que pertenecen a sus atribuciones” (AGN, DAC, Fondo Ex Ministerio de Gobierno y Ministerio del Interior, caja 810 A, carpeta 3, documento 275, [Canelones, 25 de febrero de 1831]). El propio Vidal presentó una propuesta de “reglam.to de policía en la campaña y pueblos de la Provincia”, que entre sus disposiciones estableció “[q]ue se le detallen a los jefes de policía las atribuciones y facultades que les son peculiares como jefes políticos y como de policía” (AGN, DAC, Fondo Ex Ministerio de Gobierno y Ministerio del Interior, caja 817, carpeta 12, documento 338 [Canelones, 8 de octubre de 1831]). Esto comenzó a subsanarse el 1º de marzo de 1831 con la aprobación de un reglamento de Jefes Políticos y de Policía que dividió sus funciones y atribuciones en administrativas y policiales. La aprobación del reglamento fue un primer paso para estatuir los alcances del cargo del jefe político y, por ende, algunas de las funciones policiales, que complementaron las disposiciones aprobadas a fines de la década de 1820.

La designación de los jefes en función de las afinidades políticas con el gobierno de turno generó otro problema importante en la continuidad laboral y administrativa

de las personas que se desempeñaban en la policía. Una constante de todo el período será el ingreso de un nuevo jefe, el de sus hombres de confianza y la destitución de todos los que ocupaban funciones, incluso en los escalafones más bajos. En otros casos, resultó frecuente que, al abandonar de forma abrupta la jefatura, el responsable de la policía llevara consigo a todo el personal subalterno que, con las armas del Estado, pasaba a formar parte de la oposición a un nuevo gobierno. Allí apreciamos la estrecha relación entre política y policía (si es que se pueden analizar por separado, pese a los reparos de la historiografía ortodoxa). Todos los jefes fueron designados por el Poder Ejecutivo, ya que tenían vinculación directa con la facción gobernante, por lo que era poco frecuente que continuaran con su función una vez finalizada la actuación del gobierno de turno. Por eso eran autoridades tan inestables y, por ende, su situación repercutía en la función policial.

Además de los jefes y los tenientes, cada Jefatura contaría con un despacho provisto con un oficial auxiliar (en el caso de Montevideo, dos), treinta cabos celadores y ciento setenta celadores. Cabos y celadores serían reclutados, según la ley, de los integrantes de cuerpos del ejército que permanecían inactivos y, por tanto, resultaban gravosos a las arcas estatales. Tras esta función administrativa, encontramos otro elemento de interés en la medida que la incorporación de hombres pertenecientes al ejército implicó la inclusión de lógicas de funcionamiento, de formas de comportarse asociadas a hacer la guerra y no necesariamente vinculadas a un tipo de organización policial que cumplía funciones de carácter comunal. Sin embargo, la documentación personal de los integrantes de la fuerza –o algo similar a una historia funcional actual– es inexistente en los archivos relevados. En cambio, abundan destituciones o sanciones que permiten incorporar algunos datos elementales sobre las características de los hombres que formaron parte del cuerpo policial.

#### ALGUNAS CARACTERÍSTICAS DEL PERSONAL POLICIAL

La incapacidad de reclutar personal adecuado, la escasa o nula formación, la imposibilidad de lograr un plantel estable y perdurable, la presencia de agentes con un pasado ligado al delito y el retraso en el pago de los magros salarios parecían condiciones inalterables en la institución policial. Durante el período, y al analizar la prensa o las comunicaciones oficiales, es posible comprobar las denuncias contra el personal policial (comisarios incluidos) por abuso de funciones, robos u otro tipo de ilícitos. Importa aclarar que, en la documentación utilizada, no fue posible encontrar historias funcionales o legajos personales que permitieran individualizar las trayectorias de los integrantes de la policía, por lo que los casos a los que accedimos fueron abordados desde las sanciones disciplinarias (para el trabajo con algunos casos seguimos a Rosemberg 2010).

En su trayectoria laboral, varios integrantes de las fuerzas represivas oscilaron entre la policía y la delincuencia en una suerte de relación pendular constatable. Veamos el

caso de Pedro Mansilla, quien, según informe del juez del crimen radicado en Montevideo, había robado en febrero de 1830 en la localidad de Florida “un chapeado, un reloj con cadena, un topacio, un pañuelo de lana de marino, un chaleco de seda y un par de calzoncillos” al vecino “D. Salomé Peña, con cuyo motivo confesó también haber robado un recado anteriormente en el Partido de Toledo”. Según el magistrado, “después de varias actuaciones se puso en libertad a Mancilla bajo de fianza, que por el resto D. Francisco Solano de Antuña y en estas circunstancias obtuvo el empleo de celador de Policía”. El 9 de julio, ya revistiendo como celador, “robó un par de zapatos en la Tienda de Da. Angela Lebron”, por lo que se lo condenó “al servicio de las armas en el Batallón de Infantería nº 1 por el término de dos años por vía de corrección” (AGN, Archivo General Administrativo, Ministerio de Guerra y Marina, caja 1181, s.c., documento 477 [Montevideo, 12 de julio de 1830]). El jefe encargado del Estado Mayor de la Guerra rechazó la incorporación de Mansilla al batallón porque “el exco. no debe ser jamás depósito de malvados”; sin embargo, en la misma comunicación el militar alertó al magistrado sobre “la repetición de estas condenas por aquel Juzgado” y solicitó que se suspendiera ese tipo de pena tanto para Mansilla como para los que se encontraran en “igualdad de circunstancias” (AGN, AGA, Ministerio de Guerra y Marina, caja 1181, s.c., documento 517 [Montevideo, 13 de julio de 1830]). Pero más interesante que contar ejemplos como el precitado resulta profundizar en los motivos que llevaron a que una institución pensada para mantener el orden interno aceptara en sus filas a personas vinculadas a hechos delictivos. Allí podemos encontrar una mezcla de causas entre las que se incluyen la magra paga, la necesidad de mano de obra barata y el hecho de que eran más importantes para las autoridades las tareas comunales que aquellas ligadas a la represión del delito. El cumplimiento de tareas comunales atribuidas a la policía, como sacar los escombros de las calles o matar a los perros, muchas veces era una forma de cumplir la pena impuesta por una sentencia judicial.

Es a partir del estudio de la imposición de diversas sanciones, de un sistema disciplinar fundamental en este tipo de estructuras jerárquicas, que podemos encontrar pistas para estudiar a los integrantes de los cuerpos policiales, pero también la construcción de una legitimidad y autoridad nueva. La disciplina y los castigos eran, según José Martos, jefe político de Soriano, un elemento insustituible que garantizaba “la regularidad del servicio”, por lo que pedía al ministro de Gobierno mayores “facultades p.a. imponer penas a la tropa”. Entre las posibles indisciplinas que consideraba imprescindible castigar, se encontraban: “hace[r] armas contra un [comisario] como ya se ha visto, el robo, la embriaguez, las faltas reiteradas en el servicio”. A su vez, el castigo tenía una finalidad didascálica, por lo que los infractores “deben castigarse a presencia de la misma tropa q. ha sido testigo de estos delitos” (AGN, DAC, Fondo Ex Ministerio de Gobierno y Ministerio del Interior, caja 818, carpeta 11, documento 416 [Mercedes, 12 de octubre de 1831]). Las faltas podían ir desde un robo, una golpiza, participar de juegos de apuestas, dormirse o embriagarse en servicio. Esas faltas se pueden encontrar a lo largo de todo el período, en numerosas notas cursadas entre las autoridades,

en especial de los jefes al ministro de Gobierno para explicar por qué un celador, un cabo, un teniente o un comisario había sido apresado.

Los casos de expulsión no resultan abundantes, en parte porque la constante necesidad de hombres no podía privar a los jefes políticos de brazos. De este modo, lo que *a priori* podríamos considerar benevolencia de la superioridad era más bien una necesidad del contexto que llevaba a mostrarse indulgentes con los subalternos. Las destituciones se asociaron a casos de extrema gravedad, reiterados o a la animosidad del jefe o el comisario con alguno de sus subalternos, aunque muchas veces reingresaban al cuerpo. Las chances de perder el trabajo aumentaban cuando se estaba ante el caso de “varias amonestaciones y reprehensiones”, como ocurrió con León Méndez, o por “incoregible”, tal el caso de Feliciano Palacios (AGN, DAC, Fondo Ex Ministerio de Gobierno y Ministerio del Interior, caja 807, carpeta 2, documentos, 228 y 246 [Montevideo, 18 y 20 de diciembre de 1830]). Un documento del ministerio de Gobierno, de julio de 1837, pidió al jefe político de Montevideo que redujera el personal de las comisarías seccionales. Según la nota, el criterio utilizado para reducir el número de subalternos dependía del despido de “los celadores menos aptos para el servicio” (AGN, DAC, Fondo Ex Ministerio de Gobierno y Ministerio del Interior, caja 896, carpeta 6, documento 382, [Montevideo, 1º de junio de 1837]), quienes probablemente fueran aquellos que en el pasado habían cometido algún ilícito o faltas de conducta.

La disciplina era una construcción, puesto que, en el cumplimiento de las disposiciones, se jugaba la legitimidad de comisarios y jefes políticos. En los documentos, podemos ver esa preocupación de los aludidos, en la medida que una falta cometida por un celador o un cabo podía iniciar un efecto de contagio que repercutiera en todo el cuerpo. La falta de disciplina y la insubordinación eran, para los contemporáneos, dos caras de una misma moneda. Un informe de Ildefonso Champagne, jefe político de Canelones, y la persecución hacia Cosme López, integrante de la policía del departamento, contribuye a reafirmar algunas de esas ideas. López, acusado por el jefe de “ebrio, insubordinado, insolente y falto de respeto a las autoridades”, se presentó en el domicilio de Champagne, a quien amenazó a los gritos. La situación motivó que uno de los comisarios de la policía departamental le disparara un tiro para “reafirmar” la autoridad y evitar que López “se burlar[a] completam.te” de las autoridades y la consiguiente “mengua del cargo que tiene el honor de excercer”, más grave aún ya que el incidente ocurrió en la calle y en “presencia de porción de individuos que se hallaban reunidos.” Si “su delito queda impune se concluirá del todo la subordinación; no solo en los que están al servicio de la policía, sino a los de afuera que presencian estos echos, q.e. desgraciadam.te no pueden evitarse el que sean públicos, por cuya razón entra la desmoralización.” (AGN, DAC, Fondo Ex Ministerio de Gobierno y Ministerio del Interior, caja 873, carpeta 7, documento 335, [Canelones, 10 de agosto de 1835]). El respeto a la autoridad era fundamental, una manifestación de insubordinación no era sólo una falta de conducta sino también un atentado contra el principio de autoridad.

Asimismo, en el vínculo jerarquía – subalterno, cumplía un papel central la idea de confianza; la mayor parte de las designaciones de tenientes, celadores y hasta serenos ocurrían porque un jefe o un comisario afirmaban que la persona en cuestión “merece su confianza” (AGN, DAC, Fondo Ex Ministerio de Gobierno y Ministerio del Interior, caja 897, carpeta 6, documento 221, [Carmelo, 22 de mayo de 1837]). Tres palabras que, en algún punto, nos permiten asociar la idea de la confianza con el cumplimiento de la tarea y con la fidelidad a una persona o a un colectivo político del momento.

Para pensar la relación disciplina / indisciplina, también interesa preguntar si sólo las características personales de los hombres ligados a la policía explicarían la reiteración en las faltas de conducta. Nuevamente, los documentos de los jefes y comisarios aportan pistas de interés para relacionar los problemas disciplinarios con el tipo de tarea o el atraso sistemático en el abono de los salarios. Podríamos pensar que las quejas de Juan Arenas, jefe político de San José, a Lucas J. Obes, ministro de Gobierno, para quien era notoria “la indolencia” con que trabajaban sus subalternos, expresan cierto grado de resistencia por parte de los oficiales no pagos que cumplían con sus tareas a desgano, tal como sospechaba el jerarca (AGN, DAC, Fondo Ex Ministerio de Gobierno y Ministerio del Interior, caja 861 A, carpeta 7, documento 343, [San José, 6 de noviembre de 1834]). Más allá fue Juan Manuel de la Sota, jefe político de Montevideo desde 1838, quien relacionó la existencia de policías que no cumplían con su tarea o cometían delitos con la falta de “exactitud” en el “pago” que llevaba a que algunos subalternos “se vicien” (AGN, DAC, Fondo Ex Ministerio de Gobierno y Ministerio del Interior, caja 904, carpeta 7, documento 349, [Montevideo, 4 de enero de 1838]). Un pasado ligado al delito se podía complementar con la situación económica de las arcas orientales y también la más absoluta ausencia de un centro jerárquico vertebrador de la autoridad policial, que provocó que los integrantes del cuerpo deambulaban entre una comisaría y un batallón de línea, o que diversos actores políticos y sociales se abrogaran el derecho de impartir órdenes a los integrantes de la policía.

En 1838, con el triunfo riverista que derrocó a Manuel Oribe de la presidencia, se creó una Intendencia General de Policía, que funcionó en Montevideo, pero se encargó de regular el funcionamiento de la institución en todo el territorio. El cargo de intendente recayó sobre Luis Lamas, jefe político de Montevideo, y hombre de confianza de Fructuoso Rivera. Otra disposición del gobierno riverista fue la supresión de las policías de campaña que se sustituyeron por un servicio de seguridad rural militar a cargo del ejército de línea. Victoria Rodríguez (2006, p. 298) sostiene que “con esta medida provisoria” Rivera “buscó aliviar en parte la crítica situación económica del Erario, cuyas arcas habían mermado considerablemente.” No obstante, deberíamos pensar que probablemente *don Frutos* Rivera recurrió al ejército porque allí se asentaba su arraigo y mayor peso político. Esta decisión abrió un período que vinculó las funciones policiales a las tareas militares, a través de la participación de guardias y celadores en los batallones del ejército y en el enfrentamiento bélico que se desató en 1838, cuyo tratamiento excedería los cometidos del presente artículo.

## ORDEN PÚBLICO, COMUNIDAD Y AGENTES POLICIALES

Un elemento sobresaliente de este proceso histórico es que, durante su primera década de vida, la policía constituyó una institución alejada de las tareas que, desde el presente, asociamos como inherentes o naturales a su función: el combate al delito. Antes que la represión delictiva, se encontraban aquellas tareas que podríamos llamar comunales, que regulaban la vida urbana y que pasaban desde los reglamentos de edificación a la canalización de aguas servidas. ¿Qué tenían en común recolectar basura, matar a los perros o perseguir a supuestos criminales? Una respuesta posible sería vincular la función policial con la prevención de los hechos, un tipo de racionalidad que apuntaba sobre todo a anticipar los acontecimientos y evitar los desórdenes. En ese posicionamiento, se escondía una forma de pensar la ciudad y el medio rural, una idea según la cual el orden se debía mantener a toda costa, porque el orden siempre encierra una visión sobre el desorden, porque la falta de orden restaba autoridad.

Las primeras tareas conferidas a la policía –por las leyes que montaron la arquitectura legal que posibilitó el funcionamiento de la institución– asociaban la función policial con tareas comunales. Lo que la policía hizo fue prolongar las tareas que, hasta el período revolucionario, estaban en manos de intendentes, virreyes, alcaldes y cabildos, que se ocupaban de lo relativo a población, calles, veredas, edificación, tránsito, abastos, moralidad pública, trabajo (Tau Anzoategui 1992, pp. 382-392). En este aspecto, la labor policial se relaciona con una problemática común a varias regiones del mundo occidental: el gobierno de las ciudades. La disolución de los cabildos generó una situación problemática en la medida que provocó que otras instituciones se hicieran cargo de la administración de la planta urbana (Ternavasio 2000, pp. 44, 45).

La historiografía ortodoxa señala que el desempeño policial en las tareas comunales se debió a que aún “no estaban [...] delineadas las funciones municipales y por efecto de ello varias tareas que hoy corresponden a la Intendencia de Montevideo, eran atendidas por la Policía.” (Sosa 1989, p. 17). Sin embargo, podríamos pensar que las funciones comunales eran inherentes a la actuación policial, en la medida que la idea rectora del orden no abarcaba sólo la persecución de los delincuentes y la prohibición de diversos ilícitos sino la necesidad de mantener cierto respeto a las normas de convivencia. A este punto debemos sumar otro elemento de interés que se encontraba en la génesis de la ley que disolvió los cabildos en octubre de 1826: la disposición modificó la administración de justicia y la de policía; sin embargo, no previó la creación de una institución que asumiera las funciones de la administración municipal en otros rubros, como limpieza y salubridad. A eso se refirió el cónsul francés –al analizar en 1834 la situación de la policía y la justicia– cuando señaló que la joven república vivía en una “ciega necesidad de querer fundar instituciones, en un país donde aún no existen los elementos necesarios para llevar a cabo su aplicación” (Baradere 1834-1835, p. 423). Una posición similar sostuvo, en 1838, Juan Manuel de la Sota, oficial primero de la Jefatura de Montevideo (y poco después jefe político y de policía de la ciudad), para quien “el

sistema de administración interior” llevaba a la confusión de “las atribuciones policiales con las judiciales y municipales” (AGN, DAC, Fondo Ex Ministerio de Gobierno y Ministerio del Interior, caja 904, carpeta 7, [Montevideo, 4 de enero de 1838]).

Contrariamente a lo que sostiene la historiografía tradicional e institucional, importa señalar que, a diferencia de lo que ocurrió en otros países que los policías - historiadores toman como modelo de referencia (Estados Unidos e Inglaterra, por ejemplo), en la Provincia Oriental no hubo una intención original de promover una policía encargada de combatir el crimen y los desórdenes que podían ocurrir en los conglomerados urbanos. Por el contrario, esa alternativa se planteó luego de la Guerra Grande y es un elemento de importancia para entender por qué optamos por llevar este trabajo hasta 1838. La guerra marca un límite cronológico de carácter político, una contienda regional que afectó severamente la política centralizadora (la Provincia llegó a tener dos centros administrativos, con instituciones duplicadas), pero también porque, hasta la década de 1850, la Policía cumplió un rol auxiliar de la justicia, e incluso del ejército, en el combate al delito, pero no fue su principal función o actividad.

El reglamento de policía aprobado el 25 de enero de 1827, que organizó el cuerpo y reguló su funcionamiento, dedicó los primeros diecinueve artículos del texto a tareas eminentemente municipales (“Policía. Su organización y reglamento”, *Colección legislativa* 1876, pp. 13-15). Este origen de la policía como una institución comunal, con tareas vinculadas al mantenimiento de un orden sanitario o edilicio dentro de la ciudad y un alejamiento temprano, aunque momentáneo, del mero combate al delito, se puede apreciar en la consideración que los vecinos tenían sobre la función policial. El 2 de setiembre de 1829, por ejemplo, el diario montevideano *El Universal* publicó una denuncia, firmada por “un vecino de la [iglesia] Matriz”, que ilustra la visión que tenía la población sobre la tarea de los funcionarios policiales. La misiva “se reduce a advertir al Jefe de este ramo [de policía] que a distancia de media cuadra de aquel templo hacia el parque, existe un edificio antiguo que asegura esta desplomado sobre la calle, seis y ocho pulgadas y amenazando ruina”. Según el artículo, la información “es ciertamente contra la Policía, la existencia de tal edificio, y todos los que se hallen en semejante caso deben reedificarse y obligar a sus propietarios a enajenarlos, con la condición de derribarse”. (*El Universal*, 2 de setiembre de 1829, p. 3). Esta referencia, probablemente la nota de un vecino fastidiado, expresa, sin embargo, el rol asignado a la policía en la gestión urbana. Para los vecinos correspondía a la ella encabezar todas las medidas tendientes a regularizar y organizar la ciudad. El orden urbano era, en última instancia, otro mecanismo para regular a la población, objetivo primordial de las instituciones policiales en cualquiera de las facetas que analizaremos. A su vez, da cuenta de la forma en que las elites gobernantes pensaron el proceso de ordenamiento urbano que debía atravesar cualquier “nación moderna”.

En el cuaderno de multas correspondiente al año 1835, pero que se extiende hasta 1843, podemos encontrar –en cerca de sesenta folios escritos a ambos lados– la cantidad de sanciones impuestas por la policía y el pago realizado. Lo más interesante de este

documento es que contribuye a analizar cuáles fueron las preocupaciones de la policía durante esos ocho años. Si establecemos una relación directa entre las sanciones y los motivos, podríamos decir que arrojar basuras o aguas “inmundas” (4 pesos de multa), galopar por las calles “entre gentes” (4 pesos de multa), alterar pesas y medidas (40 pesos), edificar “sin el corresp.te permiso” (25 pesos de multa) o apostar en las calles (5 pesos) se encuentran entre las principales preocupaciones (AGN, DAC, Fondo Ex Ministerio de Gobierno y Ministerio del Interior, caja 866, carpeta 6). El crecimiento de la planta urbana, la eliminación de las murallas de la Ciudadela de Montevideo, a partir de 1836, y el aumento poblacional hicieron que las autoridades mostraran cada vez mayor firmeza para reclamar el arreglo de las calles y recurrieran a un número mayor de presos. Para ello precisaban la colaboración de los vecinos de la ciudad. Pero precisar no es lo mismo que obtener, de ahí que las sanciones en la materia fueran cada vez más duras y las propuestas por aumentar el precio de las multas crecieran conforme lo hacía la capital del país.

Detrás de esas múltiples tareas se encontraba una intención por regular cualquier aspecto de la vida en la ciudad y una noción de “orden público” que intentó establecer criterios de seguridad que necesariamente incluían situaciones tan disímiles como controlar las aguas servidas, autorizar la construcción de una vivienda o erradicar a los perros vagabundos. En su estudio sobre el “orden público”, el historiador francés François Godicheau (2013, p. 111) señala que el 60% de las disposiciones contenidas en los manuales de policía europeos estaban asociadas a tareas completamente ajenas a la represión del delito y el crimen. La idea de “orden público”, sostiene el mismo autor, “es entonces, primero, el orden de lo público”, que explicaría el pasaje de sociedades jerarquizadas y controlables a plantas urbanas en crecimiento, extensivas, en algún sentido igualitarias y a sociedades carentes de una autoridad vertebradora del poder (Godicheau 2013, p. 116). La preocupación por tareas no ligadas directamente a la represión del delito implicaba, sin embargo, un fuerte compromiso con el orden público (y una mirada actual a la que le cuesta pensar la policía cumpliendo funciones distintas a las presentes). Para saber a qué hora se prendían los faroles, asistir a una obra en construcción o controlar el peso del pan o la carne en el mercado, los oficiales se distribuían por la ciudad y, por ende, por calles, plazas y comercios, lugares frecuentados por actores sociales y políticos, espacios donde se hablaba sobre lo que ocurría en la vida política (y zonas donde el delito era frecuente). Mercados, tabernas o ferias vecinales eran un espacio muy frecuentado por los agentes de policía (en los que a veces también oficiaban de consumidores y resultaban sancionados).

En el caso del mercado de Montevideo, podríamos pensar que la preocupación de la policía iba más allá de un problema de higiene, puesto que también era una forma de “tomar el pulso” a la vida política de la ciudad, a través del seguimiento de personas y de la recolección de información. Dicha situación explicaría la insistencia por parte de los jefes montevidianos por emplazar oficiales en el Mercado y la aprobación que estableció la existencia de una suerte de comisaría móvil dentro del recinto (“Mercado público. Su reglamento provisorio” [12 de abril de 1836], *Colección legislativa*, 1876 pp. 311, 312). Para

conocer esas situaciones nuevamente resultaba clave la información o “las quejas q.e. le ha dirigido el vecindario” (AGN, Policía de Montevideo, 1836, caja 14, s.n., [20 de enero de 1836]). Para varios aspectos relativos al funcionamiento de la institución, encontraremos en la relación con los vecinos un vínculo central sin el cual el mantenimiento del orden sería prácticamente imposible; en esa dirección debemos analizar, al mismo nivel que la existencia de celadores o tenientes en las calles, la pervivencia de redes de información que colaboraban en el funcionamiento policial, claves en el desempeño de la tarea. Por tanto, lejos de pensar la institución como un ente que funcionó con sus propias lógicas, es necesario presentarla como una consecuencia de las dinámicas sociales, del *feedback* creciente entre los agentes y los habitantes del pueblo o la localidad.

Por ejemplo, el 21 de julio de 1836, una circular cursada por el gobierno a los jefes de policía pidió que cada funcionario “dicte las providencias necesarias” para que “los agentes de la Policía no solo extiendan su zelo p.a. la custodia y conservación del orden interno de la Ciudad, sino tamb.n a informarse de los rumores o noticias q.e. circulen en la población” con ánimo de “explorarlas”, en especial “todas aquellas novedades o dichos cuyo conocimiento pueda importar a la autoridad.” Para ello, los celadores cumplían una función clave al transmitir “cualq.a ocurrencia” “a sus respectivos Comis. os y estos al mismo Jefe p.a. q.e. oportunamente llegue a conocim.to de este Ministerio” (AGN, DAC, Fondo Ex Ministerio de Gobierno y Ministerio del Interior, caja 897, carpeta 10, documento 557).

Expresivo del respeto que comenzó a despertar la policía también podría ser el aislamiento o denuncia al que quedaban expuestos aquellos vecinos que se negaban a colaborar. En setiembre de 1836, el juez de paz de Víboras informó al ministro de Gobierno sobre la situación del comerciante Tomás Torres de Leiva, quien se negó a asistir a los policías locales “con una libra de yerva y una vela”, lo que provocó la indignación de parte del vecindario, en especial de aquellos que “se prestaron gustosos a este servicio que se arregló del modo menos penoso”. De hecho, la situación llevó a que el jefe político y los vecinos sospecharan que Torres de Leiva fuera “desafecto a la actual administración”, por lo que se entremezclaba (si es que se pueden separar) la función comunal con la lealtad política (AGN, Policía de Montevideo, 1836, caja 14, s.n. [14 de setiembre de 1836]).

La represión de delitos de tipo “político” –muy presente en los documentos– también se asocia a las tareas que buscaban mantener el orden público. Este aspecto es interesante para entablar un diálogo con la historiografía ortodoxa, que ha presentado a la institución policial como un ente ajeno a las vicisitudes políticas. Por el contrario, la persecución de los enemigos, la prohibición de publicaciones, el seguimiento a personas sospechosas de conspiración, cuando no la participación directa de los jefes y sus subalternos en levantamientos armados, dan cuenta que la policía fue una institución estrechamente ligada a las coyunturas. La ley sobre derechos individuales del 8 de julio de 1826 –que consagraba el derecho a un juicio justo y la propiedad privada– estableció en su artículo cuarto que “la injuria, la calumnia y la sedición, serán perseguidas como delitos o crímenes” (“Derechos individuales. Su declaración y garantía”, en *Colec-*

*ción legislativa*, 1876, p. 8). Con esta premisa, la policía se encargó de reprimir levantamientos, pero también de situaciones como la que protagonizó “[u]n pardo nombrado Alejo Sánchez” quien “aier en una Pulpería de la aguada grit[ó] viva el General Lavalleja, yo soi de la gente de el”, lo que provocó su inmediata detención y la consiguiente remisión “a los trabajos públicos” (AGN, DAC, Fondo Ex Ministerio de Gobierno y Ministerio del Interior, caja 855, carpeta 7, documento 263 [Montevideo, 21 de abril de 1834]). El llamado “delito de sedición” aparece en varias ocasiones en la documentación, por lo general asociado a los levantamientos armados contra el gobierno; sin embargo, en el período no encontramos documentación que dé cuenta del seguimiento específico de personas, como ocurrió, en cambio, durante la Guerra Grande, con propuestas concretas para “el establecimiento de una policía secreta” que “mantenga un espionaje inmoral pero necesario” (AGN, DAC, Fondo Ex Ministerio de Gobierno y Ministerio del Interior, caja 944, carpeta 5, documento 192 [Montevideo, 11 de marzo de 1843]).

En la segunda mitad del siglo XIX, la visión sobre la policía como un actor comunitario comenzó a transformarse en posiciones que defendían el carácter militar y una responsabilidad exclusiva en evitar la comisión de delitos y la función de perseguir a los delincuentes. Máximo Sozzo evidenció este proceso, al que llamó “criminalización de la policía”, el cual habría llevado a que el combate a la criminalidad configurara el objeto central de un nuevo tipo de actividad policial (Sozzo 2002, p. 229). Esto no implicó un abandono total de las tareas comunales, pero las marginó a un lugar secundario en una transformación interna y externa que insistió en la necesidad de contar con cuerpos policiales dedicados en forma exclusiva a la represión del delito y al control y vigilancia del tránsito de poblaciones.

#### CONSIDERACIONES FINALES

A lo largo de este texto, intentamos reconstruir la coyuntura y el proceso de formación de una institución policial dentro de la naciente burocracia estatal de la Provincia Oriental. En los poco más de diez años considerados, pudimos ver la impronta de la policía con atribuciones y funciones propias de la administración comunal del período colonial, pero también algunos elementos que permiten ubicar la institución en su conformación como una fuerza estatal de seguridad. Esto nos lleva a plantear la necesidad de estudiar a la policía en diálogo con el proceso de construcción estatal y la aparición de un nuevo tipo de institucionalidad que permita vincular las prácticas policiales en relación con los proyectos políticos y las lógicas que atravesaron a la dominación estatal en contextos específicos. La necesaria contextualización permitirá alejar los renovados enfoques de visiones que presentan a la policía como una existencia ligada de forma indefectible a la nación.

La policía, en la Provincia Oriental, tuvo un surgimiento, una base cronológica vinculada a los últimos años del período independentista, tomó elementos existentes, que prolongaron funciones propias del período colonial, aunque red denominadas o

repensadas en el marco de un contexto republicano y de las prácticas de seguridad y control social inmediatamente posteriores a las guerras de independencia. Por eso insistimos en abandonar la idea según la cual las revoluciones de independencia provocaron una ruptura abrupta con el orden colonial y hemos buscado aquellos elementos novedosos que contribuyeron en el proceso de construcción estatal. La policía surgió como una institución nueva que se armó sobre la base de las autoridades preexistentes y de las múltiples estrategias para la delegación del poder que eran características del Antiguo régimen, a través de las cuales convivían múltiples autoridades en un mismo proceso. Si bien esta situación de indeterminación sobre los alcances de una autoridad (común a varias regiones americanas) genera confusión, debe ser vista como un espacio de conflicto que delineó los procesos institucionales postrevolucionarios (véase Sanjurjo de Driollet 2004, pp. 445-468; Morelli 2008, pp. 36-57; Barrera 2017).

Entre las funciones policiales, se destaca un conjunto de regulaciones propias de la vida urbana, una forma de ordenamiento interno de cada ciudad o jurisdicción que apuntaba a mantener el orden, pero también a defender el proyecto político que pensaron las elites gobernantes. Por eso hemos sostenido, a lo largo del texto, que la institución policial fue eminentemente política; no sólo por la vinculación de los integrantes de los cuerpos policiales con las facciones regionales sino por su defensa de un tipo de orden social que buscó regular faltas de conducta que lo lesionaban. Ello no implica defender una visión tradicional acerca de la institución policial, que generalmente es presentada sólo como el instrumento dócil de la dominación social. La policía no fue un actor social predecible y homogéneo, sin ninguna vinculación con la sociedad. Por el contrario, a través de la disciplina y su actuación, debió construir su legitimidad, la que alcanzó a través de múltiples funciones y garantizó con su presencia. De ser una institución cuya existencia era cuestionada a comienzos del período, pasó a ser la “que hace elogiar, o maldecir al Gobierno.” (*El Universal*, 8 de agosto de 1835, p. 2). Las transformaciones que vivió la policía a lo largo del siglo XIX deben ser estudiadas como una sucesión de cambios paralelos y paulatinos, ya que sólo de ese modo será posible construir interpretaciones que aborden la formación estatal como consecuencia de marchas y retrocesos, de la tensión entre poderes centrales y locales y de la construcción cotidiana que debe hacer todo poder central para convencer a los habitantes de un territorio que su presencia es necesaria.

## BIBLIOGRAFÍA

- AGUIRRE, C., G. JOSEPH, R. SALVATORE, 2001. *Crime and Punishment in Latin America*. North Carolina: Duke University Press.
- ALPINI, A., 2017. *Montevideo: ciudad, policía y orden urbano (1829-1865)*. Montevideo: s.d.
- BARRAL, M.E. & R. FRADKIN, 2005. Los pueblos y la construcción de estructuras de poder institucional en la campaña bonaerense (1785-1836). *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, vol. 27, pp. 7-48.

- BARRENECHE, O., 2015. Las instituciones de seguridad y del castigo en Argentina y América Latina. Recorrido historiográfico, desafíos y propuestas de diálogo con la historia del derecho. *Historia de las prisiones*, vol. 1, pp. 5-33.
- BARRIERA, D., 2017. El alcalde de barrio, de justicia a policía (Río de la Plata, 1770-1830). *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. [en línea, consultado el 22 de agosto de 2017], disponible en <http://nuevomundo.revues.org/70602>
- BOHOSLAVSKY, E. & M. GODOY ORELLANA, 2010. *Construcción estatal, orden oligárquico y respuestas sociales: Argentina y Chile, 1840-1930*. Buenos Aires: Prometeo Libros-Universidad Nacional de General Sarmiento.
- BRETAS, M. L., 1997. *A Guerra das Ruas: Povo e Polícia na Cidade do Rio de Janeiro*. Rio de Janeiro: Arquivo Nacional.
- CAIMARI, L., 2013. La historia de la "cuestión criminal": reflexiones a la vera del camino. En O. BARRENECHE & R. SALVATORE, *El delito y el orden en perspectiva histórica*. Rosario: Prohistoria, pp. 251-256.
- CUADRO, I., 2009. La crisis de los poderes locales. La construcción de una nueva estructura de poder institucional en la Provincia Oriental durante la guerra de independencia contra el Imperio del Brasil (1825-1828). En A. FREGA, *Historia regional e independencia del Uruguay*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, pp. 65-100.
- DI MEGLIO, G., 2006. ¡Viva el bajo pueblo! La plebe urbana de Buenos Aires y la política entre la revolución de mayo y el rosismo. Buenos Aires: Prometeo.
- ETCHECHURY, M., 2015. *Hijos de Mercurio, esclavos de Marte. Mercaderes y servidores del Estado en el Río de la Plata (Montevideo 1806-1860)*. Rosario: Prohistoria ediciones.
- FREGA, A., 2006. La Formación del estado uruguayo. *RILA. Revista de Integração LatinoAmericana*. n 3, pp. 21-45.
- , 2016. La vida política, en A. FREGA, *Uruguay. Revolución, independencia y construcción del Estado. 1808-1880*. Montevideo: Planeta-Fundación MAPFRE, tomo I, pp. 31-85.
- GALEANO, D., 2009. *La policía en la ciudad de Buenos Aires. 1867-1880*. Buenos Aires: Tesis para optar por el grado de Magister en Investigación Histórica, Universidad de San Andrés.
- , 2016. La ley de la policía: edictos y poder contravencional. Ciudad de Buenos Aires, siglo XIX. *Revista Historia y Justicia*, vol. 6, pp. 12-43.
- , 2017. Entre el orden y la fuerza bruta: una historia política de la policía de Buenos Aires, 1852-1880. *Ler História*, vol. 70, pp. 15-36.
- GARAVAGLIA, J. C., 2010. Algunos aspectos preliminares acerca de la "transición fiscal" en América Latina: 1800-1850. *Illes i Imperis*, vol. 13, pp. 159-192.
- GODICHEAU, F., 2013. Orígenes del concepto de orden público en España. Su nacimiento en un marco jurisdiccional. *Ariadna histórica. Lenguajes, conceptos, metáforas*, vol. 2, pp. 107-130.
- L'HEUILLET, H., 2010. *Baja política, alta policía. Un enfoque histórico y político de la policía*. Buenos Aires: Prometeo.
- MORELLI, F., 2008. Pueblos, alcaldes y municipios: la justicia local en el mundo hispánico entre Antiguo Régimen y Liberalismo. en *Historia Crítica*, 36, pp. 36-57.
- ROSEMBERG, A., 2010. *De Chumbo e festim, uma história da polícia paulista no final do Império*. Sao Paulo: Editora da Universidade de Sao Paulo.
- SANJURJO DE DRIOLLET, I., 2004. Las continuidades en el gobierno de la campaña mendocina en el siglo XIX. *Revista de estudios histórico-jurídicos*, 26, pp. 445-468.
- SOSA, M., 1989. *Reseña histórica de la Jefatura de Policía de Montevideo*. Montevideo: Jefatura de Policía.
- SOZZO, M., 2002. Usos de la violencia y construcción de la actividad policial en la Argentina. En S. GAYOL & G. KESSLER, *Violencias, Delitos y Justicias en la Argentina*. Buenos Aires: Manantial-Universidad Nacional de General Sarmiento, pp. 225-258.
- SUÁREZ LEMOS, C., 2014. *Una Jefatura Política en Tierra de Charrúas. Colonia del Sacramento*. Montevideo: s.d.

- TAU ANZOATEGUI, V., 1992. *La ley en América hispana. Del Descubrimiento a la Emancipación*. Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia.
- TERNAVASIO, M., 2000. La supresión del cabildo de Buenos Aires. ¿Crónica de una muerte anunciada? *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*. Número 21, pp. 33-73.
- TRUJILLO BRETÓN, J., 2015. Presentación. En J. TRUJILLO BRETÓN, *Voces y memorias del olvido. Historia, marginalidad y delito en América Latina*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara, pp. 9-23.
- VICTORIA RODRÍGUEZ, J., 2006. *Evolución histórica de la policía uruguaya*. Montevideo: Byblos, 2006.

## FUENTES INÉDITAS

- Archivo General de la Nación, fondos.
- Archivos Administrativos, Jefatura Política y de Policía de Montevideo.
- Archivo General Administrativo, Ministerio de Guerra y Marina.
- Documentos de la Administración Central, Fondo Ex Ministerio de Gobierno y Ministerio del Interior. Policía de Montevideo.

## FUENTES ÉDITAS

1896. *Actas de la Asamblea General Constituyente y Legislativa del Estado*. Montevideo: Tipografía de la Escuela Nacional de Artes y Oficios, tomo I.
1876. *Colección legislativa de la República Oriental del Uruguay por Matías Alonso Criado*. Montevideo: s.d., tomo I.
- El Universal*, 2 de setiembre de 1829; 8 de agosto de 1835.
- "Informe del señor Cónsul de Francia en Montevideo, M. Raymond Baradére, al Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia", Montevideo, 1834, en CASTELLANOS, A., 1958. Dos informes acerca de la República Oriental del Uruguay en 1834 y 1835. *Revista Histórica*, tomo XVIII, números 82-84.
- Constitución de la República Oriental del Uruguay*, tomada de <http://www0.parlamento.gub.uy/constituciones/const830.htm>
- VILLALBA, A., 1874. *Manual de Policía. Colección de Leyes, Decretos y Disposiciones referentes a la Policía de Orden Público y Municipal*. Montevideo: Establecimiento tipográfico a vapor de La Idea, vol. I.



---

*DOSSIER*

---

*IMPACTO CULTURAL DE LA GRAN GUERRA*

## PRESENTACIÓN

El impacto cultural de la Gran Guerra en Europa y América Latina:  
Intelectuales, periodistas y periódicos

*Emiliano Gastón Sánchez*

## ARTÍCULOS

Futurismo en el frente:  
El vanguardismo italiano y la Gran Guerra

*Selena Daly*

Narrar la guerra desde la ventana:  
Mildred Aldrich y la batalla del Marne

*Sara Prieto*

Refracciones discursivas:  
Tres periodistas hispanos en los campos de batalla de Flandes (abril de 1916)

*José Ramón González*

Pasión de multitudes:  
La prensa y la opinión pública de Buenos Aires frente al estallido de la Gran Guerra

*Emiliano Gastón Sánchez*

## PRESENTACIÓN

### EL IMPACTO CULTURAL DE LA GRAN GUERRA EN EUROPA Y AMÉRICA LATINA: INTELECTUALES, PERIODISTAS Y PERIÓDICOS

THE CULTURAL IMPACT OF THE GREAT WAR IN EUROPE AND LATIN AMERICA:  
INTELLECTUALS, JOURNALISTS AND NEWSPAPERS

Emiliano Gastón Sánchez<sup>1</sup>

La Primera Guerra Mundial constituye uno de los acontecimientos privilegiados por la historiografía europea del siglo xx. Durante los más de cien años transcurridos desde el inicio de las hostilidades, diferentes generaciones de historiadores han abordado la Gran Guerra desde perspectivas historiográficas que se modificaron al calor de los vaivenes políticos que jalonaron la pasada centuria, pero también de las novedades metodológicas inherentes a la profesionalización de la disciplina. De esta manera, luego de sucesivas oleadas historiográficas –primero, la historia militar y diplomática, luego la historia social–, en las últimas décadas, en sintonía con el llamado “giro cultural”, las investigaciones han desplazado el foco de su interés hacia el plano de la cultura (Prost y Winter 2004, pp. 15-50).

Si bien contó con algunos antecedentes,<sup>2</sup> esta perspectiva culturalista comenzó a consolidarse a comienzos de la década de los noventa. Desde entonces, ha dado lugar a una importante renovación en los estudios sobre la Gran Guerra, que se tradujo en la irrupción de nuevas líneas y temáticas de investigación, entre las que cabe destacar: el impacto del conflicto en la educación y los niños de las naciones combatientes; las prácticas significantes de los combatientes y de los diferentes actores sociales en los “frentes internos”, en especial de los civiles y las mujeres; la aceptación o el rechazo de la violencia de guerra; la cuestión del duelo y la memoria, y el despliegue desde la inmediata postguerra de los monumentos, recordatorios y panteones dedicados a los caídos en el conflicto, entre otros novedosos tópicos.

Gran parte de los debates vinculados a esta renovación historiográfica se desarrollaron, en sus inicios, en torno a dos propuestas conceptuales. En primer lugar, la noción de “cultura de guerra”, definida por Stéphane Audoin-Rouzeau y Annette Becker –en

1 CONICET / Universidad Nacional de Tres de Febrero, Argentina. C. e.: esanchez@untref.edu.ar.

2 Como estudios pioneros en el abordaje sociocultural y literario de la Gran Guerra, podrían señalarse los libros de Isnenghi (1970), Fusell (1975), Becker (1977), Wohl (1979), Stromberg (1982), Eksteins (1989) y Gibelli (1991).

un artículo programático de esta nueva historia cultural impulsada por los miembros del Centre International de Recherche de l'Historial de Péronne– como “el campo de todas las representaciones de la guerra forjadas por los contemporáneos” (1997, p. 252).<sup>3</sup> Esta nueva formulación, deudora de la tesis de la “brutalización” de las sociedades europeas del período de entreguerras, delineada por George Mosse en su libro *Fallen Soldiers* (1990),<sup>4</sup> pretendía difuminar la tajante separación entre el frente y la retaguardia, que hacía de los combatientes meros actores pasivos bajo la presión de sus superiores, y dio lugar a un estimulante debate sobre los alcances del consentimiento y la coerción para mantener el esfuerzo bélico en las sociedades que participaron de la guerra.<sup>5</sup>

En segundo lugar, aunque íntimamente vinculado a la noción de “cultura de guerra”, cabría señalar el concepto de “movilización”. Concebida como un proceso político y cultural antes que un fenómeno estrictamente militar, la “movilización” aludía a la construcción de una novedosa política de masas –basada en representaciones colectivas, sistemas de valores y símbolos de pertenencia– que buscaba dotar de sentido al esfuerzo de las naciones en guerra y edificar un nuevo consenso social que legitimara la causa de los Estados beligerantes (Horne 1997, p. 1). Su contraparte, la “desmovilización cultural” (Horne 2002), fue el término acuñado para explicar los procesos de “pacificación” discursiva motivados por la salida de la guerra y los diferentes grados de pervivencia o desarticulación de esas “culturas de guerra”, tanto en los países vencedores como en los vencidos.<sup>6</sup>

Ahora bien, uno de los aspectos más significativos de esta renovación historiográfica fue la emergencia de una línea de investigación dedicada al papel de los intelectuales, las comunidades académicas y los artistas europeos durante la Gran Guerra. Esta perspectiva se centra en el compromiso con el esfuerzo de guerra de las figuras prominentes del campo intelectual, la literatura y el mundo científico, atendiendo a sus redes de sociabilidad, su papel en la elaboración de nuevas representaciones sobre el conflicto, la creación de publicaciones y sus diversos vínculos con el poder.<sup>7</sup> Esta

3 El Historial de la Grande Guerre, ubicado en Péronne en el sitio elegido por el ejército alemán para instalar su Estado Mayor durante la batalla del Somme, se inauguró en 1989 como un centro de investigación impulsado por un equipo internacional de investigadores –Jean Jacques Becker (presidente), Stéphane Audoin-Rouzeau y Annette Becker (codirectores), Jay Winter, Gerd Krumeich, Christophe Prochasson, Annie Deperchin y John Horne como miembros del equipo asesor– y desde 1992 cuenta, además, con un museo de sitio.

4 El uso de este concepto entre algunos de los principales impulsores de esta renovación de la historiografía puede verse en el libro de Stéphane Audoin-Rouzeau sobre el papel de la infancia en la “cultura de guerra” (1993, p. 11), en su prefacio a la edición francesa de *Fallen Soldiers* (1999, pp. I-XVII), que introducía la palabra *brutalisation* en el subtítulo del libro, y también en Audoin-Rouzeau y Becker (2000, pp. 54-61).

5 Para un balance sobre los alcances y polémicas en torno al concepto de “cultura de guerra”, véase las intervenciones de Antoine Prost, Mario Isnenghi, Rémy Cazals y Antonio Gibelli (2002, pp. 95-119); Julien (2004, pp. 53-68), Smith (2007, pp. 1067-1079), Purseigle (2007, pp. 9-14) y Alcalde (2016, pp. 17-42).

6 Sobre la “desmovilización” y sus límites, véase también Cabanes (2004), Audoin-Rouzeau y Prochasson (2008), Gerwarth y Horne (2012) y Edele y Gerwarth (2015, pp. 3-14).

7 La bibliografía sobre este aspecto es muy abundante. Para una selección representativa véase Hynes

historia cultural de la Gran Guerra ha impulsado también, aunque en menor medida, novedosos abordajes sobre la prensa periódica, los corresponsales, la censura y la propaganda, en el marco de la movilización cultural vivida en los países combatientes durante los años del conflicto.<sup>8</sup> Por último, cabría destacar también el impulso que esta renovación historiográfica ha dado al análisis de las vanguardias, los artistas plásticos y los músicos durante la guerra.<sup>9</sup>

Si bien existieron críticas y polémicas en torno a la utilización del concepto de “cultura de guerra”, (Rousseau 1999; Offenstadt 1999; Cazals y Rousseau 2001; Cazals 2002, pp. 26-43 y Mariot 2013, entre otros), que destacaron el rechazo de los soldados ante la violencia, así como los altos niveles de represión estatal ante esos mínimos disensos, las investigaciones de los últimos años muestran una consolidación de esta perspectiva analítica no sólo en gran parte de la historiografía europea abocada a las dimensiones culturales e intelectuales de la Gran Guerra sino también de la Segunda Guerra Mundial y de otros conflictos armados de la primera mitad siglo xx.<sup>10</sup>

En los últimos años, y especialmente con el centenario del inicio de la contienda, comenzó a desarrollarse un abordaje global y transnacional de las repercusiones de la Gran Guerra en otras áreas geográficas, ajenas al conflicto en términos militares pero no por ello carentes de consecuencias económicas, políticas, diplomáticas, sociales y culturales. De esta manera, los países europeos que mantuvieron su neutralidad en medio de un continente asolado por la guerra han comenzado a integrar la historiografía sobre la Gran Guerra.<sup>11</sup> Si bien en estos trabajos predomina un abordaje sobre las consecuencias económicas, políticas y diplomáticas del conflicto bélico –incluyendo la incidencia del espionaje y la propaganda–, investigaciones como la de Maximiliano Fuentes Codera (2009, 2014, 2015) muestran la importancia de la historia cultural de la Gran Guerra para brindar una visión exhaustiva sobre el comportamiento de los intelectuales en los países neutrales y su papel en la “movilización cultural”.<sup>12</sup>

---

(1992), Prochasson (1993, caps. IV al VIII), Prochasson y Rasmussen (1996), Hanna (1996), Atkin (2002), Beaupré (2006a y 2006b), Irish (2015), Chagnon y Irish (2018). Para interpretación más enfocada en la continuidad de la dinámica de los intelectuales europeos que en una mirada de la guerra como una ruptura drástica: Gentile (2008).

8 Véase, entre otros, Verhey (2000), Welch (2000), Douglas (2002), Roshwald y Suites (2002), Paddock (2004 y 2014), Axelrod (2009), Rollo, Pires y Novais (2013), Best (2014), Beurier (2016), Forcade (2016), Dubbs (2017) y Prieto (2018).

9 Sobre estos temas, ver: Silver (1991), Dagen (1996), Watkins (2003), Fulcher (2005, pp. 19-84), Cohen (2008), Fox (2015) y Daly (2016).

10 Bartov (2000), Audoin-Rouzeau, Becker, Ingrao y Rouso (2002), Cabanes y Husson (2003), Kramer (2007) y Traverso (2007), entre otros.

11 Van Tuyl (2001), Abbenhuis (2006), Amersfoort y Klinkert (2011), Hertog y Kruizinga (2011), Ahlund (2012), García Sanz (2012), García Sanz (2014), González Calleja y Aubert (2014) y Rossfeld, Buomberger y Kury (2014).

12 En este sentido, puede consultarse también el número monográfico de la revista *Ínsula* sobre “La Gran Guerra en nuestras letras”, coordinado por Jordi Amat y José Ramón González (2013).

En ese marco, cabría destacar también las recientes investigaciones sobre el impacto de la Gran Guerra en los imperios plurinacionales y sus colonias en Asia y África. Como han planteado Robert Gerwarth y Erez Manela, en un libro fundamental para esta perspectiva (2014, pp. 2-3), la guerra y sus efectos deben ser examinados en un marco geográfico y temporal más extenso tal que, en primer lugar, permita analizar la dinámica del conflicto más allá de los Estados nacionales y situarla como un enfrentamiento entre imperios multiétnicos y globales. Y, en segundo lugar, aunque íntimamente vinculado a lo anterior, repensar la cronología más consensuada sobre el conflicto (agosto de 1914 - noviembre de 1918) como una expresión de las potencias victoriosas en el frente occidental, en especial de Francia y Gran Bretaña, que difícilmente pueda ser extrapoladas a otros territorios y escenarios como Europa Central y Oriental, donde la ausencia de una desmovilización tras el colapso imperial se tradujo en una continuidad de la violencia paramilitar luego del armisticio.<sup>13</sup> Sólo con la firma del Tratado de Lausanne en 1923, que definió los contornos de la nueva República de Turquía y puso fin a las ambiciones territoriales de Grecia en el Asia Menor, los efectos de la Gran Guerra en Europa Oriental encontraron un relativo apaciguamiento. En el mismo sentido, en cuanto al inicio de la guerra, para los autores, los años 1914-1918 pueden situarse como el paroxismo de un ciclo de conflictos imperiales cuyo origen no se remonta al atentado de Sarajevo ni a la crisis diplomática a la que éste hecho dio lugar, sino a la acción italiana sobre los territorios del norte de África y el Mediterráneo en 1911 y a las Guerras Balcánicas de los años posteriores.

En el marco de esta ampliación de las "geografías de la movilización" (Compagnon y Purseigle 2016), que no reduce el análisis del conflicto a sus aspectos operacionales, Argentina y América Latina han comenzado a formar parte del horizonte historiográfico sobre las repercusiones de la Gran Guerra.<sup>14</sup> No obstante estas investigaciones, de diverso alcance y profundidad, que se han publicado en los últimos años, los análisis abocados plenamente a las repercusiones culturales e intelectuales de la Primera Guerra Mundial a nivel latinoamericano son todavía escasos en comparación con la atención que el impacto de la contienda ha suscitado en el plano de la economía, la diplomacia y las sociedades americanas.

Los cuatro artículos reunidos en este *dossier* tratan de dar cuenta de una parte de esos múltiples aspectos vinculados al impacto cultural e intelectual de la Gran Guerra en Europa y en América Latina. Abre el *dossier* el artículo de Selena Daly que brinda una renovada visión sobre los alineamientos de Filippo Tommaso Marinetti y la vanguardia futurista italiana durante los años de la guerra. En contraposición a la imagen recurrente del papel desempeñado por los futuristas durante los meses de la neutra-

---

13 Sobre este punto, véase también la bibliografía consignada en la nota n° 5 y Gerwarth (2016).

14 Compagnon (2013), Rausch (2014), Rinke (2017), Sánchez (2017, 2016, 2015, 2014a y 2014b) y Tato (2017), entre otros. Véase también los trabajos dedicados a América Latina en Bley y Kremers (2014), Lakitsch, Reitmair-Juárez y Seidel (2015) y Pla, Fuentes y Montero (2016).

alidad italiana, Daly sostiene que, en rigor, su importancia política fue muy reducida, siendo mucho más relevante la labor intervencionista del grupo de intelectuales florentinos nucleados en torno a la revista *Lacerba*. Luego de un minucioso análisis del compromiso futurista con el esfuerzo patriótico durante la guerra, tanto en el frente como en las acciones culturales de la retaguardia, el artículo estudia el intento de capitalización de esa experiencia mediante la creación del Partido Futurista y la compleja relación de los vanguardistas con el movimiento de los *Fasci di Combattimento*.

En un cruce entre la historia de los corresponsales y los estudios de género, Sara Prieto analiza la obra de la escritora norteamericana Mildred Aldrich en torno a la batalla del Marne: *A Hilltop on the Marne*. A partir de esta obra, formada por un conjunto de cartas enviadas por Aldrich en el verano de 1914, Prieto analiza las características de la narrativa autobiográfica de la autora y sus dificultades para describir el conflicto desde la posición privilegiada en la que se encontraba su casa, a pocos metros del escenario de esta célebre batalla.

Por su parte, José Ramón González estudia las miradas alternativas de tres corresponsales –dos españoles, el Marqués de Valdeiglesias, propietario del diario *La Época*, y Fabián Vidal, redactor de *La Correspondencia de España*, y el guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, corresponsal de *El Liberal* de Madrid y *La Nación* de Buenos Aires– en torno a su visita al frente occidental en abril de 1916. El análisis comparativo de los testimonios literarios y periodísticos que emanaron de esa experiencia por los campos de batalla de la Bélgica ocupada permite a González contrastar las representaciones y las notables divergencias retóricas de estos tres autores en la visión sobre el conflicto.

Por último, cierra el *dossier* un texto de mi autoría dedicado a analizar la fascinación que el estallido de la Gran Guerra provocó en la prensa y la opinión pública de Buenos Aires. El artículo plantea que esa sed de novedades constituye el aspecto más evidente de una mirada “plebeya” que transforma la guerra en un espectáculo mediático. Sin desconocer la incidencia de otras variables (demográficas, económicas, etc.), este enfoque centrado en el abordaje cultural de la prensa periódica permite explicar las espontáneas concentraciones suscitadas por el inicio de la contienda desde un marco alternativo a la llamada “cultura de la movilización”.

## BIBLIOGRAFÍA

- ABBENHUIS, M., 2006. *The Art of Staying Neutral: The Netherlands in the First World War, 1914-1918*. Amsterdam: Amsterdam University Press. 423 p.
- AHLUND, C., 2012. *Scandinavia in the First World War: studies in the war experiences of the Northern neutrals*. Lund (Suecia): Nordic Academic Press. 360 p.
- ALCALDE, A., 2016. La tesis de la brutalización (George L. Mosse) y sus críticos: un debate historiográfico. *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, n° 15, pp. 17-42.
- AMAT, J. & J. R. GONZÁLEZ, 2013. La Gran Guerra (1914-1918) en nuestras letras. *Ínsula. Revista de letras y ciencias humanas*, n° 804.

- AMERSFOORT, H. & W. KLINKERT, 2011. *Small powers in the age of total war, 1900-1940*. Amsterdam: Brill. 372 p.
- ATKIN, J., 2002. *A war of individuals. Bloomsbury attitudes to the Great War*. Manchester: Manchester University Press. 250 p.
- AUDOIN-ROUZEAU, S., 1999. Préface. En G. L. MOSSE, *De la Grande Guerre au totalitarisme. La brutalisation des sociétés européennes*. Paris: Hachette, pp. I-XVII.
- , 1993. *La guerre des enfants 1914-1918: essai d'histoire culturelle*. Paris: Armand Colin. 183 p.
- & A. BECKER, 2000. *14-18, retrouver la Guerre*. Paris: Folio. 398 p.
- & A. BECKER, 1997. Violence et consentement. La "culture de guerre" du premier conflit mondial. En J. P. RIOUX & J. F. SIRINELLI, *Pour une histoire culturelle*. Paris: Seuil, pp. 251-271.
- & C. PROCHASSON, 2008. *Sortir de la Grande Guerre. Le monde et l'après 1918*. Paris: Tallandier. 511 p.
- , A. BECKER, C. INGRAO & H. ROUSSO, 2002. *La violence de guerre 1914-1945. Approches comparées des deux conflits mondiaux*. Paris-Bruselas: IHTP-CNRS / Complexe. 350 p.
- AXELROD, A., 2009. *Selling the Great War: The Making of American Propaganda*. Nueva York: Palgrave MacMillan. 256 p.
- BARTOV, O. 2000. *Mirrors of Destruction. War, Genocide, and Modern Identity*. Nueva York: Oxford University Press. 312 p.
- BEAUPRÉ, N., 2006a. *Écrire en guerre, écrire la guerre. France, Allemande 1914-1920*. Paris: CNRS. 296 p.
- , 2006b. *Écrits de guerre, 1914-1918*. Paris: CNRS. 480 p.
- BECKER, J. J., 1977. *1914: comment les Français son entrés dans la guerre, contribution à l'étude de l'opinion publique printemps-été 1914*. Paris: Presses de la FNSP. 638 p.
- BLEY, H. & A. KREMERS, 2014. *The World during the First World War. Perceptions, Experiences and Consequence*. Essen: Klartext Verlag. 388 p.
- BEST, B., 2014. *Reporting from the Front: War Reporters during the Great War*. South Yorkshire: Pen and Sword Military. 208 p.
- BEURIER, J., 2016. *Photographier la Grande Guerre. France-Allemagne, l'héroïsme et la violence dans les magazines*. Rennes: Presses Universitaires de Rennes. 462 p.
- CABANES, B., 2004. *La Victoire endeuillée. La sortie de guerre des soldats français (1918-1920)*. Paris: Seuil. 555 p.
- & E. HUSSON, 2003. *Les sociétés en guerre 1911-1946*. Paris: Armand Colin. 288 p.
- CAZALS, R., 2002. 1914-1918: oser penser, oser écrire. *Genèses*, vol. 1, n° 46, pp. 26-43.
- & ROUSSEAU, F., 2001. *14-18, le cri d'une generation: la correspondance et les carnets intimes rédigés au front*. Toulouse: Privat. 160 p.
- CHAGNON, M. E. & T. IRISH, 2018. *The Academic World in the Era of the Great War*. Nueva York: Pallgrave-Macmillan. 276 p.
- COHEN, A., 2008. *Imagining the unimaginable. World War, Modern Art, and the Politics of Public Culture in Russia, 1914-1917*. Lincoln: University of Nebraska Press. 232 p.
- COMPAGNON, O., 2013. *L'Adieu à l'Europe. L'Amérique latine et la Grande Guerre*. Paris: Fayard. 400 p. (Hay edición castellana: *América latina y la Gran Guerra. El adiós a Europa (Argentina y Brasil, 1914-1939)*. Buenos Aires: Crítica, 2014).
- COMPAGNON, O. & P. PURSEIGLE, 2016. Géographies de la mobilisation et territoires de la belligérance durant la Première Guerra Mondiale. *Annales. Histoire, Sciences sociales*, n° 1, pp. 39-63.
- DAGEN, P., 1996. *Le silence des peintres. Les artistes face à la Grande Guerre*. Paris: Fayard. 360 p.
- DALY, S., 2016. *Italian Futurism and the First World War*. Toronto: University of Toronto Press. 280 p.
- DOUGLAS, A., 2002. *War, Memory and the Politics of Humor: The Canard Enchaîné and World War I*. Los Angeles: University of California Press. 331 p.
- DUBBS, C., 2017. *America Journalist in the Great War. Rewriting the Rules of Reporting*. Lincoln y Londres: University of Nebraska Press. 312 p.
- EDELE, M. & R. GERWARTH., 2015. Introducción al dossier "The Limits of Demobilization: Global Perspective on the Aftermath of the Great War". *Journal of Contemporary History*, vol. 50, n° 1, pp. 3-14.

- EKSTEIN, M., 1989. *Rites of Spring. The Great War and the Birth of the Modern Age*. Boston: Houghton Mifflin Company. 399 p. (Hay edición castellana: *La consagración de la primavera. La Gran Guerra y el nacimiento de los tiempos modernos*. Valencia: Pre-Textos, 2014).
- FORCADE, O., 2016. *La censure en France pendant la Grande Guerre*. París: Fayard. 467 p.
- FOX, J., 2015. *British Art and the First World War, 1914-1924*. Nueva York: Cambridge University Press. 256 p.
- FUENTES CODERA, M., 2015. *La Gran Guerra a les comarques gironines: l'impacte cultural i polític*. Girona: Diputació de Girona. 183 p.
- , 2014. *España en la Primera Guerra Mundial. Una movilización cultural*. Madrid: Akal. 238 p.
- , 2009. *El campo de fuerzas europeo en Cataluña. Eugeni d'Ors en los primeros años de la Gran Guerra*. Lleida: Universitat de Lleida / Pagès editors. 308 p.
- FULCHER, J., 2005. *The composer as intellectual: music and ideology in France, 1914-1940*. Nueva York: Oxford University Press. 488 p.
- FUSELL, P., 1975. *The Great War and Modern Memory*. Oxford: Oxford University Press, 363 p. (Hay edición castellana: *La Gran Guerra y la memoria moderna*. Madrid: Turner, 2006).
- GARCÍA SANZ, C., 2012. *La Primera Guerra Mundial en el Estrecho de Gibraltar. Economía, política y relaciones internacionales*. Madrid: CSIC. 440 p.
- GARCÍA SANZ, F., 2014. *España en la Gran Guerra: espías, diplomáticos y traficantes*. Barcelona: Galaxia Gutemberg. 448 p.
- GENTILE, E., 2008. *L'Apocalisse della modernità. La Grande Guerre per l'uomo nuovo*. Milán: Mondadori. 308 p.
- GERWARTH, R., 2016. *The vanquished: why the First World War failed to end*. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux. 464 p. (Hay edición castellana: *Los vencidos. Por qué la Primera Guerra Mundial no concluyó del todo (1917-1923)*. Barcelona: Galaxia Gutemberg. 480 p.).
- & J. HORNE, 2012. *War in Peace. Paramilitary Violence in Europe after the Great War*. Oxford: Oxford University Press. 304 p.
- & E. MANELA, 2014. *Empires at War, 1911-1923*. Nueva York: Oxford University Press. 283 p.
- GIBELLI, A., 1991. *L'officina della guerra. La Grande Guerra e le trasformazioni del mondo mentale*. Torino: Bollati Bolinghieri. 311 p.
- GÓNZALEZ CALLEJA, E. & P. AUBERT, 2014. *Nidos de espías. España, Francia y la Primera Guerra Mundial, 1914-1919*. Madrid: Alianza. 432 p.
- HANNA, M., 1996. *The mobilization of intellect. French scholars and writers during the Great War*. Nueva York: Harvard University Press. 292 p.
- HERTOG, J. & S. KRUIZINGA, 2011. *Caught in the Middle. Neutrals, neutrality and the First World War*. Amsterdam: Aksant Academic Publishers / Amsterdam University Press. 175 p.
- HORNE, J., 1997. *State, society and mobilization in Europe during the First World War*. Nueva York: Cambridge University Press. 292 p.
- , 2002. Introduction. En J. HORNE, *Démobilisations culturelles après la Grande Guerre. 14-18. Aujourd'hui. Today. Heute*, n° 5, p. 45-53.
- HYNES, S., 1992. *A war imagined. The First World War and English culture*. London: Pimlico. 528 p.
- IRISH, T., 2015. *The University at War, 1914-25. Britain, France and the United States*. Nueva York: Pallgrave-Macmillan. 254 p.
- ISNENGI, M., 1970. *Il Mito della grande guerra: da Marinetti a Malaparte*. Bari: Laterza. 383 p.
- JULIEN, E., 2004. À propos de l'historiographie française de la première guerre mondiale. *Labyrinthe*, vol. 18, n° 2, pp. 53-68.
- KRAMER, A., 2007. *Dynamic of Destruction. Culture and Mass Killing in the First World War*. Nueva York: Oxford University Press. 434 p.
- LAKITSCH, M., S. REITMAIR-JUÁREZ & K. SEIDEL, 2015. *Bellicose Entanglements 1914. The Great War as a Global War*. Zürich: Lit Verlag. 276 p.
- MARIOT, N., 2013. *Tous unis dans la tranchée? 1914-1918, les intellectuels recroisent le peuple*. París: Seuil. 488 pp.

- MOSSE, G., 1990. *Fallen Soldiers: Reshaping the Memory of the World War*. Nueva York: Oxford University Press. 272 p. (Hay edición castellana: *Soldados caídos. La transformación de la memoria de las guerras mundiales*. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2016. 310 p.).
- OFFENSTADT, N., 1999. *Les fusillés de la Grande Guerre et la mémoire collective (1914-1999)*. París: Odile Jacob. 286 p.
- PADDOCK, T., 2014. *World War I and propaganda*. Leiden / Boston: Brill. 360 p.
- , 2004. *A Call to Arms: Propaganda, Public Opinion and Newspapers in the Great War*. Westport Connecticut: Praeger Editors. 224 p.
- PLA, X., M. FUENTES & F. MONTERO, 2016. *A Civil War of Words. The Cultural Impact of the Great War in Catalonia, Spain, Europe and a Glance at Latin America*. Nueva York: Peter Lange. 441 p.
- PRIETO, S., 2018. *Reporting the First World War in the Liminal Zone. British and American Eyewitness Accounts from the Western Front*. Nueva York: Palgrave-MacMillan. 199 p.
- PROCHASSON, C., 1993. *Les Intellectuelles, le socialisme et la guerre, 1900-1938*. París: Seuil. 355 p.
- & RASMUSSEN, A., 1996. *Au nom de la patrie. Les intellectuels et la Première Guerre mondiale, 1910-1919*. París: La Découverte. 300 p.
- PROST, A., M. ISNENGI, R. CAZALS & A. GIBELLI, 2002. Controverses. A propos du livre de Stéphane Audoin-Rouzeau y Annette Becker, 14-18 retrouver la guerre. *Le Mouvement Social*, vol. 2, n° 199, pp. 95-119.
- PROST, A. & J. WINTER, 2004. *Penser la Grande Guerre. Un essai d'historiographie*. París: Éditions du Seuil. 344 p.
- PURSEIGLE, P., 2007. A very French debate: the 1914 - 1918 "war culture". *Journal of War and Culture Studies*, vol. 1, n° 1, pp. 9-14.
- RAUSCH, J. M., 2014. *Colombia and World War I: the experience of a neutral Latin American nation during the Great War and its aftermath, 1914-1921*. Maryland: Lexington Books. 152 p.
- RINKE, S., 2017. *Latin America and the First World War*. Cambridge: Cambridge University Press. 302 p.
- ROLLO, M. F., A. P. PIRES & N. NOVAIS, 2013. *War and propaganda in the XXth century*. Lisboa: IHC. 400 p.
- ROSHWALD, A. & R. SUITES, 2002. *European culture in the Great War: the arts, entertainment, and propaganda, 1914-1918*. Nueva York: Cambridge University Press. 444 p.
- ROSSFELD, R., T. BUOMBERGER & P. KURY, 2014. *14/18: La Suisse et la Grande Guerre*. Baden: Hier + Jetzt. 408 p.
- ROUSSEAU, F., 1999. *La guerre censurée. Une histoire des combattants européens de 14-18*. París: Seuil. 416 p.
- SÁNCHEZ, E. G., 2017. Bohemia anarquista, modernismo y periodismo: las crónicas de Juan José Soiza Reilly durante la Primera Guerra Mundial. *Izquierdas. Una mirada histórica desde América Latina*, n° 35, pp. 98-123.
- , 2016. World War I Reportages: The Dispatches of Robert J. Payró during the German Invasion of Belgium. En A. GRIFFITHS, S. PRIETO & S. ZEHLE, *Literary Journalism and World War I: Marginal Voices*. Nancy: Presses Universitaires de Nancy - Éditions Universitaires de Lorraine. pp. 135-156.
- , 2015. La invasión alemana de Bélgica y la movilización visual en la prensa de Buenos Aires. Un estudio sobre las imágenes del diario *Crítica* durante los inicios de la Gran Guerra. *Revista Contemporânea*, vol. 2, n° 8, pp. 1-39.
- , 2014a. La prensa de Buenos Aires ante "el suicidio de Europa". El estallido de la Gran Guerra como una crisis civilizatoria y el resurgimiento del interrogante por la identidad nacional. *Memoria y Sociedad. Revista de Historia*, vol. 18, n° 37, pp. 132-146.
- , 2014b. Pendientes de un hilo. Guerra comunicacional y manipulación informativa en la prensa porteña durante los inicios de la Gran Guerra. *Política y Cultura. Revista Académica del Departamento de Política y Cultura*, n° 42, pp. 55-87.
- SILVER, K., 1991. *Vers le retour à l'ordre. L'avant-garde parisienne et la première guerre mondiale*. París: Flammarion. 378 p.
- SMITH, L., 2007. The "Culture de guerre" and French Historiography of the Great War of 1914-1918. *History Compass*, vol. 5, n° 6, pp. 1067-1079.

- STOMBERG, R., 1982. *Redemption by War: The Intellectuals and 1914*. Kansas, The Regents Press of Kansas. 252 p.
- TATO, M. I., 2017. *La trinchera austral. La sociedad argentina ante la Primera Guerra Mundial*. Rosario: Prohistoria. 144 p.
- TRAVERSO, E., 2007. *A ferro e fuoco. La guerra civile europea, 1914-1945*. Bologna: Il Mulino. 273 p. (Hay edición castellana: *A sangre y fuego: de la guerra civil europea, 1914-1945*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2009).
- VAN TUYLL, H., 2001. *The Netherlands and World War I. Espionage, Diplomacy and Survival*. Leiden: Brill. 386 p.
- VERHEY, J., 2000. *The Spirit of 1914: Militarism, Myth and Mobilization in Germany*. Nueva York: Cambridge University Press. 268 p.
- WATKINS, G., 2003. *Proof through the Night. Music and the Great War*. Los Angeles: University of California Press. 598 p.
- WELCH, D., 2000. *Germany, propaganda, and total war, 1914-1918: the sins of omission*. New Jersey: Rutgers University Press. 355 p.
- WOHL, R., 1979. *The Generation of 1914*. Cambridge: Harvard University Press. 324 p.



## FUTURISMO EN EL FRENTE: EL VANGUARDISMO ITALIANO Y LA GRAN GUERRA<sup>1</sup>

FUTURISM AT THE FRONT: THE ITALIAN AVANT-GARDE AND THE GREAT WAR

Selena Daly<sup>2</sup>

*Palabras clave*

Futurismo,  
Vanguardismo  
italiano,  
Primera Guerra  
Mundial

*Recibido*

5-12-2017

*Aceptado*

10-4-2018

*Resumen*

Luego de cinco años de elogiar efusivamente las virtudes de la guerra, Filippo Tommaso Marinetti y la mayoría de sus seguidores futuristas aclamaron con entusiasmo el estallido del conflicto. Aunque los futuristas son catalogados a menudo como actores influyentes en la campaña por la intervención italiana, consideramos que sus acciones durante la neutralidad de Italia carecieron de un real peso político. Este artículo examina, además, la participación del vanguardismo en el esfuerzo bélico italiano, tanto en los campos de batalla como en el frente interno. Durante los años de la guerra, Marinetti intentó ampliar el número de espectadores del futurismo, priorizando la accesibilidad del arte y el teatro patrióticos por sobre la experimentación estilística y apuntando al público militar. Marinetti, además, procuró capitalizar el nuevo respeto que recibió de la prensa y del público, derivado del estatus que los futuristas habían alcanzado como soldados activos y veteranos.

*Key words*

Futurism,  
Italian Avant-garde,  
First World War

*Received*

5-12-2017

*Accepted*

10-4-2018

*Abstract*

After five years of vociferously praising the virtues of war, Filippo Tommaso Marinetti and most of his Futurist followers enthusiastically greeted the outbreak of the war. Although the Futurists are often cast as influential actors in the campaign for Italian intervention, I argue that their actions during Italian neutrality were lacking any real political significance. This article also examines avant-garde participation in the Italian war effort, both on the battlefields and on the home front. During the war years, Marinetti attempted to reach a wider audience for Futurism, by prioritizing patriotic accessible art and theatre over stylistic experimentation, and by targeting a military audience in the periodicals *L'Italia Futurista* and *Roma Futurista*. He also sought to capitalize on the new respect he received from the press and the public as a result of the Futurists' status as active soldiers and veterans.

Filippo Tommaso Marinetti fundó el movimiento futurista en 1909, celebrando la guerra de manera infame como el “único limpiador del mundo” (Marinetti 1909 / 2006a, p. 14), y en 1911 describió a los futuristas como “inquietos expectantes

1 El presente artículo es una traducción del original inédito en inglés, realizada por la Lic. Elena Fuksman.

2 University College Dublin, Irlanda. C.e.: selena.daly@ucd.ie.

de la guerra” (2006a, p. 225). La llegada de la Primera Guerra Mundial colmó sus más profundos deseos, pero también fue un evento traumático y transformador para el movimiento de vanguardia. Los años de tal guerra fueron extensamente considerados por los críticos del futurismo como un punto final del movimiento. El así llamado *período heroico* del futurismo concluyó en 1915/1916, con la muerte de dos protagonistas del movimiento, el pintor Umberto Boccioni y el arquitecto Antonio Sant’Elia, y el distanciamiento de dos figuras clave, Carlo Carrà y Gino Severini, del círculo de Marinetti. En 1965, Maurizio Calvesi, uno de los críticos pioneros del movimiento, escribió que “el futurismo se extinguió en su mejor momento” en 1915/1916 (1971, p. 51). El estudio fundacional de Marianne W. Martin, *Futurist Art and Theory* de 1968, también se detuvo en 1915: la autora comentaba que las muertes de Boccioni y de Sant’Elia, mientras servían en el ejército italiano, y las heridas de Marinetti y de Luigi Russolo, en 1917, llevaron “su proyecto conjunto a un final trágicamente heroico” (1978, p. 204). Aunque actualmente la idea de que el futurismo terminó en 1915 es insostenible (el movimiento continuaría con formatos diversos hasta la muerte de Marinetti en 1944), la asunción de la Primera Guerra Mundial como dramática conclusión de la primera fase del movimiento ha persistido.<sup>3</sup> La guerra ha sido maldecida por “destruir” [el] movimiento llevando a cabo sus ideales”. (Kern 2003, p. 299). En una línea similar, Walter L. Adamson ha afirmado que, con el estallido de la guerra, “el mito de origen del futurismo ha sido, discutiblemente, realizado. La guerra ya no es una mítica proyección a futuro sino una realidad presente. [...] Si el mito fundacional ha sido concretado, la razón fundamental para el movimiento ya no existe”. (2012, pp. 304-305).

Aún así, el movimiento continuó existiendo y funcionando a lo largo de los años de guerra, modificando su foco de interés para afrontar la nueva realidad, y culminando con Marinetti y otros futuristas involucrados en la conformación, en marzo de 1919, de los Fasci di Combattimento de Benito Mussolini. Los giros drásticos a los que el movimiento se vio sometido durante la guerra son usualmente atribuidos a un cambio generacional: la muerte de Boccioni y de Sant’Elia dio lugar a nuevos y más jóvenes futuristas, tales como Bruno Corra, Emilio Settemelli y Primo Conti, lo que derivó en una nueva perspectiva.<sup>4</sup> Sin embargo, en contraste con esta visión predominante, considero que el cambio en el futurismo no se produjo como una respuesta reactiva a estos eventos, sino que más bien ocurrió como parte de una estrategia adoptada por Marinetti en 1915 para revitalizar el movimiento, cuyas provocaciones vanguardistas estaban volviéndose menos efectivas. Tomando prestada una frase acuñada por Marinetti en 1915, pero nunca totalmente articulada como una visión para el movimiento, lo describo como un *futurismo moderado* en tiempos de guerra.<sup>5</sup> Desde finales de

3 Acerca de la historiografía del desarrollo del movimiento, ver Adamson 2008.

4 Este argumento generacional fue sostenido, por ejemplo, por Salaris 2014, p. 42. Ver, además, entre otros, Crispolti, 1987), p. 21.

5 La frase apareció en el manifiesto “L’unica soluzione del problema finanziario” de diciembre de 1915, Collezione ‘900 Sergio Reggi, *Archivi della Parola, dell’Immagine e della Comunicazione Editoriale*, Uni-

1915 en adelante, Marinetti propició deliberadamente la ampliación del alcance del movimiento y utilizó el estatus de los futuristas como soldados y veteranos de guerra para lograr ese objetivo en los ámbitos del teatro y de las publicaciones, a expensas de algunos de los aspectos más extremos de su ideología literaria y artística.

Antes de considerar los años de guerra italianos, que oficialmente comenzaron en mayo de 1915, es necesario abordar el período intervencionista, que duró desde agosto de 1914 hasta mayo del año siguiente. La narrativa dominante del intervencionismo futurista es la versión de los eventos construida por los mismos futuristas en varios manifiestos, tan tempranos como de noviembre de 1915,<sup>6</sup> que apuntaba a posicionarlos como los principales agitadores en favor de la intervención en la Primera Guerra Mundial.

La discusión académica acerca del compromiso futurista en el intervencionismo ha tendido a alinearlo con su *mítica* construcción de los eventos, haciéndose eco de la propia propaganda futurista, como si ellos hubieran estado entre las fuerzas de presión más activas e influyentes en favor de la participación de Italia en la guerra. Un ejemplo de eso es la afirmación de Emilio Gentile que describe a los futuristas como “los más activos e incansables protagonistas en favor de la intervención” (2005, p. 96).

El hecho real es que los futuristas estaban lejos de ser figuras conductoras de la lucha intervencionista. Inicialmente, Marinetti fue extremadamente reticente a asumir una línea firme respecto de la declaración de neutralidad de Italia, y no adoptó ninguna acción pública durante las primeras seis semanas. Durante los diez meses de campaña, los futuristas sólo organizaron cuatro manifestaciones independientes (dos en Milán en septiembre de 1914 y dos más en Roma en diciembre de ese año), ninguna de las cuales tuvo un impacto significativo en la crisis política y social reinante, y fueron respondidas tanto con mofa como con indiferencia por parte de los medios italianos.

#### LA CRISIS INTERVENCIONISTA, AGOSTO 1914 - MAYO 1915

El primer evento futurista en favor de la intervención tuvo lugar el 15 de septiembre de 1914, cuando Marinetti y otros futuristas interrumpieron brevemente la representación de la ópera de Giacomo Puccini *La Fanciulla del West* en el teatro Dal Verme de Milán, agitando banderas italianas y gritando consignas antiaustriacas. La noche siguiente, Marinetti organizó una marcha en la galería de compras de lujo Vittorio Emanuele del centro de Milán. Un pequeño grupo de diez futuristas marchó a través

---

versità degli Studi, Milan. Disponible en: <http://apicesv3.noto.unimi.it/site/reggi/>. Subsecuentemente apareció en *Vela Latina*, Nápoles, 19 de febrero de 1916, p. 1.

6 Francesco Balilla Pratella, “Il Futurismo e la Guerra: Cronistoria sintetica,” *Vela Latina*, Nápoles, 18 al 24 de noviembre de 1915, p. 1. Una versión ligeramente modificada titulada “Il Futurismo e la Guerra: Cronaca sintetica,” datada el 11 de diciembre de 1915, figura impresa en Marinetti, 2006b, pp. 554-561). En el mismo volumen, ver también “Movimento politico futurista” (1915), p. 341; “Guerra sola igiene del mondo” (1915), pp. 235-341; “Democrazia futurista” (1919), pp. 345-469; y “Futurismo e Fascismo” (1924), pp. 491-572.

de la galería derribando mesas y denostando a Austria, para luego comenzar a incendiar banderas austríacas. La policía intervino rápidamente y los futuristas fueron arrestados y puestos en prisión, donde permanecieron durante seis días. Aun cuando esos dos eventos son a menudo citados como momentos de crucial importancia en la lucha intervencionista italiana, en su tiempo esas manifestaciones fueron escasamente conocidas. La interrupción de la ópera de Puccini fue lo suficientemente breve como para resultar irrelevante y los reportes periodísticos de la manifestación en la galería fueron desdeñosos. En lugar de fomentar un significativo debate sobre la neutralidad de Italia, las acciones protagonizadas por los futuristas y su encarcelación dieron argumento a varias caricaturas cómicas y satíricas en los principales medios periodísticos alrededor de Italia. Las condiciones de excarcelación de los futuristas en septiembre de 1914 los previnieron de organizar algún otro evento público, por lo que, aparte de lanzar un manifiesto visual, *Sintesi futurista della guerra*, Marinetti y sus seguidores lograron muy poco hasta sus siguientes manifestaciones en La Sapienza Università di Roma, en el mes de diciembre. Durante más de dos días, invadieron las salas de conferencia de los profesores a los que catalogaban como neutrales y progermánicos, provocaron algunas peleas y fueron prontamente expulsados. El aspecto más creativo de estas manifestaciones fue Francesco Cangiullo vistiendo el traje antineutralista de Giacomo Balla, confeccionado con los colores de la bandera italiana.

Los relatos del intervencionismo futurista a menudo focalizan el aspecto *performativo* de las manifestaciones de 1914. La diferencia entre el estilo de acción futurista y el de otros grupos intervencionistas ha sido resaltada por Claudia Salaris, quien escribió:

La acción futurista en esta área estaba caracterizada por una vibración que no tenía nada en común con el intervencionismo teórico de otros nacionalistas [...] Los futuristas introdujeron en la política intervencionista su espíritu bizarro y una mística casi deportiva y no convencional en su "exhibición". (1988, p.40)<sup>7</sup>

Una antología de los escritos futuristas recientemente publicada incluso declara que "los futuristas eran el grupo [intervencionista] más pequeño numéricamente, pero el más inventivo en la creación de una teatralidad política que podía resonar a través de los medios contemporáneos" (Rainey 2009, p. 19). Sin embargo, como se ha mencionado anteriormente, mientras la actividad de los futuristas recibió alguna atención por parte de los medios, sus maniobras no resonaron en la forma que ellos hubieran deseado: en cambio, la mayor parte de los reportes de prensa oscilaba entre el desprecio y la mofa.

Luego de diciembre de 1914, los futuristas no organizaron manifestaciones independientes ni públicas en favor de la guerra. Su activismo político consistió en asistir y formar parte, de manera individual, en manifestaciones intervencionistas. La actividad de los futuristas en esos eventos eran genéricos, principalmente porque, en la mayoría de los casos, se manifestaban junto a otros grupos prointervención en los que los fu-

7 Ver, además, Verdone 2003, p. 18.

turistas “no eran las figuras clave ni la fuerza dominante [...], y por lo tanto no podían imponer su estilo de combate a sus aliados” (Berghaus 1996, p.79). En estas manifestaciones futuristas, siempre se buscó provocar a las autoridades; y un número de ellos lo logró, al ser arrestado en Roma en febrero de 1915. En otra manifestación en abril de 1915, en la capital, Marinetti fue arrestado junto con Mussolini.<sup>8</sup>

Se ha argumentado que durante este período de diez meses “todo el movimiento futurista se transformó en una vanguardia anti-austríaca e intervencionista” (Biblioteca di Storia Moderna e Contemporanea 1987, pp. 116-117) y que “se produjo una completa politización futurista” (D’Orsi 1992, p. 29). Aunque el instinto inicial de Marinetti en el otoño de 1914 fue involucrar al futurismo en el desenvolvimiento de la crisis política, esta actitud de ninguna manera caracterizó al período total de diez meses de intervencionismo, y la completa politización del futurismo ciertamente no tuvo lugar. Hacia el estallido de la guerra, Marinetti suspendió su actividad artística y no la reemplazó por ningún compromiso político significativo, lo que frustró mucho a algunos de sus pares. Hacia finales de 1914, Marinetti veía que la neutralidad de Italia probablemente iba a durar más de lo que él había previsto y advertía la necesidad de relanzar la rama artística del movimiento para asegurar su supervivencia. Así, a finales de 1914, lanzó el manifiesto *In quest’anno futurista*, el primero de su período intervencionista. El manifiesto, dirigido a los estudiantes de Italia, declaraba que “esta guerra presente es el mejor poema futurista que ha sido materializado hasta ahora” (2006, pp.234-235);<sup>9</sup> Marinetti afirmaba que los futuristas siempre habían considerado la “guerra como la única inspiración del arte, la única moralidad purificadora, la única levadura para la masa humana” (2006a, p. 236). Declaraciones como éstas pueden ser interpretadas como una justificación para el giro que el futurismo estaba a punto de tomar. Presentando la guerra como la fuerza motivadora detrás de su arte, los futuristas podían reclamar que cualquier actividad artística era políticamente legítima y, a la vez, un intento intervencionista. Marinetti hablaba de la necesidad del futurismo de convertirse en “la expresión plástica de esta hora futurista”, llegando a nuevos públicos, incluso si esto resultaba en una “menor cantidad de pinturas abstractas [...] o bosquejos, [trabajo que es] un poco más realista o, en cierta medida, una clase de avanzada post-impresionista [...] y tal vez incluso] un nuevo dinamismo plástico belicista”.<sup>10</sup> Tal despertar del intento dogmático vanguardista del futurismo, con el propósito de extender el alcance del movimiento más allá de “un pequeño círculo de expertos”,<sup>11</sup> fue el primer ejemplo de

8 Para una discusión más completa de las manifestaciones del intervencionismo futurista y las reacciones de la prensa, ver Daly 2016a, pp. 18-36.

9 Énfasis en el original.

10 Carta de Marinetti a Severini, 20 de noviembre de 1914, en Drudi Gambillo y Fiori 1962, p. 349.

11 Marinetti a Severini, en Drudi Gambillo y Fiori 1962, pp. 349-350. Severini siguió el consejo de Marinetti y produjo una serie de pinturas en favor de la guerra, en un estilo menos abstracto, una de las cuales estaba basada en la fotografía de un tren belga blindado (*Tren blindado en acción*, 1915). Ver Poggi 2008, p. 176.

aproximación al *futurismo moderado* que dominaría las acciones de Marinetti durante el recordatorio de la guerra.

Poco después, en enero de 1915, Marinetti produjo un manifiesto sobre un nuevo género de teatro, "teatro futurista sintético". Algunos críticos han sugerido que el nuevo género era un arma importante en el arsenal intervencionista del futurismo. Salaris ha comentado que esa novedad asumió "una función central en la batalla política en favor de la guerra. Política y teatro convergen" (1985, p. 80).

Sin embargo, aunque Marinetti y los coautores del manifiesto Settimelli y Carrà afirmaban su deseo de influenciar el espíritu intervencionista italiano a través de esta nueva forma de teatro, las representaciones llevadas a cabo en 1915 no hicieron alarde de contenido político o funcionalidad ostensibles. Ninguna de las obras representadas mencionaron la guerra en modo alguno y, en medio de críticas generalmente negativas, las representaciones fueron bienvenidas, si acaso, como un escape de las crecientes menciones de la guerra, en lugar de algún tipo de compromiso con ella.<sup>12</sup>

Durante los meses intervencionistas, el futurismo, lejos de ser una fuerza decisiva, comenzó a colapsar debido a que era insuficientemente político y beligerante. Crecientemente, sus miembros se retiraron a la actividad artística y se comprometieron primariamente en la promoción del futurismo como un fenómeno cultural más que político. Por otra parte, los vanguardistas se concentraron en el periódico florentino *Lacerba*, editado por Giovanni Papini y Ardengo Soffici, que había estado totalmente comprometido en la campaña intervencionista desde agosto de 1914. Desde el lanzamiento de *Lacerba* en enero de 1913, Papini y Soffici habían hecho gala de un tipo de "escritura polémica destinada a la demolición [...] de las instituciones sociales burguesas, las convenciones morales y el establishment intelectual" (Somigli 2013, p. 475).<sup>13</sup> Desde marzo de 1913, se aliaron dificultosamente con los futuristas milaneses de Marinetti y el periódico alcanzó una tirada de entre 8.000 y 18.000 copias por publicación, cifras notables para un medio vanguardista. Cuando estalló la guerra, inmediatamente Papini y Soffici declararon que *Lacerba* se transformaría en un periódico enteramente político y abonaría la campaña en favor de la intervención de Italia en el conflicto bélico.<sup>14</sup> Durante los meses intervencionistas, la alianza entre los seguidores de Marinetti y los *lacerbiani*, que ya había estado comprometida en la primavera de 1914 debido a diferencias en asuntos de orden estético, se deterioró aún más a causa de las diferentes aproximaciones de los dos grupos a la crisis intervencionista. Papini y Soffici eran intensamente críticos de la falta de acción y la insistencia de llevar a cabo pequeñas manifestaciones por parte de Marinetti, que ellos juzgaban de inútil valor político. El último ejemplar de *Lacerba* apareció el 22 de mayo de 1915, dos días antes de que Italia entrara en guerra, con el grito triunfal de ¡Hemos ganado!<sup>15</sup>

12 Ver las críticas citadas en Antonucci 1975, pp. 79-96.

13 Sobre *Lacerba* en general, ver Del Puppo 2000.

14 Ver sin título un artículo anónimo, *Lacerba*, Florencia, 15 de agosto de 1914, p. 1.

15 Papini, "Abbiamo vinto!", *Lacerba*, Florencia, 22 de mayo de 1915, pp. 1-2.

Desafortunadamente, sin embargo, la intervención italiana “significó la muerte del vanguardismo florentino, al menos para la generación que lo había creado” (Adamson, 1993, p. 205). Lo mismo no puede decirse de las experiencias de los futuristas milaneses durante la Primera Guerra Mundial.

#### EN EL CAMPO DE BATALLA

Sólo fue a partir de que Italia entró en guerra, en mayo de 1915, que Marinetti y algunos de sus camaradas futuristas tuvieron la chance de experimentar el conflicto en sus términos preferidos, como soldados voluntarios y combatientes. Una de las pocas acciones decisivas que Marinetti había llevado a cabo durante las primeras semanas de neutralidad italiana fue enrolarse en el Battaglione Lombardo di Volontari Ciclisti e Automobilisti, el único cuerpo de voluntarios oficialmente reconocido por el Alto Comando del Ejército Italiano durante la guerra.<sup>16</sup> Marinetti lo describía como un cuerpo “predispuesto al reconocimiento peligroso y a los mayores actos de coraje futurista”.<sup>17</sup>

Sin embargo, cuando el ingreso de Italia en la guerra era inminente y llegó el momento de enlistarse formalmente, Marinetti fue rechazado debido al descubrimiento de una hernia. Tal era su determinación por luchar que, después de someterse a una operación, se unió al batallón luego del período de entrenamiento, en julio de 1915.<sup>18</sup> Junto a Marinetti y Russolo, en el batallón también estaban los pintores futuristas Boccioni, Mario Sironi, Sant’Elia y Ugo Piatti. Los Ciclistas Voluntarios arribaron a orillas del Lago de Garda, cerca de la frontera de Italia con Austria-Hungría en julio, y los futuristas se manifestaron llenos de entusiasmo en su nueva vida militar. A pesar de estar obligados a dormir en tiendas de campaña a la intemperie, Boccioni escribía “mi entusiasmo se ha multiplicado [...] no estoy trabajando, no pienso, ¡estoy viviendo una vida dura y física que me intoxica!”.<sup>19</sup> [Me siento] “con excelente espíritu y físicamente estoy tolerando todo mucho mejor de lo que esperaba”.<sup>20</sup> Rápidamente creció el cansancio entre los futuristas por la falta de acción, aunque se deleitaron cuando finalmente tuvieron el gusto de combatir en octubre, oportunidad en la que el batallón se vio envuelto en la captura de la posición austríaca en Dorso Cassina, un evento lo suficientemente significativo para ser destacado por Achille Beltrame en el titular de *La Domenica del Corriere* el 14 de noviembre de 1915.<sup>21</sup> Marinetti definía este evento como una expresión de

16 Marinetti y Russolo se enrolaron el 27 de agosto de 1914. Ver el Registro de Enrolamientos, en el Fondo Volontari, Museo Storico Italiano della Guerra, Rovereto.

17 Carta de Marinetti a Guglielmo Jannelli, 31 de agosto de 1914, en Miligi y Carpi 1989, p. 299

18 Ver carta de Boccioni a Guido Callegari, sin fecha pero anterior al 17 de mayo de 1915, en Boccioni 2009, p. 142. Ver también Codara, 1915/2006, pp. 31-32.

19 Carta de Boccioni a Sibilla Aleramo, 11 de septiembre de 1915, en Boccioni 2009, p. 145

20 Carta de Boccioni a Pratella, sin fecha pero anterior al 12 de septiembre de 1915, en Boccioni 2009, p. 145.

21 Una reciente investigación ha argumentado que Marinetti construyó “una narrativa ficticia de esos eventos” en sus subsecuentes escritos, cuando de hecho él y otros futuristas habían arribado demasiado

absoluto futurismo<sup>22</sup> y continuaría explotando esta experiencia por su mayor impacto propagandístico en los meses sucesivos (Daly 2013, pp. 323-338). Para gran desilusión de los futuristas, sin embargo, poco después de la captura de Dosso Cassina, el batallón fue disuelto y los nombrados regresaron a Milán en diciembre de 1915.

A pesar de la breve vida del batallón, esos meses tuvieron una gran importancia en la historiografía de la participación futurista en la Primera Guerra Mundial (Landis 1983, pp. 60-75 y Sansone 2008). El hecho de que tantos futuristas lucharan juntos en un solo batallón (y todos, excepto Russolo, en el mismo pelotón) ha provisto una atractiva experiencia colectiva, durante la cual sus actitudes de excitación belicosa y entusiasmo por la guerra fueron abiertamente desplegadas. Así, el período junto a los Ciclistas Voluntarios correspondió al modo por ellos esperado de compromiso con el esfuerzo de guerra. Previamente, Marinetti había declarado que los futuristas se aproximarían a un futuro conflicto “bailando y cantando”.<sup>23</sup> Que los futuristas consideraran la guerra como algo celebratorio y a ser disfrutado (una “*guerra-festa*”) era una bien empleada expresión de cultura futurista (De María 1996, p. iv e Isnenghi 2007) y el período de los Ciclistas Voluntarios coincidió con esa visión.

Sin embargo, las experiencias militares futuristas y de combate fueron más prolongadas, y las reacciones al combate más variadas, de lo que el enfoque académico respecto del Batallón Lombardo de Voluntarios Ciclistas ha sugerido. Más de cincuenta futuristas sirvieron en el Ejército italiano durante la Primera Guerra Mundial<sup>24</sup> y un número indeterminado de combatientes futuristas fueron voluntarios.

De los más de cuatro millones de hombres que sirvieron en el frente italiano durante la guerra, sólo 8.000 fueron voluntarios, principalmente burgueses e irredentistas ideológicamente motivados, como los futuristas (Cecchinato 2008, pp.176-186). El futurista Athos Casarini, que había emigrado a Nueva York en 1909, retornó a Italia en 1915 para alistarse voluntariamente. Otros tres futuristas no sólo se alistaron voluntariamente, sino que lo hicieron como ciudadanos de una nación enemiga. Fortunato Depero, Ennio Valentinelli, también conocido con el seudónimo Acciaio (Daly 2016b, pp. 139-156), y Umberto Maganzini, también conocido como Trilluci, eran ciudadanos austríacos de las “tierras irredentas” de Trentino, y los tres se alistaron voluntariamente para luchar para el Ejército italiano. Si ellos hubieran sido capturados por las fuerzas

---

tarde a la trinchera austríaca y así no se habían involucrado directamente en el ataque. Ver Bragato 2015, p. 124

22 Carta de Marinetti a Francesco Balilla Pratella, 31 de octubre de 1915, in Lugaresi 1969, pp. 57-58.

23 Marinetti, “Las batallas de Trieste (1910),” en Marinetti 2006b, p. 158.

24 Es difícil determinar el número exacto, por la relativamente escasa documentación del período y porque el término “futurista” fue a menudo aplicado bastante livianamente por Marinetti durante los años de guerra. Su intención era engrosar las filas del movimiento tanto como fuera posible. De los 36 futuristas listados como miembros de la “Dirección del Movimiento Futurista” entre 1915 y 1917, al menos 23 sirvieron en el ejército. Además, ha sido posible confirmar el servicio militar de otros 34 futuristas antes de 1918.

austro-húngaras, habrían enfrentado la ejecución por traición, el mismo destino que atravesaron los mártires irredentistas de Trentino Cesare Battisti, Damiano Chiesa y Fabio Filzi (Quercioli 2008, pp. 201-214).

Walter L. Adamson ha afirmado que los futuristas “insistían en ubicarse aparte en los ‘escuadrones futuristas’, que eran usualmente devotos a las tareas tecnológicamente excitantes y ostensiblemente temerarias, tales como la división de carros blindados o la unidad de aviación” (2007, p. 92). Pero mientras algunos futuristas efectivamente sirvieron en batallones de “élite” como los *alpini* (por ejemplo, Luigi Russolo) y los *Arditi* (por ejemplo, Mario Carli), la mayoría de los combatientes futuristas sirvió en batallones regulares, incluyendo la infantería, la división antiaérea, los cuerpos de ingenieros y la artillería. Sirvieron como soldados rasos, segundos lugartenientes, lugartenientes e incluso capitanes. Algunos eran soldados que nunca vieron el frente, tal como el compositor Francesco Balilla Pratella, mientras que otros, como Luciano Nicastro, lucharon casi continuamente durante toda la guerra. La mayoría de aquellos asociados con *Lacerba* también sirvieron en la guerra, incluidos Ardengo Soffici, Giuseppe Prezzolini, Ottone Rosai y Ugo Tommei. Rosai sirvió en los batallones *Arditi*, que tenían una reputación de violencia y patoterismo que éste exaltó ampliamente en sus memorias de 1919, *Il libro di un teppista*.<sup>25</sup> Aunque su patriotismo y su fe en la guerra permaneció durante la mayor parte de ella, los futuristas, incluido Marinetti, de ningún modo fueron inmunes a las dificultades de la vida militar. De modo similar a otros soldados y oficiales italianos, tuvieron que soportar las duras condiciones de las trincheras, las dificultades de la disciplina, la soledad y la nostalgia, entre otras duras pruebas.<sup>26</sup>

Por supuesto, había miembros de los grupos vanguardistas que no sentían el mismo deseo de ingresar inmediatamente como voluntarios en el Ejército, como Carlo Carrà, que prefirió permanecer en Milán para buscar un *atelier*, o Corrado Govoni, que sentía una mayor responsabilidad hacia su familia que a la causa militar.<sup>27</sup> Pero fue la decisión de Giovanni Papini de permanecer en su casa en Florencia, en lugar de alistarse como voluntario en el Ejército, la que más sorprendió en los círculos vanguardistas.<sup>28</sup> Efectivamente, hacia finales de 1915, Papini se sintió obligado a explicar su decisión en un artículo titulado “*La mia vigliaccheria*” y buscó justificar sus acciones en varios ámbitos. Él nunca había sido un irredentista y, por lo tanto, no creía en “una guerra local, una guerra particular y estrictamente nacional” (1915, p. xiii). Así, la guerra contra

25 Acerca del servicio de Guerra de los *lacerbiani*, ver Adamson 1993, pp. 205-214.

26 Para una consideración más detallada de las experiencias futuristas de combate y sus estrategias de supervivencia, ver Daly 2016a, pp. 58-87.

27 Carta de Carrà a Marinetti, 10 de septiembre de 1915, F.T. Marinetti, *Correspondencia y Papeles*, Getty Research Institute, Los Angeles, caja 2, carpeta 3, número de acceso 850702 y carta de Govoni a Marinetti, 20 de mayo de 1915, en *Lettere a F.T. Marinetti*, ed. Matilde Dillon Wanke (Milán: Schieiwiler, 1990), p. 99.

28 Papini había tratado de unirse al ejército como oficial en mayo de 1915 pero fue exceptuado del servicio por su grado de miopía. Sin embargo, Mario Carli, cuya miopía era casi tan severa como la de Papini, sirvió durante toda la duración de la guerra. Ver Adamson, 1993, p. 221.

Austria-Hungría no era la que él había imaginado o deseado; más bien deseaba luchar por razones metafísicas contra la cultura y la civilización germánica. Incluso sostuvo que podría hacer una mayor contribución al esfuerzo de guerra (en efecto, ya lo había hecho durante los meses prointervencionistas) permaneciendo en el frente interno para escribir y formar la opinión pública, argumentando que las “guerras no se preparan ni pelean sólo con municiones” (1915, p. xvi). Como veremos a continuación, éste fue un punto de vista que incluso los futuristas marinettianos adoptarían algunos meses después, a mediados de 1916.

#### EN EL FRENTE INTERNO

Tan pronto como Italia entró a la guerra en mayo de 1915, toda la actividad futurista se detuvo. Un manifiesto lanzado en ese momento afirmaba:

Por el tiempo que la guerra dure, ¡dejemos la poesía, los pinceles, los cíncelos y las orquestas a un lado! ¡La fiesta roja del genio ha comenzado! Hoy no es posible admirar sino las fantásticas sinfonías de la metralla y las locas esculturas que nuestra inspirada artillería forja en las masas enemigas.<sup>29</sup>

Inicialmente eso fue exactamente lo que pasó, y sin Marinetti el movimiento quedó sin timón y sin control. Mientras Marinetti, Boccioni y otros estaban sirviendo en los Ciclistas Voluntarios, aquellos que quedaron en el frente interno, como Pratella y el poeta Paolo Buzzi, trataron de sostener al movimiento, aunque con poco éxito. En diciembre de 1915, Pratella lamentaba que “el movimiento futurista, como organización, encallaba completamente”.<sup>30</sup>

A su regreso a Milán, luego de la disolución de los Ciclistas Voluntarios, Marinetti se dio cuenta de la imposibilidad de suspender completamente el futurismo por todo el tiempo que durara la guerra. Además notó que “la prensa mejoró extrañamente para nosotros, los futuristas”,<sup>31</sup> y decidió capitalizar esta recién descubierta actitud favorable. Fue ante todo el nuevo estatus de los futuristas como voluntarios, soldados y veteranos de guerra el que provocó esta respuesta diferente por parte de los principales medios de comunicación italianos (Daly 2015, pp. 205-221). Desde comienzos de 1916 en adelante, Marinetti dirigió su atención hacia el teatro, como un foro en el que podía continuar promoviendo el futurismo como un movimiento íntimamente comprometido con el esfuerzo de guerra. En la primavera de 1916, se realizaron dos giras de “teatro sintético” alrededor de toda Italia, que generaron curiosamente una respuesta diferente a una primera gira que había tenido lugar durante la neutralidad italiana

29 Marinetti, “Per la guerra, sola igiene del mondo,” sin fecha pero entre Mayo y Junio de 1915, Collezione '900 Sergio Reggi, *Archivio della parola, dell'immagine e della comunicazione editoriale*, Università degli Studi di Milano. Disponible en: <http://apicesv3.noto.unimi.it/site/reggi>.

30 Carta de Pratella a Jannelli, 30 de diciembre de 1915, en Miligi, 1989, p. 248

31 Marinetti a Pratella, 31 de diciembre de 1915, en Lugaresi, 1969, p. 59.

en 1915 (Berghaus 1998 y Antonucci 1975). Marinetti se había percatado de que el éxito de estas giras dependería de su propia identidad como soldado y de su habilidad para tocar el espíritu patriótico del público. Así, siguiendo la estrategia del futurismo moderado, descartó obras que no se caracterizaban por un contenido patriótico y antigermánico en un intento por hacer que las representaciones fuesen más accesibles al público, concluyendo cada representación con un discurso de sus impresiones sobre la guerra desplegada. En general, su segunda gira recibió una muy positiva respuesta tanto del público como de la crítica, que podía ser atribuida a dos factores principales: algunas de las representaciones fueron en ayuda de causas caritativas de la guerra, y el estatus de los futuristas como veteranos de guerra les aseguraba un grado de respeto por parte del público, algo que era comentado frecuentemente en las críticas.<sup>32</sup>

Pero mientras el teatro futurista estaba experimentando un inusual momento de éxito a comienzos de 1916, no podía decirse lo mismo respecto a sus publicaciones. Desde los días de la crisis intervencionista, Marinetti había estado en la búsqueda de una publicación que sirviera como vocera del movimiento, pero *Lacerba* y el periódico siciliano de corta vida *La Balza Futurista* habían fallado en lograr ese objetivo. Marinetti finalmente concretó el sueño de un periódico futurista independiente en junio de 1916, en Florencia, cuando *L'Italia Futurista* fue publicado y editado en varias secciones por Settimelli, Corra, Conti, Remo Chiti, Arnaldo Ginna y María Ginnani.

Muy en línea con los puntos de vista que Papini había presentado en “La mia vigliaccheria” a finales de 1915, la misión del periódico era volver a comprometerse con el lado artístico de la vida, que había sido puesto a un lado cuando la guerra estalló. Como Settimelli explicaba en la primera editorial sobre el tema, los futuristas inicialmente habían pretendido retomar las “exploraciones lírico idólatras, nuestras novedosas ideas sobre la vida” sólo después que la guerra hubiera terminado. Sin embargo, luego de más de un año de guerra, se habían dado cuenta de que “el genio artístico es a veces un instrumento de conquista más fuerte que una flota o un ejército. Es siempre el alma la que lucha y gana guerras”.<sup>33</sup>

*L'Italia Futurista* exhibía la nueva accesibilidad del futurismo y el deseo de alcanzar un mayor número de importantes lectores. El lector ideal de *L'Italia Futurista* era el soldado que luchaba en el frente, aunque la publicación contaba con muchos seguidores en el frente interno, incluyendo un gran público femenino. El periódico funcionaba como una fuente de información para adeptos al futurismo –comunicando las noticias de las heridas de Marinetti y Russolo y la muerte de Boccioni y de Sant’Elia– y también en calidad de medio publicitario del heroísmo futurista dirigido al público en general. Los que escribían mientras estaban en el frente de combate eran etiquetados como “futurista al frente”; remitían artículos y composiciones libres que a menudo

---

32 Ver, por ejemplo, la crítica de Baccio Bacci en *Il Nuovo Giornale*, Florencia, 9 y 10 de marzo de 1916, citada en Antonucci, 1975, p. 102.

33 Settimelli, 1916. *L'Italia Futurista*, *L'Italia Futurista*, Florencia, 1 June, p. 1.

daban cuenta de sus experiencias de guerra. Caracterizados futuristas que peleaban en el frente le permitían a Marinetti exponerlos como totalmente comprometidos con las realidades de la guerra y lo ayudaban a evitar cualquier crítica que “emboscara” a los editores por producir un periódico en lugar de servir en el Ejército. A pesar de su corta duración (su última edición apareció en febrero de 1918), *L'Italia Futurista* hizo la mayor contribución a la difusión de las actividades culturales del movimiento. Además de publicar composiciones libres, editó ejemplos de obras teatrales de futurismo “sintético”, defendió el cine futurista, publicitó el primer *film* de esa corriente, *Vita futurista*, y dedicó espacio a un nuevo desarrollo dentro del movimiento, “el protosurrealista”, tendencia espiritualista promovida por María Ginnani, Primo Conti e Irma Valeria, entre otros.<sup>34</sup> Junto a este material cultural, proveyó un espacio de debate general acerca del progreso de la guerra, incluyendo artículos de autores ajenos al movimiento.

Los años de guerra también marcaron la primera entrada de Roma a la escena publicitaria vanguardista, una tendencia que se desarrollaría con intensidad en los años de posguerra, particularmente siguiendo a Marinetti desde Milán a la capital en 1925. Comenzando en noviembre de 1926, Enrico Prampolini publicó periódicamente *Avanscoperta*, y a continuación de su cierre en mayo de 1917, editó *Noi*. Aunque éste se consideraba un futurista, como resultado de sus desavenencias con Boccioni y otras figuras clave nunca se le había permitido entrar en el “círculo interno” de esa corriente. Prampolini era entonces una figura futurista independiente, con una actitud marcadamente diferente de la del grupo florentino durante los años de guerra. Mientras que *L'Italia Futurista* permanecía incondicionalmente centrado en el nacionalismo, tanto *Avanscoperta* como *Noi* estaban dispuestos a representar el arte de vanguardia en general; Prampolini estableció fructíferas conexiones y colaboraciones con figuras vanguardistas extranjeras, particularmente en Francia, y con el recientemente formado grupo Dadá en Zúrich (Michaelides 2013, pp. 562-571 y Mondello 1990).

Durante su breve vida, *L'Italia Futurista* fomentó un importante debate acerca del rol de las mujeres dentro del movimiento y su contribución al esfuerzo de guerra, encendido por la publicación del misógino libro de bolsillo para soldados, *Come si seducano le donne*, en 1917, de Marinetti.<sup>35</sup> El libro marcó un nuevo punto de partida en la escritura del autor. A diferencia de *Zang Tumb Tumb*, su novela de estilo libre de 1914, este manual chispeante y humorístico apelaba a los principales gustos (masculinos) y caracterizaba experimentaciones no tipográficas de toda clase. Fue inmediatamente un *best seller*: al mes la primera edición de dos mil ejemplares se había agotado y una segunda edición estaba en preparación. El éxito de este libro produjo una ola de novelas similares de autores futuristas, de género masivo, todas publicadas por importantes editoriales, contrariamente a las caseras Ediciones Futuristas de “Poesías” de Marinetti. La novela de Bruno Corra *Io ti amo* (publicada en marzo de 1918) y la de Corra y Ma-

34 Para una breve introducción a *L'Italia Futurista* en inglés, ver Somigli 2013, pp. 481-485.

35 Acerca del rol de las mujeres dentro de los círculos florentinos futuristas, ver Sica 2015.

rinetti *L'isola dei baci* (publicada en agosto de 1918) fueron también enormemente exitosas, habiendo vendido la última más de tres mil quinientos ejemplares en el espacio de un mes.<sup>36</sup> Dentro de los géneros de ficción detectivesca, historias de misterio y erótica, estas novelas explotaban temas tales como los peligros de la homosexualidad, la unión masculina y la traición femenina. Acerca de *Come si seducono le donne*, Lucía Re ha notado que “la imagen de la mujer sensual se convirtió en una fuente de paranoia, una vía de escape para todos los miedos e incertidumbres generados por la guerra” (2004, p. 92) y su observación es válida respecto de otras novelas futuristas de la época. Aunque los mensajes de estos libros eran inherentemente futuristas, estaban escritos de manera accesible utilizando un lenguaje simple, humor, argumentos atractivos y contenido ligeramente licencioso. Su público principal estaba compuesto por aquellos que servían en el ejército italiano: Corra explícitamente basaba *L'isola dei baci* en los oficiales (1918, p. 9) y Marinetti dedicaba parte de *Come si seducono le donne* a los veteranos heridos, para reasegurarles su deseabilidad y virilidad. Además de los números de las ventas, hay también evidencia de que los libros efectivamente llegaron a su pretendido público; por ejemplo, Remo Chiti reportaba haber visto a un soldado en la escuela de entrenamiento leyendo una copia de *Io ti amo* en agosto de 1918.<sup>37</sup> Esa nueva tendencia en novelas y *L'Italia Futurista* fueron dos recursos adoptados por los futuristas para comprometerse con los soldados, al promover el esfuerzo de guerra y también el aprecio por las ideas futuristas entre ellos. Como veremos a continuación, esto fue llevado a cabo más adelante de manera formal, cuando los futuristas se involucraron en los esfuerzos propagandísticos italianos.

#### ARTISTAS VANGUARDISTAS Y EL SERVIZIO PROPAGANDA

Marinetti pasó la mayor parte de 1916 en el frente interno de Milán, trabajando para promover el programa cultural del futurismo. Regresó al frente bélico como oficial en la división de bombarderos el 20 de febrero de 1917 y, exceptuando los períodos de retiro y convalecencia, se mantuvo el resto de la guerra en servicio activo. Muy poco después de su arribo, el general Luigi Capello lo invitó a involucrarse en sus nacientes e informales esfuerzos de propaganda, que consistían en invitar aproximadamente a ochenta oficiales de bajo rango y a algunos civiles para arengar directamente a grupos de soldados con el fin de elevar su moral (Gatti 2000). Marinetti tomó la tarea con gusto y se dedicó a hablar en reuniones formales de soldados, además de aprovechar cada oportunidad para dirigirse informalmente a los hombres en las barracas y otros lugares

36 Otros títulos de posguerra fueron *Perché ho ucciso mia moglie* (Corra, 1918), *Sii brutal, amore mio!* (Mario Carli, 1919) y *Strangolata dai suoi capelli* (Settimelli, 1920). Sobre títulos *best sellers* durante esos años, ver Giocondi 1978.

37 Chiti a Settimelli, 7 de agosto de 1918, Fondazione Primo Conti, Fiesole, Fondo Settimelli, Corrispondenza SC I/ INS 8/ CAM A. Marinetti, además, comentaba en sus cuadernos el éxito de *Come si seducono le donne* entre los soldados. Ver Marinetti, 6 de diciembre de 1918, en Marinetti, 1987, p. 393.

de socialización, con el inevitable giro de la conversación, en cierto punto, hacia el futurismo.<sup>38</sup> Alan Kramer ha apuntado que “lo privado y lo político estaban deliberadamente bastante entrelazados por Marinetti” (2007, p. 205); sus deberes propagandísticos para el Ejército le proporcionaban la plataforma perfecta para fusionar sus dos identidades como futurista y oficial del ejército. Marinetti no era el único futurista o activista de la *avant-garde* directamente relacionado con los esfuerzos de propaganda oficial del Ejército. Numerosos artistas vanguardistas estaban involucrados en la producción de periódicos de trinchera, diseñados para entretener y elevar el espíritu de las tropas en el frente (Isnenghi 1977 y Nelson 2010). Las primeras incursiones de Italia en la propaganda llegaron mucho más tarde que en otras naciones combatientes, y el Servizio Propaganda (conocido como Servizio P.) fue establecido recién a principios de 1918. Algunos estudiosos han argumentado que el establecimiento de una oficina de propaganda marcó un cambio en la posición del intelectual dentro del Ejército y el regreso “a su posición distintiva lejos de las masas anónimas, [al] redescubrimiento del mandato social y a una función en términos de utilidad pública” (Isnenghi y Rochat 2008, p. 413). Tal juicio puede ciertamente ser aplicado a los vanguardistas Ardengo Soffici, Mario Sironi y Massimo Bontempelli, quienes editaron periódicos de trinchera durante 1918. Una de estas publicaciones, *La Ghirba*, fue lanzada en abril de 1918 con el lema “La guerra es amarga, endulcémosla con alegría”.<sup>39</sup> Soffici fue el editor en jefe del diario y tomó seriamente su responsabilidad: “quiero hacerlo bien... mantener felices a los soldados es un trabajo sagrado”.<sup>40</sup> En teoría, *La Ghirba* deseaba contar con las colaboraciones de soldados y oficiales de bajo rango, pero en la práctica estaba llena de ilustraciones humorísticas de los artistas vanguardistas amigos de Soffici, incluyendo a Carrà, Giorgio De Chirico y Luciano Folgore (Salaris 2012, pp. 996-1001). Así, como Koenraad Du Pont ha señalado, la “proclamada autenticidad de un diario hecho por soldados ordinarios fue en gran medida ficticia” (2013, p. 9). A similar conclusión se puede arribar acerca del periódico de soldados *Il Montello*, que era liderado por miembros del movimiento futurista y tenía el total apoyo de Marinetti. Se trataba de un periódico quincenal para los soldados del Medio Piave (VIII Armata), dirigido por Bontempelli y Sironi. La primera edición fue lanzada el 20 de septiembre de 1918 y otras tres fueron publicadas antes del final de la guerra en noviembre.<sup>41</sup> Marinetti estuvo involucrado con *Il Montello* desde sus comienzos: contribuyó con material a ser

38 Ver, por ejemplo, las siguientes anotaciones en los *Taccuini* de Marinetti: 22 de abril de 1917 ( p. 73), 29 de abril de 1917 ( p. 83), 14 de septiembre de 1917 ( p. 113), 10 de enero de 1918 ( p. 184), 17 de marzo de 1918 ( p. 206), 29 de abril de 1918 ( p. 232).

39 *La Ghirba*, 14 de abril 1918, p. 5. Copias digitalizadas de *La Ghirba* están disponibles en <http://www.14-18.it/giornali-di-trincea>.

40 Carta de Soffici a Carrà, en Carrà y Soffici, 1983, p. 112.

41 Copias digitalizadas de los cinco números están disponibles en <http://www.14-18.it/giornali-di-trincea>; un quinto número fue publicado en noviembre de 1918, pero su diseño y contenido eran enteramente diferentes de los números futuristas que la precedían.

publicado, se le enviaron trescientas copias de la primera tirada para distribuir e interiorizó a otros futuristas acerca de la nueva publicación.<sup>42</sup> El equipo editorial entero del periódico y la vasta mayoría de sus colaboradores era también futurista: además de Bontempelli y Sironi, Folgore, Cangiullo, Carrà, Carli, Settimelli y Jamar 14 (seudónimo de Pietro Gigli) eran todos colaboradores.<sup>43</sup> Sin embargo, a pesar del peso de la presencia futurista en el *staff* del periódico, éste nunca estuvo explícitamente alineado con el futurismo y virtualmente todo trazo de él fue borrado de sus páginas. En la primera edición, firmada también por Marinetti, Boccioni, Russolo y Piatti, la imagen creada por Carrà en 1914 *Sintesi futurista del la guerra* fue reimpressa y retitulada como *Sintesi della guerra mondiale*, en la que la previa lucha entre el “futurismo” y el “pasadismo” se había reformulado como el conflicto entre la “libertad” y la “barbarie”.<sup>44</sup> En lugar de caracterizar un contenido vanguardista, las páginas de *Il Montello* eran las típicas de los periódicos de trincheras, con la mitad de sus páginas compuesta por ilustraciones e historietas humorísticas adecuadas para soldados con limitada alfabetización.<sup>45</sup> En el primer número, se describían las estrategias y tácticas militares con divertidas ilustraciones: un ataque frontal consistía en empujar el caño de una pistola en la frente de un soldado austríaco; una “*ritirata strategica*” mostraba una cabeza austríaca arrojada a un inodoro (*ritirata* significa tanto “retirada” como “letrina”); y un ataque por sorpresa estaba representado por un soldado italiano reptando hacia un oficial austríaco que bebía una copa de vino, sentado sobre un piano.<sup>46</sup>

*Il Montello* asumió la motivación futurista de encontrar nuevos públicos en nuevos niveles. Garantizar el éxito de la iniciativa en pos de sostener la moral de las tropas en el frente tuvo prioridad sobre la intención de destacar explícitamente los mensajes futuristas. El periódico tal vez pueda ser considerado la expresión más completa de *futurismo moderado*, por las demandas de la guerra. Marinetti era un entusiasta seguidor de *Il Montello*, una actitud que demostraba su complacencia en divorciar los dos aspectos competitivos del movimiento que se habían desarrollado durante los años del conflicto: la necesidad de sostener el esfuerzo de guerra, por un lado, y la de promover el futurismo como un movimiento cultural y artístico, por el otro.

---

42 Ver Marinetti, 21 de agosto de 1918, en *Taccuini*, ( p. 310); carta de Corra a Marinetti, 19 de septiembre [sin año pero de 1918], Papeles de Filippo Tommaso Marinetti, Beinecke Rare Book and Manuscript Library, Yale University, New Haven, Connecticut, caja 9, carpeta 351; Marinetti a Conti, sin fecha pero de septiembre de 1918, en 2001, p. 70.

43 Ver “*Il Montello*” *Roma Futurista*, Roma 20 de septiembre de 1918, p. 3. Ver también la carta de Bontempelli a Folgore, 25 de agosto de 1918, en Salaris 1997, p. 191.

44 Carrà, C., 1918. *Sintesi della guerra mondiale Il Montello*, 20 de septiembre, p. 2

45 El contenido de *Il Montello* era mucho más adecuado para soldados comunes que su predecesor *San Marco*. Este diario, del cual se imprimieron ocho números entre mayo y agosto de 1914, se caracterizaba por un texto denso y pocas ilustraciones, y sus editores eran criticados por ser demasiado intelectuales. Ver ‘*Il San Marco*’, *San Marco*, 10 de junio de 1918, p. 6.

46 “La strategia e la tattica spiegate al popolo ... austriaco” *Il Montello*, 20 de septiembre de 1918, p. 4.

## EL PARTIDO POLÍTICO FUTURISTA Y EL PERÍODO DE POSGUERRA

En septiembre de 1918, el mismo día de la primera edición del *Il Montello*, fue publicado otro periódico futurista, *Roma Futurista*, editado por Carli, Settimelli y Marinetti. Este nuevo periódico fue fundado a instancias de Carli, quien escribió en agosto de 1918: "sólo necesitamos echar una rápida mirada para entender que el futurismo está cerca de ahogarse en el silencio y una falta general de curiosidad" (Carli y Marinetti 1989, p. 52).<sup>47</sup> El subtítulo de la publicación era "periódico del partido político futurista". El Manifiesto del Partido Político Futurista había aparecido siete meses antes en la última edición de *L'Italia Futurista*, en febrero de 1918. Constaba de un amplio programa que proponía la introducción del divorcio, la clausura de universidades "inútiles", la transformación del Parlamento a través de una igualitaria participación de industriales, agricultores, ingenieros y empresarios, el mantenimiento de un ejército y una armada fuertes y el apoyo a los excombatientes en áreas tales como el empleo y las pensiones. El Manifiesto, además, proporcionaba importantes clarificaciones para el futuro del movimiento futurista. Marinetti declaró que "el partido político futurista que estamos fundando hoy, y que organizaremos después de la guerra, será claramente diferente del movimiento artístico futurista".<sup>48</sup> Dividir el movimiento en dos líneas paralelas fue un punto de partida extremo desde la retórica fundacional del futurismo, que había expresado la necesidad de comprometerse plenamente con la vida y la introducción del "puño en la lucha por el arte".<sup>49</sup> El deseo de Marinetti de alcanzar un público más amplio, ante todo soldados, oficiales y veteranos, expandió la perspectiva del futurismo como movimiento artístico y, en efecto, relegó las preocupaciones artísticas a un segundo plano detrás de la política.

Este tema fue retomado en la primera edición de *Roma Futurista*; el editorial distanció al nuevo periódico del pasado artístico del movimiento: "el futurismo, que hasta ahora llevó a cabo sobre todo un programa artístico, propone una completa acción política para colaborar a resolver los urgentes problemas nacionales".<sup>50</sup> Los primeros números del periódico indican que la promesa de un nuevo partido político a ser fundado luego de la guerra tocó una fibra en su público pretendido, ya que fueron recibidas entusiastas misivas de apoyo y afiliaciones al partido por parte de docenas de soldados y oficiales en las trincheras.<sup>51</sup> A pesar de que el manifiesto del partido había sido publicado en febrero de 1918, y *Roma Futurista*, el periódico del partido, en

47 Carta de Carli a Marinetti, sin fecha pero de agosto de 1918, en Carli y Marinetti, 1989, p. 52.

48 Ver Marinetti, 1918. Manifiesto del Partito Politico Futurista *L'Italia Futurista*, Florencia, 11 de febrero, pp. 1-2.

49 Marinetti, "Las primeras batallas del Futurismo (1911)," en Marinetti 2006, p. 151.

50 Equipo editorial de *Roma Futurista*, 1918. *Roma Futurista*, 20 de septiembre, p. 1.

51 La investigación ha demostrado, sin embargo, que el número real de adherentes al partido era muy escaso. Ver Berghaus 1996, pp. 104-106.

septiembre de ese año, el Partido Político Futurista recién se concretó en noviembre, luego de la finalización de la guerra. El 30 de ese mes, la primera rama del partido fue conformada en Florencia, seguida por filiales en otras ciudades italianas, como Milán, Nápoles y Bolonia.

Contemporáneamente, la asociación entre Marinetti y Mussolini se fortaleció, ya que Mussolini deseaba atraer a algunos de los *Arditi* a la próxima conformación de sus *Fasci di Combattimento*. Cuando los *Fasci* de Mussolini se constituyeron en marzo de 1919, hubo una fuerte presencia futurista. Marinetti, Corra y Carli asistieron y el primero fue electo en el Comité Central. Marinetti entonces se presentó a la elección por la lista fascista en noviembre de 1918, pero los resultados del partido de Mussolini fueron desastrosos, alcanzando sólo el 1,72% de los votos en Milán (Berghaus 1996, p. 146). Los resultados de la elección marcaron un decisivo punto de inflexión para el compromiso político futurista. Marinetti exigió que el futurismo retornara exclusivamente a los asuntos culturales y artísticos y, desde el 4 de enero de 1920, *Roma Futurista* llevó un nuevo subtítulo. Ya no era un periódico del Partido Político Futurista sino más bien el “periódico semanal del movimiento futurista”. Parte de la motivación detrás del regreso al arte se hallaba seguramente también en la abrumadoramente positiva respuesta a la Grande Esposizione Nazionale Futurista, una exhibición itinerante a gran escala celebrada en la primavera - verano de 1919. Las exposiciones atrajeron a multitudes y los futuristas, tan recientemente ridiculizados por sus provocaciones y extravagancias, fueron efusivamente apreciados por haber soportado tenazmente el esfuerzo de la guerra como combatientes y voluntarios.<sup>52</sup>

El año de 1920 anunció el retiro oficial y definitivo de Marinetti de la política parlamentaria. Este alejamiento del futurismo político definió el curso de la “segunda ola futurista” en los años 20 y 30. Durante los primeros, Marinetti destacaba que los futuristas estaban “más devotos que nunca a las ideas y al arte, muy alejados del politiquero”<sup>53</sup> y que el “futurismo es un movimiento ideológico y artístico [que] interviene en las luchas políticas sólo en momentos de grave peligro para la Nación”.<sup>54</sup> Tales afirmaciones eran por demás falaces, ya que, a través de los años del régimen fascista, Marinetti y los líderes del movimiento se comprometieron en actividades políticas informales y en la propaganda explícita a favor del régimen (Ialongo 2013, pp. 393-418). El significado de este compromiso parapolítico es un asunto acaloradamente debatido, identificado por algunos como la evidencia de que Marinetti era un “ferviente fascista” (Ialongo 2013, p. 393, utiliza las palabras empleadas por Mussolini para describirlo) y por otros como la prueba de que era un mero “oportunista” encargado de asegurar la supervivencia del futurismo dentro del aparato del estado fascista (Berghaus, 1996, p. 220).

52 Para más información acerca de esta exhibición y la reacción de la prensa respecto de la misma, ver Daly 2015, pp. 212-216

53 Marinetti, “Onoranze nazionali a Marinetti e Congresso futurista” en Marinetti 2006b, p. 614.

54 Marinetti, “Futurismo e Fascismo” (1924), en Marinetti, 2006, p.494.

Sin hacer hincapié en la manera en que las acciones de Marinetti deberían ser interpretadas, su regreso al arte, a comienzos de 1920, fue una posibilidad viable para el movimiento, sólo gracias al profundo cambio que éste había atravesado durante los años de la guerra. Por un lado, la estrategia de *futurismo moderado* había permitido a los futuristas moverse cerca de los gustos aceptados por la mayoría, mientras que, por otro, su estatus como voluntarios, combatientes y veteranos, asiduamente cultivado durante la guerra, les había hecho ganar aceptación y respeto entre el pueblo italiano, ventajas que serían explotadas durante los siguientes veinticinco años.

## BIBLIOGRAFÍA

- ADAMSON, W. L., 1993. *Avant-Garde Florence: From Modernism to Fascism*. Cambridge: Harvard University Press. 338 pp.
- , 2007. *Embattled Avant-Gardes: Modernism's Resistance to Commodity Culture in Europe*. Berkeley: University of California Press. 435 pp.
- , 2008. Contexts and Debates. Fascinating Futurism: The Historiographical Politics of an Historical Avant-Garde. *Modern Italy*, vol. 13, n° 1, pp. 69-85.
- , 2012. The End of an Avant-Garde? Filippo Tommaso Marinetti and Futurism in World War 1 and its Aftermath. En G. BUELENS, H. HENDRIX & M. JANSEN, *The History of Futurism: The Precursors, Protagonists, and Legacies*. Lanham: Lexington Books. pp. 299-318.
- ANTONUCCI, G., 1975. *Cronache del teatro futurista*. Roma: ABETE. 327 pp.
- BIBLIOTECA DI STORIA MODERNA E CONTEMPORANEA, 1987. *Diverse guerre in una: La cultura italiana dell'interventismo*. Roma: Biblioteca di storia moderna e contemporanea. 141 pp.
- BERGHAUS, G., 1996. *Futurism and Politics: Between Anarchist Rebellion and Fascist Reaction, 1909-1944*. Providence: Berghahn. 256 pp.
- , 1998. *Italian Futurist Theatre, 1909-1944*. Oxford: Clarendon Press. 596 pp.
- BOCCIONI, U., 2009. *Lettere futuriste*, ed. Federica Rovati. Rovereto: Egon / Museo d'arte moderna e contemporanea di Trento e Rovereto. 405 pp.
- BRAGATO, S., 2015. F. T. Marinetti's Construction of World War I Narratives (1915). *Annali d'Italianistica*, vol. 33, edición especial "The Great War and the Modernist Imagination", L. Somigli and S. Storchi (eds.), pp. 115-130.
- CALVESI, M., 1971. Perfil del futurismo (1965). En M. CALVESI, *Studi sul futurismo*, vol. 1 of *Le due avanguardie*. Bari: Laterza. pp. 47-51.
- CARLI, M. & F. T. MARINETTI, 1989. *Lettere futuriste tra arte e politica*, Claudia Salaris (ed.). Roma: Officina. 119 pp.
- CARRÀ, C. & A. SOFFICI, 1983. *Lettere, 1913-1929*, Massimo Carrà y Vittorio Fagone (eds.). Milán: Feltrinelli. 275 pp.
- CECCHINATO, E., 2008. Sotto l'uniforme: I volontari nella Grande Guerra. En M. ISNENGI & D. CESCHIN, *La Grande Guerra*, vol. 1. Turin: UTET, pp. 176-186.
- CODARA, R., 1915/2006. Tra le file dei volontari ciclisti (*La Gazzetta dello Sport*, 17 May 1915). En D. BELLINI, *Con Boccioni a Dosso Casina: I testi e le immagini dei futuristi in battaglia*. Rovereto: Nicolodi. pp. 31-32.
- CRISPOLTI, E., 1987. *Storia e critica del futurismo*. Roma: Laterza, 380 pp.
- DALY, S., 2013. 'The Futurist Mountains': F.T. Marinetti's experiences of mountain combat during the First World War. *Modern Italy*, vol. 18, n° 4, pp. 323-338.

- , 2015. "Constructing the Futurist Wartime Hero: Futurism and the Public, 1915-1919". *Annali d'Italianistica*, n° 33, edición especial "The Great War and the Modernist Imagination", L. Somigli and S. Storchi (ed.), pp. 205-221.
- , 2016a. *Italian Futurism and the First World War*. Toronto: University of Toronto Press. 280 pp.
- , 2016b. Ennio Valentinielli: A Forgotten Futurist, *Modern Language Notes* (edición italiana), vol. 131, n° 1, pp. 139-156.
- DE MARIA, L., 1996. Introducción. En F. T. MARINETTI, *Teoria e invenzione futurista*, Roma: Mondadori. pp. xxix-c.
- DEL PUPPO, A., 2000. "Lacerba", 1913-1915. Bérgamo: Lubrina, 2000. 303 pp.
- D'ORSI, A., 1992. *L'ideologia politica del futurismo*. Turin: Il Segnalibro. 193 pp.
- DRUDI GAMBILLO, M. & T. FIORI (eds.), 1962. *Archivi del futurismo*. Roma: De Luca. 618 pp.
- DU PONT, K., 2013. The 'Authenticity Effect': A Propaganda Tool in Trench Newspapers. En P. PIREDDA, *The Great War in Italy: Representation and Interpretation*. Leicester: Troubador. pp. 3-12.
- GATTI, G. L., 2000. *Dopo Caporetto. Gli ufficiali P nella grande guerra: Propaganda, assistenza, vigilanza*. Gorizia: LEG. 202 pp.
- GENTILE, E., 2005. *The Origins of Fascist Ideology, 1918-1925*. New York: Enigma Books. 450 pp.
- GIOCONDI, M., 1978. *Lettori in camicia nera: Narrativa di successo nell'Italia fascista*. Messina: G. D'Anna. 192 pp.
- GOVONI, C., 1990. *Lettere a F.T. Marinetti*, Matilde Dillon Wanke (ed.). Milan: Scheiwiller. 178 pp.
- IALONGO, E., 2013. Filippo Tommaso Marinetti: The Futurist as Fascist, 1929-37. *Journal of Modern Italian Studies*, vol. 18, n° 4, pp. 393-418.
- ISNENGI, M., 1977. *Giornali di trincea, 1915-1918*. Turin: Einaudi. 277 pp.
- , 2007. *Il mito della grande guerra da Marinetti a Malaparte*. Bologna: Il Mulino (original Bari: Laterza, 1969).
- & G. ROCHAT, 2008. *La Grande Guerra 1914-1918*. Bologna: Il Mulino. 586 pp.
- KERN, S., 2003. *The Culture of Time and Space, 1880-1918*. Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.
- KRAMER, A., 2007. *Dynamic of Destruction: Culture and Mass Killing in the First World War*. Oxford: Oxford University Press. 434 pp.
- LANDIS, L., 1983. Futurists at War. En A. COFFIN HANSON, *The Futurist Imagination: Word and Image in Italian Futurist Painting, Drawing, Collage, and Free-Word Poetry*. New Haven: The Gallery. pp. 60-75.
- LUGARESÍ, G., 1969. *Lettere ruggentia F. Balilla Pratella*. Milán: Quaderni dell'Osservatore. 99 pp.
- MARINETTI, F. T., 2006a. *Critical Writings*, Günter Berghaus (ed.), Doug Thompson (trans.). New York: Farrar, Straus and Giroux. 584 pp.
- , 2006b. *Teoria e invenzione futurista*, Luciano De Maria (ed.). Milan: Mondadori.
- , 2001. *Nei proiettori del futurismo: Carteggio inedito, 1917-1940*, Gabriel Cacho Millet (ed.). Palermo: Novecento. 215 pp.
- , 1987. *Taccuini, 1915-1921*, Alberto Bertoni (ed.). Bologna: Il Mulino. 638 pp.
- & B. CORRA, 1918. *L'isola dei baci: Romanzo erotico-sociale*. Milan: Studio Editoriale Lombardo. 151 pp.
- MARTIN, M. W., 1968. *Futurist Art and Theory, 1909-1915*. Oxford: Clarendon Press, 1968; 2<sup>nd</sup> ed. New York: Hacker Art Books, 1978). Las citas refieren a la edición Hacker.
- MICHAELIDES, C., 2013. Futurist Periodicals in Rome (1916-39): From Effervescence to Disillusionment. En P. BROOKER, S. BRU, A. THACKER & C. WEISKORP, *The Oxford Critical and Cultural History of Modernist Magazines*, vol. 3, Europe 1880-1940. Oxford: Oxford University Press. pp. 560-588.
- MILIGI, G. & U. CARPI, 1989. *Prefuturismo e primo futurismo in Sicilia*. Messina: Sicania. 352 pp.
- MONDELLO, E., 1990. *Roma futurista: I periodici dell'avanguardia nella Roma degli anni '20*. Milan: Franco Angeli. 236 pp.
- NELSON, R. L., 2010. Soldier Newspapers: A Useful Source in the Social and Cultural History of the First World War and Beyond. *War in History*, vol. 17, n° 2, pp. 167-191.

- PAPINI, G., 1915. "La mia vigliaccheria," en *La paga del soldato, agosto 1914/1915*. Milan: Studio Editoriale Lombardo, pp. xi-xxiv.
- POGGI, C., 2008. *Inventing Futurism: The Art and Politics of Artificial Optimism*. Princeton: Princeton University Press. 400 pp.
- QUERCIOLO, A., 2008. 'Italiani fuori d'Italia': I volontari trentini nell'esercito italiano 1915-1918. En F. RASERA & C. ZADRA, *I volontari italiani nella grande guerra*. Rovereto: Museo della Guerra, pp. 201-214.
- RAINEY, L. Introduction: F. T. Marinetti and the Development of Futurism. En L. RAINEY, C. POGGI & L. WITTMAN, *Futurism: An Anthology*. New Haven: Yale University Press, 2009, pp. 1-39.
- RE, L., 2004. Futurism, Seduction, and the Strange Sublimity of War. *Italian Studies*, vol. 59, n° 1, pp. 83-111.
- SALARIS, C., 1985. *Storia del futurismo: Libri, giornali, manifesti*. Roma: Riuniti. 299 pp.
- , 1988. *Filippo Tommaso Marinetti*. Scandicci: La Nuova Italia. 288 pp.
- , 1997. *Luciano Folgore e le avanguardie, con lettere e inediti futuristi*. Scandicci: La Nuova Italia. 387 pp.
- , 2012. "La Ghirba," en *Riviste futuriste. Collezione Echaurren Salaris*. Roma/Pistoia: Fondazione Echaurren Salaris/Gli Ori. pp. 996-1001.
- , 2014. The Invention of the Programmatic Avant-Garde. En V. GREENE, *Italian Futurism 1909-1944: Reconstructing the Universe*. New York: Guggenheim Museum Publications, 2014. pp.22-49.
- SANSONE, L., 2008. *Futuristi a Dosso Casina*. Milán: Mazzotta. 158 pp.
- SICA, P., 2015. *Futurist Women: Florence, Feminism and the New Sciences*. Basingstoke: Palgrave. 242 pp.
- SOMIGLI, L. 2013. Past-loving Florence and the Temptation of Futurism. En P. BROOKER, S. BRU, A. THACKER & C. WEISKORP, *The Oxford Critical and Cultural History of Modernist Magazines*, vol. 3, Europe 1880-1940. Oxford: Oxford University Press, pp. 469-490.
- VERDONE, M. 2003. *Il Futurismo*. Roma: Newton & Compton. 189 pp.

## NARRAR LA GUERRA DESDE LA VENTANA: MILDRED ALDRICH Y LA BATALLA DEL MARNE

NARRATING THE WAR FROM THE WINDOW:  
MILDRED ALDRICH AND THE BATTLE OF THE MARNE

Sara Prieto<sup>1</sup>

<i>Palabras clave</i>	<i>Resumen</i>
Literatura de la Primera Guerra Mundial, Mildred Aldrich, Batalla del Marne	La escritora norteamericana Mildred Aldrich fue una de las primeras autoras en publicar una experiencia autobiográfica, <i>A Hilltop on the Marne</i> , sobre la Primera Guerra Mundial. Este artículo estudia esa obra, formada por un conjunto de cartas enviadas por Aldrich en el verano de 1914, y analiza las dificultades a las que se enfrentó la autora para describir el conflicto desde la posición privilegiada en la que se encontraba su casa, a pocos kilómetros de la batalla del Marne. Con especial atención al estudio del espacio rural en el que se encuentra la casa y al del espacio urbano de la ciudad de París, se exploran los efectos que el estallido de la guerra provocó en la cotidianidad de la población francesa y las emociones vividas por la propia autora.
<i>Recibido</i> 5-12-2017 <i>Aceptado</i> 10-4-2018	
<i>Key words</i>	<i>Abstract</i>
First World War literature, Mildred Aldrich, Battle of the Marne	The American author Mildred Aldrich was one of the first writers to publish an autobiographical account, <i>A Hilltop on the Marne</i> , about the First World War. This essay explores the letters that conform that text, written in the summer of 1914, and analyses the difficulties that Aldrich had to overcome in order to describe the first weeks of the conflict from a house strategically located a few miles away from the Battle of the Marne. Paying special attention to the rural space where the house is located and the urban space of the city of Paris, I explore the effects that the outbreak of the war caused on the French population and how the author dealt with her own war experience.
<i>Received</i> 5-12-2017 <i>Accepted</i> 10-4-2018	

En los últimos años, coincidiendo con el centenario de la Primera Guerra Mundial, ha quedado sobradamente demostrado que la literatura en lengua inglesa en torno a este conflicto fue mucho más rica y variada de lo que el canon tradicional había establecido. Aunque la hegemonía de los llamados “poetas de la guerra” sigue dominando los currículos educativos en cuanto a la literatura británica sobre el conflicto, y

<sup>1</sup> Universidad de Alicante. Dirección: Carretera de San Vicente del Raspeig s/n, 03690 San Vicente del Raspeig, Alicante, España. C. e.: sara.prieto@ua.es.

la ficción basada en experiencias autobiográficas de autores como John Dos Passos o Ernest Hemingway sigue siendo lo más estudiado de la literatura estadounidense de la Primera Guerra Mundial, son cada vez mayores y más diversos los estudios dedicados a otras voces que, como anticipó el crítico Jay Winter, también sufrieron y plasmaron los horrores de la guerra (2000, p. 11). Esta multiplicidad de voces, que se aleja de la perspectiva centrada en la experiencia de los combatientes y los excombatientes, incluye representaciones literarias de la guerra escritas por periodistas o escritores de ficción, testigos oculares de la contienda, médicos, enfermeras, conductores de ambulancia o religiosos que vivieron y relataron, a través de diarios, cartas o autobiografías su particular experiencia del conflicto.

La labor de recuperación de este tipo de textos se produjo, en gran parte, gracias al trabajo llevado a cabo por la crítica feminista en las décadas de los ochenta y los noventa cuando, coincidiendo con el auge de los estudios culturales y críticos en torno a las representaciones artísticas realizadas por mujeres, se empezaron a recobrar textos no canónicos, que habían sido muy conocidos en su tiempo y que habían caído poco a poco en el olvido, a la sombra de la literatura centrada en el análisis de la experiencia del combatiente. Sin embargo, el trabajo iniciado por críticas como Margaret Higonnet o Claire Tylee ha contribuido en las últimas décadas a ampliar y reescribir el canon, dando lugar a numerosas antologías y estudios críticos que dan cuenta de la variedad y la riqueza de respuestas que se produjeron en torno a la Primera Guerra Mundial.<sup>2</sup>

Gracias a estos estudios, se han recuperado las representaciones literarias sobre la Primera Guerra Mundial de numerosas escritoras británicas y norteamericanas, como es el caso de Edith Wharton, May Sinclair, Ellen LaMotte, Dorothy Canfield o Mary Borden, por nombrar unas pocas. Muchas de estas autoras fueron pioneras en la representación de la guerra escrita por mujeres. Su visión del conflicto aporta una forma de narrar la guerra novedosa y diferente a la creada por la experiencia del combatiente. No obstante, la naturaleza de este tipo de textos es variada, pues no todos se basan en

---

2 En 1981 Catherine Reilly publicó *Scars upon My Heart: Women's Poetry and Verse of the First World War*, una de las primeras antologías sobre poesía escrita por mujeres en la Primera Guerra Mundial. Dos años después, Sandra Gilbert publicaría su influyente estudio "Soldier's Heart: Literary Men, Literary Women and the Great War" (1983), donde cuestionaba la perspectiva androcéntrica en torno a la Primera Guerra Mundial y reflejaba la experiencia liberadora que la guerra supuso para muchas mujeres. Desde entonces, han aparecido numerosas antologías y estudios críticos, entre los que destacamos *The Great War and Women's Consciousness: Images of Militarism and Womanhood in Women's Writings, 1914-64* (Tylee 1990); *Women and World War I: The Written Response* (Goldman 1993); *Fighting Forces, Writing Women: Identity and Ideology in the First World War* (Ouditt 1994); *Women, Men, and the Great War: An Anthology of Stories* (Tate 1995); *The World Wars through the Female Gaze* (Gallagher 1998); *Women's Writings on the First World War* (Agnes Cardinal, Dorothy Goldman, and Judith Hattaway 1999); *Lines of Fire: Women Writers of World War I* (Higonnet 1999); *The Second Battlefield: Women, Modernism and the First World War* (Smith 2000); *Women's Writing of the First World War: An Anthology* (Smith 2000); *Nurses at the Front: Writing the Wounds of the Great War* (Higonnet 2001) y más recientemente *In their Own Words* (Foxwell 2015) o *British Women of the Eastern Front: War, writing and experience in Serbia and Russia, 1914-20* (Smith 2016).

el mismo tipo de experiencias bélicas: algunas autoras aportan su perspectiva pacifista desde la retaguardia, otras abrazan una labor propagandística para contribuir a promocionar la causa aliada, mientras otras simplemente plasman su experiencia como enfermeras o conductoras de ambulancia con las herramientas retóricas de las que disponían en ese momento.

De la mano de estos estudios centrados en la literatura escrita por mujeres en torno al conflicto, han surgido numerosos volúmenes que han contribuido a ampliar el canon. Así, en las últimas décadas, se ha ido creando un nutrido mosaico polifónico y variado en torno a la literatura de la Primera Guerra Mundial que ha trascendido la visión hegemónica establecida por críticos como Paul Fussell (1975) y Samuel Hynes (1990), quienes habían centrado su análisis principalmente en la experiencia del combatiente. Estudios como *The Literature of the Great War Reconsidered: Beyond Modern Memory* (Quinn y Trout 2001) o *Embattled Home Fronts: Domestic Politics and the American Novel of World War I* (Piep 2009) abrieron el camino, tratando de “recuperar algunas de las voces literarias perdidas o marginadas de la Primera Guerra Mundial” (Piep 2009, p. 7).<sup>3</sup> A ellos se han unido varios estudios, como *Literature and the Great War 1914-1918* (Stevenson 2013) o *The Edinburgh Companion to the First World War and the Arts* (Einhaus y Baxter 2017), que siguen la senda rupturista y se alejan de la perspectiva tradicional centrada en la experiencia del combatiente. De este modo, ha quedado sobradamente fundamentado que la literatura de la Primera Guerra Mundial no ha de fijarse exclusivamente en lo vivido en las trincheras o en el campo de batalla para ser considerada legítima y auténtica. Podemos decir, por tanto, que en la actualidad no existe una única historia literaria de la guerra, sino muchas y muy variadas. Y, precisamente, es en estas múltiples representaciones literarias de la Primera Guerra Mundial donde encontramos, tal y como señala Vincent Sherry, uno de los recursos más poderosos para desarrollar nuestra memoria y entender mejor la contienda (2005, p. 11).

Entre este nutrido y heterogéneo grupo de escritores que conforman el mosaico literario de la Primera Guerra Mundial, encontramos a varias autoras norteamericanas que compartían una serie de rasgos comunes: mujeres de clase media - alta, de entre cuarenta y sesenta años, con una profunda admiración por la cultura y la civilización europeas. Estas autoras se fascinaron por la posibilidad de convertirse en testigos oculares del conflicto y, a su vez, se sintieron horrorizadas por las consecuencias que este acarrearía.<sup>4</sup> Cuando comenzó la contienda, muchas de ellas se enrolaron en una guerra literaria y propagandística para contribuir a la promoción de la causa aliada en los Estados Unidos. Esta campaña estaba destinada a conmover la sociedad estadounidense y mentalizarla en cuanto a que la civilización y la democracia, tal y como la habían co-

3 “restore some of the marginalized or lost literary voices of the First World War”. Todas las traducciones son de Ana López Ruiz y la autora del artículo.

4 Probablemente, la figura más destacada de este grupo sea Edith Wharton, pero también podemos citar a otras autoras, como Mary Roberts Rinehart, Mabel Potter Daggett, Gertrude Stein, Inez Haynes Gillmore Irwin y la autora objeto de estudio en este artículo, Mildred Aldrich.

nocido, corría serio peligro si el eje alemán ganaba la guerra. Con el fin de participar en esta guerra literaria, la intelectualidad norteamericana redactó cartas, poemas, artículos de opinión y novelas a favor de los aliados. Contribuyeron a diseminar una “propaganda de amor” (Quinn 2001, p. 101) en lugar de una propaganda que incitara al odio, creando un retrato de Francia y Bélgica que se enmarcaba en la tradición romántica y en la idealización de determinados espacios emblemáticos, como la ciudad de París.

#### MILDRED ALDRICH Y LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Una de las figuras que aparece con mayor recurrencia en las antologías y los estudios sobre la literatura escrita por mujeres en la Primera Guerra Mundial es la periodista y autora Mildred Aldrich. Nacida en Providence en 1853, la autora fue testigo de muchas de las revoluciones tecnológicas de su tiempo, de las que da buena cuenta en sus diarios (Slattery-Christy 2013). La Guerra civil americana marcaría su infancia y la Guerra franco-prusiana también está presente en sus memorias de la juventud temprana. Al igual que muchos de sus contemporáneos estadounidenses, como Edith Wharton o Henry James, Aldrich era una enamorada de la cultura europea, sobre todo de Francia. Soltera, sin hijos y abanderada de las luchas feministas, Aldrich fijó su residencia en la capital francesa en 1898 con la intención de ganarse la vida como escritora y periodista. Allí formó parte del nutrido grupo de artistas y escritores expatriados voluntariamente que vivieron en el París de los primeros años del siglo xx. De este modo, Aldrich estableció importantes vínculos con figuras como Pablo Picasso, Ernest Hemingway, Gertrude Stein y Alice B. Toklas (Slattery-Christy 2013).

Poco antes del estallido de la Primera Guerra Mundial, el 3 de junio de 1914, Aldrich se había mudado definitivamente a una pequeña casa alquilada en Huiry, a unos cincuenta kilómetros de París. Huyendo del bullicio de la ciudad, Aldrich buscaba un refugio tranquilo en el que pasar los últimos años de su vida. Esta nueva ubicación pronto le daría la oportunidad de convertirse en testigo de excepción de los primeros compases de la Primera Guerra Mundial. Desde su casa, situada en alto de una colina, Aldrich pudo ver parcialmente la batalla del Marne.<sup>5</sup> A partir de esta experiencia, publicaría uno de los primeros testimonios sobre la guerra, *A Hilltop on the Marne: 'Being Letters Written June 3 - September 8, 1914'* (1915), el cual le permitió pasar de “la oscuridad a la fama” (Hutchison 2015, p. 10) en su país natal.

En tal obra, libro objeto de estudio en este artículo, Aldrich recopila las cartas que escribió a Gertrude Stein y Alice B. Toklas (Gallagher 1998, p. 30) entre el 3 de junio y el 8 de septiembre de 1914. El texto, publicado como una especie de memorias de los dos primeros meses de guerra, sirve como particular guía de viaje para sus lectores en Esta-

5 La Primera Batalla del Marne tuvo lugar entre el 5 y el 12 de septiembre de 1914 y supuso la primera victoria aliada tras varias semanas en que el ejército alemán había avanzado imparable hacia la capital francesa. El fin de la batalla provocó el estancamiento de ambos ejércitos y el inicio de la llamada “guerra de trincheras” (ver Herwig 2009 para más referencia).

dos Unidos, pues da buena cuenta de la transformación sufrida en un espacio que inicialmente se presenta idílico, bucólico y pastoral y que poco a poco se va militarizando, para convertirse en un lugar cada vez más oscuro. Además de *A Hilltop on the Marne*, Aldrich publicaría dos libros más durante la guerra: *On the Edge of the War Zone* (1917), que contiene las cartas que escribió desde el final de la batalla del Marne hasta la entrada de Estados Unidos en la guerra, y *The Peak of the Load* (1918), que abarca desde el 20 de abril de 1917, pocas semanas después de la declaración de guerra de Estados Unidos, hasta julio de 1918. Ambos textos, de marcados tintes propagandísticos, se centran en denunciar la indefensión del pueblo francés y el sufrimiento de los refugiados belgas, así como en promocionar el papel de salvador que Estados Unidos habría de jugar en el desarrollo de la contienda. Al final de la guerra, Aldrich publicó *When Johnny Comes Marching Home* (1919), titulado con el nombre de una famosa canción estadounidense de la Guerra de Secesión. En él, Aldrich recopila nuevas cartas en las que desvela, tal y como señala en la introducción al libro, cómo es la vida en Europa después del armisticio.

*A Hilltop on the Marne* podría conformar el grupo de obras que presentan lo que Dorothy Goldman definió como “visiones yuxtapuestas” (Goldman 1993, p. 5) del conflicto. Este tipo de textos exponen, en muchas ocasiones, sentimientos contradictorios, presentando la guerra como una “gran paradoja”.<sup>6</sup> *A Hilltop on the Marne* es un texto contradictorio, pues en ocasiones encontramos a una autora maravillada por las experiencias vividas y en ocasiones la encontramos horrorizada por lo que la guerra significa. Tal y como ella resume en la carta en la que recuerda los primeros momentos de la movilización en Francia y las escenas de las que ha sido testigo, la actividad “ha sido tan emocionante que a veces se me olvida que es trágica” (1916, p. 51).<sup>7</sup>

Según hemos explicado, tradicionalmente se ha considerado, como única forma legítima de narrar la guerra, la perspectiva aportada por los combatientes y excombatientes, impregnada de una retórica que gira en torno a la experiencia en el campo de batalla y en el día a día en la guerra de trincheras. *A Hilltop on the Marne* pertenece, por tanto, a esa categoría de textos históricamente considerados marginales, que aportan una visión y una experiencia muy diferente a las vividas por el combatiente (Goldman 1993, p. 5). Este tipo de textos suelen presentar una serie de rasgos comunes que ponen de manifiesto los intereses y las preocupaciones de muchas de las mujeres en aquel tiempo. Entre ellos, podemos nombrar el movimiento pacifista internacional liderado por mujeres<sup>8</sup> y una preocupación común por aspectos como la violación, el aborto y la sociedad matriarcal que se creó una vez que los hombres abandonaron

6 La autora norteamericana Edith Wharton se refiere en *Francia combatiente* a la guerra como “la mayor de las paradojas” (“the greatest of paradoxes”) (2010, p. 24) y esta visión conflictiva de la guerra es un tropo recurrente en otras autoras, que ha sido abordado en otros estudios como Olin-Ammentorp 2004, Brassard 2008, Prieto 2015b y Prieto 2018.

7 “It has been so thrilling that I find myself forgetting that it is tragic”.

8 El movimiento feminista y el movimiento pacifista fueron de la mano durante la Primera Guerra Mundial. En enero de 1915, se creó el Comité de la Paz de mujeres de los Estados Unidos, bajo la direc-

sus puestos de trabajo para ir a luchar al frente. Algunos de estos elementos han sido definitorios para crear un canon de la literatura de la guerra escrita por mujeres (p. 6) y algunos de ellos emergen durante la lectura de *A Hilltop on the Marne*, como es la preocupación que manifiesta la autora respecto a las terribles y trágicas consecuencias que va a traer consigo la guerra. Al principio de sus cartas, cuando la guerra aún es una posibilidad y no una certeza, Aldrich se acuerda de las trágicas consecuencias de la guerra de 1870 y le recuerda a una de las destinatarias de sus cartas: “no hace falta que te diga –ya lo sabes, hemos hablado con frecuencia de ello– lo que opino sobre la guerra” (p. 41),<sup>9</sup> dejando clara su postura respecto a este potencial nuevo conflicto.

*A Hilltop on the Marne* se reconoce como uno de los textos pioneros en la literatura de la Primera Guerra Mundial escrita por mujeres.<sup>10</sup> Sin embargo, a excepción del capítulo que Jean Gallagher le dedica en *The World Wars through the Female Gaze* (1998, pp. 29-41),<sup>11</sup> apenas hay estudios críticos que analicen los tropos o figuras literarias que componen el texto, a pesar de que todos ellos destacan la importancia que tuvo su temprana publicación y lo inusual de su narrativa. Si bien es cierto que el texto no tiene la riqueza literaria que pueden tener otras piezas escritas por mujeres que fueron directamente testigos del conflicto, como sería el caso de *Francia combatiente: De Dunkerque a Belfort* (Wharton 1915), resulta, en cambio, relevante analizar *A Hilltop on the Marne* como relato que da cuenta de un acontecimiento histórico desde una perspectiva muy personal. También resulta pertinente su análisis como texto que se podría enmarcar en una tradición literaria norteamericana preocupada por la construcción del espacio público y privado y las relaciones personales que se tejen entre estas dos esferas.

#### LOS PRIMEROS COMPASES DE LA GUERRA

El 30 de julio y el 2 de agosto de 1914, Aldrich empieza sus dos cartas anunciando lo inminente de la implicación de Francia en la guerra (p. 40, p. 43). Finalmente, el 3 de agosto Aldrich escribe una carta en la que, con resignación, anuncia: “bueno... se ha declarado la guerra” (p. 46).<sup>12</sup> Inmediatamente, la autora centra su atención y esfuerzo narrativo en describir todo lo que la declaración de guerra implicó no sólo para la sociedad francesa sino para la apacible vida que había construido en su refugio de

---

ción de populares sufragistas como Jane Adams o Carrie Chapman (ver Hyman Alonso 1993 para más información sobre los vínculos entre estos dos movimientos).

9 “I need not tell you –you know, we have so often talked about it– how I feel about war.”

10 Ver Tylee 1990, Gallagher 1998, Cardinal *et al.* 1999, Acton y Potter 2015, entre otros.

11 Gallagher dedica este estudio a analizar la mirada de mujer aportada por Aldrich como testigo directo de la contienda, así como el conflicto de interpretación al que se enfrenta cuando “mira” la guerra, debatiéndose entre su mirada “femenina” y la mirada “masculina”, aquella impuesta por el discurso militar, centrado en la experiencia del combate.

12 “Well –war is declared”.

Huiry. Ha pasado la primera noche rodeada de un “murmullo de voces”<sup>13</sup> que rompió el silencio y la armonía que normalmente acompañaba a la vida en el campo. La autora comienza entonces a describir la guerra a través de las distintas señales que percibe, como por ejemplo el incesante ir y venir de aviones entre París y la frontera (p. 46). Aldrich es consciente de que se encuentra cerca del peligro, pero pronto manifiesta su firme voluntad –que reiterará en otras cartas posteriores de forma casi obsesiva– de quedarse en su casa de Huiry (p. 48).

Una semana después, Aldrich inicia una carta en la que responde a la petición de volver al “hogar” afirmando rotundamente que no piensa moverse de Huiry pues, para ella, “mi hogar es donde están mis libros... están aquí. Gracias de todos modos” (p. 50).<sup>14</sup> En esta misma carta, Aldrich relata las complicaciones que ha acarreado el estallido de la guerra y denuncia que no sólo se ha aplicado la ley marcial en toda Francia, sino que “la censura de la prensa es absoluta. Todo el mundo tiene que llevar sus papeles encima” (p. 54).<sup>15</sup> La censura y las restricciones impuestas a la libertad de movimiento hacen que Aldrich se encuentre cada vez más aislada en su casa. A finales de agosto, se encuentra prácticamente incomunicada, ignorando lo que realmente estaba sucediendo a sólo unos pocos metros de su casa. Así, su carta del 3 de septiembre de 1914 comienza recordando cómo ha transcurrido una semana en la que la única información que ha recibido sobre el desarrollo de los acontecimientos era lo que su vista alcanzaba a ver: “desde hace una semana no he sabido nada de lo que pasaba en el mundo más allá de los límites de mi propia visión” (p. 73).<sup>16</sup>

La cuestión aquí es la de determinar cómo es la visión de la autora, pues son “los límites de [su] propia visión” los que le darían las herramientas para construir el relato. Su visión es, naturalmente, parcial y subjetiva, basada en su propia experiencia, despojada de datos oficiales o de cifras; la autora carece de información periodística y se ve de este modo forzada a centrar su atención en lo que muchos autores coincidieron en llamar “señales de guerra”,<sup>17</sup> aquellas escenas cotidianas que no tienen el campo de batalla como foco central de la narración. Por ejemplo, Aldrich centra su atención en las familias que pasan por su puerta para despedir a los soldados (p. 52), se detiene a observar a los primeros refugiados (p. 77), describe el constante ruido provocado por los aviones (p. 51, p. 77) y aporta datos basados en la rumorología del pueblo (p. 85).

---

13 “a murmur of voices”.

14 “My home is where my books are –they are here. Thanks all the same”.

15 “The censorship of the press is absolute. Everyone has to carry his papers”.

16 “For a week now I have known nothing of what was going on in the world outside the limits of my own vision”.

17 En *Reporting the First World War in the Liminal Zone* (Prieto 2018), sostengo que, para muchos corresponsales de guerra, buscar y describir estas “señales de guerra” (“signs of war”) era la única forma que tenían de narrar una contienda que se presentaba invisible y para la que los métodos tradicionales de representación habían quedado obsoletos.

No obstante, hay un episodio relevante en el que Aldrich por fin *ve* la guerra que espera ver. En su carta del 6 de septiembre, la autora relata cómo el día anterior estaba limpiando la casa y cerca de la una de la tarde el ruido de los cañones se volvió más fuerte. Al salir a su huerto, observa que “la batalla había avanzado hasta la cresta de la colina” (p. 125),<sup>18</sup> por lo que confía en poder convertirse finalmente en testigo de excepción de una de las primeras grandes batallas de la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, pronto descubrirá que la visión del campo de batalla es prácticamente inexistente, pues, a pesar de que es capaz de ver los disparos de la artillería, “debido al humo que flotaba sobre la cresta de la colina en el horizonte, resultaba imposible hacerse una idea de las posiciones de los ejércitos” (*ibid.*).<sup>19</sup> Aldrich devela su frustración por la panorámica borrosa que se presenta ante sus ojos, pues su visión directa del combate no se adecuaba a lo que ella esperaba ver:

A menudo, recién llegada a este lugar en lo alto de la colina, había mirado a la llanura y había pensado: “Menudo campo de batalla”, olvidando las veces que el Sena y el Marne habían sido tal cosa. [...] Pero cuando pensaba eso, me imaginaba algo muy diferente de lo que estaba viendo. Me imaginaba largas filas de soldados marchando, destacamentos de caballería a galope, como los cuadros de guerra de Versalles y Fontainebleau. Ahora estaba viendo una batalla, y no se parecía en nada a eso. Solo había ruido, bocanadas de humo y largos cúmulos de nubes blancas que ocultaban la colina. (pp. 125-126)<sup>20</sup>

Las expectativas de la autora se formulan en torno a la imaginería tradicional de las grandes batallas, basada en la construcción medieval y en la idea de que la guerra es un espectáculo en el que la persona encargada de retratar la batalla se sitúa en lo alto de una colina y observa desde arriba, creando pictórica o literariamente una visión completa de lo acontecido en el campo de batalla.<sup>21</sup> En su lugar, Aldrich encuentra una visión borrosa, difusa, de una batalla en la que los espectadores no pueden ver nada y en la que el humo y la niebla se tornan protagonistas de la escena.

Aldrich se percató de que los parámetros tradicionales de representación no le servirán para llevar a las destinatarias de sus cartas a comprender la naturaleza del

18 “the battle had advanced until the crest of the hill”.

19 “owing to the smoke hanging over the crest of the hill on the horizon, it was impossible to get an idea of the positions of the armies”.

20 “So often, when I first took this place on the hill, I had looked off at the plain and thought, ‘What a battlefield’, forgetting how often the Seine et Marne had been that [...]. But when I thought that, I had visions very different from what I was seeing. I had imagined long lines of marching soldiers, detachments of flying cavalry, like the war pictures at Versailles and Fontainebleau. Now I was actually seeing a battle, and it was nothing like that. There was only noise, belching smoke, and long drifts of white clouds concealing the hill”.

21 En los primeros meses de la Primera Guerra Mundial, es común encontrar intentos de perpetuar el discurso romántico respecto de la batalla, siguiendo los patrones de representación de la imaginería medieval; a su vez, la idea de guerra como espectáculo era un elemento recurrente en la prensa y la retórica de finales del siglo XIX y principios del siglo XX (Wilkinson 2001, pp. 29-31) y los primeros observadores de la Primera Guerra Mundial aún esperaban poder perpetuar esta visión holística del campo de batalla (ver Matthews 1957, Girouard 1981 y Farrar 1998 para más referencias).

conflicto. De este modo, inserta en su narración lo que se convertiría en uno de los tropos más característicos de la literatura de la Primera Guerra Mundial: la neblina de la guerra. Esta neblina no es un elemento exclusivamente provocado por el humo de las bombas, sino que sirve como metáfora para denunciar la invisibilidad, fragmentación e incompreensión que rodeó a la guerra. Aldrich lo expresa del siguiente modo:

A media tarde Monthyon se liberó lentamente del humo. Eso parecía indicar que los bombardeos más potentes estaban más allá de la colina y no sobre ella –¿o acaso significaba que la batalla estaba cesando?– [...] No había forma de conocer la verdad (p. 126).<sup>22</sup>

Así, cuando por fin se desvanece el humo, la autora sigue sumida en una neblina informativa que la deja en un estado de confusión e ignorancia, pues se encuentra desconcertada por lo que en realidad ve frente a lo que esperaba ver.<sup>23</sup>

Como hemos apuntado anteriormente, ante esta imposibilidad de aportar una visión panorámica de la batalla que siga los parámetros tradicionales de representación, la autora se ve forzada a centrarse en las múltiples señales de la guerra. Aldrich debe construir sus cartas, convertidas ahora en “una especie de diario” (p. 44)<sup>24</sup> debido a la dificultad de enviar o recibir correo, a partir de los pequeños fragmentos de la guerra que va intuyendo. Aunque ve a los soldados pasar por su puerta y tiene el privilegio de asomarse a su jardín con los prismáticos para ver el campo de batalla, no es capaz de discernir lo que acontece detrás de las columnas de humo: “en mi imaginación, cada disparo implicaba una horrible matanza, y entre mí y aquel espanto se extendía un paisaje precioso, tan en calma bajo la luz del sol como si el horror no existiera” (p. 127).<sup>25</sup> Por este motivo, Aldrich se centra en narrar sus propias experiencias y en el impacto que la guerra tiene en su vida cotidiana. Para dar cuenta de los efectos provocados por el estallido del conflicto, dos espacios se convierten en principales protagonistas en su relato: la ciudad de París y su propio hogar en Huiry.

#### LA GUERRA EN EL ESPACIO URBANO: PARÍS

A pesar de que las cartas de Aldrich están escritas desde su casa en la colina –y, como veremos, esta bucólica localización tiene un papel protagonista en el relato–, la ciudad

22 “By the middle of the afternoon Monthyon came slowly out of the smoke. That seemed to mean that the heaviest firing was over the hill and not on it, or did it mean that the battle was receding? [...] There was no way to discover the truth”.

23 En su análisis sobre el periodismo de la 1ª Guerra Mundial, Farrar se refiere a la niebla de la guerra y el secretismo que rodearon el desarrollo de la contienda (1998, p. 44). El tropo fue utilizado especialmente durante la batalla del Somme en muchos de los libros publicados por los periodistas británicos oficialmente acreditados y les sirvió como recurso para denunciar la imposibilidad de narrar la batalla con los parámetros tradicionales y, a su vez, para denunciar el secretismo con el que se desarrollaba la contienda (ver Prieto 2018).

24 “I imagine this letter will turn into a sort of diary”.

25 “To my imagination every shot meant awful slaughter, and between me and the terrible thing stretched a beautiful country, as calm in the sunshine as if horrors were not” (p. 127).

de París también se convierte en ocasional protagonista del texto. Como ya hemos indicado, Aldrich vivió en la capital francesa hasta poco antes del estallido de la Primera Guerra Mundial y las destinatarias de sus cartas eran buenas conocedoras de los encantos de la Ciudad de la Luz. Por este motivo, parece lógico que Aldrich dedique parte de sus epístolas a describir para sus lectoras el estado en que se encontró la ciudad cuando la visitó poco después del estallido de la guerra.

Sin embargo, hay un segundo motivo –quizá menos aparente– por el que la autora parece inclinada a hablar de París en sus cartas. La ciudad de París ha sido, históricamente, la ciudad occidental con mayor carga metafórica (Eksteins 2000, p. 44) desde un punto de vista artístico, literario y cultural. Para los norteamericanos de clase media-alta con inquietudes artísticas de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, la capital francesa se había convertido en una especie de meca a la que resultaba obligatorio peregrinar en algún momento de la vida para impregnarse de su arte y su belleza. París es un “auténtico sujeto” (Méral 1989, p. 1) en la narrativa norteamericana y muchos autores se enfrentaron al reto de entender y describir la capital francesa.

Mildred Aldrich narra, en su carta del 24 de agosto, su visita a la capital el 19 de agosto, pocos días después de la declaración de la guerra. Describe cómo se encuentra con una ciudad en “silencio y con todo el mundo en calma” (1915, p. 65)<sup>26</sup> y apunta que, si no fuera por el bullicio de algunas oficinas, “la ciudad estaría casi tan inmóvil como la muerte” (p. 66).<sup>27</sup> La autora, buena conocedora de la animada vida en París en los años anteriores a la guerra, contrasta esta impresión tan estática y casi fantasmagórica con sus recuerdos de la “experiencia pasada” (Lynch 1960, p. 4), lo que acentúa aún más el sentido de la decadencia en que se encuentra la ciudad. El París del pasado era un lugar bullicioso, alegre, vivo, tal y como recuerda el periodista norteamericano Richard Harding Davis en un capítulo de su libro *With the Allies* (1915, pp. 94-104),<sup>28</sup> París era “un lugar donde todo el mundo sonreía, era feliz y educado, donde nunca se aburrían, donde todos eran jóvenes, donde las luces nunca se apagaban” (p. 97).<sup>29</sup> Sin embargo, la imagen que prevalece en *A Hilltop on the Marne* es la del recuerdo de una París que ya no existe. Así se lo recuerda a las destinatarias de sus cartas:

El París que conocías ya no existe. Comparado con él, este París es una ciudad muerta. Casi todas las tiendas están cerradas [...]. No hay casi hombres por la calle. No hay autobuses ni tranvías y los taxis y los automóviles también son escasos. (1915, pp. 66-67).<sup>30</sup>

26 “quiet and everyone calm”.

27 “the city would be almost as still as death”.

28 Richard Harding Davis (1864-1916) fue uno de los mayores reporteros de guerra de su tiempo y uno de los primeros autores norteamericanos en producir un testimonio ocular sobre la Primera Guerra Mundial. Su crónica más conocida y elogiada es la de la quema de Louvain. Ver Prieto 2015a para más referencia.

29 “a place where everybody was smiling, happy, and polite, where they were never bored, where they were always young, where the lights never went out”.

30 The Paris that you knew exists no longer. Compared with it this Paris is a dead city. Almost every

La autora reincide en el tropo de “la ciudad muerta”, recurso recurrente en las descripciones de París producidas por autores norteamericanos durante la Primera Guerra Mundial, y relata cómo la capital francesa ha sido despojada de todos los elementos característicos de la modernidad. Los ya mencionados Richard Harding Davis y Edith Wharton ofrecen descripciones similares a la brindada por Aldrich, dando cuenta de cómo la ciudad se ha transformado en un lugar inhóspito.<sup>31</sup> Los autores despojan a la metrópoli de la “humanidad multitudinaria”<sup>32</sup> y, por tanto, convierten a París en lo contrario de la ciudad moderna.

La transformación de París en “ciudad muerta” viene reforzada por la presencia de un silencio que no pasa desapercibido para Aldrich. Al igual que el ruido de los aviones, actúa como indicador de la llegada de la guerra y como elemento disruptivo de su apacible vida en el campo, el silencio que encuentra al llegar a la ciudad de París resuena en su memoria al regresar a Huiry. Desde su jardín, recuerda: “un silencio como el de aquí, no es que sea mayor que el de París, y desde luego no es tan triste, pues el cambio no es tan grande” (p. 67).<sup>33</sup> El silencio parisino actúa como elemento transformador de la vida en la metrópoli, pues es un indicador de la ausencia del bullicio que generalmente acompaña a la ciudad moderna.

A finales de agosto, Aldrich regresa a París y, en su carta del 3 de septiembre, revela que la ciudad ha recuperado poco a poco la normalidad (p. 81). Aquellas semanas, París vivía en un estado de alerta permanente por la amenaza de una invasión alemana, aunque, según la autora, la gente no tenía “ni la menor sospecha de que el campo de batalla estaba tan cerca” (*ibid.*).<sup>34</sup> No obstante, lo verdaderamente relevante de esta segunda visita a París no es el ambiente que ve en la ciudad, sino el modo en que Aldrich describe el viaje y las distintas escenas que se encuentra en un trayecto que debería haber durado media hora pero que le llevó dos horas a causa de las restricciones de movimiento impuestas por la guerra (*ibid.*).

Aldrich se encuentra de frente con las distintas realidades de la guerra nada más subirse al tren que la ha de llevar a la capital: su vagón está lleno de soldados heridos (p.

---

shop is closed [...] There are almost no men in the streets. There are no buses or tramways, and cabs and automobiles are rare”.

31 En “Flânerie and the Ghosts of War”, Teresa Gómez Reus aborda cómo la capital francesa se transforma de una animada metrópoli a “una tenue sombra de sí misma” (Gómez Reus 2011, p. 31). Del mismo modo, en “La paradoja del reportero de guerra” (Prieto 2015a), abordo algunos de los rasgos comunes entre las descripciones ofrecidas por Wharton y Davis (pp. 367-368).

32 “multitudinous humanity”. En *Together* (1908), el escritor norteamericano Robert Herrick narra cómo la protagonista pasea por la ciudad de Nueva York –el otro emblema metropolitano de la modernidad– y de repente se enfrenta a la “realization of the multitudinous humanity” (2007, p. 229). Este tropo ha sido analizado por Christophe den Tandt en “Masses, Forces and the Urban Sublime” para explicar cómo los habitantes de la ciudad moderna en ocasiones se ven superados e incapacitados para abordar desde sus “powers of perception” la observación y su descripción (2014, p. 126).

33 “silent as it is here, it is no more so than Paris, and not nearly so sad, for the change is not so great”.

34 “no one had the slightest suspicion that the battle line was so near”.

78) y pronto descubre que el tren también va lleno de civiles de toda clase y condición que escapan de Meaux en circunstancias precarias (p. 79). Durante el trayecto, Aldrich va narrando lo que observa desde su tren: la amalgama de soldados ingleses, escoceses, franceses e irlandeses, así como “el flujo de emigrantes” (p. 81),<sup>35</sup> pero apenas se detiene a narrar su experiencia en París durante esta visita; su mirada se dirige al caos que ha invadido las carreteras de Francia y los distintos obstáculos a los que se tuvo que enfrentar para volver a su casa en el Marne. De nuevo, la guerra, a través de sus señales, aparece como protagonista en el texto.

#### LA ESFERA DOMÉSTICA: LA CASA EN EL MARNE

La Primera Guerra Mundial cambió la visión que las mujeres norteamericanas tenían de sí mismas y de las relaciones entre sexos. Tal y como indica Dorothy Goldman, las escritoras norteamericanas realizaron una importante labor como catalizadoras de este cambio (1993, p. 188). Las autoras se enfrentaron a obstáculos retóricos que no distan de muchos de los relatados por las voces masculinas que emergieron en torno al conflicto. Sin embargo, Goldman sostiene, asimismo, que las mujeres no abandonaron “visiones característicamente femeninas” cuando les tocó narrar la guerra (p. 192).<sup>36</sup> Aunque no pretendo en estas líneas perpetuar nociones esencialistas que defienden una forma “femenina” de narrar la guerra, podemos afirmar que *A Hilltop on the Marne* aporta una perspectiva que se inscribe dentro de una tradición norteamericana de literatura escrita por mujeres en la que el espacio doméstico se convierte en un protagonista destacado del texto.

Como ya hemos señalado, Aldrich había fijado su residencia en su casa del Marne pocas semanas antes del estallido de la guerra. Desde la primera de sus cartas, la casa cobra un papel protagonista y se revela como un elemento central para el bienestar psicológico de la autora. La casa es un “refugio tranquilo” (1916, p. 5)<sup>37</sup> donde Aldrich espera pasar felizmente los últimos años de su vida. Cansada de la vida en la metrópoli, “incluso de la ciudad más hermosa del mundo” (p. 6),<sup>38</sup> Aldrich se muda al campo para poder apaciguar su necesidad de “calma y tranquilidad –perfecta paz” (*ibid.*).<sup>39</sup> En este sentido, las intenciones de Aldrich nos recuerdan al camino que siguieron algunas de sus predecesoras, como Emily Dickinson, quien se propuso llevar una vida dedicada a la contemplación y el desarrollo personal desde el hogar (Bailey 2010, p. 1) y para quien la esfera doméstica jugó un papel fundamental en su creación poética.

35 “the stream of emigrants”.

36 “Women writers do not abandon characteristically female insights in dealing with the war”.

37 “quiet refuge”.

38 “even of the most beautiful city in the world”.

39 “calm and quiet –perfect peace”.

Aldrich devela cómo ha invertido varios meses en transformar este lugar, que le atrajo precisamente por su ubicación privilegiada “en un pequeño jardín, casi en lo alto de una colina” (p. 9).<sup>40</sup> La bucólica ubicación de su nueva vivienda se relaciona con otra tradición estadounidense: la de la comunión entre el ser humano y la naturaleza, en la que esta última se considera un elemento central en la construcción de la identidad personal y colectiva. La configuración del espacio natural y las relaciones del ser humano con este entorno han sido fundamentales en la creación de la identidad norteamericana, ya sea a través de la imagen de América como jardín del edén o como territorio salvaje (Klimasmith 2005, p. 2) y son muchos los autores de la tradición norteamericana, especialmente aquellos enmarcados en el trascendentalismo, que dan cuenta de esta obsesión por la comunión con el medio.

En *A Hilltop on the Marne*, la autora parece beber directamente de esta tradición, dada su obsesión con la casa de Huiry y con la necesidad de refugiarse en la naturaleza. Así devela que, a pesar de que antes pensaba que no podría vivir “si mis pies no pisaran el asfalto de la ciudad” (p. 12),<sup>41</sup> en esta última etapa de su vida ha cambiado de parecer y se le antoja “la vida sencilla” (*ibid.*),<sup>42</sup> en clara alusión al modo de vida abrazado por autores como Emerson o Thoreau, que defendieron la sencillez como estrategia vital.<sup>43</sup> Para alcanzar esta “vida sencilla”, resulta fundamental tener un lugar en el que refugiarse; por este motivo, la configuración del espacio doméstico y su entorno –en este caso el entorno rural– puede contribuir a la creación de distintas tipologías de personas y convertirse en una poderosa herramienta para la regeneración personal y nacional (Klimasmith 2005, pp. 2-3).

El retiro al campo de Aldrich, quien huye del bullicio de París, puede compararse al realizado por Thoreau cuando buscó un refugio en el lago Walden. Tal y como relata la autora, esta huida de la metrópoli la ayudaría a “conseguir la fuerza que la vida en la ciudad y sus hábitos me estaban robando” (1916, p. 12).<sup>44</sup> Sin embargo, este *locus amoenus* pronto se ve ensombrecido y transformado por la irrupción de la guerra. El espacio idílico que habitaba Aldrich se fusiona gradualmente con la militarización del entorno y da lugar a un relato atípico e inusual en el que la autora combina la pacífica vida en el campo y su cotidianeidad doméstica con imágenes de la Francia en guerra.

La carta que escribe el 2 de agosto de 1914 empieza anunciando que “lo que parecía imposible está claramente a punto de suceder”<sup>45</sup> (p. 43). Aldrich percibe de nuevo la inminente llegada de la guerra a través de una señal indirecta: un guardia que marcha

---

40 “in a small garden... almost on the crest of the hill”.

41 “I could not live if my feet did not press a city pavement”.

42 “In the simple life I crave”.

43 En *Walden* (1854), Henry David Thoreau escribió su manifiesto sobre el experimento realizado en el lago Walden durante entre 1845 y 1847 e introdujo la famosa cita: “simplicity, simplicity, simplicity” (“sencillez, sencillez, sencillez”), que ha sido considerada uno de los lemas del movimiento trascendentalista.

44 “I expect to earn the strength of which city life and city habits were robbing me”.

45 “What looked impossible is evidently coming to pass”.

tocando un tambor, anunciando la llegada de la orden de movilización de Francia (p. 43). En ese momento, la autora, que ha salido corriendo de su casa “con su mandil de trabajo” (*ibid.*)<sup>46</sup> para unirse a un grupo de mujeres en similares circunstancias, es consciente por primera vez de lo difícil que va a resultar continuar con la vida que había soñado en el campo: “Era la primera experiencia en mi vida de algo así. Un escalofrío me recorrió la espalda al darme cuenta de que no era tan fácil como había pensado distanciarme de la Vida” (*ibid.*)<sup>47</sup> Desde lo que pensaba que era un lugar aislado, Aldrich ve imágenes que la conmueven “como nada que haya en visto en esta vida antes” (p. 52),<sup>48</sup> tales como las numerosas familias que día tras día marchan para despedir a los soldados, así como el triste regreso de las mujeres y los niños que han despedido a sus maridos, padres y hermanos (*ibid.*). Desde su casa, Aldrich se convierte en una espectadora privilegiada y es destacable el contraste que se produce entre su mundo interior –el mundo doméstico– y el mundo exterior –el de las desoladoras imágenes que acontecen en la “Vida”, es decir, fuera de su vivienda–.

No obstante, Aldrich se enfrenta a numerosas interrupciones de su cotidianeidad, desde las amenazas de evacuación hasta llegar a convertirse en anfitriona de excepción para varios grupos de soldados. En varias de sus cartas, relata que le preguntan qué hará si los alemanes llegan a invadir la zona donde vive. Aldrich reafirma constantemente su decisión de no abandonar su hogar, que poco a poco se convierte en un personaje más del relato. En la carta del 3 de agosto, narra cómo su amiga Voulangis se acerca a la casa para incitarla a abandonarla e ir a un lugar más seguro, a lo que la autora responde que no tiene intención de moverse de allí. En ese momento, Aldrich exterioriza el arraigo que siente por su nuevo hogar, que de repente adopta “un aspecto muy humano” (p. 48). En el que es quizás uno de los pasajes más poéticos de las cartas de *A Hilltop on the Marne*, Aldrich explica su comunión con el medio en el que vive y de nuevo enlaza con la tradición norteamericana de fusionar vida doméstica, identidad y entorno:

Me quedé en la carretera viendo cómo se iba, y cuando me giré hacia la casa, esta adquirió de pronto un aspecto muy humano. De repente me di cuenta de algo: que, siguiendo mi costumbre, había plantado los pies en el suelo de un nuevo hogar...y había echado raíces. Es un hecho. Siempre he admirado a la gente que se mueve sin lastres. Yo soy incapaz” (*ibid.*)<sup>49</sup>

Mientras para otras autoras de la Primera Guerra Mundial, como Edith Wharton, la descripción del espacio doméstico se configura en torno a la imagen de las casas en ruinas, en las cartas de Aldrich el tropo de la “casa asesinada” (Gómez Reus y Lauber

46 “with my long studio apron”.

47 “It was the first experience in my life of a thing like that. I had a cold chill down my spine as I realized it was not so easy as I had thought to separate myself from Life.”

48 “I have seen sights that have moved me as nothing I have ever met in life before has done.”

49 “I stood in the road watching her drive away, and as I turned back to the house it suddenly took on a very human sort of look. There passed through my mind a sudden realization, that, according to my habit, I had once again stuck my feet in the ground of a new home –and taken root. It is a fact. I have often looked at people who seemed to keep foot-free. I never can”.

2010, p. 210) no aparece en la descripción.<sup>50</sup> Al contrario, con el estallido de la guerra, la casa cobra una nueva apariencia, se vuelve muy viva, y se convierte en una especie de oasis dentro de la barbarie. Este oasis no es sólo un refugio para Aldrich, sino que a medida que avanzan sus cartas vemos cómo la casa sirve de amparo también para numerosos grupos de soldados, hasta el punto de que Aldrich acaba sintiendo que su presencia en la casa daba al lugar “una personalidad que ninguna casa deshabitada puede ofrecer a un ejército que pase por delante” (p. 142).<sup>51</sup>

Tal y como explica Jennifer Haytock en *At Home, at War: Domesticity and World War I in American Literature* (2009), en muchos de los textos de la Primera Guerra Mundial “la guerra y la vida doméstica existen en un continuo” (p. XIII). Las cartas de Aldrich son quizá uno de los mejores ejemplos de esta coexistencia, pues la autora permite que su hogar actúe como oasis de paz en numerosas ocasiones. La primera de estas ocasiones se presenta con la llegada de un capitán inglés que le pide observar la panorámica desde su jardín para más tarde preguntarle si podría proporcionar una taza de té a sus soldados. Aldrich relata así como repentinamente se vio a sí misma sirviendo galletas, mermelada y todo tipo de alimentos de los que los soldados no disponían en el frente (1916, pp. 90-91).

En este y otros episodios, Aldrich –y su casa– pasan de ser meras espectadoras del conflicto a desempeñar, siquiera ligeramente, un papel más activo, algo que muchas mujeres anhelaron durante la Primera Guerra Mundial.<sup>52</sup> Aldrich confiesa con tono triunfante: “el ambiente había cambiado por completo. Iba a ser útil” (p. 91)<sup>53</sup> y se empeña a fondo en su labor de anfitriona, sintiéndose, además, “feliz como una reina de verlos tan satisfechos y cómodos” (p. 92).<sup>54</sup> Aunque la terrible guerra de trincheras aún no había comenzado, los soldados ya habían sido testigos de algunos de los horrores que traería el conflicto y Aldrich les regala en su colina del Marne un refugio que actúa como un pequeño recuerdo del hogar. A su vez, la autora perpetúa el estereotipo de cuidadora que se ha asociado tradicionalmente a la figura de la mujer en tiempos de guerra.

Durante varios días, Aldrich continúa con esta frenética actividad en la que se afana por preparar todo tipo de lujos para los soldados y se asegura de su bienestar (pp. 103-105). Al igual que sucede en la novela de Willa Cather, *One of Ours* (1922), “los ritmos del hogar se ven alterados por la guerra y, a su vez, ofrecen un medio para liberar las tensiones causadas por la guerra” (Haytock 2009, p. 26).<sup>55</sup> La casa de Aldrich y los lujos

50 “murdered house”.

51 “my little house a personality no unoccupied house can ever have to a passing army”.

52 Muchas escritoras norteamericanas, simpatizantes de la causa aliada, tuvieron un ávido deseo de ayudar y contribuyeron a ayudar con los medios que tuvieron a su alcance, bien fuera a través de coleccionadas, de textos propagandísticos, como enfermeras o socorriendo a los soldados.

53 “The whole atmosphere was changed. I was going to be useful”.

54 “as happy as a queen, seeing them so contented and comfortable”.

55 “The home’s rhythms are altered by the war and simultaneously offer a means for releasing the tensions the war causes”.

que les ofrece, aunque sea de manera fugaz, sirven a los soldados para descansar y para olvidarse, aunque sea por un momento, de los horrores que les esperan. No obstante, cuando la amenaza de evacuación se disipa y los alemanes empiezan la retirada, Aldrich y su concepción del espacio doméstico sufren una nueva transformación. La autora ha pasado varios días en constante tensión, por la inminente llegada de los alemanes y por la dedicación que ha prestado al cuidado de los soldados que pasaban por delante. En su carta del 7 de septiembre, confiesa:

Entré en mi casa y me tumbé. De repente me sentía terriblemente débil. Mi casa había adoptado un aspecto raro. Imagino que había estado convencida, de forma algo subconsciente, de que estaba condenada. Tumbada en el sofá del salón, miraba alrededor y veía mi casa como algo que había querido y perdido y recuperado—resucitado, de hecho; una criatura viva sobre la que se había obrado un milagro (p. 139).<sup>56</sup>

Tras varios días de frenética actividad, la autora sufre el primero de los muchos desgastes físicos y psicológicos que la guerra traería consigo. Su visión del mundo se va transformando poco a poco y en las cartas de *A Hilltop on the Marne* da cuenta de muchas de las emociones que asolaron a quienes fueron testigos oculares de las primeras semanas del conflicto: desde la emoción a la extenuación, pasando por la confusión, el desconocimiento y el sentimiento de soledad.

#### CONCLUSIONES

Durante las primeras semanas de la Primera Guerra Mundial, Mildred Aldrich relató en sus cartas una visión poco común de la guerra basada en la experiencia autobiográfica y en la observación directa del conflicto. Tal y como ella confiesa, tras disiparse la amenaza de evacuación de su casa:

Había visto la guerra. Había visto sus destructivas bombas. Durante tres días el cañón había resonado en cada nervio de mi cuerpo; pero nada del horror que había sembrado desde la frontera este de Bélgica hasta cuatro millas de mi casa me había alcanzado, excepto en forma de amenaza (p. 140).<sup>57</sup>

Cuando los alemanes se retiran, Aldrich es consciente de su posición de privilegio y se siente aliviada por no haber tenido que unirse a la ola de refugiados que poblaban las carreteras de Francia.

Aldrich traza una visión de Francia en la que se presenta una nación que se debate entre el pánico, el *shock* y el sentimiento de unidad patriótica; tal y como ella describe

56 "I came into the house and lay down. I suddenly felt horribly weak. My house had taken on a queer look to me. I suppose I had been, in a sort of subconscious way, sure that it was doomed. As I lay on the couch in the salon and looked round the room, it suddenly appeared to me like a thing I had loved and lost and recovered —resurrected in fact; a living thing to which a miracle had happened".

57 "I had seen the war. I had watched its destructive bombs. For three days its cannon had pounded on every nerve in my body; but none of the horror it had sowed from the eastern frontier of Belgium to within four miles of me, had reached me except in the form of a threat".

en una de sus primeras cartas, Francia es ahora “una nación –que hace dos semanas estaba dividida por la disensión política– unida de repente y con un espíritu como no he visto nunca” (p. 51).<sup>58</sup> Con su descripción de la vida en Francia, tanto en la esfera doméstica como en la pública, la autora traslada no sólo a las destinatarias privadas de sus cartas sino también a quienes después leerían su compilación de forma pública, los primeros compases de una guerra que duraría cuatro años más y que tendría trágicas consecuencias. Aldrich desea que sus lectores aprendan sobre el conflicto, pues tiene un ferviente deseo de compartir sus impresiones; en sus propias palabras explica: “hay tantas cosas que desearía que pudierais ver” (p. 56).<sup>59</sup> Aldrich pone sus ojos al servicio de los lectores y pinta un retrato literario de la movilización en Francia en todos sus estamentos, desde la vida en la capital hasta la vida en su pequeña colina en el Marne, relatando cómo todo el país –incluida ella– se ha volcado en la movilización. Combinando escenas de la vida cotidiana con la panorámica –invisible– del campo de batalla, Aldrich da cuenta de muchos de los conflictos retóricos de su tiempo y del anhelo que tuvieron muchas mujeres por poder ver la guerra y, a su vez, desempeñar un papel más activo en el conflicto.

*A Hilltop on the Marne* es un texto de naturaleza “híbrida”, a caballo entre una tradición romántica de narrar la guerra y la tradición que se consolidaría después de la Primera Guerra Mundial. Antes de que emergieran las voces cínicas de la vanguardia anglosajona, fragmentadas y desencantadas con la modernidad, antes de que se pudiera escribir el relato completo de la batalla del Marne, surgieron voces como la de Mildred Aldrich quien, sin herramientas críticas y retóricas para abordar la incomprendibilidad del conflicto, decidió dejar para la historia la realidad cotidiana y doméstica acontecida en un rincón del Marne. Su texto nos sirve hoy como documento histórico y también como una de las representaciones literarias más tempranas de un conflicto cuya magnitud aún estamos tratando de comprender cien años después.

#### BIBLIOGRAFÍA

- ACTON, C. & J. POTTER, 2015. *Working in a World of Hurt: Trauma and Resilience in the Narratives of Medical Personnel in Warzones*. Manchester: Manchester University Press. 280 pp.
- ALDRICH, M., 1915/1916. *A Hilltop on the Marne: 'Being Letters Written June 3 - September 8, 1914'*. Londres: Constable and Company. 159 pp.
- BAILEY, S., 2010. *Home on the Horizon. America's Search for Space from Emily Dickinson to Bob Dylan*. Oxford: Peter Lang. 226 pp.
- BRASSARD, G., 2008. War Is the Greatest of Paradoxes: May Sinclair and Edith Wharton at the Front. *Minerva Journal of Women and War*, vol. 2, n° 11, pp. 3-21.
- CATHER, W., 1922/1991. *One of Ours*. Nueva York: Vintage Classics. 371 pp.

58 “Here’s a nation —which two weeks ago was torn by political dissension— suddenly united, and with a spirit that I have never seen before”.

59 “there are so many things that I wished you could see”.

- DAVIS, R. H., 1914/1915. *With the Allies*. New York: Charles Scribner's Sons. 227 pp.
- EINHAUS, A. M. & K. I. BAXTER, 2017. *The Edinburgh Companion to the First World War and the Arts*. Edimburgo: Edinburg University Press. 480 pp.
- EKSTEINS, M., 1989/2000. *Rites of Spring: The Great War and the Birth of the Modern Age*. Nueva York: Houghton Mifflin Co. 416 pp.
- FARRAR, M. J., 1998. *News from the Front: War Correspondents on the Western Front 1914-18*. London: Sutton Publishing. 238 pp.
- FOXWELL, E., 2015. *In Their Own Words: American Women in World War I*. Waverly: Oconee Spirit Press. 240 pp.
- FUSSELL, P., 1975. *The Great War and Modern Memory*. Oxford: Oxford University Press. 432 pp.
- GALLAGHER, J., 1998. *The World Wars through the Female Gaze*. Carbondale: Southern Illinois. 191 pp.
- GILBERT, S., 1983. Soldier's Heart: Literary Men, Literary Women and the Great War. *Signs*, vol. 8, n° 3, special issue "Women and Violence", pp. 422-450.
- Girouard, M., 1981. *The Return to Camelot: Chivalry and the English Gentleman*. New Haven y Londres: Yale University Press. 320 pp.
- GOLDMAN, D., 1993. *Women and World War I: The Written Response*, Londres, MacMillan. 211 pp.
- , J. HATTAWAY & J. GLEDHILL, 1995. *Women Writers and the Great War*. Nueva York: Twayne Publishers. 388 pp.
- GÓMEZ REUS, T., 2011. Flânerie and the Ghosts of War: Hidden Perspectives of Edith Wharton's 'The Look of Paris'. *Women: A Cultural Review*, vol. 22, n° 1, pp. 29-49.
- & P. LAUBER, 2008. In a Literary No Man's Land: A Spatial Reading of Edith Wharton's *Fighting France*. En T. GÓMEZ REUS & A. USANDIZAGA, *Inside Out: Women Negotiating, Subverting, Appropriating Public and Private Space*. Amsterdam: Rodopi. pp. 205-228.
- HERRICK, R., 1908/2007. *Together*. Nueva York: Hard Press Publishing.
- HERWIG, H., 2009. *The Marne, 1914: The Opening of World War I and the Battle that Changed the World*. Nueva York: Random House. 432 pp.
- HIGONNET, M., 1999. *Lines of Fire: Women Writers of World War I*. Harmondsworth: Plume. 624 pp.
- , 2001. *Nurses at the Front: Writing the Wounds of the Great War*. Boston: Northeastern University Press.
- HUTCHISON, H., 2015. *The War That Used Up Words. American Writers and the First World War*. New Haven y Londres: Yale University Press. 304 pp.
- HYMAN ALONSO, H., 1993. *Peace as a Women's Issue: A History of the U.S. Movement for World Peace and Women's Rights*. Siracusa: Syracuse University Press. 340 pp.
- HYNES, S., 1990. *A War Imagined: The First World War and English Culture*. Londres: Pimlico. 528 pp.
- KLIMASMITH, E.M., 2005. *At Home in the City: Urban Domesticity in American Literature and Culture, 1850-1930*. New Hampshire: University of New Hampshire Press. 293 pp.
- LYNCH, K., 1960. *The Image of the City*. Cambridge: The MIT press. 208 pp.
- MATHEWS, J. J., 1957. *Reporting the Wars*. Minnesota: University of Minnesota Press. 317 pp.
- MÉRAL, J., 1989. *Paris in American Literature*. Chapel Hill y Londres: The University of North Carolina Press. 296 pp.
- OLIN-AMMENTORP, J., 2004. *Edith Wharton's Writings from the Great War*. Gainesville: University Press of Florida. 320 pp.
- ODITT, S., 1994. *Fighting Forces, Writing Women: Identity and Ideology in the First World War*. Londres y Nueva York: Routledge. 246 pp.
- PIEP, K., 2009. *Embattled Home Fronts: Domestic Politics and the American Novel of World War I*. New York y Amsterdam: Rodopi. 324 pp.
- PRIETO, S., 2015a. La paradoja del reportero de guerra: romanticismo y decadencia en *With the Allies* de Richard Harding Davis. En C. MANUEL & I. RAMOS, *Letras desde la trinchera: Testimonios literarios de la Primera Guerra Mundial*. Valencia: Publicacions Universitat de Valencia, pp. 359-374.

- , 2015b. 'Without methods': three female authors visiting the Western Front. *First World War Studies*, vol. 6, nº 2, pp. 171-185.
- , 2018. *Reporting the First World War in the Liminal Zone: British and American Eyewitness Accounts from the Western Front*. Londres: Palgrave Macmillan.
- QUINN, P. J. & TROUT, S., 2001. *The Literature of the Great War Reconsidered: Beyond Modern Memory*. Basingstoke: Palgrave Macmillan. 245 pp.
- REILLY, C., 1981. *Scars Upon my Heart: Women's Poetry and Verse of the First World War*. London: Virago. 192 pp.
- SHERRY, V., 2005. Introduction. En: V. SHERRY, *The Literature of the First World War*. Cambridge: Cambridge University Press. pp. 1-14.
- SLATTERY-CHRISTY, D., 2013. *Mildred on the Marne: Mildred Aldrich, Front-line Witness 1914-1918*. Londres: The History Press. 224 pp.
- SMITH, A.K., 2000. *The Second Battlefield: Women, Modernism and the First World War*. Manchester y Nueva York: Manchester University Press. 232 pp.
- , 2000. *Women's Writing of the First World War: An Anthology*. Manchester: Manchester University Press. 352 pp.
- , 2016. *British Women of the Eastern Front: War, Writing and Experience in Serbia and Russia 1914-20*. Oxford: Oxford University Press. 240 pp.
- STEVENSON, R., 2013. *Literature and the Great War 1914-1918*. Oxford: Oxford University Press. 280 pp.
- TANDT, C. D., 2014. Masses, Forces and the Urban Sublime. En: K.R. McNAMARA, *The Cambridge Companion to the City in Literature*. Cambridge: Cambridge University Press. pp. 126-137.
- TATE, T., 1995. *Women, Men and the Great War: An Anthology of Stories*. Manchester y Nueva York: Manchester University Press. 320 pp.
- THOREAU, H.D., 1854/2004. *Walden*. Londres: Imago Books. 190 pp.
- TYLEE, C. M., 1990. *The Great War and Women's Consciousness: Images of Militarism and Womanhood in Women's Writings, 1914-64*. Iowa: University of Iowa Press. 293 pp.
- WHARTON, E., 1915/2010. *Fighting France: From Dunkerque to Belfort*. Londres: Hesperus. 128 pp.
- WILKINSON, G. R., 2001. Literary Images of Vicarious Warfare: British Newspapers and the Origin of the First World War 1899-1914. En: P.J. QUINN y S.TROUT. *The Literature of the Great War Reconsidered: Beyond Modern Memory*, New York: Palgrave. pp. 24-34.
- WINTER, J., 2000. Shell-Shock and the Cultural History of the Great War. *Journal of Contemporary History*, vol. 35, nº 1, pp. 7-11.



## REFRACCIONES DISCURSIVAS: TRES PERIODISTAS HISPANOS EN LOS CAMPOS DE BATALLA DE FLANDES (ABRIL DE 1916)

DISCURSIVE REFRACTIONS: THREE HISPANIC JOURNALISTS IN THE FLANDERS BATTLEFIELDS (APRIL 1916)

José Ramón González<sup>1</sup>

*Palabras clave*      *Resumen*

Guerra y literatura, Crónicas de guerra, Periodismo hispano y Primera Guerra Mundial

En abril de 1916, dos periodistas españoles (el Marqués de Valdeiglesias y Fabián Vidal) y un escritor latinoamericano (el guatemalteco Enrique Gómez Carrillo) recorrieron durante dos semanas los frentes de batalla en la Bélgica ocupada, invitados por el Gobierno británico. La experiencia vivida durante esa breve visita sería, de forma más o menos inmediata, trasladada a la escritura y convertida en testimonio periodístico. En este trabajo, se aborda el análisis comparativo de los textos publicados por los tres autores, atendiendo a su representación del conflicto y de la guerra y a la constitución discursiva y retórica de su testimonio. De esta forma, se ponen de manifiesto las coincidencias y divergencias en su escritura de la guerra y algunos de los condicionamientos que modulan la respuesta discursiva de la intelectualidad hispana a la Gran Guerra de 1914.

*Recibido*  
5-12-2017  
*Aceptado*  
10-4-2018

*Key words*      *Abstract*

War and literature, War chronicles, Hispanic journalism and First World War

In April 1916, two Spanish journalists –Enrique Fajardo (alias *Fabián Vidal*) and the Marqués de Valdeiglesias– and the Guatemalan writer Enrique Gómez Carrillo toured the battle front in occupied Belgium during two weeks. They had been invited by the British Government. As soon as they returned from their trip, they published their testimony in hispanic newspapers. Their impressions and experience's discursive representation had many common ground –they had visited the same places and had gone through the same experiences–, but all of them were able to communicate a personal view of the war. The analysis of this chronicles interesting corpus allows to understand the many nuances –ideological, literary, or rhetorical– of war writing.

*Received*  
5-12-2017  
*Accepted*  
10-4-2018

Escasamente estudiado por críticos e historiadores de la cultura, el inmenso corpus discursivo en torno a la Gran Guerra europea de 1914 –que comenzó a gestarse en el inicio mismo del conflicto para crecer de forma imparable hasta muchos meses después de la firma del Armisticio de Compiègne, el 11 de noviembre de 1918– se

1 Universidad de Valladolid, España. C. e.: dragon@fyl.uva.es.

ofrece como un riquísimo archivo textual que es preciso explorar con detalle si se aspira a comprender el papel que, en esa particular encrucijada histórica, desempeñaron los muchos periodistas, escritores e intelectuales de diferentes promociones y grupos de interés que hicieron pública su visión de los acontecimientos europeos.<sup>2</sup> Es bien sabido que, a pesar de la neutralidad oficial del Estado español y de casi todas las repúblicas latinoamericanas (al menos en un primer momento), fueron muchas las figuras pertenecientes a los sectores intelectuales –periodistas, escritores, artistas, profesores, políticos, profesionales de diferentes ramos– que se incorporaron a lo que ha sido calificado, para el caso español aunque extensible al latinoamericano, como una intensa movilización cultural y política, tomando abiertamente partido por uno de los bandos en conflicto u optando por una neutralidad que no siempre fue ajena a intereses de grupo.

Todo ello dio pie a intensos debates públicos y privados y a la publicación de innumerables textos que, bajo la forma de artículos de prensa, libros o panfletos de muy diverso alcance, aspiraban a llegar a un público amplio, contribuyendo a crear un estado de opinión favorable a las posturas defendidas por los diversos sectores en los que, en esos momentos, se encontraba escindido el campo intelectual y político español y latinoamericano. Este hecho, que resulta, por otra parte, perfectamente lógico y esperable, puesto que no existe conflicto bélico que no vaya acompañado de un complejísimo despliegue discursivo, es bien conocido y ha sido estudiado con detalle en varios trabajos importantes que, por lo general, abordan el fenómeno desde la perspectiva del historiador interesado en develar las grandes líneas de evolución de la política y la cultura, y los puntos de fricción que ayudan a trazar un escenario de época pleno de dinamismo en el que se ponen de manifiesto las tensiones internas propias de una determinada coyuntura político-social (Albert 2002; Compagnon 2013; Ojeda Revah 2014, para el caso latinoamericano; Díaz Plaja 1981; Dendle 1992; Mainer 1972; Meaker 1988; Romero Salvadó 2002; Fuentes Codera 2014 y Navarra Ordoño 2014, para el español). Pero conviene, sin olvidar su valor testimonial, ir un poco más allá y acercarse a los documentos en su concreta textualidad.

Opinar sobre lo que estaba sucediendo en Europa se convirtió casi en un imperativo y se multiplicó la intervención pública de unos intelectuales que encontraron una prensa y unas editoriales receptivas y dispuestas a dar salida a todo lo relacionado con la actualidad bélica y con el análisis del drama europeo. Los periódicos y las revistas españolas recurrieron a la red de corresponsales que habían ido creando a lo largo de los años (Aubert 1998-1999), pero abrieron también sus puertas a nuevos colaboradores para abordar la guerra en sus múltiples dimensiones o vertientes (humana, política, militar, económica, social, histórica, etc.). El éxito de algunos de estos textos de

---

2 Este trabajo es el resultado de las investigaciones realizadas en el marco del Proyecto de Investigación de I+D “La crónica literaria de guerra en España (1859-2009): Origen, evolución y consolidación de un género”, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación para el trienio 2011-2013 (referencia FF12010-15295).

circunstancias fue tal que, en muchas ocasiones, conocerían una reedición en formato de libro, compartiendo destino editorial con trabajos más meditados, que no eran ya meras recopilaciones y que habían nacido de un impulso orgánico.

El interés de un público ávido por conocer lo que estaba sucediendo en el escenario europeo y el hecho de que resultara difícil recabar información fiable condujo a los editores de los principales periódicos y revistas españoles y latinoamericanos a reclutar como cronistas de guerra a periodistas y escritores que habían destacado en el campo de las letras o que habían adquirido reconocimiento público por sus colaboraciones en prensa. Este esfuerzo se justificaba en la necesidad de proporcionar a los lectores información fidedigna y de primera mano, aportando además un testimonio directo de los hechos, pero la razón última hay que buscarla en intereses de orden económico. Por poner como ejemplo el caso español, en un mercado saturado y regido por una competencia feroz (hay que recordar que en Madrid había 328 cabeceras de prensa periódica en 1900 –diarios, revistas y semanarios–, mientras que en Barcelona la cifra era de 158, y que ese número había pasado a 459 y 323, respectivamente, en 1913 –Laguna Platero 2013, p. 277–), los editores de los principales diarios y semanarios descubrieron que podían rentabilizar y transformar en beneficios el capital simbólico de sus colaboradores habituales o el de figuras de prestigio que habían destacado en el campo de las letras. El nombre de un Palacio Valdés, de un Valle-Inclán, de un Azorín o de un Pérez de Ayala, por poner sólo cuatro ejemplos, podía resultar rentable para el periódico en un doble sentido: por una parte, porque podía atraer nuevos lectores o consolidar los ya existentes; por otra, porque engrosaba el capital simbólico de la publicación, aumentando su prestigio y su visibilidad, lo que a su vez podría traducirse, en el mejor de los casos, en un aumento de las ventas. De ahí que no resultase infrecuente el hecho de que los medios de prensa alardeasen de su plantel de colaboradores. Así sucedió, por mencionar solamente un caso significativo, con el diario madrileño *El Imparcial*, que, a lo largo del mes de mayo de 1916 y en un momento de crisis por su salida del *trust* Sociedad Editorial, al que había pertenecido desde 1906, incluiría repetidamente en sus páginas una pequeña nota informativa / publicitaria en la que, bajo el título de “*El Imparcial en la guerra*”, se exhibía la impresionante red de corresponsales y enviados especiales que el periódico había tejido: Armando Palacio Valdés, en Francia e Inglaterra, Valle-Inclán, en “el frente occidental”, Ricardo León, en Berlín, Ciges Aparicio, en París, Salvador de Madariaga, en Londres, Enrique Tedeschi, en Roma y Alejo Carrera en Lisboa. Así pues, en una coyuntura como la de la Gran Guerra, serían numerosos los intelectuales que ejercieran, con más o menos asiduidad, y con un mayor o menor grado de profesionalidad, un papel destacado como analistas, comentaristas o cronistas de guerra, desarrollando su trabajo desde su despacho en el periódico, en dilatadas corresponsalías internacionales o en puntuales viajes al frente.

Esta última modalidad, la del viaje al frente, adquirió además una especial importancia periodística, ya que pretendía ofrecer al público una visión directa e in-mediatamente –un testimonio personal y fiable, una mirada a escala humana– de lo que sucedía en

Europa y de lo que implicaba la guerra en todas sus dimensiones. De ahí que la visita a los escenarios de la guerra fuera, desde el inicio de las hostilidades, uno de los objetivos principales de los diferentes periodistas y escritores interesados en cubrir informativamente el conflicto. Ahora bien, esto no significa que fuera fácil ejercer esa labor de testigo directo. Y ello por varias razones. En primer lugar, por las dificultades mismas de acceso al frente de batalla y a los puntos estratégicos en el desarrollo de la guerra. A ninguno de los bandos enfrentados le interesaba la presencia de periodistas en el frente –aunque hubo diferencias de matiz y fluctuaciones en el transcurso del conflicto– y preferían mantenerlos a distancia, en la retaguardia o en lugares desde los que solamente se podía ver aquello que a las autoridades les interesaba que fuese conocido (manejándolos, por lo tanto, como instrumentos de propaganda).

Como señala Cuvardic García, el “mando militar [...] decide la imagen de la guerra a la que debe acceder el cuerpo de corresponsales” y con ello “dispone y organiza la vitrina del espectáculo bélico que será proyectada a los lectores de todo el mundo” (Cuvardic García 2016, p. 164). De ahí que la descripción directa y de primera mano de la lucha y la batalla –episodio central de toda guerra y momento culminante en cualquier relato bélico– sea, en este amplio corpus, más la excepción que la norma, y que muchos de los textos se limiten a describir las actividades propias de la retaguardia de los ejércitos y los despojos y las ruinas que la lucha deja tras de sí. El arqueólogo e hispanista francés Raymond Lantier lo expresa muy bien en un trabajo publicado el 16 de julio de 1916 en la revista *Mercur de France* (“L’information et la littérature de guerre”): “Écarté du théâtre des opérations par l’autorité militaire, le journaliste n’aperçoit, après la lutte, que les ruines fumantes des villages démolis par l’artillerie, les ponts écroulés et les routes défoncées” (Lantier 1916, p. 238). Y añade, “du même que les nouvelles lui sont données à heure fixe et sans commentaires, il ne voit ce que l’autorité militaire veu bien lui montrer”, para concluir: “Le correspondant de guerre est un indésirable qu’on écarté le plus possible du front” (p. 239).

En segundo lugar, porque la naturaleza del propio hecho bélico planteaba de partida un problema de escala, al que el mismo Lantier apuntaba con precisión:

La présente champagne semble justifier les prévisions de ceux qui annonçaient, au début des hostilités l’inutilité des correspondants de guerre. Les exigences de la stratégie moderne ont porté un coup fatal au journalisme [...] Dans le combat moderne, la lutte se poursuit sur un front de plusieurs centaines de kilomètres et il est matériellement impossible à un œil humain de saisir autre chose qu’un très petit coin de l’immense champ de carnage. (Lantier 1916, p. 238).

Y en la misma línea se había expresado Eduardo Zamacois un año antes, en una de las crónicas recogidas en su libro *La ola de plomo*:

Mi interlocutor movió la cabeza, en señal de duda.  
 –Creo –replicó– que cuantos cronistas vayan a la guerra, fracasarán. El escenario donde han de moverse, la magnitud de lo que han de reproducir son demasiado grandes...  
 Una fuerte lógica inspiraba estas palabras. La opinión de mi amigo era también la mía, la de todos: el duelo entre Francia, Inglaterra, Bélgica, Rusia y Servia [sic], contra Alemania,

Austria y Turquía, es demasiado complejo, demasiado epopéyico, para que ningún escritor, por ejemplares que sean el vigor de su estilo y la capacidad sintética de sus juicios, pueda reflejarlo en los abreviados límites de unas cuantas crónicas. Stendhal y Victor Hugo describieron Waterloo; Homero consiguió sin duda ponerse a la altura del sitio de Troya. Pero ¿dónde hallar el Tirteo, el Xenofonte, el Solís o el Ercilla, capaces de llevar al papel la destrucción de Reims o la batalla del Marne?... El cuadro, efectivamente, donde nosotros, humildes cronistas, habíamos de movernos, era vasto con exceso; y los escenarios demasiado amplios –dicen los actores– “se comen” las figuras. (Zamacois 1915, pp. 278-279).

En tercer lugar, porque la guerra en sí misma se presenta, a pesar de la proximidad física, inaccesible para el escritor o el periodista. Como señala Mariano Siskind:

Todos los escritores, sin excepción, vivieron la guerra desde lejos, y en todos los casos su experiencia estuvo mediada simbólicamente por la anticipación y el miedo, y sobre todo por la necesidad de procesar estos afectos de manera discursiva; solo los hombres y mujeres que murieron y sobrevivieron a la contienda vivieron la guerra de manera trágicamente inmediata. (Siskind 2016, p. 235).

Todos estos obstáculos, a los que se añadía el de la omnipresente censura, no impidieron, sin embargo, que los periodistas y los escritores convocados por los medios de prensa desarrollaran, como buenamente pudieron o supieron, la labor para la que habían sido contratados. Y es que, como ha señalado también Siskind, y aunque parezca paradójico, la “exclusión de los escritores respecto de *lo real de la guerra* marca el inicio de la literatura del conflicto”. Y esto es así porque “la imposibilidad de la experiencia del núcleo traumático de la guerra activa la facultad literaria que intenta imaginarlo” (Siskind 2016, p. 244). Y no solamente imaginarlo solipsísticamente, podríamos añadir, sino hacerlo vivir en la imaginación de los lectores, comprometiéndoles emocional e intelectualmente. Por eso confiesa Zamacois con un no disimulado orgullo:

Allá, sin embargo, fuimos todos: unos a París, otros a Bruselas, quiénes a Londres o a Suiza, y cada cual hizo lo que pudo o lo que las circunstancias le permitieron hacer. Al contacto de la terrible realidad, sacudida por el horror de los pueblos incendiados, de los bosques talados, de los millares de seres bárbaramente pasados a cuchillo, nuestra inspiración tremaba, gemía, y el dolor una y muchas veces nos permitió asomarnos al espanto estético. Entonces nuestros artículos se leían, se comentaban y apasionaban a la multitud como si oliesen a sangre y pólvora. (*La ola de plomo*, pp. 278-279).

Y, en efecto, cada uno de los periodistas y escritores que viajaron al frente cumplió como pudo y luchó para atraerse a un público primeramente ávido de novedades, pero al que después tuvo que conquistar con esfuerzo, oficio e imaginación. Más allá del éxito conseguido por cada uno de los cronistas a título personal –muy difícil de aquilatar, salvo por indicios indirectos, como puede ser la recopilación editorial de sus crónicas o la mención en textos de otros corresponsales– y de la justificación habitual y explícita de su labor –informar, dar testimonio vívido y veraz de los acontecimientos (testimonio cuya validez, hay que subrayarlo, dependía de su base de experiencia)–, lo cierto es que la relevancia de su tarea no dependía tanto de la fidelidad de su relato como de la eficacia de su discurso, de su fuerza persuasiva y su capacidad de convic-

ción. La importancia de las crónicas no residiría, por lo tanto, en su precisión factual, difícil de corroborar, sino en su contribución a “hacer comprensible” la guerra para un público amplio y acercarle emocional y sentimentalmente a los escenarios de la lucha.

### TRES PERIODISTAS EN EL FRENTE FLAMENCO

En este marco general, es en el que hay que encuadrar y entender el viaje que, en abril de 1916, e invitados por el gobierno inglés, emprendieron a los campos de batalla de Francia y Bélgica tres destacadas figuras del periodismo hispano: el granadino Enrique Fajardo, que firmaba sus trabajos con el seudónimo de Fabián Vidal y era colaborador de *La Correspondencia de España*, el escritor y periodista guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, que publicaba habitualmente en las páginas de *El Liberal* y *La Nación* de Buenos Aires, y en otros medios de prensa españoles y latinoamericanos, y el propietario del diario *La Época* y periodista ocasional, Alfredo Escobar y Ramírez, que firmaba sus trabajos periodísticos con el título nobiliario de M.[arqués] de Valdeiglesias. El viaje, y así lo reconocieron públicamente los tres interesados en las crónicas que publicarían tras su regreso a España, había sido facilitado por el embajador español en Londres, Alfonso Merry del Val, y había surgido como una invitación expresa del gobierno británico. Los tres periodistas elegidos por el alto mando inglés y los medios para los que trabajaban eran conocidos por sus simpatías aliadófilas y, en este sentido, la invitación, como venía siendo habitual desde los comienzos de la guerra, tenía un marcado carácter propagandístico. *La Época* y *La Correspondencia de España* eran, a pesar de su ideología conservadora, medios proclives a la causa de los aliados –y así los identifica un artículo anónimo aparecido en el *Bulletin Hispanique* en 1917, titulado “La prensa española y la guerra”–, mientras que *El Liberal* había jugado a la ambigüedad en algún momento, pero estaba fuera de toda duda, según el mismo artículo, “la significación clara y francamente aliada de su director” (Anónimo 1917, p. 127), D. Alfredo Vicenti. Y lo mismo podía postularse de su colaborador habitual, Enrique Gómez Carrillo, gran defensor de la causa aliada y un francófilo declarado y militante desde el inicio de la guerra.

El viaje se realizó durante la primera quincena del mes de abril y sus protagonistas publicarían sus crónicas tras haber completado la visita a los frentes flamencos. De hecho, el 5 de abril, *El Liberal* incluye una pequeña nota en la que se menciona que ese mismo día partían de París los tres periodistas invitados por el Gobierno de la Gran Bretaña, mientras que *La Correspondencia de España* justifica el día 7 de ese mismo mes la ausencia de los comentarios habituales de su colaborador Fabián Vidal, por el viaje que este había emprendido al “campo de operaciones”. El que más se apresura en dar a las prensas sus impresiones es precisamente este último, que publica 12 crónicas en secuencia, entre el 20 de abril y el 1 de mayo. Gómez Carrillo, por su parte, publica la primera crónica también el 20 de abril, pero los 25 textos que relatan el viaje propiamente dicho irán apareciendo espaciadamente en *El Liberal* entre esa fecha y el 23 de

julio. Por su parte, el Marqués de Valdeiglesias publicará un total de 34 textos entre el 26 de abril y el 22 de noviembre de ese año (las crónicas aparecen numeradas y la serie se cierra con el número XXXV, pero en realidad el texto que haría el número XXIII no se publicó nunca, a pesar de que en la nota a pie de página que acompaña al XXIV se indica que había aparecido en el número correspondiente al 2 de julio). El conjunto de los más de 70 textos conforman un interesante entramado textual que refleja, en sus variantes y matices, las diferentes modalidades de la escritura cronística de guerra. Hay, obviamente, puntos de contacto entre las crónicas de los tres escritores y, en muchos casos, aunque no siempre, se relatan los mismos hechos y se describe el mismo escenario, que refleja la factualidad de un viaje cuidadosamente planificado por las autoridades militares en el que todos comparten las mismas experiencias.

Sin embargo –y en gran medida aquí reside el interés discursivo del corpus que manejamos–, la mirada de los testigos resulta, a la postre, diferente. Cada uno de ellos subraya aspectos diversos de la experiencia vivida y traslada así una visión distinta de la guerra. El contenido experiencial de las crónicas –la vivencia de partida, para decirlo con otras palabras– es el mismo, pero la representación es diferente, y cada autor construye su relato y su crónica desde su particular punto de vista (y manejo aquí el concepto de “punto de vista” con la amplitud con la que lo hace Boris Uspensky, de manera que incluye no solamente el plano espacio-temporal, fraseológico o psicológico, sino también el evaluativo / ideológico). Porque conviene insistir, una vez más, en que el papel de los cronistas no consiste solamente en informar o relatar con veracidad, sino en ejercer de mediadores entre la realidad y el público lector, contribuyendo a la percepción cultural y simbólica del conflicto. En este sentido, lo que Outes-León postula para los escritores modernistas (Outes-León 2014, p. 506), es, en realidad, aplicable a cualquier cronista de guerra. Se trata de tres miradas que se entrelazan en un juego de convergencias y divergencias, que responde a intereses y a papeles o roles diferentes (o, al menos, aparentemente diferentes). En la primera de las crónicas publicada por el Marqués de Valdeiglesias, en la que menciona que sus compañeros de viaje ya habían comenzado a publicar sus textos en la prensa, se subraya la diferente formación, experiencia y aptitudes de cada uno y se anticipan los posibles rasgos distintivos de su escritura:

Mis compañeros de expedición han comenzado a publicar sus impresiones de viaje. Campearán, ¿quién lo duda?, en los artículos de Gómez Carrillo, el ingenio de cronista, su amenidad de narrador, el talento descriptivo de viajero, cualidades características de su autor; en las crónicas de Fabián Vidal hemos admirado el conocimiento que de los sitios en que se riñeron grandes batallas en la guerra presente tiene el distinguido redactor de *La Correspondencia*, así como sus conocimientos estratégicos... Para ellos, la gloria literaria. (Valdeiglesias, 26 de abril de 1916)

Él, por su parte, se atribuye el papel de un humilde reportero: “Mis aspiraciones son más limitadas. Sólo quiero reflejar en estas cuartillas algo de lo que en mi excursión he visto, y la impresión que lo visto me ha causado, con la sencillez libre de toda pretensión, que en mí sería ridícula, propia de un curioso y veraz *repórter*”. El juicio de

Valdeiglesias no es, en realidad, caprichoso, y responde a la imagen pública de Fabián Vidal y de Gómez Carrillo (imagen, y hay que subrayarlo, que formaría parte del horizonte de expectativas de sus potenciales lectores). El primero había destacado como analista y comentarista de guerra en las páginas de *La Correspondencia de España*, en donde se venía ocupando diariamente del conflicto y en donde llegó a publicar más de 1.500 artículos, según confiesa él mismo en las “Cuatro palabras”, que incorpora como prólogo a una recopilación parcial de sus textos editados por Biblioteca Nueva, unos meses después del armisticio: *Crónicas de la Gran Guerra*. Los textos, además, habían aparecidos con una cadencia diaria y “sin más interrupciones que las originadas por dos enfermedades cortas y un viaje a los frentes y a la Gran Bretaña” (Vidal 1919, p. 7). El segundo era, en realidad, un escritor bien conocido y consolidado en el campo literario –había llegado presentarse a sí mismo como el “Príncipe de los cronistas” (Outes-León 2014, p. 504) y sus trabajos periodísticos habían alcanzado gran éxito de público y crítica desde hacía muchos años. Más aún, en el momento en el que emprendió el viaje, Gómez Carrillo era bien conocido también como cronista de guerra, ya que había participado en varios viajes a los frentes de batalla y había publicado tres libros de gran éxito –*Campos de batalla, campos de ruinas* (1915), *Crónica de la guerra* (1915) y *En las trincheras* (1915)– en los que recogía muchos de los textos que había publicado durante la guerra (el primero de los libros había conocido ya, además, traducciones al francés y al inglés). A estos tres volúmenes le seguirían otros cuatro –*En el corazón de la tragedia* (1916), en el que se recogen las crónicas publicadas durante el viaje del que nos ocupamos, *La gesta de la legión* (1918), *Tierras mártires* (1918) y *El quinto libro de las crónicas* (1919)–, en lo que constituye uno de los corpus de crónicas más importantes sobre la Primera Guerra Mundial en la cultura hispánica, que poco a poco va siendo estudiado y reivindicado. Por su parte, el Marqués de Valdeiglesias respondía razonablemente bien al estereotipo del reportero ocasional y *amateur*, puesto que su actividad, como propietario de *La Época*, desbordaba los límites del periodismo cotidiano y profesional. Aceptando provisionalmente la caracterización que el Marqués de Valdeiglesias ofrece de los tres viajeros, vamos a realizar un rápido recorrido por sus textos, para intentar identificar sus rasgos más destacados

#### EL COMENTARISTA BÉLICO

El profundo conocimiento de la estrategia militar y la buena y precisa información manejada sobre la evolución de los frentes y las particularidades técnicas de la guerra granjearon a Fabián Vidal el reconocimiento de los lectores, y sus artículos, que solían ocupar la página de portada del periódico, gozaron desde muy pronto de la autoridad otorgada al experto. En este sentido, no resulta disparatado que Valdeiglesias, como hemos visto, anticipe, cuando apenas habían comenzado a aparecer publicados en *La Correspondencia de España* los primeros artículos de Vidal, que estos habrían de reflejar necesariamente sus profundos saberes estratégicos y su amplio conocimiento

de lo que había sucedido en los campos de batalla desde el comienzo de la guerra. Y, de hecho, Fabián Vidal, convertido ahora en personaje, figura en varias de las crónicas del marqués desplegando su amplio conocimiento en beneficio de sus compañeros de viaje –“Vidal, siempre amable, me va recordando los hechos sangrientos de que han sido teatro estos lugares...” (2 de mayo), o “Vidal nos señala a lo lejos colinas y lugares [...] Para mayor ilustración de su relato, nuestro compañero despliega un magnífico mapa topográfico publicado por *The Daily Mail*, y nos va mostrando con el dedo los lugares de la pelea” (18 de julio)– al tiempo que Valdeiglesias destaca su “erudición guerrera” o se refiere a su gran memoria (el “memorioso”, lo llama) para recordar los grandes hitos de la guerra (6 de mayo).

Sin embargo, esta suposición de partida se verá parcialmente desmentida por los textos que irán apareciendo en *La Correspondencia de España*. Porque, curiosamente, el cronista deja fuera de sus artículos sus conocimientos sobre el desarrollo previo de la guerra o sobre los aspectos técnicos de los combates y las batallas, y sus crónicas – ágiles, escuetas y precisas, sin apenas digresiones ni desviaciones– ofrecen información directa y se organizan de acuerdo con una dominante –en el sentido en el que empleó este término el formalismo ruso, es decir, como principio organizador del texto– inesperada. Su mirada se detiene en la vivencia humana de la guerra y el conjunto de las crónicas del viaje a Flandes se transforma en una denuncia del absurdo de la guerra, de su sinsentido y de su ausencia de grandeza. En el primero de los textos publicados en el periódico, que lleva por título “A manera de prólogo”, el periodista ofrece una valoración general de lo que ha visto, y este juicio marcaría la orientación del conjunto de sus artículos. En uno de los primeros párrafos, señala Fabián Vidal:

La guerra moderna es fea, es monótona, es sucia, es aburrida. No tiene grandeza. Soldados, oficiales y jefes hacen una absurda vida de topos. La ofensiva y la defensiva son productos bizarros de la mezcla del arte del albañil y de la ciencia del algebrista. Todo es horrible, todo es traidor. Todo contribuye a que sean escasísimos los momentos de embriaguez bélica. Se mata y se muere sin saber cómo. La zozobra es continua. Se maldice el Sol, porque los días hermosos, de cielo azul y puro, son días “buenos para aeroplanos”. Se maldice igualmente a la niebla porque el enemigo puede aprovecharla para dar un golpe de mano contra las trincheras de vanguardia. Y luego las noches... las noches frías negras, de lluvia y de viento, de duelos individuales en las alambreadas, guarnecidas por soldados que tiemblan y avizoran, creyendo ver surgir fantasmas entre la tiniebla espesa; las noches donde hay gritos de agonía y puñales que brillan, y granadas que cruzan la oscuridad, arrojadas por manos invisibles; las noches interminables en que se aguarda la aurora como una liberación, aunque la aurora haya de traer los bombardeos y los combates cuerpo a cuerpo (20 de abril de 1916).

El patetismo de esta especie de imagen-síntesis de la guerra, reforzado por los paralelismos que gobiernan el ritmo de la prosa (“las noches”...), transmite una visión angustiosa de la lucha (como repetición ominosa) y traslada una mirada desde dentro (desde la perspectiva de quienes la viven día a día en las trincheras). Además, la barbarie desatada parece diluir las barreras que mantienen a la fiera confinada en el interior del hombre:

Y tuvimos ocasión, con frecuencia, de preguntarnos dónde está el límite que separa al hombre, fiera en acecho, pronta a saltar, del hombre, héroe tranquilo, transportado a planos morales superiores por un ensueño interior, alumbrado por las llamas de un ideal vago e inasequible (20 de abril de 2016).

Las situaciones límite enfrentan al ser humano con lo mejor y lo peor de sí mismo. De ahí que la imagen de la guerra se resuelva igualmente en una amalgama o una mezcla tosca en la que se funden elementos aparentemente antitéticos: “Hemos contemplado cuadros tristísimos y cuadros de atroz y sublime poesía”. Y aunque también hay algún momento de expansión lírica en sus textos, Vidal va a mostrarse especialmente atento a los horrores de la guerra, al dolor que causa y al dominio de la muerte que impone su ley. Y todo ello se evidencia con especial intensidad en los despojos de la batalla:

El silencio es impresionante. El viento ha callado también. Con frecuencia, alguno de nosotros se detiene y lanza un grito. Cráneos pelados, calaveras que nos miran con sus vacías cuencas y que ríen con risa macabra, fusiles rotos, pedazos de uniformes, piernas y brazos arrancados a sus troncos por la metralla, muñones informes, bombas sin estallar, cascos de granada, un revólver sin culata, un pie que sale de la tierra, un dedo que hemos pisado inadvertidamente... ¡Qué inmenso osario!... ¡Y cómo, al recorrer aquel terreno atormentado, retorcido, herido, trastornado por los furores de la guerra, se comprende lo espantoso de la conflagración actual!... Cada metro de suelo ha sido ganado, perdido, reconquistado, vuelto a ceder. La sangre ha corrido a ríos y los cadáveres se han amontonado bajo los ígneos bronce que descendían en lluvia infernal. Y mirando en torno nuestro, nos figuramos que se alzan al cielo crispados puños y que surgen de las hoyas rojizas gritos de agonía y de maldición (25 de abril de 1916).

Es una visión casi apocalíptica, en la que, por otra parte, se repiten algunos de los tópicos habituales a los que recurren los cronistas de guerra, en lo que fue un repertorio discursivo transversal, y Vidal insiste en subrayar el patetismo y la emoción desbordada. Es el triunfo general de la muerte, que no perdona tampoco a los civiles ni las ciudades. La visita a Ypres, una próspera urbe de tamaño mediano destruida por las sucesivas batallas a las que había servido de escenario y convertida literalmente en un anónimo cementerio, hace brotar también la emoción de los viajeros, y Vidal tematiza y destaca este momento. Cuando uno de los oficiales que les acompañan, el coronel Wilson, les indica que bajo las ruinas de las casas que contemplan se ocultan los restos de las familias que no supieron huir a tiempo de la tempestad de violencia, Fabián Vidal describe la siguiente escena:

Nos quitamos los sombreros. Todos estamos muy serios y muy pálidos. Valdeiglesias deja de escribir en sus cuadernos. Gómez Carrillo, el burlón incorregible, que, bajo las bombas, ríe y canta y es travieso como un colegial en vacaciones, enmudece y mira, los ojos muy abiertos. Una sensación de malestar indefinible nos embarga. La pérdida de las joyas arquitectónicas e históricas de que se enorgullece Ipres [sic], la ciudad que murió, ha sido dolorosamente apreciada por nosotros, en toda su importancia trascendental. Pero la contemplación de aquellos escombros vulgares, donde no hay la poesía de las torres hendidas, de los arcos rajados, de las estaturas decapitadas, de las columnas tronchadas, de los frisos acribillados por

los cascos del obús, nos ha vuelto a la realidad horrible, despertándonos bruscamente del ensueño rememorador, que se había apoderado de nuestras almas (22 de abril de 1916).

La contemplación estetizante y agrídulce, casi melancólica, de las ruinas artísticas e históricas de Ypres es desplazada y sustituida de súbito en el texto por la impresión vívida de la muerte triunfadora y del muy concreto sufrimiento de los habitantes de la ciudad (un sufrimiento, por otra parte, más imaginado que descrito).

Esta visión dominante de la guerra no implica, sin embargo, que el cronista no juegue en ocasiones, y en una muy medida estrategia discursiva, a destacar los contrastes –la paradójica coexistencia de muerte y vida, por ejemplo–, como si estos sirvieran precisamente para subrayar el verdadero alcance de la tragedia de la que él y sus compañeros son testigos. Así, en el pueblo de Messines, y en medio de los campos de batalla, el cronista detiene su mirada en un remanso de naturaleza apacible, casi idílica, que sirve, precisamente por su excepcionalidad, para dar cuenta de lo perdido:

Es un rincón de idilio, algo paradisiaco y sublimemente dulce y bello, un sendero muy estrecho, de arena dorada y limpiísima. Un arroyuelo murmurante le da frescura. Dos setos olorosos lo flanquean. Algunos árboles corpulentos, de pobladas ramas, que la metralla respetó milagrosamente, le protegen contra los rayos del sol. Florecillas blancas y doradas brotan por doquiera. Los insectos vuelan y los pájaros cantan sobre nuestras cabezas. Todo es allí paz y reposo, calma y placidez de égloga. Y la guerra ruge en torno de aquel edén. Y los hombres se asesinan muy cerca de aquella umbría deleitosa. *Lugar cobdiciadero, Para el home cansado* [sic] que dijo uno de nuestros clásicos inmortales (24 de abril de 1916).

En su conjunto, las crónicas de Fabián Vidal, algunas de las cuales –las que se refieren a la visita al frente propiamente dicho, prescindiendo de aquellas que describen los esfuerzos bélicos en la retaguardia– fueron incorporadas al volumen *Crónicas de la Gran Guerra* como un “Paréntesis” que lleva como precisión “Notas de un viaje al frente inglés de Francia y Bélgica. 5-20 de abril de 1916”, ofrecen una visión directa, áspera y crítica de la guerra y recurren a la emotividad y al patetismo para conmovir a sus lectores (trabajan discursivamente el *pathos* de la guerra). Es como si ante el espanto no sirviera de nada el informado análisis al que Vidal tenía acostumbrados a sus lectores y este deja de lado la información histórica y toda su erudición bélica para describir de manera efectiva, y sin elucubraciones teóricas, la crudeza de aquello que ha visto. Es seguro, tal y como lo describe el Marqués de Valdeiglesias, que Fabián Vidal sabía desplegar ante sus compañeros su amplio conocimiento de la guerra, pero nada de eso aparece en sus crónicas. Esa erudición, podríamos señalar, está significativamente ausente, porque la estrategia discursiva desplegada por Vidal apunta a otros fines. Curiosamente, la primera de las crónicas aparecida en el periódico, que sirve como umbral evaluativo de la guerra, no será incluida en el libro. Es como si el propio autor prefiriera que el escueto relato de lo visto en el campo de batalla hablara por sí mismo. Ese breve intermedio o paréntesis en *Crónicas de la Gran Guerra* traslada por un momento al lector del libro a los campos de batalla, y es él quien debe juzgar por sí

mismo. En este sentido, la primera de las crónicas es sacrificada en aras de la eficacia retórica de la obra publicada en 1919.

#### EL REPORTER

El Marqués de Valdeiglesias, por su parte, y como he señalado antes, se asigna a sí mismo un papel menor o secundario, el de simple *reporter*, que se limita humildemente a describir lo que ve con la mayor fidelidad posible. Basta, sin embargo, leer las 34 crónicas publicadas en *La Época* para descubrir que su tarea va mucho más allá de la meramente informativa. Es cierto que menciona a menudo su forma de trabajar, que es la propia del reportero tradicional, siempre acompañado de una pequeña libreta en la que anota todo lo que ve y lo que le van contando los diferentes personaje con los que se cruza en el camino: “He de decir, para que no me motejen de fantástico, que cuento lo que he visto y me han referido”, subraya en una ocasión (15 de mayo de 1916). Esta insistencia, casi obsesiva, en las anotaciones o en las notas tomadas en los mismos escenarios que visita, a la que se refieren también, en varias ocasiones, Gómez Carrillo y Fabián Vidal –este último, quizá con cierta ironía, precisa en las primeras jornadas del viaje que el marqués hacía anotaciones en el cuadernito número 39 de su colección (22 de abril de 1916)– viene a reforzar la verosimilitud y la autoridad de su relato que está acompañado de numerosos datos y precisiones concretas. El escritor alude, de hecho, en varias ocasiones, a la posible prolijidad de sus enumeraciones o sus descripciones, o al exceso de pormenores que incluye, lo que justifica por la exigencia de exactitud y rigor informativo. Así, al visitar el depósito al que denomina “*spoliarium*”, y en el que se reciclan todos los objetos encontrados en el campo de batalla, escribe:

Quizá parezcan prolijos (yo creo sinceramente que lo son) los pormenores recogidos, que traslado a estos artículos, acerca de lo que hube de observar en el *Depot d'ordonnance*. Apuntes áridos, sin amenidad; datos y hechos sin carácter alguno pintoresco, han de ser el contenido de la presente reseña.

Por eso al hablar de las líneas que escribe, precisa:

No hay en ellas nada que pueda halagar la imaginación, nada que tienda a emocionar. Los que busquen aquí lo llaman las retóricas artísticas *hipotiposis*; esto es, descripciones rebosantes de color y de fuerza sugestiva, pueden pasar por alto mi prosaico y enfadoso relato.

Y concluye: “Y dicho esto, sigo con mi cuento, que no es cuento, sino narración rigurosamente exacta, dando noticia de mi visita al *spoliarium* [...]” (17 de mayo de 1916). Curiosamente, esa descripción del depósito en el que se guardan y se reparan los despojos de la guerra, precisa y minuciosa hasta el exceso, constituye, en mi opinión, uno de los pasajes más memorables de sus crónicas y encierra una de las claves de su poética como cronista. Recordemos que Valdeiglesias recurre a la comparación del depósito con el Rastro de Madrid:

¿Habéis visitado, amables lectores, el “Rastro” de Madrid? ¿Habéis visto, amontonados en promiscuo hacinamiento, muebles, ropas, objetos de arte y de uso doméstico, todo ello roto, estropeado, *lisiado* por el ajetreo del uso? ¿Habéis reparado, cómo allí lo roto se compone, lo viejo se remoza, lo quebrantado se fortalece y lo inservible al parecer se utiliza?... Pues algo semejante se ofreció a nuestra vista al entrar en el depósito del que vengo hablando. Se recogen en él los restos, los despojos, los detritus del material de guerra, y en él también se fumiga, se clasifica, se recompone todo lo que los combates han dejado inservible. Es aquello como un hospital de cosas. Las que entraron heridas, volverán después de su *cura*, a ocupar su puesto y a prestar de nuevo servicio en la línea de fuego

### A lo que añade:

Nada de esto se pierde: todo se recoge, todo se aprovecha, todo se compone. Como en el gran Laboratorio de la Naturaleza, nada hay que se aniquile, nada que, en una forma u otra, deje de existir, en estos Laboratorios, o talleres, cerrados y organizados por el arte militar, todo subsiste, todo se utiliza y transforma para futuras necesidades de la campaña.

Para concluir comparándolo con una especie de singular museo que, como las ruinas, atesora simbólicamente el sufrimiento y el dolor del que han sido testigos los objetos:

El aspecto de todo ello tiene algo de fábrica y algo también de museo; un museo lúgubre, cuyos objetos conservan todavía, a despecho de las fumigaciones y composturas, algo del horror de las batallas: agujeros que hablan de heridas mortales, manchas de sangre, abolladuras monstruosas... (15 de mayo)

Resulta imposible leer esas líneas, y especialmente el segundo de los párrafos transcritos, sin que venga a la imaginación la figura del traperero, que Walter Benjamin supo rentabilizar en sus trabajos sobre Baudelaire y el poeta moderno. Al igual que el poeta y el *flâneur* van recogiendo fragmentos de realidad, dotándola de sentido, el reportero de prensa recoge, aprovecha, recompone y reutiliza toda la información de la que va haciendo acopio en los lugares que visita. Parece tentador imaginar así a Valdeiglesias como un traperero compulsivo incapaz de desperdiciar nada y obsesionado con atesorar una imposible y heteróclita variedad de objetos. Y es que, en realidad, sus crónicas parecen organizarse sobre un principio similar: el reportero accidental quiere recogerlo todo y aprovecharlo todo. No hay información que no valga ni dato que se desperdicie. Y el resultado es una impresionante riqueza informativa, que hace que sus crónicas destaquen, en este sentido, muy por encima de las de sus compañeros de viaje.

Esa exactitud y precisión factual solamente se ve interrumpida en aquellos momentos de tensión en los que la realidad se impone con toda su fuerza y el reportero deja de lado su tarea arrastrado por la intensa emoción de lo que vive. Así, por ejemplo, en la crónica en la que describe su visita a las trincheras de Vermelles (7 de mayo), tras señalar que sus compañeros y él han visto algo de la gran guerra, con todos sus “españtos” y “grandezas”, se ve obligado a precisar:

Como deseo ser sincero, y que mis lectores gradúen con conocimiento de causa la porción de realidad que contienen mis relatos, he de decir que el estampido de los cañones, el silbar de los proyectiles, el saber que me encontraba en un atrincherado de primera línea, la certeza de aquellas detonaciones y silbidos, eran anuncio de sabe

Dios cuántas muertes, todo este conjunto vertiginoso de estrépito y amenazas, en-  
volviéronme un tanto entre las sombras angustiosas de una especie de pesadilla.

Por eso añade:

Hojeo ahora mi cuaderno de notas de aquel día, y leo sin dificultad los apuntes relativos a las calles de Vermelles, pero cuando examino las que tracé en las húmedas galerías encuentro algunos claros. Tengo, pues, que acudir a la memoria, para reconstituir aquella jornada inolvidable. Gómez Carrillo podría hacer de nuestra excursión un cuadro admirable: porque cuando yo me sentía embargado por la emoción, él bromeaba.

Y en algún otro momento insiste en que la emoción puede alejarle de la realidad y desviarle, por lo tanto, de su deber informativo: “Las violentas emociones del día, la tensión de mis nervios, la sangre, que parece dar martillazos en mis sienes, me apartan de la realidad” (8 de mayo). No obstante, el reconocimiento de esa insuficiencia sirve, precisamente, para reforzar la verosimilitud general de su relato y para garantizar la precisión factual del resto –y ahí estarían las anotaciones para corroborarlo–.

Siendo este su rasgo distintivo, hay que señalar, sin embargo, que las crónicas de Valdeiglesias van mucho más allá de lo meramente informativo y constituyen en sí mismo un corpus de gran complejidad discursiva. En ellas hay continuas alusiones culturalistas –a la pintura, a la arquitectura, a los libros que lee o ha leído, a la historia de los lugares que recorre– que enriquecen el texto. Además, el escritor / reportero, en su afán por ofrecer una visión global, no duda en recurrir a muy variadas fuentes de información (viaja acompañado, por ejemplo, de una guía Baedeker, que le permite proyectar la imagen de lo que fue sobre lo que ahora se revela ante sus ojos) e incluso a la cita directa, y así incorpora, por ejemplo, fragmentos de las crónicas que Fabián Vidal y Gómez Carrillo habían publicado ya en la prensa, justificando su inclusión por la fuerza expresiva que transmitían. Además, las crónicas de Valdeiglesias proporcionan marcos interpretativos o marcos de inteligibilidad que permiten comparar la guerra actual con las antiguas guerras españolas en los territorios de Flandes (en una estrategia discursiva que facilita la aproximación sentimental a un conflicto, que en términos estrictos, era radicalmente ajeno al contexto español, más allá de que el bando aliadófilo y el germanófilo buscaran una identificación sentimental con ciertos valores europeos, lo que se explicaba por la pulsión cosmopolita, que funciona como compensación simbólica a la marginación efectiva de la cultura hispánica en el contexto internacional).

Sin abandonar en ningún momento la precisión y los detalles, que son su seña de identidad –de los tres cronistas es el que proporciona una mayor información y un mayor número de datos–, Valdeiglesias ofrece a sus lectores una visión amplia de la guerra, en la que caben también el desahogo sentimental, un cierto lirismo trágico que tiñe algunas de sus descripciones (este “inmenso poema de la guerra” escribe el 6 de mayo) y los desahogos imaginativos, por los que se siente obligado a disculparse ante sus lectores (“perdón, lector, por estos desahogos de la imaginación, que podrán ser inoportunos, pero que no son insinceros”, escribe también el 6 de mayo).

## EL CRONISTA LITERARIO

El caso de Gómez Carrillo es distinto al de sus compañeros de viaje. La amplia experiencia acumulada en sus anteriores visitas al frente, su formación literaria y su dominio de una técnica cronística que había ido puliendo a lo largo de los años le daban una cierta ventaja de partida. Además, al no sentirse constreñido por las obligaciones del periodista profesional, abordaba su tarea con especial libertad y amplitud de miras. De hecho, en una de las primeras crónicas sobre el conflicto, que había publicado en *El Liberal* el 28 de agosto de 1914, a punto de iniciar el primero de sus viajes al frente, había escrito Gómez Carrillo: “Yo no voy a la frontera ni como novelista ni como reportér. Voy lo mismo que he ido a todas partes, como un simple viajero, curioso de mil cosas que a los periodistas, en general, no les interesan” (citado en Galván 2016, p. 79). Se desmarcaba así, y de partida, de la “tribu” de los reporteros o corresponsales profesionales y de su discurso, y defendía un manera de trabajar que dependía únicamente de la curiosidad personal. Bien es cierto que la práctica de la crónica de guerra va poniendo las cosas en su sitio y el Gómez Carrillo de 1916 no será exactamente el de 1914, porque, como ha señalado muy bien Outes-León, el escritor guatemalteco irá poco a poco creándose un estilo híbrido personal, que incorpora y fusiona materiales literarios y periodísticos: “The Guatemalan writer blends his *flâneur* literary persona with his new role as war correspondent, incorporating reporter-style journalism into his highly aestheticized modernist prose”. Y añade:

His chronicles merge lyrical passages of literary prose with the reporter's tools of the trade: hard facts, an event-based narrative line, a less rhetorical style, as well as testimonials and interviews that enrich his texts with new subjective perspectives. These changes imbue Gómez Carrillo's highly aestheticized lyrical style with a stronger effect of immediacy and truth (Outes-Leon 2014, p. 513).

Equipado con esta tecnología de la representación, el escritor modernista se había convertido en un verdadero corresponsal de guerra. Lo que no obsta, por otra parte, para que su actitud y su comportamiento público siguiera estando marcado por la herencia de del dandismo. Y así lo destacan sus compañeros de viaje, que dibujan a un Gómez Carrillo cuya actitud y comportamiento públicos pueden leerse como afirmación de su personalidad singular. Mariano Siskind escribe: “Gómez Carrillo ve la guerra como un gigantesco espectáculo pesadillesco y aterrador que, sin embargo, él construye como una oportunidad para expandir su subjetividad modernista y su sensibilidad de *dandy*” (Siskind 2016, p. 234). Y es esa sensibilidad, y esa capacidad para situarse a la contra, la “mirada oblicua” de la que habla Cuvardic (p. 163), la que le permite convertirse en un cronista con voz propia.

Su mirada y su visión son amplias y abarcadoras y el corpus que conforman las crónicas escritas durante el viaje de 1916 es el más complejo, el más rico desde un punto de vista discursivo y el más elaborado de los tres que estamos considerando. Incluye no solamente el relato preciso y detallado de lo visto y lo vivido, sino también un buen

número de diálogos y entrevistas, una amplísima reflexión histórica y artística sobre el pasado español de los territorios que visita y una serie de digresiones pseudo ensayísticas sobre las más variadas cuestiones –el carácter de la raza inglesa, por ejemplo, o las diferencias esenciales que distinguen al soldado inglés–, entre otras fórmulas de discurso. Gómez Carrillo maneja con absoluta libertad la materia prima de la crónica, la experiencia de partida, y trata los hilos narrativos con tal destreza que incluso al lector le alcanza la duda por momentos de si todo lo que se relata en las crónicas es real o es mera ficción instrumental. Es lo que nos sucede como lectores, por ejemplo, ante la descripción de la escena del hospital en la que un médico que acaba de amputar una pierna sale del quirófano con ella en brazos como si fuera un niño recién nacido. Lo inusual y lo impactante del hecho descrito haría pensar que habría causado gran impresión en los tres escritores, pero sorprendentemente el único que menciona este supuesto suceso es el guatemalteco. ¿Realidad vivida, pues, o realidad inventada? Poco importa porque es ya realidad discursiva, y como tal aspira a conmover intelectual y emocionalmente a su público; y en eso mismo justifica sus libertades. Lo cierto, o no, de esa y otras muchas anécdotas que el escritor recoge en sus textos importa poco, porque lo que interesa es que doten de contenido humano su relato. Frente a las abstracciones, la concreción de la anécdota que da carnalidad a los sucesos.

Desde el punto de vista ideológico, son también particularmente interesantes las crónicas de Gómez Carrillo. Su compromiso abierto y explícito con la causa aliada no le impide replantearse el conflicto en su conjunto como el síntoma del fracaso de una civilización en la que, más allá de las culpas concretas, ha colapsado por completo la estructura moral que la sustentaba. La “barbarie refinada”, que tan bien ha estudiado Outes-León, es la imagen empleada por Gómez Carrillo en la que se resume ese colapso y con la que culmina una significativa inversión de términos: civilización y barbarie intercambian posiciones. Y eso abre las puertas a una recolocación histórica, ya que el margen de la civilización (esa Latinoamérica conceptuada como territorio bárbaro) pasa a convertirse en signo de un potencial futuro abierto. No quiero detenerme en los matices de un análisis que ha realizado con brillantez Outes-León, pero me parece necesario señalar que la barbarie que Gómez Carrillo denuncia, oculta tras la precisión técnica y científica de las fábricas que utilizan los avances del conocimiento para construir herramientas de muerte y destrucción, puede resultar abyecta, pero no por ello carece de atractivo. Más aún –y esto añade complejidad a los textos del guatemalteco–, aunque el juicio es claro, el discurso parece contradecirlo. Su descripción de las fábricas de municiones y de cañones se construye como denuncia racional, pero al mismo tiempo, en la materialidad de una escritura presidida por la sobredeterminación y el exceso (hay fragmentos que se acercan al poema en prosa), late la fascinación por la técnica y por la capacidad demiúrgica del hombre. En este sentido, es posible encontrar un punto de coincidencia entre Gómez Carrillo y los escritores futuristas, para quienes la guerra tenía la hermosura y la precisión de la máquina moderna. No hay en Gómez Carrillo exaltación ni defensa de la guerra, pero va más allá de la mera descrip-

ción objetiva y su discurso genera una tensión interna que no alcanza resolución. En este sentido, este es un ejemplo de la complejidad de unas crónicas cuya riqueza de matices exigiría un estudio más detallado.

## CONCLUSIONES

La consideración paralela de los textos publicados por Fabián Vidal, el Marqués de Valdeiglesias y Enrique Gómez Carrillo, tras haber regresado del viaje que realizaron conjuntamente a los campos de batalla de la Flandes ocupada en abril de 1916, pone de relieve la diferente concepción de la crónica de guerra que manejaban y la diversas poéticas a las que se ciñe la práctica de esta escritura. Partiendo de una base de experiencia similar, por no decir igual, cada uno de los cronistas abordó su tarea desde un ángulo diferente, destacando aspectos diversos y organizando su discurso en función de principios rectores no plenamente coincidentes. Si en Fabián Vidal destaca la crítica de la guerra y el manejo de las emociones del lector, en Valdeiglesias predomina la obsesión por la información y por el dato concreto y preciso, en un afán de no desperdiciar la más mínima pieza de información. En Gómez Carrillo, por su parte, la crónica de guerra alcanza una riqueza expresiva y discursiva difícil de superar. En cualquier caso, el corpus analizado permite acercarse al género de la crónica de guerra en alguna de sus múltiples variantes; y el esbozo de análisis que en estas páginas se apunta sirve para corroborar que cada autor trabaja dentro del género, pero a la vez lo adapta a sus propias necesidades y lo expande o lo contrae a su gusto. Los datos objetivos son el punto de partida, pero en el fondo son prescindibles porque no hablamos de realidades, sino de representaciones. En cualquier caso, ese fondo común, que intuimos en la lectura del corpus conjunto, permite entender cómo la materia básica se refracta en la conciencia del autor. Los textos vienen a ser, así, más que reflejos parciales, refracciones discursivas.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALBERT, B., 2002. *South America and the First World War: The Impact of the War on Brazil, Argentina, Peru and Chile*. Cambridge: Cambridge University Press. 388 p.
- ANÓNIMO. 1917. La prensa española y la guerra. *Bulletin Hispanique*, t. 19 n° 2, pp. 123-133.
- AUBERT, P., 1998-1999. L'appel de l'étranger: le rôle des correspondants de presse (1900-1936). *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne*, vols. 28/29, pp. 229-253.
- COMPAGNON, O., 2013. *L'adieu à l'Europe. L'Amérique latine et la Grande Guerre (Argentine et Brésil, 1914-1939)*. París: Fayard. 394 p.
- CUVARDIC GARCÍA, D., 2016. "El deber de quien desearía ser el cronista de una guerra caballeresca": estética e ideología de la crónica bélica de la I Guerra Mundial en Enrique Gómez Carrillo. *Revista de Historiografía*, n° 24, pp. 157-170.
- DENDLE, B. J., 1992. Spanish Intellectuals and World War I. En A. TOUMAYAN, ed., *Literary Generations. A Festschrift in Honor of Edward D. Sullivan*. Lexington, Kentucky, French Forum Publishers. pp. 67-78.

- DÍAZ-PLAJA, F., 1981. *Francófilos y germanófilos*. Madrid: Alianza. 433 p.
- FAJARDO, E. (FABIÁN VIDAL), 1919 [?]. *Crónicas de la Gran Guerra*. Madrid: Biblioteca Nueva. 311 p.
- FUENTES CODERA, M., 2014. *España en la Primera Guerra Mundial. Una movilización cultural*. Madrid: Akal. 238 p.
- GÁLVÁN, M. J., 2016. Gómez Carrillo y *Tierras Mártires*: vestigios de la Gran Guerra. *Journal of Hispanic Modernism*, n° 7, pp. 77-88.
- LAGUNA PLATERO, A., 2013. Efectos de la Gran Guerra en la prensa valenciana: un cambio de ciclo. *Historia y Comunicación Social*, vol. 18, pp. 275-291.
- LANTIER, R., 1916. L'Espagne et le confict européen: L'information et la littérature de guerre. *Mercure de France*, t. 116, n° 434, pp. 238-258.
- MAINER, J. C., 1972. Una frustración histórica: la aliadofilia de los intelectuales. En *Literatura y pequeña burguesía en España (Notas 1890-1950)*. Madrid: EDICUSA, 1972, pp. 141-164.
- MEAKER, G. H., 1988. A Civil War of Words: The Ideological Impact of First World War on Spain, 1914-1918. En H. A. SCHMITT, *Neutral Europe between War and Revolution, 1917-1923*. Charlottesville: University Press of Virginia. pp. 1-65.
- NAVARRA ORDOÑO, A., 2014. 1914. *Aliadófilos y germanófilos en la cultura española*. Madrid: Cátedra. 255 p.
- OJEDA REVAH, M., 2014. América Latina y la Gran Guerra. Un acercamiento a la cuestión. *Política y Cultura*, n° 42, pp. 7-30.
- OUTES-LEÓN, B. D., 2014. *La Barbarie refinada: The Crisis of European Modernity in Gómez Carrillo's Chronicles of the First World War*. *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, vol. 38, n° 3, pp. 503-527.
- ROMERO SALVADÓ, F. J., 2002. *España 1914-1918: entre la guerra y la revolución*. Barcelona: Crítica. 280 p.
- RÍOS-FONT, W., 2004. *The Canon and the Archive. Configuring Literature in Modern Spain*, Lewisburg, Bucknell University Press.
- SISKIND, M., 2016. La primera guerra mundial como evento latinoamericano: modernismo, visualidad y distancia cosmopolita. *Cuadernos de Literatura*, vol. XX, n° 39, pp. 230-253.
- ZAMACOIS, E., 1915. *La ola de plomo. Episodios de la guerra europea*. Madrid: Librería de la Viuda de Pueyo. 229 p.

# PASIÓN DE MULTITUDES: LA PRENSA Y LA OPINIÓN PÚBLICA DE BUENOS AIRES FRENTE AL ESTALLIDO DE LA GRAN GUERRA

CROWDS' PASSION: BUENOS AIRES' PRESS AND PUBLIC OPINION FACING THE GREAT WAR

Emiliano Gastón Sánchez<sup>1</sup>

*Palabras clave*    *Resumen*

Primera Guerra Mundial, Prensa periódica, Opinión pública, Buenos Aires, Historia cultural de la prensa

Se analiza la fascinación que el estallido de la Gran Guerra desató en la prensa y la opinión pública de Buenos Aires, capital de un país neutral, distante miles de kilómetros del escenario del conflicto. Desde una perspectiva que enfatiza la “cultura de la noticia” y el consumo informativo, este trabajo muestra que la sed de novedades que rodea al estallido del conflicto constituye el aspecto más evidente de una mirada “plebeya” que transforma la guerra en una suerte de espectáculo mediático. Sin desconocer la incidencia de otras variables (demográficas, económicas, etc.), este enfoque permite explicar las espontáneas concentraciones suscitadas por el inicio de la contienda desde un marco alternativo a la llamada “cultura de la movilización”.

*Recibido*  
5-12-2017  
*Aceptado*  
10-4-2018

*Key words*    *Abstract*

First World War, Periodical press, Public opinion, Buenos Aires, Cultural history of press

This article analyzes the fascination that the Great War outbreak sparked in the press and the public opinion in Buenos Aires, capital of a neutral country, thousands of miles away from the conflict scene. From a perspective that emphasizes the “culture of the news” and the informative consumption, this work shows that the thirst for novelties that surrounds the conflict outbreak is the most obvious aspect of a “plebeian” view that transforms the war into a media show. Without neglecting other variables' incidence (demographic, economic, etc.), this approach allows to explain the spontaneous concentrations aroused by the war start from an alternative framework to the so-called “culture of mobilization”.

*Received*  
5-12-2017  
*Accepted*  
10-4-2018

Puede decirse que jamás un acontecimiento de allende el océano a suscitado una expectativa tan íntima, tan honda, en esta ciudad. Sin dudas, en ninguna otra del mundo, fuera de las naciones puestas en estado de guerra, flota una emoción equivalente.

*La Nación*<sup>2</sup>

1 CONICET / Universidad Nacional de Tres de Febrero, Argentina. C. e.: esanchez@untref.edu.ar. Agradezco a Lila Caimari y Daniel Lvovich la lectura de una versión previa de este trabajo.

2 1914. “La situación de Europa”, *La Nación. Diario de la mañana* (en adelante, *LN*), n° 15301, 2 de agosto, p. 8. Se ha conservado la ortografía y la puntuación originales en las citas de las fuentes primarias.

La agitación del pueblo, originada por las noticias que llegan de la guerra europea, tiende a mantener en tensión los espíritus, y por momentos las mismas cuestiones de orden interno pasan á segundo plano, ante una información sensacional transmitida por el cable.

*La Argentina*<sup>3</sup>

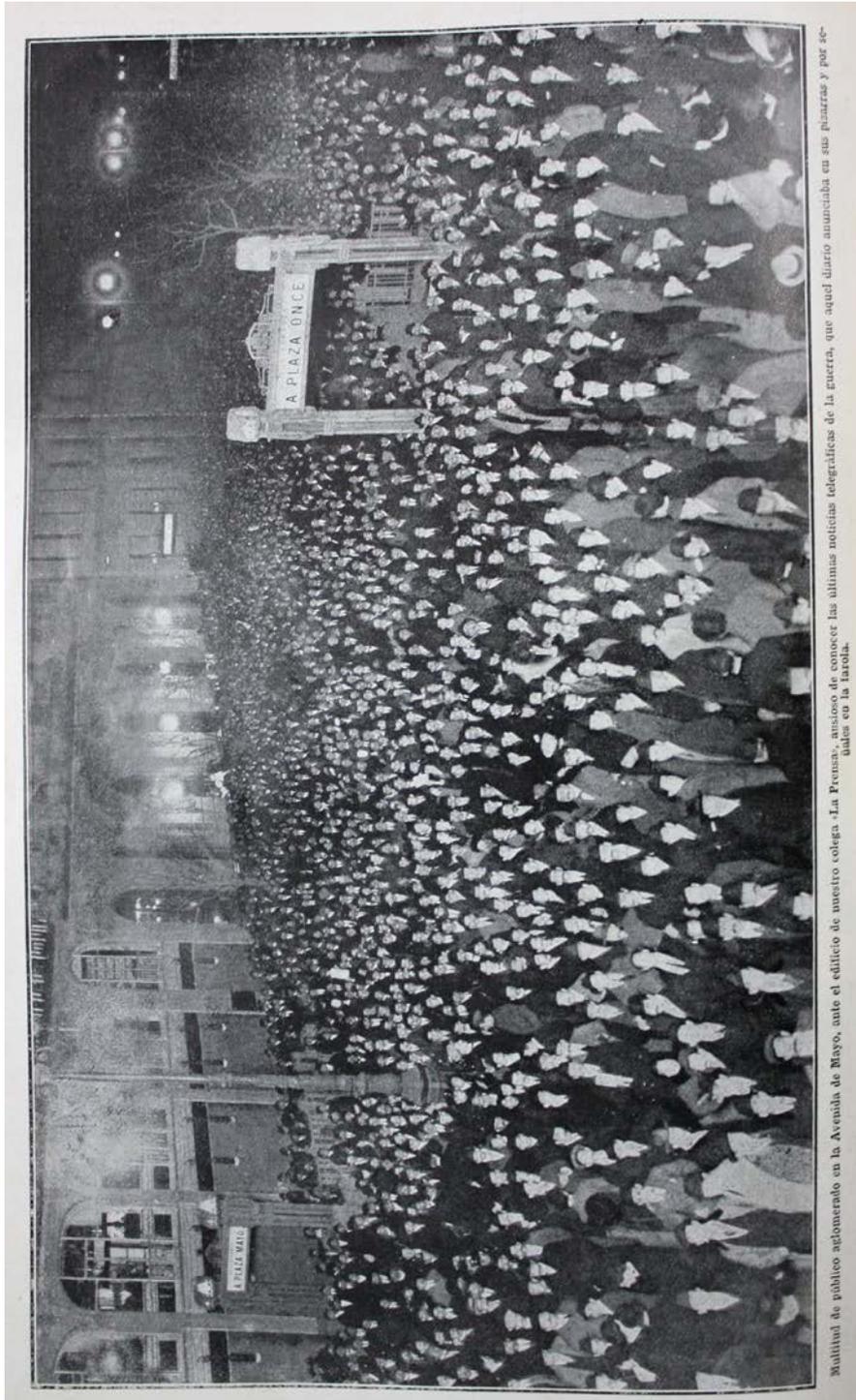
**E**n su libro de memorias, publicado a mediados del siglo xx cuando era una figura consagrada del nacionalismo argentino, Juan Emiliano Carulla brinda uno de los relatos más vivos sobre el aspecto que ofrecía el centro de Buenos Aires al conocerse la noticia del estallido de la Gran Guerra. Por ese entonces, Carulla era un médico de simpatías anarquistas que poco tiempo después cruzaría el Atlántico con intenciones de combatir en la Legión Extranjera, aunque tuvo que conformarse con una participación más modesta como integrante del servicio médico auxiliar del ejército francés en la región de Châlons-sur-Marne durante la batalla de Verdún. La excitación que transmiten sus recuerdos corrobora las afirmaciones de los diarios que figuran en el epígrafe de este artículo sobre las expectativas que el inicio de las hostilidades provocó en el público porteño:

Encontrábame, a eso de las seis de la tarde, en mi consultorio atendiendo a algunos pacientes, cuando irrumpió Casiano, haciendo caso omiso de toda fórmula y llevándose por delante a un señor semidesnudo al que estaba yo en tren de examinar. Con ojos flameantes, rostro congestionado y voz alterada me gritó mi portero gallego [...]: “¡Don Juan, la guerra! ¡Don Juan, ha estallado la guerra!”. El enfermo se olvidó de su propia enfermedad, y ajustándose los pantalones, se dispuso a salir a la calle. Por mi parte, despedí a tres o cuatro personas que me aguardaban en la sala de espera, y eché a correr en dirección a *La Prensa*. Ya la multitud empezaba a volcarse en las calles y a medida que avanzaba por Piedras hacia Avenida de Mayo, más difícil se me hacía el camino (Carulla 1964, pp. 160-161).<sup>4</sup>

Al llegar a la Avenida de Mayo, Carulla se sumergió en un “multitudinario y babélico” gentío que deambulaba ante las pizarras de los diarios instalados en el centro de la ciudad, “escuchando las opiniones, interviniendo en las discusiones y expresando de viva voz o a gritos mi adhesión a los aliados” (1964, p. 161). Este joven médico entrerriano pudo haber integrado la masa de personas retratadas en la impactante fotografía a página completa sobre las repercusiones de la guerra en Buenos Aires (fig. n° 1), publicada a mediados de agosto de 1914 en el semanario *Caras y Caretas*. La imagen muestra una toma nocturna de la céntrica esquina de Avenida de Mayo y Perú colmada por una multitud que se agolpaba frente al edificio de *La Prensa* en busca de novedades sobre el conflicto, que el diario anunciaba, por un lado, en sus pizarras y, por otro lado, mediante un ingenioso sistema de señales.

3 1914. “Días de ansiedad”, *La Argentina. Primer diario moderno de la mañana, independiente e impersonal* (en adelante, *LA*), n° 3310, 9 de agosto, p. 4.

4 Según consta en un aviso publicado en *Ideas y Figuras*, una revista literaria vinculada a la órbita cultural del anarquismo en la que era asiduo colaborador, Carulla tenía su consultorio en la calle Lima 630, a pocas cuadras de la Plaza de Mayo.



Multitud de público aglomerado en la Avenida de Mayo, ante el edificio de nuestro colega "La Prensa", ansioso de conocer las últimas noticias telegráficas de la guerra, que aquel diario anunciaba en sus páginas y por señas en la tarola.

Fig. n° 1. "La emoción de la guerra", *Caras y Caretas. Semanario Festivo, Literario, Artístico y de Actualidad* (en adelante, *CyC*), n° 828, 15 de agosto de 1914, s/p.

A más de un siglo de distancia, esa multitud sigue planteando un interrogante: ¿por qué en la capital de un país formalmente neutral, distante miles de kilómetros del escenario del conflicto, la opinión pública manifestó un grado tan alto de interés por la guerra que había estallado en Europa?<sup>5</sup> Sin duda, algunas variables, como el alto índice de extranjeros que hacia 1914 habitaban en Buenos Aires, el temor sobre la situación financiera que podría agravar la ya evidente crisis de la economía argentina y la posibilidad de una rápida resolución de la guerra, contribuyen a explicar ese nivel de expectativas. Sin embargo, habría que considerar también la simple curiosidad, la intención de estar al corriente sobre las “cosas del mundo”, como un rasgo idiosincrático de una cultura mediática que, desde finales del siglo XIX, había hecho del consumo informativo de las noticias internacionales uno de sus pilares.

Incluso antes de la incorporación de Buenos Aires a la red de cables submarinos, algunos conflictos bélicos, como la Guerra franco-prusiana, habían suscitado entre los lectores porteños una “fiebre noticiosa” similar, aunque de menor intensidad si se compara con lo ocurrido en agosto de 1914 (Pastormerlo 2016). Posteriormente, la inserción de la prensa porteña en la red telegráfica global y la aceleración en la circulación de la información internacional consolidaron esa “cultura de la noticia” y las secciones internacionales comenzaron a publicar con mayor frecuencia novedades procedentes de todos los confines del globo (Caimari 2016). Desde entonces, los lectores porteños podían enterarse en pocas horas de acontecimientos como el *affaire* Dreyfus, la Guerra hispano-estadounidense o la rebelión de los bóxers, y seguir diariamente sus alternativas, teniendo a mano una información muy similar a la que circulaba en las principales ciudades de Europa (Lvovich 2003 y Bergel 2015, pp. 73-94, entre otros).

Con sus particularidades, las reacciones de la prensa y la opinión pública porteña frente a los inicios de la Gran Guerra muestran, entonces, una continuidad con el modo en que los lectores se acercaban a las noticias internacionales desde finales del siglo XIX, en el marco de un proceso de modernización que transformó los grandes diarios de la Capital en un fenómeno periodístico y social cuya presencia en el espacio público iba mucho más allá de la hoja impresa (Gómez 2008). Desde esta perspectiva, la compulsión informativa que rodea el estallido del conflicto constituye el aspecto más evidente de una mirada “plebeya” que transforma la guerra en una suerte de espectáculo mediático y que permite explicar esas espontáneas concentraciones desde un enfoque alternativo a la llamada “cultura de la movilización”.<sup>6</sup>

5 El 5 de agosto de 1914, luego del ingreso de Inglaterra en la contienda, Argentina declaró la “más estricta neutralidad” frente al estado de guerra entre “naciones amigas”. Durante la administración conservadora de Victorino de la Plaza –entre la firma de este primer decreto y el 31 de agosto de 1916–, la decisión fue reafirmada en ocho oportunidades a medida que nuevos países se incorporaban al conflicto. Esta posición fue continuada por el gobierno radical de Hipólito Yrigoyen hasta el fin de las hostilidades. Los diferentes decretos de neutralidad pueden consultarse en *El Libro azul* (Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, 1919).

6 Entendida como “una modalidad de intervención en la vida pública que reconocía enraizados antecedentes en el siglo XIX, cuando era vista como una práctica esencialmente liberal y democrática que contrastaba con la violencia y los vicios de los cuestionados procedimientos electorales”. Lejos de desa-

No obstante estos testimonios e imágenes contundentes, las reacciones de la prensa porteña durante las semanas iniciales de la Gran Guerra han sido asociadas a una relativa indiferencia frente a un acontecimiento “ajeno”, exclusivamente europeo, que se observa “de lejos y sin real implicación”, lo que se traduciría en la ausencia de una movilización de la opinión pública durante las primeras semanas del conflicto (Compagnon 2014, pp. 39-44 y 68). Desde esta perspectiva, la prensa porteña otorga un lugar secundario a la cobertura de la guerra, abocándose a otros hechos de la política nacional y latinoamericana, como la muerte del presidente argentino Roque Sáenz Peña, la Revolución mexicana y la Conferencia de Niágara Falls.

Sin embargo, un análisis más exhaustivo de la prensa periódica de Buenos Aires da cuenta de una rápida, masiva y espontánea movilización del público desde el momento mismo en que se conociera la noticia del estallido de la guerra. Lejos de toda indiferencia, la prensa revela la conmoción causada por el inicio de las hostilidades, que trastocó de un modo evidente el pulso cotidiano de Buenos Aires durante las siguientes semanas. Ese clima –mezcla de incredulidad, fascinación, curiosidad y angustia– no sólo se evidenció en las aglomeraciones del público frente a las redacciones de los diarios sino también en las dársenas del puerto durante las multitudinarias despedidas de los primeros contingentes de reservistas y en los bancos e instituciones de crédito al momento de reabrir sus puertas luego de más de una semana de feriado decretado por el gobierno nacional. De esta manera, la dimensión global de la guerra irrumpió inmediatamente en la prensa y la opinión pública porteña, adquiriendo una centralidad que puede constatarse también mediante una serie de representaciones sobre las respuestas de los lectores y la rápida propagación de los temas vinculados a la contienda en casi todas las secciones de los diarios y las revistas.

#### LA GUERRA EN LAS PIZARRAS

Al igual que en otras partes del mundo, el atentado de Sarajevo y la crisis diplomática a la que dio inicio no suscitaron grandes temores en la prensa de Buenos Aires y, salvo contadas excepciones, no fueron considerados como un potencial desencadenante de una guerra europea. El hecho de que los Balcanes estuvieran asolados desde hacía varios años por recurrentes enfrentamientos armados, la apreciación de que un eventual conflicto quedaría focalizado en un área “marginal” de Europa y un cierto desconocimiento sobre los intereses en pugna, contribuyeron para que la prensa y la opinión pública local les restaran importancia, priorizando la cobertura de otros casos sensacionales como el *affaire* Caillaux<sup>7</sup> y el “crimen de la calle

---

parecer en el nuevo escenario inaugurado por la Ley Sáenz Peña, las manifestaciones “parecieron reforzar su legitimidad, fundándose en la renovada apelación a la soberanía popular que caracterizó a la primera experiencia democrática argentina”, Tato 2010, p. 34.

7 El 16 de marzo de 1914, Henriette Raynouard, esposa en segundas nupcias de Joseph Caillaux –ministro de Finanzas del gobierno francés y presidente del Partido Radical–, ingresó a la redacción de *Le Figaro*

Gallo”.<sup>8</sup> La trascendencia adquirida por estos hechos policiales eclipsó la atención sobre la crisis diplomática que se desarrolló a lo largo del mes de julio de 1914. Sólo con el ultimátum de Austria a Serbia la prensa porteña comenzó redireccionar su atención hacia el escenario europeo. A partir de entonces, el eclecticismo temático que había imperado en las semanas previas fue vertiginosamente desplazado por el estallido de la guerra, que se transformó en el tema primordial para la prensa y la opinión pública local (Rinke 2017, pp. 195-196). Se iniciaba así una primera etapa de la cobertura periodística del conflicto que se prolongó, al menos, hasta finales de 1914.

El clima de sorpresa e incertidumbre inicial se potenció con la llegada de la noticia del asesinato de Jean Jaurès, que tuvo lugar el 31 de julio de 1914 cuando el diputado socialista por el departamento de Tarn y director del diario *L'Humanité* fue abatido en el *Café du Croissant* de París por el joven nacionalista Raoul Villain. Lejos de circunscribirse al universo socialista, la primicia sobre el atentado contra Jaurès corrió como un reguero de pólvora, causando estupor de un extremo al otro el campo periodístico y político porteño. *La Nación* señalaba la “impresión abrumadora” que ocasionaron los primeros detalles del crimen y según el cronista de *El Diario*, a pesar de la “ansiedad popular” por seguir el desarrollo de la guerra que acababa de estallar, la muerte del político francés monopolizó el comentario público desde las primeras horas de la mañana y se prolongó hasta entrada la noche.<sup>9</sup>

Al tiempo que la prensa ensayaba una primera cobertura sobre los sucesos que tenían lugar en Europa, la acción se trasladó al llamado “barrio de los diarios”, un circuito de pocas cuadras comprendido entre las calles Carlos Pellegrini, San Martín, Corrientes y la Avenida de Mayo, donde se concentraban las redacciones de las prin-

---

y asesinó a balazos a su director, Gaston Calmette. Desde hacía meses, el ministro era objeto de una feroz campaña en su contra, que adquirió su punto más álgido con la publicación en dicho diario de algunas cartas con su primera esposa, Berthe Gueydan, lo que motivó la furia de la mujer que vació el cargador de su Browning sobre el cuerpo del periodista. El proceso contra Mme. Caillaux se inició el 20 de julio de 1914 en París y, pocos días después, el abogado Fernand Labori –que había participado en otros procesos estridentes, como la defensa del anarquista Auguste Vaillant y Lucie Dreyfus, esposa del célebre capitán acusado de espionaje– obtuvo su absolución bajo la figura del crimen pasional. Para una descripción más detallada, véase Berenson (1992) y Le Naour (2007).

8 El 19 de julio de 1914, Frank Carlos Livingston, subcontador del Banco de la Nación Argentina, fue brutalmente apuñalado en su casa en la calle Gallo 1680. La investigación policial descubrió que la mujer del fallecido, Carmén Guillot, había planeado, con ayuda de su mucama y confidente, Catalina González de Corello, un complot para asesinar a su marido que, al parecer, la engañaba con varias amantes. Para concretarlo, recurrió a los servicios de Salvatore Viterale, un vendedor de pescado y amigo de la mucama, que fue el encargado de reclutar a sus cómplices –Raffaele Prestamo, Francesco Salvatto y Giacomo Battista Lauro–, todos inmigrantes italianos y compañeros de trabajo de Viterale. Carmen Guillot fue condenada a reclusión por tiempo indeterminado, mientras que Lauro y Salvato fueron condenados a pena de muerte, la última ejecutada en Argentina, el 22 de junio de 1916.

9 “No se hablaba de otra cosa en los vestíbulos de los teatros donde llegaron los pormenores del atentado asimismo en los cafés y demás sitios concurridos por noctámbulos”. 1914. “Jean Jaurès. En Buenos Aires”, *El Diario. Diario de la tarde* (en adelante, *ED*), n° 7681, 1 de agosto, p. 5. La referencia de *La Nación* en 1914. “Jean Jaures”, n° 15300, 1 de agosto, p. 9.

cipales publicaciones periódicas de la ciudad. Dentro de ese perímetro, la Avenida de Mayo, inaugurada en 1894 en el marco de un ambicioso plan de modernización impulsado por el intendente Torcuato de Alvear, fue uno de los sitios preferidos por los diarios porteños para instalar sus redacciones. Poseer un edificio en el *boulevard* más moderno de la metrópolis era en sí mismo un símbolo de consagración y popularidad sólo reservado para los “grandes” diarios de Buenos Aires. Al menos hasta mediados del siglo xx, esta “*Fleet Street* porteña”, como la denominó el escritor y periodista Alberto Pineta (1962, pp. 31-33 y Gómez 2008, p. 265), fue una referencia ineludible en la geografía periodística de la ciudad. Durante los años de la Gran Guerra, remontando la Avenida de Mayo desde Carlos Pellegrini con dirección hacia el Río de la Plata, se encontraban las redacciones de *La Época* (769), *La Razón* (760-772), *El Diario* (658-663) y el “palacio” de *La Prensa* (567), un verdadero templo del periodismo local.<sup>10</sup> A pocos metros de allí, sobre la calle Rivadavia, se encontraban las sedes de *El Radical* (717) y *La Gaceta de Buenos Aires* (649-657). Trasponiendo sólo unos metros los lábiles contornos del “barrio de los diarios” rumbo a San Telmo, se hallaban las redacciones y los talleres gráficos de las revistas *Caras y Caretas* y *Plus Ultra* (Chacabuco 151-155) y P.B.T. (Piedras 150).

El otro eje destacado de ese entramado periodístico urbano era la calle Florida, más específicamente el área comprendida en sus intersecciones con las calles Corrientes y Cangallo (actual Juan Domingo Perón). En un radio de seis manzanas se hallaban las redacciones y las oficinas de *La Montaña* (Florida 165), *La Unión* (Cangallo 664), *La Tarde* (Florida 319), *Crítica* (Sarmiento 533), *El Nacional* (Florida 337), *Última Hora* (Corrientes 550) y el otro coloso de la prensa porteña, el diario *La Nación* (San Martín 344-350).<sup>11</sup> Cruzando el límite norte del “barrio de los diarios” se encontraban *Idea Nacional* (Florida 409), *La Mañana* (Lavalle 691), *El Tiempo* (Lavalle 385) y *La Acción Francesa*, un

10 El edificio fue diseñado por Carlos Agote y Alberto Gainza, egresados de *L'École Central des Arts et Manufactures* e inaugurado en noviembre de 1898. Contaba con cuatro pisos y dos subsuelos en los que funcionaban sus modernas rotativas Hoe, las salas de distribución, los depósitos de papel, los talleres de fotograbado, la oficina de telégrafos, la redacción, la administración, departamentos para visitantes ilustres, un salón de fiestas y toda una serie de instituciones anexas (consultorio médico, jurídico, escuela de música, biblioteca pública, sala de esgrima, observatorio metodológico y el Instituto Popular de Conferencias, entre otras), que conformaban un patrimonio valuado en 8 millones de pesos. En vísperas de la guerra, el diario de la familia Paz poseía 671 empleados que representaban aproximadamente el 30% del total de los trabajadores del rubro; pagaba anualmente en conceptos de tinta y papel derechos de aduana por \$58.000, \$42.000 por sus servicios telegráficos y \$75.000 por sus corresponsalías en el extranjero. Además, recibía mensualmente más de 70.000 avisos con tarifas que oscilaban entre los 0.10 centavos y los 2 pesos (Lerose & Montmasson 1913, pp. 70-75; *Tercer Censo Nacional*, 1917, pp. 286-287 y Fernández 1919, pp. 51-76).

11 Aunque su sede era mucho más modesta, por ese entonces, *La Nación* era considerado el segundo diario más importante del país con un total de quinientos empleados a su cargo. Contaba con imprenta propia, una vasta red de filiales en el país y de corresponsales en el extranjero, y un popular sello editorial, La Biblioteca de *La Nación*, que editaba en formato de libros baratos los folletines que previamente había sido publicados en el diario (Lerose & Montmasson 1913, pp. 60-64 y *Tercer Censo Nacional* 1917, pp. 286-287).

periódico de propaganda que luego de varias mudanzas (Maipú 17, Cangallo 521, Tucumán 168) fijó su redacción en Reconquista 446.<sup>12</sup>

Desde finales del siglo XIX, los principales diarios de Buenos Aires habían comenzado a instalar, en sus vidrieras y en el *hall* de entrada de sus redacciones, unas pizarras en las que colocaban a la vista de los transeúntes las últimas noticias recibidas por cable. Ésta práctica buscaba aprovechar al máximo los servicios informativos de las agencias europeas para mantener a sus lectores informados de las novedades, ya sea como refuerzo de las ediciones matutinas o bien como un adelanto de las noticias que serían incorporadas en los vespertinos. Este particular ámbito de lectura, que no necesariamente implicaba la compra del diario, fue uno de los principales medios elegidos por el público porteño para estar al corriente de las últimas noticias sobre el conflicto.

A juzgar por las fotografías y las crónicas publicadas en los periódicos, el estallido de la Gran Guerra produjo una enorme conmoción en Buenos Aires, que vio alterada su normalidad hasta extremos impensados para una ciudad neutral. Su faceta más evidente fue el aumento del público en el “barrio de los diarios”. Según la crónica de *La Prensa*, a las 7:55 p.m., cuando se dieron a conocer los despachos referentes a la declaración de guerra de Alemania a Rusia, un “numeroso grupo de público” llenaba el *hall* central del diario, entre los cuales la noticia causó una “profunda consternación”.<sup>13</sup> La sede del diario fue escenario de improvisados oradores que lanzaban “alocuciones entusiastas” contra la guerra y “los extremos lamentables a que ha conducido la política imperialista”. El público continuó renovándose y, según la crónica, fue imposible cerrar el *hall* de la administración hasta después de la medianoche.

Una situación análoga se vivió en la redacción de *La Nación*. Desde la mañana, una gran expectativa se palpaba en las calles céntricas, visible en

...la avidez con que la gente buscaba los periódicos y leía los despachos telegráficos, en los grupos que se formaban para comentar las noticias y aun en la expresión de las fisonomías, como si la inquietud universal prevaleciese sobre las preocupaciones en el espíritu de los transeúntes.<sup>14</sup>

Pasado el mediodía, la agitación fue en aumento al colocarse en las pizarras las noticias que informaban la inminencia de una guerra europea. Según la crónica de *La Nación*, a las 7:40 p.m., el público leyó en sus pizarras la confirmación de lo que a esas horas parecía inevitable: Alemania le había declarado la guerra a Rusia. Desde ese momento, “la emoción se hizo más intensa, tan íntima, que hasta después de la medianoche había muchos grupos en las calles, en los cafés, frente a las ediciones de los

12 No obstante, cabe señalar que el resto de los periódicos consultados se situaban no muy lejos de este circuito: las revistas *El Hogar* y *Mundo Argentino* tenían su redacción y sus talleres en Chacabuco 677-685. El diario *Tribuna* se encontraba en la Avenida de Mayo 1365 y *La Argentina* en 25 de Mayo 189.

13 1914. “La expectativa pública – En ‘LA PRENSA’”, *La Prensa. Diario de la mañana* (en adelante, LP), n° 15971, 2 de agosto de 1914, p. 6.

14 “La situación de Europa”, LN, n° 15301, 2 de agosto de 1914, p. 8.

diarios, a la espera de nuevas informaciones”.<sup>15</sup> Un lector desprevenido podría pasar por alto el detalle sobre los horarios en que ambos diarios recibieron la misma noticia por cable. Sin embargo, esos quince minutos que separan la recepción de la primicia entre estos dos fraternales colegas, y a la vez sórdidos competidores, es todo un indicio de las disputas de los diarios de Buenos Aires por ser los primeros en publicar las novedades provenientes de Europa.

Esa urgencia por obtener las últimas noticias era la manifestación más evidente de la “fiebre de la expectativa” que, según *La Gaceta de Buenos Aires*, se había apoderado de los porteños:

De todos los barrios, aún de los más apartados, acude gente al centro en demanda de noticias. Las ediciones de los diarios llegan á los extremos de la metrópoli; pero no bastan á satisfacer á la masa, ávida de emociones. Frente á las pizarras de los diarios se forman grupos compactos que leen y comentan las informaciones de última hora. Hay trechos en la calle Florida en que no se puede transitar, porque el público estacionado en las aceras y la calzada lo impide. Todos hablan de la catástrofe, la conciben á su manera y hacen pronósticos desde sus respectivos puntos de vista. Los vendedores de diarios hacen su agosto. A la carrera encuentran quien les adquiera la fácil mercancía y vuelven a los talleres, donde las rotativas funcionan sin cesar, devorando bovinas de papel. Por el subterráneo van los trenes repletos y los tranvías corren igual, haciéndose molesta la estadia en ellos porque todos los pasajeros llevan abiertas las grandes hojas de los diarios.<sup>16</sup>

Esa imagen frenética que brindaban las crónicas era sólo el comienzo de unas semanas marcadas por una enorme expectativa y un alto nivel de movilización entre los lectores porteños. Lejos de decaer por ser domingo, la ansiedad aumentó al día siguiente y se mantuvo a lo largo de la semana, dando lugar a una peregrinación incesante hacia el “barrio de los diarios”, donde una multitud deambulaba de una redacción a otra en busca de las últimas noticias. La presencia de esa muchedumbre durante un día no laborable muestra que gran parte del público instalado frente a las redacciones no se limitaba a los porteños que vivían o trabajan en el centro de la ciudad. De hecho, las cifras sobre la cantidad de pasajeros que, durante el primer fin de semana de agosto, utilizaron las líneas de tranvías y subterráneos que se dirigían al “barrio de los diarios” confirman la existencia de un incremento poco habitual durante esas febriles jornadas.<sup>17</sup>

La prensa señaló la enorme curiosidad y las expectativas que rodearon el estallido de la guerra. “Todos los temas de comentario han pasado a segundo término”, afirmaba *La Nación*, “se puede decir que ayer en Buenos Aires no se ha hablado de otra cosa que de

---

15 *Ibidem*.

16 1914. “La impresión de los sucesos en Buenos Aires”, *La Gaceta de Buenos Aires. Diario de la tarde* (en adelante, *LGBA*), n° 1195, 1 de agosto, p. 1.

17 Según los datos obtenidos por *La Razón*, los tranvías de la empresa Anglo-Argentina “que convergen a las calles donde están situados los grandes diarios” habían transportado ese domingo 80.897 pasajeros, mientras que en el subterráneo habían viajado 8.597 pasajeros, “cifra superior a la del movimiento normal en los días de fiesta”. 1914. “Circulación extraordinaria en los tranvías”, *La Razón. Diario de la tarde* (en adelante, *LR*), n° 2724, 3 de agosto, p. 6.

la guerra".<sup>18</sup> La efervescencia que se hizo evidente en las calles céntricas, en las redacciones de los periódicos y en los bares (que históricamente acompañaron el desarrollo del "barrio de los diarios" como el ámbito privilegiado de la bohemia periodística),<sup>19</sup> llevó al comentarista de *La Nación* a señalar: "nuestra calle de hoy es el foro de la guerra; el tema domina absoluta y totalmente los espíritus; nadie encuentra al paso dos transeúntes que no vayan moviendo ejércitos y asaltando fronteras". Y luego agregaba, "toda conversación, cualquiera que sea su motivo concreto –negocios, pleitos, debate de intereses– se inicia necesariamente con unas consideraciones previas sobre la guerra".<sup>20</sup> Otra crónica, publicada en el semanario *P.B.T.*, brindaba una imagen similar:

Aunque uno no quiera, no hay remedio, no puede hablar de otra cosa que de la guerra. Todos nos hemos convertidos en estrategos y diplomáticos. En el mercado se habla de la guerra. Los porteros no se preocupan ya de quién entra o sale; los cocheros, los "chauffeurs", están de telegrama corrido. Los guardas tranviarios entre un "boleto, señor" y un "completo", ponen al alcance de las inteligencias que viajan en las plataformas los últimos sucesos, empleando la mano como mapa y los dedos para representar las potencias beligerantes [...] Un canillita, con cara de pícaro, desempeñaba el papel de verdadero filósofo: "¡La declaración completa de la guerra con todos los detalles! Sangriento combate. Los retratos de las víctimas. ¡Aprovechen la bolada!".<sup>21</sup>

No eran éstas opiniones ni descripciones aisladas. Por el contrario, afirmaciones muy similares fueron publicadas en la mayoría de los diarios de Buenos Aires cuya reiteración confirma la centralidad casi absoluta que el estallido de la guerra adquirió a nivel local.<sup>22</sup>

Con el comienzo de la guerra, las pizarras con las últimas noticias adquirieron una atracción insoslayable que no sólo obstaculizaba el paso de los peatones sino también del transporte público. Según una crónica de *La Nación*, "los tranvías retardan y aun

18 1914. "La conflagración europea", *LN*, n° 15302, 3 de agosto, p. 8. Por su parte, *La Prensa* señaló que "El principio de las hostilidades fue el tema predilecto del día, pues casi podemos afirmar que no se hablaba de otra cosa, en los teatros, en las calles, en los paseos públicos, y en donde quiera que se formara un grupo de personas". 1914. "En el 'hall' de LA PRENSA. Expectativa general", n° 15972, *LP*, 3 de agosto, p. 9.

19 Hacia 1914, Buenos Aires contaba con 1.097 bares, cervecerías y cafés diseminados por toda la ciudad, aunque la zona céntrica y el entorno de las redacciones de los diarios concentraba el grueso de estos espacios de sociabilidad (Gayol 2002, p. 35 y Ansolabehere 2016, pp. 45-48).

20 1914. "La conflagración europea. Su influencia en nuestro país", *LN*, n° 15304, 5 de agosto, p. 9.

21 1914. Vaccari, A. "Leyendo los telegramas", *P.B.T. Semanario ilustrado (para niños de 6 a 80 años)*, n° 508, 22 de agosto, s/p.

22 *La Tarde* (en adelante *LT*) afirmó: "No se habla sino de la guerra en Buenos Aires. La opinión pública ha olvidado por completo todo asunto [...] Las calles, los cafés, los teatros, todo sitio de reunión constituye un centro de comentarios sobre la guerra". 1914. "La guerra", *LT*, n° 614, 3 de agosto, p. 3. Días después *La Mañana* afirmaba: "Toda la vida metropolitana encuéntrase absorbida por las noticias del teatro de la guerra [...] La población de esta capital continúa ansiosamente interesándose por los acontecimientos que se desenvuelven en el territorio de las naciones beligerantes. En todas partes no se habla de otra cosa de la guerra". 1914. "Repercusión de la guerra europea", *La Mañana. Diario noticioso e independiente* (en adelante, *LM*), n° 1283, 6 de agosto, p. 16. Por su parte, *El Nacional* señaló que "Todo ha quedado supeditado por el conflicto guerrero en que Europa está envuelta. Nadie habla de otra cosa". 1914. "El asunto único", *El Nacional. Diario de la tarde* (en adelante, *EN*), n° 19505, 5 de agosto, p. 1.

detienen su marcha ante las pizarras noticiosas que encuentran en su trayecto” para que éstas pudieran ser rápidamente ojeadas por los conductores y los guardas, “sin que haya, ni por azar, pasajeros presurosos que se quejen de tales retardos”.<sup>23</sup> Esta inusitada reacción del público porteño llevó a trazar una analogía con el clima que se vivía en las ciudades de los países europeos implicados en el conflicto. “Diríase la capital de un país interesado en la gran contienda como parte en ella”, afirmaba *La Nación* en el comentario antes citado, “tal es la intensidad del apasionamiento y el espectáculo de las muchedumbres que Buenos Aires acusa en sus calles y lugares de reunión desde que Alemania lanzó su ultimátum decisivo”. Por su parte, *El Diario* iba más allá, al plantear que la angustia y la expectativa que se vivía entre los porteños y en el resto del país se explicaban por ser Argentina “un trozo de la Europa misma”.<sup>24</sup>

Si bien las crónicas señalaron el buen comportamiento de esa heteróclita masa popular, con el correr de los días los tumultos y las peleas fueron en aumento al tiempo que las estrofas de *La Marsellesa* y otros himnos europeos comenzaban a sonar en el centro de Buenos Aires.<sup>25</sup> Ante los primeros desbordes, se implementaron algunos mecanismos para ordenar a la multitud que se agolpaba frente a las redacciones. En este aspecto, *La Prensa* fue, sin dudas, el diario más innovador, al poner en marcha un complejo sistema de señales con el objetivo de “satisfacer la ansiedad pública durante el día y en las horas de la noche”. La jornada de su implementación, *La Prensa* explicaba a sus lectores los detalles de su funcionamiento:

Durante el día, una bandera amarilla, anunciará que se han expuesto al público en las vidrieras y en el “hall”, noticias importantes. La bandera roja, con círculo blanco, anunciará triunfo de la Triple Alianza. La bandera verde con círculo blanco, expresará triunfo de la Triple Entente. Durante la noche, como ya hemos anunciado, el foco rojo, significará éxito de la Triple Alianza; el verde, triunfo de la Triple Entente. La titulación del foco significará que se han expuesto noticias. La sirena, por último, solo se oírán cuando se hayan recibido, despachos telegráficos de singular trascendencia.<sup>26</sup>

Este detallado sistema de señales mezclaba algunas novedades, como los focos utilizados durante la noche, con otras técnicas de difusión de las noticias que ya habían sido empleadas por el diario de la familia Paz, como su célebre sirena utilizada por primera vez para dar la primicia del atentado contra Humberto Primo, el 29 de julio de 1900. Este diario ensayó otras novedades como, por ejemplo, un sistema de reproducciones luminosas que permitía proyectar las últimas noticias sobre las paredes de los edificios ubicados frente a su redacción con el objetivo de evitar el apiñamiento de los lectores en torno a las pizarras.<sup>27</sup> La puesta en marcha de este tipo de innovaciones en la cober-

23 1914. “La conflagración europea. Su influencia en nuestro país”, *LN*, n° 15304, 5 de agosto, p. 9.

24 1914. “Expectativa dolorosa”, *ED*, n° 7683, 4 de agosto, p. 9.

25 1914. “En las calles”, *LP*, n° 15972, 3 de agosto, p. 9.

26 1914. “Señales de ‘LA PRENSA’”, *LP*, n° 15974, 5 de agosto, p. 9 (Tato 2010, p. 35 y 2017, p. 38).

27 “A las 5.30 de la tarde, millares de personas estaban estacionadas en la Avenida de Mayo enfrente y a los costados de nuestra casa. Toda la cuadra estaba literalmente ocupada con la gente apeñuscada,

tura periodística de la Gran Guerra muestra la capacidad económica e innovadora de los diarios más poderosos de Buenos Aires y, al mismo tiempo, sitúa este conflicto bélico como un capítulo destacado del señalado proceso de modernización de la prensa local.

Ahora bien, los intentos por organizar al público generaron un efecto contrario y rápidamente algunos diarios advirtieron sobre los primeros enfrentamientos entre los lectores de diferentes nacionalidades.<sup>28</sup> La Avenida de Mayo fue el epicentro de esos choques y, más precisamente, el frente de *La Prensa*, custodiado desde comienzos de la guerra por un servicio especial de la policía que tenía la orden de evitar que las aglomeraciones obstaculizaran la circulación vehicular. Sin embargo, la noche del jueves 5 de agosto fue necesaria la intervención de la policía montada para dispersar a una multitud, formada por unas cinco mil personas, que aguardaba por novedades y bloqueaba completamente la avenida. Disipado el tumulto, la policía formó un cerco con cuerdas y aisló la entrada al diario.<sup>29</sup> Aduciendo que la decisión impedía al público acceder al hall en el que se tomaban los avisos clasificados, la administración de *La Prensa* labró un acta ante escribano público responsabilizando a la policía por las pérdidas económicas que este accionar podría ocasionarle. Luego de una protesta formal ante el ministerio del Interior y el jefe de la Policía, esa misma noche fue ordenado el retiro de los cercos y se estableció una vigilancia mucho más moderada. Lo más interesante de esta situación fueron los argumentos esgrimidos por el diario: “no nos mueve a esta protesta los intereses nuestros, sino los del público, molestado inútilmente en su tránsito y contrariado en su natural afán de informarse de la marcha de los sucesos europeos”.<sup>30</sup> Al anteponer los intereses de sus lectores, *La Prensa* desligaba el incidente

---

en intensa expectativa. Poco después desde uno de los balcones del primer piso de LA PRENSA, se dio conocimiento al público de algunas noticias, por medio de proyecciones luminosas, entre ellas la que se refiere a la heroica hazaña del volador Garros [...] Al conocerse esta información, el inmenso público estacionado en la calzada y aceras, estalló en un grito de aplauso al primer héroe guerrero de la navegación aérea”. 1914. “En ‘LA PRENSA’. Enorme concurrencia de público”, *LP*, n° 15973, 4 de agosto, p. 10.

28 Sin nombrar a su colega de la avenida, *El Diario* señalaba: “Hemos comprobado anoche que se inicia un estado de nerviosidad en las filas populares que deploramos sinceramente, haciendo votos para que no prospere: con motivo de las señales que da un diario de la mañana para indicar si las noticias que resultan favorables á tal o cual nacionalidad, noticias que se reciben con grandes rechiflas ó en su defecto con aclamaciones estentóreas [...] de ahí a las escenas de pugilato y desórdenes colectivos no hay nada más un paso”. 1914. “La nerviosidad de público”, *ED*, n° 7684, 5 de agosto, p. 3.

29 La precariedad del sistema de contención no pudo evitar las burlas de algunos diarios: “El jefe de policía [Eloy Udabe], que no es un hombre de genio, pero sí de ingenio, acaba de concebir una iniciativa luminosa. Le inquietaban las aglomeraciones producidas alrededor de las redacciones de los diarios, se dirigió a los directores pidiendo la supresión de esas noticias. No fue posible complacerlo y los ‘meetings’ continuaron. Entonces ha resuelto dotar á los agentes que prestan servicios frente á las redacciones de una soga de cinco metros de largo con argollas en los extremos para utilizarla como medio de impedir que el público obste el tránsito de vehículos. La idea es peregrina. Suponemos que los vigilantes evitarán los tumultos enlazando á cuanto curioso se detenga ó bien dándole con las argollas en la cabeza”. 1914. “Apuntes del día”, *LM*, n° 1285, 8 de agosto, p. 1.

30 1914. “Frente a ‘LA PRENSA’”, *LP*, n° 15977, 8 de agosto, p. 9.

de un mero reclamo comercial y advertía al público de que, en caso de reiterarse una situación análoga, podría ingresar al hall por la entrada secundaria de la calle Rivadavia.

No obstante, el interés no se limitó al entorno de las pizarras; de hecho, la crónica ya citada de *La Nación* comentaba con asombro la invasión de las noticias en todos los lugares de reunión, incluso en aquellos que menos “ambiente” ofrecían al tema como, por ejemplo, el Teatro Colón, donde “nuestras noticias de ayer sobre la declaración de guerra por parte de Inglaterra, apareció fijada en todos los carteles del vestíbulo”. En pocos días, la guerra se había transformado en “una obsesión que domina en absoluto a la ciudad”.<sup>31</sup>

#### FUORES “PLEBEYOS”

En vista de lo señalado hasta aquí, no es posible dudar de la trascendencia que el estallido de la Gran Guerra adquirió en la prensa y la opinión pública de Buenos Aires. ¿Por qué la capital de un país neutral, distante miles de kilómetros del conflicto, fue testigo de una movilización tan intensa? En primer lugar, es indudable que la alta concentración de inmigrantes europeos que habitaban la ciudad constituye un elemento central para explicar esa dinámica (Tato 2010, pp. 35-36 y Rinke 2017, p. 43). Hacia 1914, la capital argentina había dejado de ser *La Gran Aldea* descrita por Lucio Vicente López para transformarse en una metrópolis cosmopolita, socialmente compleja y étnicamente plural. Entre 1869 y 1914, la población del país trepó de 1.737.000 a 7.885.000 habitantes y, en el mismo período, la ciudad de Buenos Aires pasó de contener 187.000 a 1.575.000 habitantes. Ese vertiginoso crecimiento fue impulsado por diferentes corrientes migratorias, por lo que, en vísperas de la Gran Guerra, aproximadamente el 30% de los habitantes del país eran extranjeros, un porcentaje que trepaba hasta el 50% en Buenos Aires (AA.VV. 2008, pp. 83-94).<sup>32</sup>

La incertidumbre por el destino de la patria lejana entre esa multitud de inmigrantes le otorgó una dimensión particular a las repercusiones del estallido de la guerra en Buenos Aires, pues casi todas las naciones que de un modo u otro participaban del conflicto contaban con grandes contingentes en la ciudad. Así lo expresaba un comentario de *La Prensa*:

la particular textura de la sociedad argentina, hija de un heteróclito cosmopolitismo, hace que sintamos vivamente las consecuencias de la espantosa tragedia. Conviven con nosotros, aportando a nuestro progreso su esfuerzo, elementos de todas las naciones en lucha: ingleses, franceses, alemanes, austríacos, belgas [...] Han formado hogares en nuestro país, hogares en que ha de sentirse hoy la vibración trágica de sus patrios lares, avivando el hondo amor por la nostalgia y acentuada exaltación del espíritu de raza por la solemnidad del momento. Multitud de argentinos, hijos de estos hogares, sentirán, por

31 1914. “La conflagración europea. Su influencia en nuestro país”, *LN*, n° 15304, 5 de agosto, p. 9.

32 Según los datos del Tercer Censo Nacional, levantado en junio de 1914, el grueso de la población extranjera se repartía entre las siguientes colectividades: italianos (40,6%), españoles (36,3%), franceses (3,5%), británicos (1,2%), suizos (0,6%), alemanes (1,1%), rusos (4,1%), austro-húngaros (1,7%), sirio-libaneses (2,8) (Vázquez-Preedo 1971, p. 94).

contaminación del espíritu familiar, las vibraciones del alma de sus padres. Por esto, la tragedia europea repercutió entre nosotros con tal variedad de matices emocionales.<sup>33</sup>

Con el objeto de reforzar los llamamientos de la prensa étnica, aquellos diarios que, gracias a una vasta red de agencias en el interior del país, contaban con una distribución de alcance nacional fueron elegidos por las autoridades consulares para publicar las órdenes de movilización general, cuyos alcances incluían también a los residentes en el extranjero. Los crónicas de los enviados a los consulados narran la llegada de un aluvión de convocados y los preparativos para su partida. En las semanas siguientes, las estaciones de trenes y las dársenas del puerto de Buenos Aires serían los escenarios de multitudinarias y emotivas despedidas de los que retornaban a Europa a empuñar las armas. Las notas sobre la partida del primer contingente de reservistas franceses a bordo del *Lutetia*, que zarpó acompañado por las estrofas del himno argentino y de la Marsellesa, “como un juramento de sacrificio pero también de gloria”, dan cuenta del grado de movilización que se vivía en la metrópolis más allá de la neutralidad formal que el Estado argentino mantenía frente al conflicto.<sup>34</sup>

En segundo lugar, otro elemento que permite explicar la consternación producida por el estallido de la guerra en Buenos Aires es el temor a una posible corrida bancaria, agravado por las medidas económicas adoptadas por el gobierno nacional en una reunión de urgencia del gabinete, que tuvo lugar el domingo por la tarde en el domicilio particular del vicepresidente en ejercicio, Victorino de la Plaza.<sup>35</sup> Si bien contó con el apoyo de un importante sector de la prensa, considerado como un “compás de espera que permitirá sin sobresaltos observar el desarrollo de los sucesos”, el decreto del feriado bancario fue una decisión alarmante y problemática para la inmensa mayoría de la sociedad porteña.<sup>36</sup> La medida dejó a muchos trabajadores sin poder cobrar sus jornales,

33 1914. “La guerra en el continente europeo”, *LP*, n° 15974, 5 de agosto, p. 7.

34 1914. “Partida de los reservistas franceses. Entusiasta manifestación de despedida en el dársena norte”, *LA*, n° 3320, 19 de agosto, p. 5. La crónica de *La Gaceta de Buenos Aires* ejemplifica el tono imperante en esas despedidas: “Se notaba en el muelle gran cantidad de señoras, cuyos maridos, reclamados por la patria, se alejaban, quizá para siempre... Sin embargo, esas mujeres que en otra ocasión hubieran derramado lágrimas, infundían ánimo a sus compañeros y al grito del: ¡Allons! del himno, extendían las manos haciendo tremolar frenéticamente los colores de la enseña patria. Pocas veces, ninguna, hemos visto desbordar en esa forma el amor patriótico de las mujeres. Y los hombres desde á bordo, despedían á esos seres queridos que quedan aquí esperando el regreso triunfante del compañero que va a inmolarse en el altar de la patria, cuyo sacrificio ellas mismas consistieron”. 1914. “El *Lutetia*”, *LGBA*, n° 1209, 18 de agosto, p. 5.

35 El paquete de medidas incluía un feriado cambiario y bancario del 3 al 8 de agosto, una moratoria interna por treinta días, el cierre de la Caja de Conversión, la autorización a la Caja de Conversión a redescantar documentos comerciales del Banco de la Nación, facultar a las legaciones para recibir el pago en oro de los deudores de firmas argentinas para luego remitirlo al país y la prohibición de exportar oro, trigo y harina (Weinmann 1994, pp. 39-41).

36 Cf. 1914. “Ecos del día. La situación”, *LN*, n° 15302, 3 de agosto, p. 7; 1914. “Las medidas necesarias”, *ED*, n° 7682, 2 y 3 de agosto, p. 4; 1914. “Capeando la borrasca”, *LR*, n° 2726, 5 de agosto, p. 4 y 1914. “Semana feriado”, *El Tiempo. Diario de la tarde*, n° 5598, 2 de agosto, p. 1. No obstante, otros diarios manifestaron su desacuerdo ante una medida producto de “una reunión domestica desarrollada en un ambiente caldeado por las noticias con-

dada la extendida costumbre de retardar hasta el lunes siguiente los pagos al personal cada vez que el primero de mes caía sábado. De allí, el tenor de las quejas, algo triviales, con que ciertos diarios rechazaban el decreto: “¿de dónde vamos á sacar para tomar el vermouth esta semana? ¿Cómo haremos para comprar billetes de lotería ó para ir el jueves ó el domingo al hipódromo? ¿Con qué plata vamos a ir al biógrafo ó al teatro á ver los debuts?”.<sup>37</sup> Cuando faltaban pocas horas para la culminación del feriado, otro hecho fortuito vino a prolongar aún más la ausencia de efectivo: el inicio de los dos días de duelo nacional decretados por la muerte del presidente de la República, Roque Sáenz Peña, que extendió la reapertura definitiva de los bancos hasta el miércoles 10 de agosto.

El clima de temor a una corrida bancaria, que se había mantenido durante toda la semana, se hizo más intenso el día de la reapertura de los bancos cuando una multitud literalmente copó la “City porteña”.<sup>38</sup> Desde muy temprano, el radio en que se hallaban ubicadas las casas centrales de los principales bancos mostraba un movimiento extraordinario, cuya intensidad iba en aumento al acercarse el horario de apertura. La crónica de *La Razón* lo definió como “un espectáculo nunca visto”: “no se podía dar un paso. La policía no conseguía que el público circulara y las aglomeraciones presentaban en algunos puntos verdaderos nudos imposibles de desatar”.<sup>39</sup> A pesar del tumulto, las notas señalan la correcta actitud del público, compuesto, más allá de los inevitables curiosos, por trabajadores y mujeres de humilde condición que “llevaban listas en las manos las libretas correspondientes a los ahorros que tenían depositados e iban a retirar”.<sup>40</sup> Según el *reporter* de *La Nación*, sólo en la cuadra en la que se encontraba la sede del Banco Francés del Río de la Plata, la única entidad que no logró abrir sus puertas y permaneció cerrada hasta mediados de 1915, se agolparon unas 1.500 personas. El pánico y la “nerviosidad” que revelan las crónicas y las imágenes publicadas por la prensa explican el forzado tono de tranquilidad y optimismo que, paralelamente, transmitían los editoriales de los grandes diarios. Sometida a una dura prueba por las contingencias externas, la economía de Argentina había mostrado su solidez.<sup>41</sup>

---

tinuas de la guerra”. 1914. “La situación económica. Piratería financiera”, *LGBA*, n° 1190, 2 de agosto, p. 1; 1914. “El pánico del gobierno”, *LA*, n° 3305, 4 de agosto, p. 4 y 1914. “La situación financiera”, *LM*, n° 1282, 5 de agosto, p. 1.

37 1914. “Crisis de veras”, *LGBA*, n° 1196, 2 de agosto, p. 3.

38 Término utilizado hasta la actualidad para denominar a la zona de Buenos Aires en la que se concentran los principales bancos y la Bolsa de Comercio, comprendida, aproximadamente, entre las calles 25 de Mayo, Corrientes, Maipú y Rivadavia.

39 1914. “Apertura de los bancos”, *LR*, n° 2732, 12 de agosto, pp. 3 y 4.

40 1914. “Reapertura de los bancos. Aspecto de nuestra City”, *LP*, n° 15982, 13 de agosto, p. 9. Véase también 1914. “En el barrio de los bancos”, *El Pueblo. Diario de la mañana*, n° 5066, 13 de agosto, p. 2 y 1914. “Los bancos. Enorme afluencia de depositantes”, *LGBA*, n° 1204, 12 de agosto, p. 3.

41 “Puede darse por clausurado el periodo de tensión pública, que la incertidumbre ambiente rodeaba a los trances comerciales de ayer”, afirmaba el diario *La Nación* en “Una prueba decisiva”, n° 15312, 13 de agosto, p. 9. El mismo sentido: 1914. “El poder del país puesto a prueba”, *LP*, n° 15981, 12 de agosto, p. 5; 1914. “La calma después de la tempestad”, *LP*, n° 15982, 13 de agosto, pp. 5 y 6; 1914. “En la normalidad”, *ED*, n° 7690, 12 de agosto, p. 7; 1914. “Firmeza económica”, *LR*, n° 2733, 13 de agosto, p. 3 y 1914. “Calma general”, *EN*, n° 19513, 13 de agosto, p. 3.

Un tercer elemento que explica las expectativas en torno al inicio de la contienda europea fue la extendida creencia en la posibilidad de una guerra de corta duración, a la manera de los conflictos armados del siglo XIX. Por sólo dar un ejemplo, a finales de julio, con motivo del decreto que prohibía la exportación de carbón inglés, previendo su participación en la contienda, *La Razón* entrevistó al señor Alejandro Lértora, representante del Ferrocarril del Oeste, empresa de capitales británicos con fluidas comunicaciones con Europa. En ese contexto, Lértora afirmó que la decisión del gobierno británico no ocasionaría grandes inconvenientes a la compañía dado que contaban con una reserva de carbón para cinco o seis meses. Ante la pregunta del periodista sobre las posibilidades de que el conflicto durara más tiempo, su respuesta fue taxativa: "Es inconcebible. La situación europea debe definirse antes de un mes".<sup>42</sup>

De esta manera, la cuestión inmigratoria, las perturbaciones económicas y las posibilidades de una rápida resolución del conflicto constituyen algunas de las variables más evidentes para explicar el grado de movilización que el estallido de la Gran Guerra desató en la capital de un país neutral y distante geográficamente del teatro de operaciones. Sin embargo, el tenor de algunas críticas ante un comportamiento que *La Nación* definió como la "extraordinaria sensibilidad del público para sucesos cuya lejanía mantiene" permite pensar en nuevas claves interpretativas para comprender las reacciones iniciales de la prensa y la opinión pública porteña ante la conflagración europea.<sup>43</sup>

A mediados de agosto, el periodista y escritor Arturo Giménez Pastor publicó, en el semanario *Mundo Argentino*, una dura crítica de la jocosa y desprejuiciada conducta que el público de Buenos Aires había mostrado durante las primeras semanas de la contienda:

Es preciso vivir la guerra, pero fatiga y disgusta verla vivir por la muchedumbre con superficial novelería de curiosidad desocupada, paseando por las calles, exhibiendo, más bien dicho, un interés vulgarmente sistematizado, en que ya no está la emoción del desastre, en que ya no palpita el solemne y dramático interés del primer momento [...] la muchedumbre le tomó el gusto al diletantismo de la noticia, a la voluptuosidad de imaginarse en una ciudad sitiada, al sport del comentario, al entretenimiento de la guerra conversada, y lo que fuera una grande emoción humana se ha convertido en una distracción de novelería. Imposible sentir la majestad de la tragedia en medio de esta artificiosa y superficial agitación de turbamulta.<sup>44</sup>

El "diletantismo de la noticia", el "sport del comentario", la guerra como un tema de conversación y un divertimento para un público *snob* e insensible. Los términos elegidos por Giménez Pastor pueden leerse en sintonía con las irónicas referencias a novedosos personajes, como los "estadistas de café", que en las primeras semanas de la guerra hicieron su aparición en el "barrio de los diarios":

42 1914. "Reservas de carbón en el país", *LR*, n° 2722, 31 de julio, p. 3.

43 1914. "La situación de Europa", *LN*, n° 15301, 2 de agosto, p. 8.

44 1914. A. GIMÉNEZ PASTOR, "Mirando pasar. La guerra en la paz", *Mundo Argentino. Semanario popular ilustrado* (en adelante, *MA*), n° 189, 19 de agosto, s/p.

Una de las consecuencias menos perniciosas, pero inevitables del presente conflicto europeo, es, naturalmente, el comentario del mismo, realizado con energía y suficiencia por los innumerables estadistas de café, que desarrollan, ante un grupo paciente de contertulios, enormes teorías respecto de los acontecimientos producidos y de los que han de producirse aún. No es dado penetrar a uno de esos sitios sin que inmediatamente hiera nuestros oídos la voz inmoderada del obligado disertante, empeñado en demostrar, con magnífico acopio de informes e incontestable argumentación, una tesis cualquiera, relacionada con la actitud de las potencias [...] todo lo que de problemática tiene la contienda actual, obtiene rápida y definitiva solución en labios del sagaz comentarista.<sup>45</sup>

Los pasajes citados dan cuenta de una mirada “plebeya” que transforma la Gran Guerra en un espectáculo mediático para cientos de curiosos fanatizados con “la novedad”. Desde esta perspectiva, la conflagración europea deviene una suerte de entretenimiento de masas que concentra durante semanas el volátil interés de los lectores porteños. Ese modo desprejuiciado de vincularse con la guerra, carente en sus inicios de demandas políticas pero también de explícitos alineamientos con las potencias beligerantes, permite brindar, desde la historia cultural e intelectual de la prensa, una explicación alternativa sobre las espontáneas concentraciones que el estallido del conflicto provocó en Buenos Aires.

A comienzos de la guerra, *La Mañana* afirmó que las redacciones de los diarios se habían transformado en un nuevo lugar de esparcimiento para un sector de la sociedad porteña que “en lugar de buscar las canchas de *football* o los jardines de Palermo y de Belgrano, corrió hacia las redacciones, hacia los cafés, con el ansia intensa de noticias y más noticias sobre la catástrofe”.<sup>46</sup> Para avalar esta sentencia, el matutino dirigido por Francisco Uriburu envió a un *reporter* al Hipódromo Argentino de Palermo, el cual pudo comprobar una importante disminución en la venta de entradas.<sup>47</sup> El autor de la nota atribuía esa caída a la atracción casi absoluta que generaba la guerra europea, pues

...la muchedumbre, constantemente renovada, que ocupa el centro durante todo el día, ávida de nuevas noticias, deja desierto los sitios habituales de reunión, canchas de ejercicios ó carreras, á las que antes acudía en busca de esparcimiento y prefiere las impresiones intensas y dominadoras de la contienda bélica (*ibid.*).

Esa dimensión de las repercusiones de la contienda como un entretenimiento se hizo todavía más evidente luego de que el intendente municipal, Joaquín S. de Anchorena, decretara, a comienzos de agosto, la prohibición de los espectáculos públicos en Buenos Aires. La decisión fue impulsada por las reiteradas interrupciones y las peleas entre los asistentes a *La hija del tambor mayor*, una opereta de Jacques Offenbach que narraba las peripecias del ejército napoleónico en el norte de Italia a comienzos del

45 1914. “Talleyrand en el café”, *LM*, n° 1281, 4 de agosto, p. 1.

46 1914. “Apuntes del día”, *LM*, n° 1281, 4 de agosto, p. 1.

47 “El ingreso medio de los jueves en el Hipódromo Argentino, por concepto de entradas, era habitualmente de treinta mil pesos. En la reunión de ayer descendió á doce mil”. 1914. “El interés del público”, *LM*, n° 1284, 7 de agosto, p. 1.

siglo XIX, en cuyo acto final sonaba el himno revolucionario *Le chant du départ* (1794) mientras un grupo de soldados marchaba enarbolando la bandera tricolor. Para evitar este tipo de incidentes, amparándose en una defensa de la neutralidad, se emitió un decreto que prohibía “en los teatros, cafés cantantes, cinematógrafos y demás espectáculos públicos”, la representación de toda obra y la exhibición de cualquier cinta que “por su lenguaje, acciones o argumentos pueda provocar [...] manifestaciones de cualquier género en favor ó en contra de la naciones ó pueblos extranjeros” afectados por conflicto europeo.<sup>48</sup> Este panorama permite contextualizar los irónicos comentarios de *Caras y Caretas*:

La gente está triste, no sólo por la crisis que se nos ha metido en casa, sino por la carestía de espectáculos. Si no fuera por la lectura de los telegramas de la guerra que resultan muy interesantes, y por la colocación de las banderitas en los mapas, que resulta muy entretenido, la estadística de Martínez habría sufrido un bajón en Buenos Aires, porque nos hubiéramos muerto de aburrimiento.<sup>49</sup>

Esa sugestión inicial con la guerra se asociaba, por último, a su dimensión tecnológica e industrial, en especial, a los nuevos armamentos –zepelines, aeroplanos, *dreadnought* y submarinos– que aumentarían los eventuales escenarios de combate. El anhelo de ver en acción a esas novedosas maquinarias, sumado a la ya señalada expectativa en torno a una rápida finalización del conflicto, iluminan las quejas de ciertos matutinos por la excesiva ansiedad del público ante la falta de enfrentamientos de importancia.<sup>50</sup> Esas ensoñaciones, de momento insatisfechas, eran alimentadas por los semanarios populares a través un sinfín de notas que buscaban satisfacer la curiosidad de sus lectores apelando a una descripción ascética y carente de valoraciones sobre el funcionamiento y las bondades de estos nuevos arsenales, que por momentos se asemejaban a un aviso publicitario.<sup>51</sup>

48 El texto y los comentarios en torno al decreto pueden verse en 1914. “Los espectáculos públicos”, *LN*, n° 15306, 7 de agosto, p. 9; 1914. “Espectáculos públicos”, *LM*, n° 1284, 7 de agosto, p. 16 y 1914. “Espectáculos públicos”, *LA*, n° 3310, 9 de agosto, p. 5.

49 1914. “Comentarios”, *CyC*, n° 832, 12 de septiembre, s/p. Alberto B. Martínez fue hasta 1915 el director de la Dirección General de Estadísticas y Censos y el presidente de la comisión encargada de realizar el Tercer Censo Nacional.

50 “El público desearía que cada cinco minutos se le diera noticia de una gran batalla terrestre o de un gran combate naval; pero no es posible, en verdad, que los beligerantes satisfagan su ansiosa curiosidad como quisiera”. 1914. “Comentarios del momento. Mucha ansiedad y pocas noticias”, *LN*, n° 15307, 8 de agosto, p. 10.

51 Por sólo dar un ejemplo, a finales de agosto, *Caras y Caretas* publicó una nota titulada “La nueva ametralladora” (n° 830, 29 de agosto). El escrito que acompaña la fotografía de dos soldados manipulando el arma destaca su mayor versatilidad respecto de modelos anteriores, pues esta nueva versión “no pesa más de catorce kilos” y, a su vez, describe las mejoras tendientes a facilitar su manipulación: se alimenta “introduciendo cargadores de veinticinco cartuchos mientras que el otro hace puntería”, permitiendo hacer blanco en un objetivo situado hasta dos kilómetros de distancia, con un poder de fuego que obliga el acompañamiento de un carro de municiones equipado con 45.000 cartuchos.

## TRAS LOS PASOS DEL LECTOR

¿Quiénes eran y qué opiniones tenían sobre la Gran Guerra esos lectores “plebeyos”? Es difícil saberlo con exactitud. Muy probablemente, una buena parte de ellos provenían de los nuevos contingentes de lectores formados por las campañas de alfabetización emprendidas por el Estado argentino a finales del siglo XIX, que en sólo cuarenta años –entre el censo de 1869 y el de 1914– redujeron la población analfabeta de 78,2 a 37,9%. En la ciudad de Buenos Aires, el impacto de ese proceso fue aún mayor: en vísperas de la Gran Guerra, la tasa de analfabetismo rondaba el 20% (Di Pietro y Tófaló 2013, p. 9). Más allá de las finalidades políticas albergadas por las élites y de la existencia de altos índices de deserción escolar, este proceso de centralización estatista de la educación produjo un crecimiento constante de los niveles de alfabetización, incluso entre los adultos, y una expansión de las prácticas de lectura que impulsaron el crecimiento del mercado de bienes culturales (Tedesco 2009 y Puiggros 1991).

Desde finales de la década de 1880, el volumen de los materiales impresos que circulaban en Buenos Aires aumentó de manera exponencial, pues la prensa periódica fue uno de los soportes privilegiados para llevar a cabo las prácticas iniciales de un público lector cada vez más heterogéneo, al que se buscaba captar a partir de diferentes estrategias discursivas, temáticas y empresariales.<sup>52</sup> Hacia 1913, ese proceso se hallaba consolidado y, según la *Guía Periodística Argentina*, unas 831 publicaciones de diverso tipo se editaban y distribuían en Argentina, de las cuales 353 eran de la Capital Federal (Lerose & Montmasson 1913, p. 12). Y en vísperas de la Gran Guerra, según la instantánea del campo periodístico que brinda el *Tercer Censo Nacional*, se editaban en Argentina unas 830 publicaciones periódicas, aun cuando sólo se habían podido obtener datos precisos sobre 518 publicaciones, de las cuales 153 se editaban en la Capital, 241 en la provincia de Buenos Aires y el resto en las diferentes provincias (1917, p. 277).

A diferencia de algunas figuras intelectuales, como el citado Carulla, que han dejado registro de sus percepciones sobre los inicios de la contienda, las respuestas de esos lectores comunes y corrientes constituyen una presencia difusa pero no menos importante, que prueba la fascinación que el estallido de la guerra desató en la opinión pública local.<sup>53</sup> Las huellas de los lectores se manifiestan con mayor claridad en algunas “secciones menores” de las publicaciones porteñas. Las “cartas de lectores” –una sección poco frecuente, publicada por un diario como *La Argentina*, que buscaba instalarse como una opción “moderna” frente a los matutinos más tradicionales (*La Nación* y *La Prensa*)– constituyen

52 Para una caracterización más amplia sobre los inicios de proceso de modernización de la prensa local, véase Prieto (2006 [1988], pp. 13-82), Eujanian (1999), Roman (2010, pp. 15-37) y Pastormerlo (2016).

53 Cabe aclarar, no obstante, que esa delimitación no implica la existencia de una tajante distinción entre las prácticas lectoras de la cultura de las élites y la cultura popular, ni tampoco una concepción del público de los periódicos como un conglomerado homogéneo. Por el contrario, en la sociedad porteña de comienzos del siglo XX, los intercambios y cruces fueron muy habituales por lo que grupos parcialmente alfabetizados podían acceder a lecturas y prácticas del universo de las élites y viceversa (Parada 2007, pp. 116-117).

un primer ámbito donde rastrear sus percepciones. Por supuesto, sería ilusorio creer que allí se expresaba de un modo transparente la voz de los lectores, pues es muy probable que la redacción sometiera a un riguroso escrutinio las cartas recibidas para publicar sólo aquellas que felicitaban al diario por la excelencia y la variedad de sus servicios informativos o bien coincidían con su línea editorial frente a la guerra, en este caso, una fuerte defensa de los aliados de la Entente, y sobre todo, de Francia.<sup>54</sup> No obstante esas limitaciones, los ejemplos citados, que podrían multiplicarse con sólo recorrer la sección “La Voz del público” durante las primeras semanas del conflicto, confirman la existencia de una rápida respuesta de los lectores porteños frente al estallido de la guerra.

En segundo lugar, cabría mencionar las secciones de los semanarios destinadas a publicar las colaboraciones que enviaban sus lectores. Durante las primeras semanas de agosto, pueden encontrarse allí una gran cantidad de escritos y poemas impulsados por la guerra pero también las irónicas respuestas de las revistas ante ese aluvión de colaboraciones espontáneas que replicaba en Buenos Aires, aunque con menor intensidad, un movimiento similar al ocurrido en Europa.<sup>55</sup> *Mundo Argentino* fue una de las revistas más propensas a publicar este tipo de colaboraciones que, en sintonía con los editoriales de su director, Constancio C. Vigil, impugnaban la guerra desde un prisma pacifista y católico. Muchos de esos escritos fueron enviados por alumnos de escuelas públicas de la ciudad que, por iniciativa de sus maestras, elaboraron composiciones críticas de la guerra.<sup>56</sup> Varias semanas después, *Mundo Argentino* creó una sección específica para alojar estas colaboraciones, “En las escuelas”, desde la cual exhortaba a los maestros a “glorificar más aún su noble apostolado con afanosa siembra de ideales de paz y de amor en sus discípulos”.<sup>57</sup>

54 “Señor director de *La Argentina*: felicito al señor director por el completo servicio telegráfico que publica sobre la conflagración europea, habiendo observado, complacido, que en una columna de *La Argentina* se dice más que en varias de los otros diarios [...] Juan E. Smith, Belgrano, número 2056”. 1914. “La Voz del público. *La Argentina* y la guerra”, n° 3301, 31 de julio, p. 4. “Esta guerra está escrita, porque en el futuro, dado el avance de las ideas republicanas democráticas, las coronas serán impotentes contra la república francesa. Aquiles Lemme (hijo), Warnes 397”, 1914. “La guerra en Europa”, n° 3302, 1 de agosto, p. 4. Véase, en la misma sección, 1914. Juan J. Jiménez, “El país ante la guerra”, n° 3305, 4 de agosto; 1914. M. P. Verduma, “Sobre la guerra”, n° 3306, 5 de agosto y 1914. Juan P., “La guerra”, n° 3311, 10 de agosto.

55 En Alemania, por ejemplo, sólo en el mes de agosto de 1914 se escribieron más de un millón y medio de poemas destinados a los soldados que marchaban al frente (Fritzsche 2006, p. 52).

56 “¡Maldita seas tú, guerra, que rompes la fraternidad entre las naciones del mundo! Por ti, veremos niños huérfanos, madres sin hijos, mujeres sin esposos. Por ti, millones y millones de inocentes sufrirán los rigores del hambre. Por ti, se trocharan millones de vidas florecientes para las que esperaban un brillante porvenir. Los estragos que acarreas son enormes, los beneficios ninguno. Guerra: maldita seas”. Poema sin título firmado por A. J. Godel, alumno del tercer grado de la Escuela n° 5, Consejo Escolar n° 8, MA, n° 189, 19 de agosto, s/p. En el mismo número puede leerse también el poema “Maldita sea la guerra” de su compañero de grado Carlos Rodríguez.

57 1914. “En las escuelas”, MA, n° 193, 16 de septiembre, s/p. Ese número incluía, por ejemplo, un poema contra la guerra de León Jaime Obadía, alumno de sexto grado de la Escuela n° 8 del Consejo Escolar n° 7. La presencia de la guerra en los establecimientos educativos motivó, al mismo tiempo, las críticas

Por el contrario, la sección “Correo sin estampilla” de *Caras y Caretas* y *Fray Mocho* tiende a burlarse de esos escritos inspirados en la contienda europea. A comienzos de agosto, puede leerse en *Caras y Caretas* las siguientes respuestas a las colaboraciones enviadas por sus lectores: “¡Claro que no podían faltar versos patrióticos! y claro también que nosotros no los publicamos”; “¡No y mil veces no! Es un ultimátum”; “El canasto se incautó sus poesías como botín de guerra”; “Se ve enseguida, que la poesía heroica que emplea se la inspiraron los boletines”, en referencia a las ediciones de última hora publicadas por los diarios durante los primeros días del conflicto.<sup>58</sup> Lejos de constituir un caso aislado, este tipo de respuestas, que eran precedidas por el nombre (o las iniciales) del autor/a y su localidad, continuaron apareciendo en ambos semanarios durante las semanas posteriores y constituyen otra prueba indirecta de la fascinación ocasionada por la guerra entre esos lectores, devenidos escritores de poemas y otros tipo de composiciones sobre el conflicto.<sup>59</sup>

En tercer lugar, a lo largo de esas primeras semanas de la guerra, los diarios y los semanarios ilustrados publicaron con frecuencia diversas escenas de lecturas, que brindan algunas pistas para acceder a las experiencias de esos lectores “plebeyos” y sus modos de leer las noticias sobre la conflagración europea. Pues si bien hubo algunas referencias a las repercusiones del conflicto en los clubes y los círculos frecuentados por las élites locales, la inmensa mayoría de esas representaciones aluden a grupos sociales y lugares de lectura vinculados al universo popular.<sup>60</sup>

---

de algunos diarios. A mediados de agosto, *El Nacional* aludía a los “beneficios” de la difusión ese tipo de noticias en las escuelas primarias: “Lo comprobamos ayer al ver a dos niñas de sexto grado, con un diario y un mapa de Europa, tomando del primero las informaciones y fijando en el segundo la situación de los lugares cuyos nombres indicaba el periódico [...] Estudio provechoso como se ve y de ahí resulta que la guerra destructora en que Europa está empeñada dejará a los niños y a las niñas estudiosas un positivo provecho educativo e instructivo”. 1914. “La guerra y la geografía”, *EN*, n° 19514, 14 de agosto, p. 2.

58 1914. “Correo sin estampilla”, *CyC*, n° 827, 8 de agosto, s/p. y n° 828, 15 de agosto, s/p.

59 “Parece mentira que, inspirándose en los telegramas de la guerra, hayan incomodado a las musas para hacer versos, versos con los que quedan mal hasta con Marte”, 1914. “Correo sin estampilla”, *CyC*, n° 829, 22 de agosto, s/p. “Nos imaginamos que haga usted consonantes a cañón y hulano, dada la nerviosidad del momento”, *CyC*, n° 832, 12 de septiembre de 1914, s/p. “¡Nada de vulgaridades guerreras y sanguinarias! El canasto se declara neutral y ya lo ha notificado así a las potencias”, 1914. “Correo sin estampilla”, *Fray Mocho. Semanario festivo, literario, artístico y de actualidades* (en adelante, *FM*), n° 121, 21 de agosto, s/p; “Ni juntos ni separados los ejércitos de las naciones beligerantes tienen fuerza suficiente para convencernos de que *sombra* y *atolondra* son consonantes”, 1914. “Correo sin estampilla”, *FM*, n° 122, 28 de agosto, s/p. Destacado en el original.

60 “En el Círculo de Armas, Jockey Club y otras instituciones hay caballeros que viven con la nariz pegada a los mapas europeos”, señalaba *La Mañana*. “Frente a los mudos contornos geográficos dirigen asaltos, se apoderan de ciudades, adivinan el pensamiento de los generales, ganan y pierden batallas, y en un estallido de fantasía, vaticinan las revoluciones internas, voltean dinastías y hacen de Europa una ensalada de frutas”. 1914. “Notas breves”, n° 1291, 14 de agosto, p. 1. “Ya no son solamente los trabajadores y los estudiantes los que manifiestan francamente su adhesión hacia las potencias belicosas; ahora son las damas y los caballeros”, confirmaba *La Gaceta de Buenos Aires*, en una nota en la que narra el enfrentamiento entre dos distinguidas señoras, “una de ellas, afrancesada hasta la médula, y la otra germanófila consumada”, producido días tras en “una aristocrática reunión celebrada en la calle Juncal”. 1914. “Aquí fue... Lieja”, n° 1219, 29 de agosto, p. 3.

El incremento de la población alfabetizada produjo no sólo un nuevo tipo de lector sino también un nuevo tipo de lectura, más breve y fragmentaria, que podía realizarse en el transporte público –gracias a un aceitado sistema de distribución a través de kioscos, muchos de los cuales se hallaban en puntos estratégicos como las estaciones de subterráneos y de trenes– pero también en sus lugares de trabajo. Por ello, no es casual que las oficinas y dependencias públicas fueron algunos de los ámbitos privilegiados por esas representaciones sobre los lectores. A mediados de agosto, una viñeta de Polimani publicada en *Caras y Caretas*, mostraba a un empleado leyendo los diarios y los boletines de última hora en pleno horario laboral (fig. n° 2). El pie de la imagen refuerza su sentido crítico: “La ocupación más importante de los empleados nacionales”.



Fig. n° 2. Polimani, “Emisión menor”, CyC, n° 828, 15 de agosto de 1914, s/p.

En una viñeta posterior, este dibujante reiteraba una escena similar: “–¡Haga el favor de no molestarme con las cuentas! Ahora no tengo tiempo más que para mirar la marcha de los ejércitos en lucha”, vociferaba un empleado sin alejar la mirada del mapa de Europa en el cual había colocado pequeñas banderas para indicar las últimas ubicaciones de los ejércitos.<sup>61</sup> Esa dimensión lúdica en la manera de experimentar las repercu-

61 1914. Polimani, “Emisión menor”, CyC, n° 832, 12 de septiembre, s/p.

siones iniciales de la guerra se vinculaba a una campaña publicitaria de la compañía de cigarrillos Misterio que, a través de los semanarios ilustrados, distribuyó gratuitamente unos mapas desplegados de Europa sobre los cuales los lectores / consumidores podían insertar las banderas de los países en guerra que contenían los paquetes de cigarrillos y que “en vistas a las anormales condiciones de Europa [...] tendrán un interés especial para los coleccionistas”.<sup>62</sup> A esos lectores / consumidores, que también habían aprendido a “leer” las imágenes que invadieron la ciudad y las publicaciones periódicas desde finales del siglo XIX, estaban dirigidos los pósteres y libros vinculados al conflicto y un sinnúmero de productos (trajes, bebidas, discos, jabones, etc.) que rápidamente tomaron la guerra como motivo de sus estrategias publicitarias.<sup>63</sup>

Las imágenes de lectura ambientadas en dependencias públicas continuaron apareciendo en las revistas porteñas, incluso meses después de iniciada la contienda. A comienzos de octubre, por ejemplo, Julio Castellanos publicó en *Caras y Caretas* un suelto sobre las repercusiones de la guerra ambientado en una inverosímil dependencia nacional, la sección “Objetos incontrables”, donde antes de la guerra sus empleados eran “gente pacífica que concurría a la oficina, aunque con algún retraso, y excepto los jueves para ver las carreras, y no abusan más que del té con galletitas”. Ahora, en cambio, el decurso de la guerra dividía los ánimos entre los empleados y “por un ponéme en limpio ese borrador, o por un copiáme a máquina esas décimas, se arma cada alboroto que tiene que intervenir hasta el negro ordenanza”.<sup>64</sup> En ese marco, un mapa de Europa, los diarios del día y hasta el uso de un diccionario proveían los elementos necesarios para largas polémicas sobre la ofensiva alemana, que transcurrían de espaldas al mostrador donde, a juzgar por la ilustración de Juan Carlos Huergo que acompaña el suelto, las visitas no eran muy bien recibidas (fig. n° 3).<sup>65</sup>

62 1914. “Obsequio a los lectores de FRAY MOCHO por los fabricantes de cigarrillos MISTERIO”, n° 120, 14 de agosto, s/p. El reverso del mapa contenía, además, una serie de tablas comparativas de los efectivos militares, el número de bocas de fuego, naves, tonelajes y cantidad de oficiales con las que contaban las diferentes naciones beligerantes. Esta estrategia fue utilizada también por la Compañía Argentina de Tabacos, mientras que los cigarrillos Leales optaron por entregar, a cambio de una cantidad de etiquetas vacías, una estampa a elección de Jorge V, Raimond Poincaré, Nicolás II o Víctor Manuel III, las cuales también podían remitirse por correo a cambio de un ejemplar del libro del mariscal Helmuth von Moltke, *La guerra franco-alemana*. 1914. “La Guerra. Exijan el mapa a sus vendedores”, *LR*, n° 2747, 29 de agosto, p. 12; 1914. “Cigarrillos Leales”, *LT*, n° 672, 17 de octubre, p. 5 y 1914. “La guerra europea ¡Sensacional noticia!”, *CyC*, n° 835, 3 de octubre, s/p.

63 Véase, entre otros, 1914. “La guerra franco alemana”, *LA*, n° 3305, 4 de agosto, p. 2, publicidad de *The Albion House*; 1914. “Los siglos y la fuerza”, *CyC*, n° 829, 22 de agosto, s/p., del Hierro-Quina Bisleri; el anuncio de la compañía discográfica “The Inventions Company”, *FM*, n° 122, 28 de agosto, s/p. y 1914. “Jabón curativo Maubert”, *CyC*, n° 833, 19 de septiembre, s/p.

64 1914. Julio Castellanos, “Las consecuencias de la guerra”, *CyC*, n° 836, 10 de octubre, s/p.

65 “El jefe, después de leer los telegramas de los diarios, explicaba a sus subalternos la importancia de las plazas tomadas o rescatadas, para lo cual había hojeado la noche antes un diccionario y empezaba: ‘Reims, casi plaza fuerte, guarnición de doscientos mil hombres. Gran catedral, gótica, como la letra con que encabeza los expedientes Martínez’”. *Ibidem*.



Fig. nº 3. Ilustración de Juan Carlos Huergo a Julio Castellanos, "Las consecuencias de la guerra", G/C, nº 836, 10 de octubre de 1914, s/p.

El texto brinda además una nueva faceta de esas representaciones sobre la lectura de las noticias de la guerra, su dimensión oral y colectiva, un aspecto que permite complejizar la importancia de las cifras de tiradas, pues las noticias de un solo diario podían, de esta manera, multiplicar sus potenciales lectores al igual que ocurría con las novedades fijadas en las pizarras.<sup>66</sup>

La recurrencia de esas imágenes no puede separarse, a su vez, de las críticas recurrentes de la prensa hacia la “empleomanía” de la administración conservadora, acentuada aún más con la llegada al poder del gobierno radical de Hipólito Yrigoyen. No obstante, el descuido de las labores por estar enfrascado en la lectura de las últimas noticias de la guerra no fue, al parecer, un comportamiento exclusivo de los vituperados empleados públicos. Otra viñeta de Polimani sitúa una escena similar en una peluquería donde, ante la urgencia de un cliente por ser afeitado, el peluquero contesta desde el sillón y sin quitar la vista del diario: “Ahora estoy muy ocupado leyendo los telegramas de la guerra; dese una vueltita dentro de una hora”.<sup>67</sup>

La representación de esas escenas de lectura de las noticias sobre la contienda europea, tanto en espacios públicos como privados, en voz alta o de modo silencioso, fue el tema excluyente de una de las entregas de la tira cómica de Don Goyo Sarrasqueta y Obes, considerado el primer personaje de historieta argentino. En “Las doce horas del día de Sarrasqueta” (fig. n° 4), publicada a mediados de agosto en *Caras y Caretas*, el dibujante español Manuel Redondo condensaba los diferentes tópicos sobre el fanatismo de los lectores porteños que se han señalado hasta aquí. La tira va siguiendo un día en la vida del célebre personaje, marcado por las diferentes lecturas y discusiones en torno a la guerra. Su jornada comienza en el restaurant donde, esperando el almuerzo y durante la sobremesa, lee en los diarios de la mañana las últimas noticias sobre el conflicto. Luego se traslada por primera vez a las pizarras, “para comprobar la autenticidad de los telegramas” y de allí al café, a intercambiar opiniones y discutir sobre la conflagración. Tras una segunda visita al edificio de *La Prensa*, “para observar si hay bandera verde o roja”, *vermouht* con *bitter* mediante, tiene el primer altercado con motivo de la guerra. La tercera visita a las pizarras le depara una “ruptura de la neutralidad, de cabezas y narices” por una mala interpretación de las noticias. Luego de la cena y tras la lectura de nuevos cables en los vespertinos, se dispone a actualizar las posiciones de los ejércitos beligerantes fijando sobre el mapa de la guerra las señaladas “banderitas”. Antes de terminar el día, visita nuevamente las pizarras para comprobar si los focos pestañean o han cambiado de color y en el café se trenza en una última discusión sobre los planes estratégicos para luego conciliar el sueño con una lectura de las ediciones de última hora y soñar con la hecatombe europea. Difícilmente pueda encontrarse un resumen más perfecto de los diferentes aspectos que caracterizaron a esa mirada “plebeya” sobre los inicios de la Gran Guerra en Buenos Aires.

66 No obstante, como ha señalado Sylvia Saitta, las cifras suministradas por los diarios y las revistas a los editores de la *Guía Periodística* permiten fijar una instantánea de la modernización del mercado periodístico de Buenos Aires y la diversidad de su oferta informativa (1998, p. 33).

67 1914. Polimani, “Emisión menor”, *CyC*, n° 827, 8 de agosto, s/p.

Las doce horas del día de Sarrasqueta



I Esperando el almuerzo. Lectura, en los diarios de la mañana, de los sensacionales telegramas de la guerra.



II Café con gotas y cigarro. Continúa la lectura de horripilantes noticias de los combates.



III Visita a las pizarras de los diarios, para comprobar la autenticidad de los telegramas.



IV Reunión en el café, con bandera de parlamento, para discutir sobre la conflagración.



V Segunda visita a las pizarras y transparentes, para observar si hay bandera verde o roja.



VI Vermouth con bitter y papas calientes, por diferentes apreciaciones sobre la lucha.



VII Tercera visita a las pizarras y rompimiento de la neutralidad, de cabezas y narices por mala interpretación de noticias.



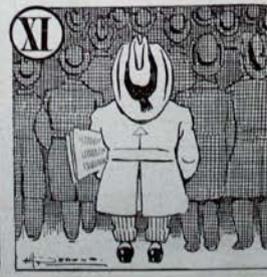
VIII Cena y nueva lectura de los cables de la noche y colocación de pizarras en los puntos ocupados por los beligerantes.



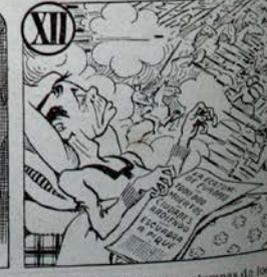
IX Cuarta visita a las pizarras y observación de si pestañea el foco pronosticando nuevos combates.



X Café con discusión de planes estratégicos, amenaza de romper hostilidades y rompimiento de vajilla.



XI Quinta visita a las pizarras y observación si el foco está rojo o verde.



XII Últimátum a las nutridas columnas de los diarios, y rendición incondicional a Moriso, soñando con la hecatombe.

Dib. de Redondo.

Página anterior: Fig. 4. Manuel Redondo, "Las doce horas del día de Sarraqueta", CyC, n° 828, 15 de agosto de 1914, s/p.

## CONCLUSIONES

La noticia del estallido de la Gran Guerra produjo una enorme conmoción en Buenos Aires, que vio alterada su normalidad hasta extremos impensados para una ciudad neutral. Esa "fiebre de la expectativa", como la denominó un cronista, fue posible gracias a la velocidad en la transmisión de la información que posibilitaba la inserción de la prensa porteña en la red telegráfica global, un panorama que se vio drásticamente trastocado con la imposición de la censura en los países beligerantes (Sánchez 2014).

Sin dudas, el alto índice de extranjeros que hacia 1914 habitaban en Buenos Aires, el temor sobre la situación financiera que podría agravar la ya evidente crisis de la economía argentina y la posibilidad de una rápida resolución del conflicto, contribuyeron a ese clima de efervescencia durante las primeras semanas de la guerra. Este artículo ha tratado, sin embargo, de explicar esa dinámica de la opinión pública local en el marco de un proceso de modernización que había transformado a los grandes diarios de la Capital en un fenómeno periodístico y social, en diálogo con el modo en que los lectores se acercaban a las noticias internacionales desde finales del siglo XIX. Esa perspectiva ha permitido detectar la emergencia de una mirada "plebeya" que transforma los inicios de la Gran Guerra en un espectáculo mediático para cientos de curiosos fanatizados con "la novedad". Desde esta manera, el estallido y las primeras repercusiones de la contienda europea devinieron una suerte de entretenimiento de masas que concentró durante semanas el volátil interés de los lectores porteños. Ese modo desprejuiciado de vincularse con la guerra, carente en sus inicios de demandas políticas pero también de explícitos alineamientos con las potencias beligerantes, permite brindar, desde la historia cultural e intelectual de la prensa, una explicación alternativa sobre las espontáneas concentraciones que el estallido del conflicto provocó en Buenos Aires.

## BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV., 2008. La ciudad en el Censo Nacional de 1914. Tercer Censo General. *Población de Buenos Aires*, n° 8, Dirección General de Estadísticas y Censos, pp. 83-94.
- ANSOLABEHERE, P., 2016. Buenos Aires. La ciudad de la bohemia. En: A. GORELIK & F. ARÊAS PEIXOTO, *Ciudades sudamericanas como arenas culturales*. Buenos Aires: Siglo XXI, pp. 39-55.
- BERENSON, E., 1992. *The Trial of Madame Caillaux*. California: University of California Press. 296 p.
- BERGEL, M., 2015. *El Oriente desplazado: los intelectuales y los orígenes del tercermundismo en la Argentina*. Bernal: UNQUI. 356 p.
- CAIMARI, L., 2016. News from Around the World: The Newspapers of Buenos Aires in the Age of the Submarine Cable, 1866-1900. *Hispanic American Historical Review*, vol. 96, n° 4, pp. 607-640.
- CARULLA, J. E., 1964 [original 1951]. *Al filo del medio siglo*. Buenos Aires: Huemul. 379 p.

- COMPAGNON, O., 2014. *América latina y la Gran Guerra. El adiós a Europa (Argentina y Brasil, 1914-1939)*. Buenos Aires: Crítica. 350 p.
- DI PIETRO, S. & A. TÓFALO, 2013. *La situación educativa a través de los censos nacionales de población*, Ministerio de Educación: Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. 19 p.
- EUJANIÁN, A., 1999. *Historia de las revistas argentinas (1900-1950)*, Buenos Aires: AAER. 181 p.
- FERNÁNDEZ, J. R., 1919. *Civilización argentina. La obra de La Prensa en 50 años*. Buenos Aires: Talleres Gráficos L. J. Rosso. 87 p.
- FRITZSCHE, P., 2006. *De alemanes a nazis. 1914-1933*. Buenos Aires: Siglo XXI. 257 p.
- GAYOL, S., 2002. *Sociabilidad en Buenos Aires. Hombres, Honor y cafés 1862-1910*. Buenos Aires, Ediciones del Signo. 284 p.
- GÓMEZ, H., 2008. Los diarios como espacios públicos. *La Prensa en la vida social de Buenos Aires a comienzos del siglo xx. Intersecciones en Antropología*, n° 9, pp. 261-274.
- LE NAOUR, J. Y., 2007. *Meurtre au Figaro. L'affaire Caillaux*. París: Larousse. 288 p.
- LE ROSE & MONTMASSON, 1913. *Guía Periodística Argentina*, Buenos Aires.
- LVOVICH, D., 2003. No es este un asunto de Francia sino un asunto de la Humanidad. Notas sobre la recepción del caso Dreyfus en Buenos Aires. *Anuario IEHS*, vol. 18, pp. 273-302.
- MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES Y CULTO, 1919. *El libro azul. Documentos y actos de gobiernos relativos a la guerra en Europa*. Buenos Aires. 149 p.
- PARADA, A., 2007. Cultura impresa y vida cotidiana en el Buenos Aires del Centenario (1910). En: A. PARADA, *Cuando los lectores nos susurran: libros, lecturas, bibliotecas, sociedad y prácticas editoriales en la Argentina*. Buenos Aires: INIBI, FFyL-UBA. 232 p.
- PASTORMERLO, S., 2016. Sobre la primera modernización de los diarios de Buenos Aires. Avisos, noticias y literatura durante la Guerra Franco-Prusiana (1870). En: V. DELGADO & G. ROGERS, *Tiempos de papel: publicaciones periódicas argentinas (siglos xix y xx)*. La Plata: UNLP-FHCE. pp. 13-37.
- PINETA, A., 1962. *Verde memoria. Tres décadas de literatura y periodismo en una autobiografía*. Buenos Aires: Ediciones Antonio Zamora. 227 p.
- PRIETO, A., 2006 [1988]. *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires: Siglo XXI. 241 p.
- PUIGGRÓS, A., 1991. *Sociedad civil y Estado en los orígenes del sistema educativo argentino. Historia de la Educación Argentina II*. Buenos Aires: Galerna. 361 p.
- RINKE, S., 2017. *Latin America and the First World War*, Nueva York, Cambridge University Press. 302 p.
- ROMAN, C., 2010. La modernización de la prensa periódica. Entre *La Patria Argentina* (1879) y *Caras y Caretas* (1898). En Laera, A. *Historia crítica de la literatura argentina*, Tomo III. Buenos Aires: Emecé, pp. 15-37.
- SAÍTTA, S., 1998. *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*. Buenos Aires: Sudamericana. 318 p.
- SÁNCHEZ, E. G., 2014. Pendientes de un hilo. Guerra comunicacional y manipulación informativa en la prensa porteña durante los inicios de la Gran Guerra. *Política y Cultura. Revista Académica del Departamento de Política y Cultura*, n° 42, pp. 55-87.
- TATO, M. I., 2010. La contienda europea en las calles porteñas. Manifestaciones cívicas y pasiones nacionales en torno a la Primera Guerra Mundial. En: M. I. TATO & M. CASTRO, *Del Centenario al peronismo. Dimensiones de la vida política argentina*. Buenos Aires: Imago Mundi, pp. 33-63.
- , 2017. *La trinchera austral. La sociedad argentina ante la Primera Guerra Mundial*. Rosario: Prohistoria. 144 p.
- TEDESCO, J. C., 2009 [1986]. *Educación y sociedad en la Argentina (1880-1945)*. Buenos Aires: Siglo XXI. 282 p.
- TERCER CENSO NACIONAL. *Levantado el 1 de junio de 1914, 1917*. Buenos Aires: Talleres Gráficos L. J. Rosso y Cía., Tomo IX.
- VÁZQUEZ-PRESEDO, V., 1971. *El caso argentino. Migración de factores, comercio exterior y desarrollo, 1875-1914*. Buenos Aires: Eudeba. 230 p.
- WEINMANN, R., 1994. *Argentina en la Primera Guerra Mundial. Neutralidad, transición política y continuismo económico*. Buenos Aires: Biblos - Fundación Simón Rodríguez. 168 p.

---

*TEMAS DE HISTORIOGRAFÍA*

---



## «PEQUEÑAS ANÉCDOTAS SOBRE LAS INSTITUCIONES»

JUAN CARLOS GARAVAGLIA, APUNTES SOBRE SU CONCEPCIÓN DE LAS INSTITUCIONES (ENTRE ORALIDAD Y ESCRITURA)<sup>1</sup>

«SMALL ANECDOTES ABOUT INSTITUTIONS». JUAN CARLOS GARAVAGLIA, NOTES ON HIS CONCEPTION OF INSTITUTIONS (BETWEEN ORALITY AND LITERACY)

Darío Barrera<sup>2</sup>

<i>Palabras clave</i>	<i>Resumen</i>
Juan Carlos Garavaglia, Historiografía, Instituciones, Sociedad, Estado	Se analiza el modo en que aparece la preocupación por las instituciones en la obra escrita de Juan Carlos Garavaglia. La exploración no elude sus textos de historia económica y ambiental, pero tampoco los utiliza simplemente para contrastarlos con aquellos de la segunda mitad de los años 90, en los que su interés por la dimensión política, jurídica e institucional de la historia rioplatense adquiere evidencia y centralidad. El trabajo, recurriendo a otros registros de intervención del autor analizado, trata de dejar a la vista qué es lo que finalmente anuda el modo en que Garavaglia ha pensado históricamente la relación entre las instituciones y las sociedades.
<i>Recibido</i> 5-11-2017	
<i>Aceptado</i> 7-6-2018	
<i>Key words</i>	<i>Abstract</i>
Juan Carlos Garavaglia, Historiography, Institutions, Society, State	The way in which concern for institutions appears in Juan Carlos Garavaglia's written work is analyzed. The exploration does not elude its economic and environmental history texts, but it does not use them simply to contrast them with those of the second half of the 90s, in which its interest in the political, legal and institutional dimension of <i>rioplatense</i> history acquires evidence and centrality. The work, resorting to other intervention records of the analyzed author, tries to expose what finally ties the way in which Garavaglia has historically thought about the relationship between institutions and societies.
<i>Received</i> 5-11-2017	
<i>Accepted</i> 7-6-2018	

---

1 Una parte de este texto consiste en mi intervención en el Panel de Cierre de las XVI Jornadas Interescuelas (Mar del Plata, 11 de agosto de 2017) dedicado a recordar y homenajear a nuestro maestro y amigo Juan Carlos Garavaglia, integrado por Jorge Gelman, Raúl Fradkin, Alejandro Rabinovich y coordinado por Eduardo Míguez. Agradezco a este último la gentileza de haberme convidado a participar en él, así como de haberme sugerido el hilo que le parecía pertinente para la ocasión. Fue también –no tenía cómo saberlo– la última ocasión en que compartí un rato personalmente con Jorge Gelman, otro extraordinario historiador que nos dejó demasiado pronto y a quien recuerdo también con enorme admiración y cariño.

2 CONICET / Universidad Nacional de Rosario, Argentina. C. e.: dgbarriera@conicet.gov.ar.

...cuando alguien critica mi indiferencia hacia el fútbol y en especial a la figura de Maradona [...] le recuerdo que él o ella, si son argentinos, lo son por un hecho inevitable, han nacido en Argentina, en cambio, yo he optado por ser argentino y por lo tanto, soy 'más' argentino... (Garavaglia 2015a, p. 166)

Cierta comunicación no verbal es sumamente rica:  
la gesticulación, por ejemplo. (Ong 1982, p. 16)

No es posible iniciar este texto sin decir que Juan Carlos Garavaglia no fue un *historiador de las instituciones*.<sup>3</sup> Incluso cuando abordó frontalmente temas donde lo institucional podía tener una relevancia evidente, nunca dejó de ser un historiador cuya identidad pasaba por lo económico y lo social. Esto lo decía a quien quisiera escucharlo y, además, lo escribió muchas veces.

Entonces, incluso antes de seleccionar la muestra de trabajos sobre la que iba a organizar la cata, me encontré pensando en la relación que Juan Carlos mantenía con las instituciones, cómo él las pensaba, cómo las vivía, pero sobre todo cuánto tiempo empleaba en explicárselas a sí mismo y explicarnos a los demás qué cosa significaban algunas instituciones en nuestras propias vidas.<sup>4</sup> También vinieron a la mente, sin necesidad de esfuerzo, algunos diálogos en los cuales aparecían, muy recurrentemente, dos temas.

Uno de ellos estaba referido a la relación que los franceses tenían con *la ley*. Solía decir que era el fruto de un contrato que respetaban, mientras que nosotros –los *rioplatenses*, pero también los *latinoamericanos* en general, porque en esto era poco frecuente que se refiriera sólo a “los argentinos”– veíamos que *las leyes* consistían en un conjunto de vagas sugerencias que podía ser bueno seguir.<sup>5</sup> Garavaglia era en esto muy borgiano.<sup>6</sup>

3 Lo que ciertamente refuerza la astucia y el desafío que contenía el convite de Míguez oportunamente propuesto.

4 El tercer capítulo de sus memorias, que comienza con un flagrante plagio de Escardó a Cané –que donde está puesto bien induce a la ironía– celebra de manera inequívoca la marca que significó en su vida haber transitado por el Colegio Nacional de Buenos Aires. Como bien alude allí, para sus egresados es “El colegio” a secas, sin dejar de trasuntar “...una punta de desagradable desdén por los otros colegios.” (Garavaglia 2015a, p. 69).

5 Sobre esta relación, el iusantropólogo Alain Supiot escribió: “En el francés usual, se habla de ley y de contrato para distinguir las dos clases de lazos de derecho que nos mantienen y nos hacen permanecer unidos: del lado de la ley, están los textos y las palabras que se nos imponen independientemente de nuestra voluntad, y del lado del contrato, aquellos que proceden de un libre acuerdo con el otro.” (Supiot 2007, p. 11). Sobre la “perspectiva latinoamericana” de Juan Carlos en su propia concepción de la profesión, véase Fradkin y Gelman 2017, p. 10.

6 Como el Borges de “Nuestro pobre individualismo” (fechado en 1946), Juan Carlos pensaba que los latinoamericanos en general, y los argentinos en particular, manteníamos una relación problemática con el Estado y con las leyes. Probablemente, también coincidía con Borges en cuanto a que, en general, los gobiernos que tuvimos por estos lares fueron de una calidad más bien dudosa. “El argentino, a diferencia de los americanos del Norte y de casi todos los europeos, no se identifica con el Estado. Ello puede atribuirse a la circunstancia de que, en este país, los gobiernos suelen ser pésimos o al hecho general

El otro tema, que atañe más directamente a su examen sobre el pasado rioplatense, tiene que ver con el Estado, y sobre todo con las metáforas que se han utilizado para analizarlo. En este punto, la mirada de Juan Carlos cambió mucho durante los últimos diez o quince años, cuando cuestionaba frecuentemente la “modernidad” de la Argentina del siglo XIX. Todo esto, como se verá, viene a cuento del objeto de esta breve reflexión inspirada en una cata sobre la cuestión en algunos de sus libros pensados y escritos en diferentes momentos de su vida.

*Mercado interno y economía colonial* es básicamente un libro de historia económica pero, como ya lo expresé en otro texto, en ese libro, antes que la yerba mate, lo que realmente importa son las relaciones sociales.<sup>7</sup> La centralidad del problema de la conformación de un “mercado interno” en clave colonial durante el siglo XVII podría relevarnos de comenzar nuestra selección con esta obra, surgida de la tesis que, bajo la dirección de Ruggiero Romano, defendió en la EHESS en 1979. Sin embargo, la forma en que “...mercaderes y traficantes funcionan como organizadores de la producción y como vehiculizadores del excedente colonial...” (Garavaglia 1983, pp. 24-25) no está exenta de una dimensión institucional. En la *pintura* se advierte que no se le han pasado por alto los espacios institucionales más importantes (la gobernación de Buenos Aires, el cabildo de Santa Fe,<sup>8</sup> el Colegio jesuita de Santa Fe, la tesorería de la Real Hacienda...),<sup>9</sup> pero también es cierto que, a lo largo del libro, no existe nada que sugiera que haya pensado que sus potenciales lectores –ni él mismo– pudieran sentir la necesidad de una descripción de tal institución o de un análisis que les explicara la relación entre la *forma* de la institución y la *función* que cumple en el proceso, algo que, además, estaba en boga por entonces en la historiografía latinoamericanista realizada en Francia o Estados Unidos, por ejemplo.<sup>10</sup> Las instituciones están allí porque forman parte del circuito por donde pasaba cierto volumen del giro comercial, donde se lo gravaba, desde donde se lo promovía, o a partir del cual se deprimía tal o cual zona del

---

de que el Estado es una inconcebible abstracción; lo cierto es que el argentino es un individuo, no un ciudadano.” (Borges 1974, p. 658).

7 “...lo social es la trama que hace inteligible lo económico y todo intento de separar es nada más que el resultado de la incompreensión de una vieja imagen marxiana poco feliz...” (Garavaglia 1983, p. 22). En el mismo trabajo (Barrera 2017), también señalé que este libro expresa un estilo y una capacidad que lo convierten hoy en un trabajo que, sin dudas, puede considerarse un aporte a la *global history* tanto como un libro de *historias conectadas*.

8 Cuyo cobro del ramo de *derecho de romana* le sirve, concretamente, como “fuente indirecta” para confirmar “...el sostenido aumento de las cantidades exportadas desde Asunción” (Garavaglia 1983, pp. 68-69).

9 Tratándose de la yerba mate, no es extraño que la figura de Hernandarias emerja entre la documentación batallando con denuedo contra el energético. A instancias de los jesuitas, que lo habían listado junto al tabaco y el chocolate entre los vicios americanos, el yerno de Garay fue pionero dando bandos contra el consumo y el comercio de yerba mate. Cita uno de 1596 contra el consumo y otro de 1607 contra el tráfico (Garavaglia 1983, pp. 49 y 50).

10 Para no abrumar con citas, pienso naturalmente en los trabajos coetáneos de James Lockhart, Steve Stern o Susan Ramírez Horton, entre otros.

tráfico. Pero en este libro las instituciones no son espacios particularmente retratados: nuestro autor no explica cómo son ni cómo funcionan, no queda la impresión de que hubieran captado particularmente su atención.

No es muy distinta la cuestión en *Economía, sociedad y regiones* (1987), puesto que los cuatro trabajos allí reunidos responden todavía a la agenda de problemas que Garavaglia tenía en mente mientras confeccionó la tesis que luego fue *Mercado interno...* y forman parte, además, de ese tramo de su experiencia vital que se cierra en 1983, con la publicación de este, su primer libro en Ediciones De la Flor, así como con la apertura de una posibilidad de retomar su vida académica en la República Argentina. Las circunstancias generales del país, sus ganas de volver y las gestiones de algunos colegas concretaron su radicación en Tandil, donde su acción docente e institucional entre 1986 y 1991 –los años que Juan Carlos, citando a Lampedusa, acreditó en 1996 como “...uno de los más felices y logrados períodos de nuestra vida...” (Garavaglia 1999a, p. 11)–<sup>11</sup> ha dejado huellas que los jóvenes que se formaron con él mantienen vivas y valoran con sinceridad.<sup>12</sup>

Durante esos años realizó lo esencial de la investigación que dio lugar a *Pastores y labradores*, traducido al francés como *Les hommes de la pampa* (Garavaglia 2000). En este libro, las instituciones todavía tienen un carácter “superestructural”. No son mucho más que expresiones de intereses de grupos sociales, pero sobre todo son puntos de paso, productoras de información que siempre agradece y que siempre contrasta y aprovecha. La marca del libro es, una vez más, lo social: no obstante el carácter francamente abrumador de la información que procesa en cuadros y gráficos, tanto por la fuerza con la que introduce el tema ecológico como por su inveterada matriz social, el lector sale del libro *reconociendo* a esos pastores y labradores de los que habla el título, que no se pierden detrás de los cuadros.<sup>13</sup> *Pastores...* documenta su contundente co-

11 El libro está prologado desde su casa en Saint Leu en febrero de 1996, y la cita refiere a los “devaneos amorosos de Angelica y Tancredi en las interminables habitaciones de Donnafugata: ‘esos serían los mejores años de su vida, pero ellos no lo sabían’”, lo que, contrastado con la explícita caracterización de esos cinco años (1986-1990) como “bastante difíciles desde el punto de vista económico”, hace sentir sin dificultad el peso de una angustia más existencial.

12 Enseñó en la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires entre 1986 y 1991. Véase Yangilevich 2017.

13 Sobre estos aspectos de la obra de Juan Carlos –y sobre toda su producción, pero sobre este aspecto en particular– es indispensable remitirse a las apreciaciones vertidas por dos de sus colegas y amigos con los cuales transitó conjuntamente el camino de la comprensión y la explicación de la economía agraria rioplatense entre los siglos XVIII y XIX: Fradkin y Gelman, 2017. Por otra parte, aunque sea obvio para quien conoce toda la obra de Garavaglia, sería injusto dejar de señalar, para quienes no la conocen, que los campesinos guaraníes que trabajaron en los yerbatales y los campesinos bonaerenses no fueron los únicos sujetos sociales de los que se ocupó. En Garavaglia y Grosso 1994, reconstruyó (en claves muy parecidas a las de *Pastores y labradores...*) una historia agraria de la región de Tepeaca. Pero su maestría para acercarse (y sobre todo *acercar a los lectores*) a los agentes sociales alcanza cotas muy altas en otro trabajo que escribió en colaboración con Raúl Fradkin (Garavaglia y Fradkin 1992), donde aparecen recuperadas imágenes, sintagmas y tonos de la oralidad, gestos y costumbres de esos *Hombres y mujeres de la colonia* (tal el nombre del libro).

nocimiento de la economía pampeana pero también, nuevamente, su elección: entre los números y la gente, siempre eligió “descubrir” a la gente. En sus libros los números siempre dicen cosas sobre la vida de las personas. En sus trabajos nunca hay *cuentas* para justificar o comprender la existencia de entes abstractos a los que hay que conocer por sí mismos y que funcionan como “por arte de magia” –otra de sus expresiones favoritas, siempre servida con movimiento de brazos–.

Y desde el ángulo de lectura que me sugirió Eduardo Míguez, es precisamente en este momento cuando se produce un fleje, cuando en la enorme tela de su obra puede identificarse una ancha costura. Los períodos de producción de un historiador, todos los que estamos aquí sabemos eso, siempre presentan un *delay*, un defasaje entre aquello que lo está ocupando en el presente y lo que se publica durante ese mismo presente. Esto es muy normal y no es exclusivo de nuestra profesión, y es algo que sigue ocurriendo ahora, con procesos editoriales más aceitados y con mucha producción vehiculizada a través de la edición digital, pero que hace dos décadas era sensiblemente más notorio. La investigación de *Pastores...* está completa en 1994, pero su edición no se conoce hasta 1999 en español y hasta 2000 en francés. Y es entre 1991 y 1999 donde hay que buscar cómo Juan Carlos Garavaglia fue imaginando las puntadas de nuevo estilo con las cuales luego bordó el conocimiento de los actores sociales y políticos de la campaña bonaerense.

El conjunto de trabajos que integran *Poder, conflicto y relaciones sociales*, publicado en Rosario por Homo Sapiens en 1999, es el vivo retrato de su nuevo taller: diferentes materiales, otros inventarios, otras herramientas. El volumen, organizado en París, donde Juan Carlos desempeñaba sus tareas como director de estudios en la École des Hautes Études en Sciences Sociales desde 1991, reunía los frutos de lo que él mismo consideraba esos “nuevos horizontes” hacia los cuales se encaminaba después de haberse ocupado durante años de la economía y la vida agraria pampeanas. Este nuevo conjunto de problemas aparecía sintéticamente en la primera palabra del título del libro (el *poder*) pero su interior se organizaba alrededor de los otros dos segmentos definitivamente más significativos: la conflictividad y las relaciones sociales. Así diseñó uno de los ejes que acabó por constituirse en una de las claves de su trabajo durante al menos dos décadas: la justicia rural y su papel en la construcción del Estado.

Lo institucional, que parece ir de suyo en la temática, no aparece en el libro a través de definiciones conceptuales o como “superestructura”. Aparece de la manera en que se le presentó durante la investigación: tanto “De mingas y convites...” como “Pobres y ricos...”<sup>14</sup> dan cuentas de la fascinación que ejercieron sobre Juan Carlos los expedientes

---

14 Publicados en 1997 y 1998 respectivamente; además, tuvimos la ocasión de escucharlos como intervención en congreso –el primero– y como clase de seminario –el segundo–. Permítaseme una pequeña anécdota personal. Un mediodía de 1999, después de haber compartido el café de sobremesa en el bar de la Escuela, esperábamos el ascensor para volver a subir a su oficina en el noveno piso. Recuerdo haberme atrevido, durante la espera, a decirle al profesor que me había gustado mucho “Pobres y ricos: cuatro historias edificantes...”, una lectura que creo estimuló a todos y cada uno de los que hacemos

judiciales. Allí había encontrado, como lo habían hecho Carlos Mayo, Silvia Mallo, Osvaldo Barreneche y Raúl Fradkin, entre otros, las voces de los "sin voz", la oralidad de la campaña. Siguiendo el hilo de su propio recorrido, tengo la impresión de que fue esa fascinación por el expediente lo que lo llevó a ocuparse del contexto del expediente, actitud propia de un profesional. Creo que esto fue lo que lo condujo a querer saber (y enseñar) más sobre la trama institucional que producía los materiales con los cuales trabajaba.

Es esa institucionalidad subyacente y productora de los expedientes judiciales y de las minutas de los jueces de paz la que hace su irrupción en *Poder, conflicto y relaciones sociales*: la arquitectura institucional de la campaña bonaerense y el modo de administrar justicia son el tema central de "Paz, orden y trabajo en la campaña..." y de "La justicia rural en Buenos Aires durante la primera mitad del siglo XIX".

En el primero, publicado en *Desarrollo económico* en 1997, se dedica de lleno a describir uno de los temas clave de la historia social de las instituciones (en este caso, judiciales): conocer el perfil social de los administradores de justicia rural y la matriz organizacional en la que desarrollan su tarea, basándose en documentación producida por la gobernación, pero también por los propios jueces, lo cual le permitió acercarse a su dinámica, a su funcionamiento.

En el segundo –que formaba parte del libro que coeditó con Jean-Frédéric Schaub y publicó a través de la EHESS– muestra su primera panorámica sobre la justicia rural bonaerense cuando miraba las claves de la construcción del Estado y ya había comenzado a discutir las versiones leninistas y estructuralistas de éste. Del mismo modo en que lo había hecho con la economía y la historia de la yerba mate, se mostró interesado sobre todo por la sociedad que hacía el Estado, por "...los hombres que encarnan en forma concreta esas relaciones de dominación...". Esos hombres que, decía, por estar empapados en ese mundo, cumplían eficazmente sus funciones de mediación en el ámbito rural.

Por supuesto, cuando hablamos aquí de 'Estado' estamos refiriéndonos exclusivamente –o casi, si exceptuamos el breve periodo 1813/1820 y la fugaz aventura rivadaviana– al Estado 'provincial' de Buenos Aires. Dado el enorme papel que éste tendrá en la construcción de la nación y del Estado nacional, el estudio de sus formas primigenias no parece un ejercicio inútil. (Garavaglia 1999b, pp. 9-10).

Si bien ese vínculo entre lo provincial y lo nacional no desaparecería ya de su nueva perspectiva, su principal potencia, a nuestro juicio, no radicaba en ese punto. En los trabajos de este libro, aparece otra fuerte conexión que tampoco se extinguiría en sus enfoques y que nos parece más relevante: la trascendencia de las formas más cotidia-

---

historia de la justicia y sobre todo a los que estudiamos la justicia rural. Recuerdo muy bien que dije tímidamente: "Gracias, qué bueno... Es un trabajo chiquito... una ventanita..." (mientras hacía el gesto de estar espionando, pícaramente, detrás de esa ventanita que él mismo había construido). Así funcionaba también Juan Carlos dentro de la institución con sus estudiantes. Creo que podríamos acordar, sin dificultad, que Garavaglia era un elegante cultor de la enseñanza de proximidad. Siguiendo con las metáforas que nos sirve en bandeja el oficio, podría decirse también que siempre estuvo más cerca de parecerse a un alcalde de la hermandad que a un oidor togado.

nas de la tradición política colonial en la construcción de las relaciones sociales y del poder político en la sociedad.

El trabajo dedicado a la más urbana de las instituciones coloniales (el cabildo) es ejemplar del modo en el cual Juan Carlos Garavaglia elaboraba aquellos nuevos horizontes a los que se refería en la introducción del libro. Este breve artículo muestra, metabolizada, una voluminosa y densa producción sobre las representaciones del poder que había absorbido como clima de trabajo en su EHESS, donde convivía no solamente con grandes especialistas en el tema establecidos en la institución sino también con una ingente cantidad de colegas visitantes con los cuales no perdía la ocasión de intercambiar ideas y puntos de vista. Este clima –compuesto de lecturas y conversaciones– sobre el *ceremonial público* del Antiguo Régimen le permitió diseccionar aspectos de la institucionalidad colonial hasta entonces ausentes en su producción, a la vez que tomar partido en las querellas que esa misma historiografía<sup>15</sup> presentaba a la historia social o la historia política.

Las complejas formas de la etiqueta y del ceremonial coloniales, que aparecen hoy ante nuestros ojos como fórmulas casi absurdas y vacías de todo contenido, constituyen para los contemporáneos, por el contrario, un ritual vivo y funcionan como auténticos *signos* que expresan situaciones conflictivas y enfrentamientos.

[...]

Todos entienden muy rápido qué significa el puesto del virrey en la procesión, el del Presidente de la Audiencia en la fiesta de toros o el lugar asignado a los oidores en una solemne ceremonia en la catedral

[...]

Y cada uno de los participantes parece un actor recitando parte de una obra de teatro ya escrita y que, aparentemente, es inmutable. Pero, no es así, no es inmutable, sino que, por el contrario está viva y su 'guión' es objeto de luchas y acres disputas. (Garavaglia 1999b, p. 124)

El último párrafo, aparentemente muy sencillo, condensa el nutriente del cual estaba extrayendo los elementos para examinar la institución tanto como su posición en la querella: en el “antiguo régimen” ni siquiera los rituales inhiben el cambio. Al contrario, ese código compartido, esa selva de símbolos de la cual la institución es productora pero también expresión, no es una inmóvil estructura que se expresa reiteradamente (la obra de teatro) a través de rituales (su puesta en escena), sino que los mismos rituales están vivos, y la razón es que en el centro del foco siempre están los actores y sus conflictos –que pertenecen, claro está, al orden de la acción–.

En este conjunto de trabajos de Juan Carlos, estas novedades aparecen emparejadas con un vocabulario y unas categorías de análisis que, a finales de los 90, conviven incómodamente con su manera de describir y de ver el poder político. Por una parte, su sensibilidad por lo social –y por la agencia, por el orden de la acción de los sujetos–, que ya se había hecho presente ensanchando el orden de lo “económico” en *Mercado interno...* y en *Economía, sociedad y regiones*, hace explotar en esta ocasión a los “actores” en estan-

15 Profundamente influida por su diálogo con la antropología simbólica, por el cual durante tantos años había bregado Jacques Le Goff –quien, junto a Jacques Revel y Nathan Wachtel, constituían referencias de un verdadero liderazgo intelectual en la EHESS que Juan Carlos mentaba frecuentemente–.

cieros, hacendados, pastores, campesinos, jueces de paz, curas párrocos, comandantes, jefes milicianos y soldados rasos... Por entonces, las cuestiones de etiqueta todavía le saben a "control social" y el cabildo forma parte del "estado colonial". Sin embargo, también expresa de manera clara su posición respecto a la manera en que comprendía el Estado:

...resulta evidente que el Estado no es una cosa o un 'aparato' –como solemos decir por comodidad, recogiendo así la tradición althusseriana– sino una *relación social de dominación*... (Garavaglia 1999b, p. 9)<sup>16</sup>

Es difícil resistirse a la tentación retrospectiva. Con su producción posterior en la mano, uno puede estar tentado a afirmar que en esta misma introducción estaba el plan que iba a organizar su trabajo durante el resto de su vida:

Como es sabido, desde el origen mismo del Estado occidental, la justicia (como el sistema impositivo y el ejército) constituyen los pilares sobre los que se armaría lentamente el Estado. (Garavaglia 1999b, p. 9)

Justicia, impuestos, ejército; o jueces, recaudadores y militares: reténgase esta tríada, en cualquiera de sus dos presentaciones.

Este libro, entonces, señala no solamente un giro respecto de su propia mirada acerca de las instituciones y un nuevo programa en el cual algunas de éstas van a tener un papel central, sino que muchos de sus trabajos, y particularmente los que analizaron la organización política de la campaña en clave de "justicia rural", incidieron de manera decisiva sobre la construcción de un verdadero campo de trabajo, la justicia rural de los siglos XVIII y XIX, capítulo que –Juan Carlos señalaba con razón– estaba por escribirse.<sup>17</sup>

También durante 1999 –probablemente el *annus mirabilis* para la historia de la Justicia en el Río de la Plata–<sup>18</sup> coordinó un número doble de la revista *Études rurales* titulado sin ambages "Justice et société rurales", donde se plantea con mucha fuerza –y no sólo en su estudio– la cuestión de las instituciones *tradicionales*, el peso de la costum-

16 Sobre la justicia rural y la cuestión de los "aparatos del estado", solía bromear frecuentemente Juan Carlos hablando de "aparato", haciendo referencia en general a la paupérrima "sanción militar" con la cual lidiaban los jueces rurales para ejecutar sentencias en el terreno. Sin embargo, en *Una juventud en los años sesenta...*, está bien documentada la relación que había hecho entre la noción althusseriana y la militancia: "...una corriente cultural marxista de aquellos años de gran influencia sobre muchos de los que mirábamos la realidad desde la izquierda en los sesenta (Althusser, pasado con frecuencia por la licuadora devastadora del pequeño libro de Marta Harnecker), nos convenció que el estado era un *aparato* rodeado de aparatos (judicial, armado, educativo, cultural, ¡simbólico!, se imagina el lector, un aparato simbólico, es decir, ¡un aparato, algo que tiene un espesor físico, pero que existe solo en nuestras mentes!) [...] Claro, si lo que había era luchar contra todos esos aparatos, la política se reducía a los balazos." (Garavaglia 2015a, p. 67).

17 En la presentación de *Poder...* (1999), avisa que será publicado en un libro que coordinaba con J.F. Schaub. La publicación de "La justice rurale à Buenos Aires dans la première moitié de XIX siècle. Structure, fonctions et pouvoirs locaux" tuvo lugar en Garavaglia y Schaub 2005, pp. 137-161. En la primera versión de este texto, señala ya que la tesis de Osvaldo Barreneche (Arizona, 1997), todavía inédita (Barreneche 2001), constituía el único trabajo *a fondo* sobre la justicia, pero que era sobre la justicia criminal y urbana a la vez.

18 Recuérdese que este año se realizan en Mar del Plata las Jornadas sobre la Fuente Judicial. Me referí a los sucesos académicos de ese año en Barrera 2010.

bre y la tensión entre las culturas jurídicas letradas y legas. En su propio estudio –una apretada síntesis de investigaciones que aparecen desplegadas en otros, apoyado, además, en el trabajo de Jorge Gelman (1999) aparecido en el mismo volumen– concluye e instala otro tópico que se volverá influyente:

*Quand les alcaldes de la Hermandad et les juges de paix se trouvaient devant ceux qu'on a appelé les domiciliados, leur rôle fondamental était de rechercher la conciliation et la médiation. (Garavaglia 1999c, p. 109)*

Estos jueces eran mediadores –entre los campesinos y el poder político, y viceversa– pero también se comportaron como guardianes de la disciplina social “...*plus proche de la dure réalité policière...*”, imagen ésta más ligada a una faceta represiva. Sin embargo, Garavaglia pone el acento en un aspecto para el cual siempre tomaba una referencia de Pierre Bourdieu: se trataba, dice en sus conclusiones, de “funcionarios” muy particulares –porque no estaban *todavía* separados del mundo social ordinario–<sup>19</sup> gracias a lo cual, afirmaba, su *poder* de conciliación y mediación era mayor.

Aquí puede advertirse de qué manera las lecturas –Thompson, Bourdieu, y desde luego las fuentes– pero también ese universo oral que son las reuniones científicas, los seminarios, el *clima intelectual*, se filtran en su trabajo que, como en tantas ocasiones, se adelanta bocetando contornos de preocupaciones científicas que luego adquieren definición y centralidad. Después, los *passeurs* fueron un tema en sí mismo y alrededor de esta función se celebraron reuniones científicas y se publicaron libros de americanistas que trabajaron muy cerca de Juan Carlos en el CERMA.<sup>20</sup>

Es, sin embargo, en *San Antonio de Areco...*, donde las instituciones políticas, jurídicas y judiciales del mundo rural bonaerense aparecen analizadas en todo su refinamiento y, además, hábilmente ensambladas con lo social gracias al extraordinario conocimiento que Garavaglia tenía de la sociedad agraria que las había producido.

Este libro, una verdadera joya, constituyó y constituye todavía un desafío al sentido común académico, equiparable a las grandes monografías de la historia regional francesa de los años 1970 pero muy superior a algunas de aquellas en calidad de contenido.<sup>21</sup> Sin perder jamás el objetivo de explicar y explicarse de qué se trataba la *modernidad argentina* (cada vez que se refería a esto hacía comillas con los dedos para “modernidad” y su rostro transmitía un claro gesto de incredulidad sobre la fórmula), abordó la vida del pueblo de Areco durante un arco de dos siglos (1680-1880) a partir de una investigación pacientemente construida a lo largo de veinte años y “armada” apenas en cuatro (Garavaglia 2009).

19 La referencia conducía a *Razones prácticas*, de Pierre Bourdieu.

20 Estoy pensando en un libro surgido del congreso Congreso Internacional Las Cuatro Partes del Mundo, celebrado en Lima en el año 2002 (O’Phellan Godoy y Salazar-Soler 2005)

21 Eludo la comparación con las obras de *microhistoria* (los trabajos más cercanos podrían ser el de Levi sobre Santena o el de Grendi sobre Il cervo), porque los supera en ambición y método. Quizás el libro de Van Young sobre la *Otra rebelión*, el de Susan Ramírez sobre Lambayeque, el de Thomas Calvo sobre Guadalajara o el de Felipe Castro sobre los Tarascos podrían ser referencias más adecuadas.

Este libro, al respecto del tema que nos interesa, comporta todavía más novedades que *Poder, conflicto y relaciones...* Por una parte, aquí aparece por primera vez de manera explícita y cuidada, a través de una cita a António M. Hespanha, la definición de la *jurisdicción* tanto en su sentido baldiano, como capacidad de decir el derecho, como en su sentido territorial, es decir, como el territorio donde el juez ejerce esa misma capacidad (Garavaglia 2009, p. 27, nota 24).<sup>22</sup> Por otra parte, la definición de las autoridades de la justicia rural es retratada con un refinamiento mayor a sus trabajos anteriores, informado por la historia del derecho, a la cual se había acercado con interés, aunque sin perder jamás la perspectiva social ni el carácter *conversacional* de sus reflexiones. Un perfecto botón de muestra al respecto es la siguiente referencia a los alcaldes de la hermandad y a los pedáneos:

...es de imaginar que, ya antes que se nombrara específicamente un Alcalde de la Hermandad, los notables más destacados, en tanto *pater familias* y titulares de una *casa* de respeto, deben haber ejercido funciones de mediación en el marco de la sociedad local... (Garavaglia 2009, p. 28).

"Es de imaginar...". La inflexión expresa que cuenta con que todos hayamos hecho el mismo esfuerzo de imaginación evitando "creer" que la institución "alcaldía de la hermandad" fue introducida en el vacío y, con ella, se inauguró la función. Su reflexión cuenta con la nuestra: la institución es un artificio, lo relacional es anterior, sino temporalmente, al menos coetáneo en lo constituyente: las relaciones *constituyen* las instituciones. No hay nada más parecido a un *carnet* de historiador social que esto.

Los roces entre alcaldes de la hermandad, jueces comisionados y comandantes de milicias dejan de ubicarse en el plano de la abstracción y adquieren, a lo largo del libro, carnadura propia, lugar, tiempo, relato. La efímera vida de las primeras comisarías de campaña documentan esta relación difícil entre instituciones funcionando en el terreno. Pero en realidad, Garavaglia muestra que no se trata de otra cosa que hombres disputándose porciones de autoridad en el territorio. En esas disputas pueden documentarse también concurrencias, espacios donde la exclusión es imposible. Así lo expresa en esta frase, donde incluso da cuentas de dicha realidad diacrónicamente: "Con frecuencia, alcaldes de la hermandad, comandantes de milicias y jueces de paz, se ven obligados a intervenir para evitar 'amancebamientos'...", asunto que, por derecho, también podía reclamar la jurisdicción eclesiástica (p. 50).

Al tratarse de un estudio microanalítico y localizado, la experiencia social de los individuos que ejercieron diferentes tipos de autoridad en la vida de Areco no está declamada sino detalladamente descrita, y eso proporciona una visión magnífica del

22 Este diálogo con las perspectivas de António Manuel Hespanha –introducidas en la EHESS a través del Grupo de estudios ibéricos y el Instituto de Estudios Portugueses por un colega con el cual trabajó en su momento estrechamente, Jean-Frédéric Schaub– puede advertirse alguna vez más en el libro. Pero su escasa presencia en el escrito no hace justicia al tiempo que ocupaba discutiendo estos tópicos oralmente. Además, las realidades que releva en la historia de Areco dejan advertir con claridad a los *rústicos* y los episodios de *violencia dulce* que el jurista portugués retrata en *La Gracia...* (Hespanha, 1993).

modo en que la institucionalidad rural funcionaba. Son particularmente representativas de este aspecto las páginas que dedica a los Casco de Mendoza, los Lima o los Martínez (familias que se especializaron en las judicaturas rurales) tanto como las que consagra al ceremonial que Juan Manuel de Rosas había ideado para instalar a los jueces de paz, con el cura como personaje central y el altar como escenario (p. 169). En este mismo libro, Juan Carlos Garavaglia expresa sus dudas sobre si estos hombres, que claramente encarnaban la autoridad política en las campañas –aunque, como siempre lo advirtió, jamás le aparecían separados de su *vida social ordinaria*– merecen ser llamados hoy por el historiador “funcionarios”. Estas dudas, según lo documenta, se vinculaban para él con la cuestión del estipendio (cfr. nota 88, p. 171), pero, una vez más, es la perspectiva social la que predomina y la que acaba por conformar la matriz de toda su lectura sobre lo institucional.

Detrás de la *función* o del concepto, es el carácter profundamente prosopográfico de su investigación –que no agota el método en las élites, sino que lo pone al servicio de los sectores más bajos de la sociedad, cual es el caso del examen de “los Alvarito”, *passim*–, el que provoca el efecto que hace dudar: como Garavaglia conocía perfectamente el mundo social ordinario de Areco, prácticamente ninguna familia, ningún agente le resultaba desconocido. Entonces, su microscopio ametralla esos relatos donde las estructuras hacen cosas, donde se afirma que las abstracciones tienen comportamientos propios de los humanos y donde los verdaderos hacedores de las abstracciones son deshumanizados. En *Areco*, Garavaglia *está viendo* a los seres humanos *haciendo instituciones*. Parece estar *desatornillando* al leviatán: está realmente mostrando *cómo los actores hacen estructuras*.<sup>23</sup>

*Areco* es también un libro donde su preocupación por la oralidad toca su punto más alto. Juan Carlos, que lamentaba la naturaleza oral de la justicia de campaña, hecho que había tenido consecuencias funestas para su investigación (lo cual es lógico), tenía mucho “oído” para las fuentes. Era muy sensible a la expresión oral tanto en lo que escuchaba en su presente como cuando leía documentación.<sup>24</sup> Esta sensibilidad hizo –lo recuerdo perfectamente, esto ya durante el trabajo de edición– que se sin-

---

23 Michel Callon y Bruno Latour, “Unscrewing the Big Leviathan; or How Actors Macrostructure Reality, and How Sociologists Help Them To Do So?” (en Knorr & Cicourel, 1984), pp. 277-303. Este artículo fue un descubrimiento para mí en los años formativos de la EHESS. Nunca lo compartimos ni supe si lo leyó o le gustó, pero mi impresión es que Juan Carlos realizaba el trabajo de esos sociólogos que “auxiliaban” a hacer visibles a los agentes del pasado cuyos pequeños gestos construían realidades durables.

24 Esto lo dije con toda claridad en la introducción a su libro sobre Areco. Al presentar la tercera parte (“Trozos de vida”), escribió: “La mayor parte del material utilizado en esta sección surge de los archivos judiciales, ellos nos permiten focalizar aspectos esenciales de la vida de esta sociedad que otros documentos en general silencian y sobre todo, esta documentación posibilita un acceso, limitado pero no por ello menos importante, a briznas de la oralidad campesina (elemento esencial en una sociedad rural compuesta más de *olores* que de *lectores*)” (Garavaglia 2009, p. 15). Más, adelante, reforzando esta misma idea, agregó: “Pensamos que ese intento de recuperar las formas de la oralidad del habla campesina tiene gran relevancia en una sociedad donde la palabra escrita se limitaba a un círculo muy estrecho.” (p. 256).

tiera obligado a incluir, al final de la tercera parte de su libro sobre Areco, un pequeño glosario de expresiones orales de la campaña. Se sentía en el deber de acercar a sus lectores –entre los cuales contaba, potencialmente y con razón, a muchos de sus informantes de Areco– (Garavaglia 2009, pp. 346-347) una restitución de sentidos de aquella oralidad. Era, también él, un *porteur*.

*Areco* es, por último, el humus donde madura el gran proyecto: el juez rural abstracto (pero concreto, porque conocía bien a todos los que ejercieron dichas judicaturas), en tanto lego y *ad honorem*, no sería

...un funcionario en el sentido más completo de esa palabra, pues como dijimos, no cobra auténticos emolumentos por su actuación, pero indudablemente *ejerce funciones* –judiciales, represivas, económicas y políticas– que podríamos llamar estatales, dado que apuntan, durante una gran parte del periodo estudiado, a la construcción de una forma estatal de poder. Pero, los Alcaldes de la Hermandad –como sus sucesores, los jueces de paz– no perderán nunca su difícil papel de voceros de la sociedad local frente a las exigencias de ese estado en construcción (exigencias sobre todo de hombres y de recursos para el ejército). (Garavaglia 2009, p. 173)

En esta pequeña cita reaparecen, esta vez más humanizados, los tres agentes que corresponden a los tres elementos de la introducción de *Poder...*: el juez, el recaudador y el militar... Traducido en términos historiográficos: la construcción de un poder judicial, la construcción de dispositivos de recaudación fiscal y la construcción de un ejército.<sup>25</sup> Estos ejes, reunidos detrás de y atravesados por el desafío de explicar la conformación de las burocracias latinoamericanas, fueron la guía que se dio para indagar en la trenza de la estatalidad. Así organizó su más ambicioso proyecto colectivo: el *State Building in Latin America* (un Advanced Grant que Garavaglia obtuvo ante el European Research Council y que radicó en la Universidad Pompeu Fabra, desde donde lo desarrolló entre 2009-2014). A partir de este dispositivo, surgieron no solamente extraordinarios libros de su autoría (Garavaglia 2015b) o colectivos<sup>26</sup> sino otros individuales –frutos de tesis doctorales o de formación posdoctoral– que dan cuenta de manera particularmente eficaz de la perspectiva sobre las instituciones que elaboró durante la primera década del siglo XXI y que pudo transmitir a sus dirigidos (Etchechury Barrera 2015; De los Ríos 2017).<sup>27</sup>

25 De esto se ocupó tanto en Garavaglia, Pro Ruiz y Zimmermann 2012; en Garavaglia 2015b y en Garavaglia y Fradkin 2016. Sobre la Guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay escribió: "...debemos recordar que el estado financiero del país al finalizar la guerra en 1870, era calamitoso, y condicionó en forma muy evidente la grave situación fiscal que se vivió en la década posterior y que estallaría en los años 1875/1876, acompañando los efectos locales de la gravísima crisis internacional iniciada en 1873. Una razón más para no pasar por alto esta guerra y sus consecuencias duraderas en la historia del proceso de construcción estatal argentino." (Garavaglia y Fradkin 2016, p. 130).

26 Garavaglia y Contente 2011; Garavaglia y Gautreau 2011; Garavaglia, Pro y Zimmermann 2012; Garavaglia y Pro 2013.

27 Entre las tesis convertidas en libro, además, están en vías de publicación las tesis de Juan Carlos Sarazúa Pérez sobre la construcción del Estado en Guatemala y el de Viviana Velasco sobre Ecuador. Ya fue publicado el resultado de la colaboración de Pilar López Bejarano (2015).

En otro libro publicado casi coetáneamente con *San Antonio de Areco...*, las instituciones aparecen otra vez observadas a través del filtro de las representaciones (esta vez son claves sus trabajos sobre “las fiestas”) y del costado “humano” de lo que allí denominaba “el despliegue del estado”. Su trabajo sobre el presupuesto del Estado provincial de Buenos Aires de 1841 demuestra que casi la totalidad del gasto en “empleos públicos” (un 96%) se destinaba a financiar dos o tres instituciones que cumplían funciones militares o de policía (Garavaglia 2007). En este sentido, el carácter impresionista que busca producir sobre la relación entre instituciones y presupuestos persigue el propósito de caracterizar el Estado bonaerense. Las fuerzas armadas de esta provincia, no obstante, son alimentadas sobre todo por las levas campesinas donde, una vez más, las judicaturas rurales aparecen resolviendo la cuestión del disciplinamiento de los pobladores de la campaña en el territorio.

Los presupuestos y las rendiciones de gastos de guerra (que encontraba por aquí y por allá, dispersos, convenciéndolo de que aquél Estado de ninguna manera estaba todavía construido incluso en de década de 1860) fueron sus insumos preferidos durante los últimos años, durante los cuales abordó de manera sistemática las cuentas de la Confederación y las comparó permanentemente con las del Estado de Buenos Aires, produciendo interpretaciones que le trajeron no pocos dolores de cabeza con “réferis anónimos” de diversas publicaciones (Garavaglia 2015b, introducción). En éste, su último libro individual publicado, la recaudación, la defensa y la conformación de una burocracia aparecen en el centro de la escena. Su obsesivo microscopio se acerca, durante los últimos años, no a un pueblo, sino a las *cuentas...* de nuevo, para ver qué dicen ellas sobre la política, sobre los negocios, sobre la gente. Tributando a la feliz metáfora con la cual Germán Soprano y Ernesto Bohoslavsky (2010) titularon una compilación de trabajos aparecida al final de la década pasada, la historia de las burocracias que intentaba Juan Carlos durante los últimos años, era la de unas burocracias con *rostro humano*.

La conformación de un *funcionariado* desempeñándose en organismos nítidamente estatales no se produjo de la noche a la mañana; por el contrario, como es sabido, se trató de un proceso de una muy lenta configuración, en especial si atendemos las formaciones políticas surgidas en América con posterioridad a las revoluciones de independencia, en el transcurrir del siglo XIX. Lo que hallamos en el camino son agentes que desarrollaban tareas de gobierno en instituciones que paulatinamente tendían a constituirse en esa forma de poder político que denominamos Estado. (Garavaglia y Caselli, en Garavaglia 2015, p. 133).

Creo que en esta frase queda bien resumido lo que rondaba en su cabeza estos últimos años sobre la construcción del Estado. Durante décadas fue deconstruyendo y re-inventando modos de pensar la sociedad y las instituciones. Y creo que es a causa de la importancia suprema que él otorgaba a la *sociedad*, a las relaciones sociales, por sobre cualquier otro tipo de dimensión posible de la vida, que fue construyendo una matriz de comprensión y explicación de las instituciones no forzando lo que encontraba en las fuentes sino dejándose guiar por lo que le transmitía la experiencia de los agentes.

Durante los últimos años, había dejado caer en *désuétude* algunas metáforas –como las del “despliegue del estado”– y, como había hecho con sus campesinos, con los jueces, con los milicianos, también veía en las burocracias a “agentes que desarrollaban tareas de gobierno en instituciones...”, una manera muy llana de mostrar un proceso social.

Juan Carlos solía acompañar sus reflexiones con gestos. Hablaba con todo el cuerpo. Incluso algunas veces parecía que las distintas partes del cuerpo le resultaban insuficientes y *se salía* de sí. Sus textos muchas veces transmiten esta sensación, pero tengo la fuerte sospecha de que somos nosotros, quienes compusimos su ancho auditorio, los que completamos el conjunto con una evocación audiovisual, ya que su manera adorablemente histriónica de expresarse sobre los temas más diversos nos ha dejado un interminable inventario que felizmente no nos abandona.

Este “salirse de sí” se expresa también en su obra de una manera que es para todos nosotros inequívocamente beneficiosa. Como lo dice Raúl Fradkin en la presentación y el *post scriptum* al libro sobre la Guerra de la Triple Alianza, gracias a su manera de ver los temas que abordó –y el análisis de las instituciones no fue la excepción– conjuntamente con los temas que *des-centró* y que sacó del aislamiento (Fradkin, en Garavaglia y Fradkin, 2016), Juan Carlos –y en esto se entiende bien la admiración que muchas veces manifestaba hacia Tulio Halperin, por ejemplo– nos ha descentrado y nos ha sacado del aislamiento como historiografía.

Cuando él evocaba, con algo de sana envidia, la relación de obligación que los ciudadanos franceses sienten para con las leyes –aunque no se privaba de hacer algunas críticas–, pensaba, con ese latín que había adquirido en su querido *Colegio*, en la maravillosa etimología de *ob-ligare*, sentirse vinculados con otros a través de algo. Juan Carlos acompañaba la reflexión con un gesto de ensueño que tampoco reprimía y que denotaba su admiración hacia aquel sentimiento. Esa admiración no provenía sino de su inveterado interés por las relaciones humanas. Creo que allí radica la razón última de la feliz transformación que muestra, a lo largo del tiempo, su perspectiva sobre las instituciones como investigador, pero también la razón que explica la enorme trascendencia de sus enseñanzas, que fueron y seguirán yendo mucho más allá de la investigación.

## BIBLIOGRAFÍA

- BARRENECHE, O., 2001. *Dentro de la ley, TODO. La justicia criminal de Buenos Aires en la etapa formativa del sistema penal moderno de la Argentina*. La Plata: Al Margen.
- BARRIERA, D. G., 2010. Justicias, jueces y culturas jurídicas en el siglo XIX rioplatense. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [en línea, 23-03-2010]. Disponible en: <http://nuevomundo.revues.org/59252>.
- , 2017. De la biblioteca a la cocina y de los yerbatales al puerto preciso. Juan Carlos Garavaglia, trayectorias subjetivas de una presencia que no cesa. *Prohistoria*, 28 (diciembre). Disponible en: <http://ref.scielo.org/z7k7mf>.
- BOHOSLAVSKY, E. y SOPRANO, G. F., 2010. *Un Estado con rostro humano. Funcionarios e instituciones estatales en Argentina (desde 1880 hasta la actualidad)*. Buenos Aires: Prometeo-UNGS.
- BORGES, J. L., 1974. *Obras completas*. Buenos Aires: Emecé.

- DE LOS RÍOS, E. D., 2017. *Gobernar es cobrar. Política fiscal, recaudación impositiva y cultura tributaria. Santa Fe (Argentina, 1855-1873)*. Rosario: Prohistoria Ediciones y SBLA.
- ETCHECURY BARRERA, M., 2015. *Hijos de Mercurio, esclavos de Marte. Mercaderes y servidores del estado en el Río de la Plata (Montevideo, 1806-1860)*. Rosario: Prohistoria Ediciones y SBLA.
- FRADKIN, R. O. & J. D. GELMAN, 2017. Juan Carlos Garavaglia, hasta siempre. *Anuario IEHS*, 32 (1), pp. 7-18.
- GARAVAGLIA, J. C., 1983. *Mercado interno y economía colonial. Tres siglos de historia de la yerba mate*. México: Enlace / Grijalbo.
- , 1997. *Construir el estado, inventar la nación. El Río de la Plata, siglos XVIII-XIX*. Buenos Aires: Prometeo.
- , 1999a. *Pastores y labradores de Buenos Aires. Una historia agraria de la campaña bonaerense, 1700-1830*. Buenos Aires: De la Flor.
- , 1999b. *Poder, conflicto y relaciones sociales*. Rosario: Homo Sapiens.
- , 1999c. *Alcaldes de la Hermandad et juges de paix à Buenos Aires (XVIII<sup>e</sup>-XIX<sup>e</sup> siècles)*. *Études rurales*, 149-150, pp. 99-110.
- , 2000. *Les hommes de la Pampa. Une histoire agraire de la Campagne de Buenos Aires, 1700-1830*. Paris: Éditions de l'EHESS.
- , 2007. *Construir el estado, inventar la nación. El Río de la Plata, siglos XVIII-XIX*. Buenos Aires: Prometeo.
- , 2009. *San Antonio de Areco, 1680-1880. Un pueblo de la campaña, del Antiguo Régimen a la modernidad argentina*. Rosario: Prohistoria Ediciones.
- , 2015a. *Una juventud en los años sesenta*. Buenos Aires: Prometeo.
- , 2015b. *La disputa por la construcción nacional argentina. Buenos Aires, la Confederación y las provincias (1850-1865)*. Buenos Aires: Prometeo.
- & R. O. FRADKIN, 1992. *Hombres y mujeres de la Colonia*. Buenos Aires: Sudamericana.
- & J. C. GROSSO, 1994. *Puebla desde una perspectiva microhistórica. Tepeaca y su entorno agrario: población, producción e intercambio*. Puebla / Tandil: Claves Latinoamericanas / IEHS (UNCPBA).
- & J. F. SCHAUB, 2005. *Lois, Justice, Costume*. Paris: EHESS.
- & C. CONTENTE, 2011. *Configuraciones estatales, regiones y sociedades locales: América Latina, siglos XIX-XX*. Barcelona: Bellaterra.
- & P. GAUTREAU, 2011. *Mensurar la tierra, controlar el territorio. América latina, siglos XVIII-XIX*. Rosario: Prohistoria Ediciones y SBLA.
- , J. PRO RUIZ & E. ZIMMERMANN, 2012. *Las fuerzas de guerra en la construcción del Estado: América Latina, siglo XIX*. Rosario: Prohistoria Ediciones.
- & J. PRO RUIZ, 2013. *Latin American Bureaucracy and the State Building Process (1780-1860)*. Newcastle upon Tyne: Cambridge Scholars Publishing.
- & R. O. FRADKIN, 2016. *A 150 años de la Guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay*. Buenos Aires: Prometeo.
- GELMAN, J. D., 1999. Justice, état et société. Le rétablissement de l'ordre à Buenos Aires après l'indépendance (1810). *Études rurales*, 149-150, pp. 111-124.
- HESPANHA, A. M., 1993. *La gracia del derecho. Economía de la cultura en la época moderna*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.
- KNORR CETINA, K. & A. CICOUREL (eds.), 1984. *Advances in Social Theory and Methodology*. Londres: Routledge and Kegan Paul.
- LÓPEZ BEJARANO, P., 2015. *Un estado a crédito: deudas y configuración estatal de la Nueva Granada en la primera mitad del siglo XIX*. Bogotá: PUJ.
- ONG, W., 1982. *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra*. México: FCE.
- O'PHELLAN GODOY, S. & C. SALAZAR-SOLER, 2005. *Passeurs, mediadores culturales y agentes de la primera globalización en el mundo ibérico, siglos XVI-XIX*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- SUPIOT, A., 2007 [2005]. *Homo Juridicus. Ensayo sobre la función antropológica del derecho*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, trad. de Silvio Mattioni.
- YANGILEVICH, M., 2017. Al maestro Juan Carlos Garavaglia. *Anuario IEHS*, 32 (1), pp. 19-22.



---

# *NOTAS CRÍTICAS*

---



María Silvia Di Liscia & Germán Soprano (editores), 2017.  
*Burocracias estatales. Problemas, enfoques y estudios de caso en Argentina (entre fines del siglo XIX y XX)*.  
Rosario: Prohistoria / EdUNLPam. 217 p.

El Estado argentino aún es un oscuro objeto de las ciencias sociales. Atrás en el tiempo quedaron dos obras singulares, que no han dejado escuela.<sup>1</sup> El intento de Leopoldo Allub siguió el mismo camino.<sup>2</sup> En estos trabajos estaba inscripto un estilo de argumento propio de un subcampo de la historia social de entonces, en el cual el Estado es una totalidad que tiene enfrente a la sociedad civil como otra totalidad (la versión más tratada es el clivaje terratenientes o clase política *versus* mundo rural, empresarios o trabajadores urbanos). Este contrapunto entre tótems ha dado paso a una saludable desagregación de áreas de indagación específicas. El leviatán construido en el desierto argentino tuvo varias transformaciones en el tiempo y se compone de innumerables agregados, ya sean legislaturas, gabinetes, ministerios, entes autárquicos, bancos, que a su vez no sólo agrupan sujetos sociales sino que acumulan rutinas, experiencia, saberes, documentos oficiales, legislación, técnicas, argots, estilos burocráti-

cos y maneras de gestionar el gobierno. Y una sola de estas facetas, cual inducción poética, no permite llegar a conclusiones definitivas sobre la totalidad estatal sino completar un fragmento de un cuadro incompleto.

Las sucesivas crisis financieras, del comercio exterior o fiscales del Estado argentino desfiguraron el molde propuesto por el constitucionalismo liberal de 1853, 1860 y 1862, que, por otra parte, controlaba formalmente la Patagonia y el Nordeste argentino. Impulsaron la innovación, la recepción de modelos de gestión y el salto cualitativo en la configuración de agencias y servicios. El *default* de 1890 posibilitó la creación del actual Banco de la Nación, cuna comercial de los proveedores del Estado. Pero el énfasis en las crisis impide comprender qué sucedió en medio de ellas. Entre 1890 y 1913-1917, el Estado transformó sus roles, gracias a la reforma constitucional de 1898 (que creó dos grandes ministerios: Agricultura y Obras Públicas), el asedio callejero de los anarquistas (las respuestas expeditivas fueron las leyes de Residencia y de Defensa Social), la constitución de partidos políticos orgánicos que ocuparon bancas en las cámaras de Diputados y Senadores, las largas carreras de funcionarios, el desarrollo de una caja de jubilaciones para todos los empleados de planta permanen-

1 Guillermo O'Donnell, 1982. *El Estado burocrático-autoritario. Triunfos, derrotas y crisis*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano; y Oscar Oszlack, 1982. *La formación del Estado argentino*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano.

2 Leopoldo Allub, 1977. *Estado y sociedad civil: patrón de emergencia y desarrollo del Estado argentino (1810-1930)*. México: El Colegio de México.

te y un generoso presupuesto de gastos que dispuso de sueldos tan bien pagados como los de las mejores empresas de esos mismos años. Los estilos de gestión política y burocrática sobrevivieron (pienso en Emilio Lahitte, jefe de la estadística agropecuaria, que mantuvo su cargo durante la primera presidencia de Hipólito Yrigoyen).<sup>3</sup> Los puestos jerarquizados abrieron el camino a otra generación de cuadros (con Julio César Urien y Ovidio V. Schiopetto),<sup>4</sup> los que no sólo se mantuvieron por años en esos mismos cargos, sino que ascendieron a mayores responsabilidades en la gestión ministerial; también, fueron echados por razones políticas y, como el ave fénix, reocuparon sus puestos y volvieron a ascender en una carrera abierta al talento burocrático, que tiene tantas implicancias políticas como administrativas y que esperan ser analizadas en detalle por futuras investigaciones. Un problema cualitativo que arrastra el estudio del Estado argentino es que, para muchos, tiene una sombra que lo acompaña en su derrotero y hasta le señala el paso: la Sociedad, con mayúsculas; a veces, son los agentes más esclarecidos de la economía. Como bien ha puntualizado Theda Skocpol, junto a las tesis *societalistas* –de clara raigambre neogramsciana– se abren paso las tesis que indagan las esferas de *autonomía*, que

permiten ver la toma de decisiones por encima de los intereses en juego.<sup>5</sup> Y son estas las que echan luz a otros papeles estatales. Pensemos en las generaciones de economistas gubernamentales del Ministerio de Hacienda, el Banco de la Nación ya citado y el Banco Central, que crearon un sólido espíritu de cuerpo –mucho antes y luego del rutilante paso de Raúl Prebisch– cuya misión fue desnaturalizar las ilusiones de la política. Tal como sucedió con los integrantes del Consejo Económico Nacional. Precisamente, los economistas Alfredo Gómez Morales y Roberto Ares tuvieron la valentía de advertirle a Perón dónde estaba parada la economía argentina en el verano 1948-1949, imposibilitada de ingresar al Plan Marshall, mientras se acumulaban *stocks* de granos percederos sin compradores internacionales a la vista, dado los precios que pretendía imponer el IAPI.<sup>6</sup> A mitad de camino entre ambas tesis, la *societalista* y la *autonomista*, está la de la *autonomía enraizada* (*embebbed autonomy*).<sup>7</sup> La tesis propone desmontar el aislamiento de la burocracia prusiana de matriz weberiana, volcada a descubrir el fraude en los negocios privados. Muestra servidores públicos en contacto con intereses socio-productivos, de manera que abre a un rango de casos nacionales sobre la legitimidad estatal en el medio social, en pos del an-

3 Hernán González Bollo, 2014. *La fábrica de las cifras oficiales del Estado argentino (1869-1947)*. Bernal: Editorial UNQ, pp. 100-101, 109-112.

4 Hernán González Bollo, 2011. *Medir el agro argentino: la Dirección de Economía Rural y Estadística, Ministerio de Agricultura, 1898-1948*, *Estadística & Sociedad*, año I, n° 1, Porto Alegre, noviembre, pp. 104-126.

5 Theda Skocpol, 1989. El Estado regresa al primer plano: estrategias de análisis en la investigación actual, *Zona Abierta*, n° 50, Madrid, pp. 71-122.

6 Gary Wynia, 1986. *La Argentina de posguerra*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano, pp. 105-107.

7 Peter B. Evans, 1996. El Estado como problema y como solución, *Desarrollo Económico*, n° 140, Buenos Aires, enero-marzo, pp. 529-562.

siado desarrollo del Tercer Mundo y los países emergentes.<sup>8</sup> A su vez, una vuelta impensable es el provocativo estudio sobre el papel de ciertas decisiones de alto modernismo (*high modernism*) del Estado, cuyo intento de transformar o rediseñar el medio geográfico tiene secuelas medioambientales impensadas.<sup>9</sup> Un buen ejemplo son los cerca de ochenta años de controversia entre las provincias de Mendoza y La Pampa –entonces un territorio nacional– por el dique El Ni-huil, cuya cota de retención de agua del río Atuel sería la responsable de la desertificación del oeste pampeano. Tenemos que advertir que los planos de indagación se amplían, al punto tal que debemos sumar trabajos avanzados sobre las características del Estado neoliberal, la gestión pública por resultados y los ensayos creativos globales con el fin de incorporar, reformar o reinventar técnicas para optimizar los servicios públicos.<sup>10</sup>

Y el Estado argentino no desespera, cómo en su nicho, invisibilizado, a la espera de análisis y estilística argumental sobre sus «capacidades administrativas» o «rendimientos» en áreas específicas y por períodos. María Silvia Di Liscia y Ger-

mán Soprano coordinan un gran trabajo colectivo, a partir de la categoría burocracia estatal y administración pública como sistema (pp. 9-41). Resulta atractiva la recuperación e interpretación del análisis del fenómeno burocrático en Talcott Parsons, sobre las formas de producción y reproducción de un *ethos* burocrático en configuraciones institucionales específicas e históricamente dadas, las consecuencias inevitables del *esprit de corps* y el proceso de *impersonalización* frente a los clientes o público en general. Y suman al complejo contexto burocrático de interacción cotidiana el gran trabajo de Luisina Perelmiter, *Burocracia plebeya. La trastienda de la asistencia social en el Estado argentino* (2016). Ratifican la difusa presencia historiográfica del macroactor, al tiempo que muestran la progresiva y notable producción de artículos sobre instituciones estatales y prácticas administrativas. No obstante, los autores de la compilación confiesan que “no es posible, con los avances actuales, presentar todas las líneas y aspectos en los apartados anteriores” (p. 35). Dadas las numerosas y valiosas citas que ofrecen, estamos ante un desafío, que es colectivo, para quienes transitamos esta problemática: el de establecer una guía que fije líneas maestras de lo que actualmente está floreciendo, un frondoso número de casos que prueban la hipótesis de la existencia del Estado potente, por ejemplo, en la educación, aunque no en el control del territorio nacional.<sup>11</sup> En todo caso, veamos las líneas que proponen los integrantes de la compilación.

8 Un buen ejemplo en la Argentina, que proyecta las continuas tareas de la Secretaría y luego Ministerio de Comercio e Industria es Claudio Belini, 2009. *La industria peronista*. Buenos Aires: Edhasa.

9 James C. Scott, 1998. *Seeing Like a State. How Certain Schemes to Improve the Human Conditions Have Failed*. New Haven: Yale University Press.

10 John Micklethwait y Adrian Wooldridge, 2015. *La cuarta revolución. La carrera global para reinventar el Estado*. Barcelona: Galaxia Gutenberg; y Fernando Escalante Gonzalbo, 2016. El Estado neoliberal, en *Historia mínima del neoliberalismo*. Madrid: El Colegio de México - Turner, pp. 237-266.

11 Luis Alberto Romero, 2004. *La crisis argentina. Una mirada al siglo xx*. Buenos Aires: Siglo XXI, pp. 19-22.

María Silvia Di Liscia entrelaza las pericias estatales del Departamento Nacional de Higiene y la Dirección General de Inmigración para analizar el funcionamiento de la inspección médica a los inmigrantes transatlánticos, según los términos de la ley sanitaria de 1913 y la reglamentación del artículo 32 de dicha ley (pp. 43-60). A la luz de la consulta de un acervo de 6.089 expedientes, emerge una grilla de indeseables y unas decisiones de los agentes sanitarios con casos curiosos. Originalidad del capítulo son los inmigrantes que, no obstante no cumplir la normativa, ingresaban al país; además, inmigrantes rechazados que lo intentaron más tarde con éxito e ingresaron. Hay que destacar la existencia de funcionarios con cierta autonomía en la aplicación del reglamento de ingreso o rechazo. El cuadro 1 es elocuente acerca de quiénes tenían a cargo las inspecciones, se muestra un cambio de composición del perfil profesional de los inspectores, entre 1901-1910 y 1911-1920, y sugiere una tarea de altísima productividad, ya que en 1919 una sola persona –de la que no sabemos si era médico, practicante, visitador, etcétera– revisó 114 buques (!).

Stella M. de Cornelis indaga en la constitución de una burocracia en La Pampa, territorio nacional que se convirtió en provincia (pp. 61-97). Nuevamente, está presente la letra de las leyes, en este caso n° 1.532 y 3.727, y la materialidad resultante, en la que el Ministerio del Interior debió compartir su jurisdicción con Hacienda, Justicia e Instrucción Pública y Agricultura. Desde adentro, tal como proponen Ernesto Bohoslavsky y Germán Soprano, la autora recupera la elab-

boración de un reglamento (1886), en el que se alternaban deberes y obligaciones con multas, y se especifican rutinas para la confección, circulación y archivo de expedientes. ¿Fueron esas rutinas las que permiten contar hoy con uno de los más ricos archivos provinciales del país?, interrogante que surge no sólo de este capítulo sino de más artículos y compilaciones. Al utilizar una perspectiva de mediano plazo (1884-1955), demuestra que los cambios cualitativos y cuantitativos en la constitución de la burocracia pampeana se dieron con la expansión del Estado interventor conservador, la reforma constitucional de 1949 y la organización administrativa de la provincia (1953-1954). La reconstrucción del perfil de los cuadros, a partir de las fichas de personal, no ha dado los frutos deseados –lamentablemente, Rodrigo Sansinanea es un ejemplo por demás discreto–, pero deja entrever un promisorio plan de recuperación de trayectorias burocráticas.

Ana Virginia Persello examina la Comisión de Control de Cambios (pp. 99-118), que estuvo constituida por economistas gubernamentales de Hacienda, Banco de la Nación y también del Banco Central (BCRA), un colectivo con una altísima experiencia en el análisis, fiscalización y regulación de mercados, antes de la Gran Depresión. Los burócratas y sus prácticas surgen de una matriz de exploración clásica, en la que se entrelazan la prensa diaria, los debates parlamentarios y los reclamos empresarios. Desarrolla cuatro etapas: inexperiencia, monopolio del cambio, complicación administrativa y disolución. En ellas irrumpen las novedades, como el pedido de medidas regu-

latorias de las operaciones, por parte de la Federación Gremial de Comercio e Industrias de Rosario, un progresivo papel de la Oficina de Investigaciones Económicas, ubicada en el Nación y luego en el Central, los comentarios interesados de Raúl Prebisch, exgerente general del BCRA, y la proverbial incapacidad del importador porteño de captar el final de una etapa. Mientras, toda la culpa recayó en el “tentáculo burocrático”, en la maquinaria regulatoria que se profundizó con posterioridad al repentino auge y vuelta a la depresión de 1937. El pedido de que el Congreso tomara la facultad de control de cambios era otra ilusión, como tan claramente sugirió John Maynard Keynes, en *The End of Laissez Faire* (1926), esta decisión quedaba fuera de la suma de decisiones de los importadores porteños, a diferencia de los rosarinos, con tan poco sentido de la oportunidad.

María José Billorou rastrea medio siglo (1900-1950) de la organización y el funcionamiento del sistema educativo del Territorio Nacional de La Pampa (pp. 119-133). Al reflexionar sobre los agentes burocráticos, maestros e inspectores ofrece otro buen ejemplo de la *street level bureaucracy*, propuesto por Michael Lipsky (1980), y tan bien trabajado por Luisina Perelmiter. No hay datos desagregados de la escuela primaria, entre 1895 y 1947, que podrían ser muy útiles para futuras comparaciones regionales (incluso, con los totales nacionales). La autora deja trascender una suma de obstáculos geográficos y logísticos, los reclamos de la sociedad territoriana al poder central y un gran hito: la creación de la Escuela Normal de Santa Rosa. La argumentación enfatiza

dificultades y desafíos, acuerdos y tensiones; más, establece como uno de los ejes esenciales a los inspectores de escuelas. A partir de la década de 1930, las normativas y circulares se compartían entre ministerios nacionales, al mismo tiempo que emergía un cuerpo más autónomo de inspectores y directores, claramente inserto en el medio social, que podía deslizar veladamente críticas en la recepción de la vicepresidenta del Consejo Nacional de Educación. Entre los aspectos meramente pedagógicos, la lejanía del poder central y las relaciones con la comunidad, los inspectores enjuiciaron la tenencia de la tierra que condena a la continua migración de los arrendatarios. Dada la inevitable interrelación entre docentes, inspectores, agrónomos y otros servidores estatales, ya sugerida, cuesta pensar la tesis de los funcionarios solitarios y permite formular, en cambio, la constitución de una gruesa malla de expertos estatales que dieron entidad simbólica a la concreción de la provincia.

Carolina Biernat y Karina Ramaccioti (pp. 137-161) comparan dos grandes modelos de formación de la burocracia sanitaria argentina, entre las décadas de 1940 y 1960, la Escuela Superior Técnica de Salud Pública, de la Secretaría y Ministerio de Salud Pública peronista (1947-1955), y la Escuela de Salud Pública de la Universidad de Buenos Aires (UBA, 1958-1969). Realizan un agudo encuadre conceptual, apoyado en Sergio Morresi y Gabriel Vommaro (2011), Antonio Camou (1997) y Sabina Frederic, Osvaldo Graciano y Germán Soprano (2010). Lejos de adherir a las autorreferencias de los galenos, las autoras advierten la existen-

cia de médicos higienistas en las primeras décadas del siglo xx y sanitaristas desde mediados de siglo hacia adelante. La creciente demanda de intervención sanitarista estatal puede rastrearse en las recomendaciones del VI Congreso Nacional de Medicina (1938), el título de médico higienista (1941) y el arribo de la Fundación Rockefeller, con la presencia de Lewis W. Hackett en Buenos Aires en la década de 1940. Pero, la gestión a favor de la formación de médicos sanitaristas de Ramón Carrillo se componía de una mezcla de planificación regional de un sistema hospitalario, ideología de la Defensa nacional y la constitución de un Estado tuitivo, que sobrevive a la reforma de 1949 y la muerte de Eva Duarte. En cambio, la Escuela de Salud Pública de la UBA aparece con la misión de ocultar, negar y desmontar los logros peronistas. A pesar de esto, resulta un semillero generacional de formación profesional, que no tuvo una mayor convocatoria que la de Carrillo, pero intentó una formación más apoyada en las ciencias sociales, para cubrir de recursos humanos especializados un sistema de salud pública preexistente. Las autoras nos sugieren que el modelo de formación peronista es más técnico, enfocado a cubrir plazas en un sistema hospitalario en expansión, y el desarrollista es más enciclopedista, enfocado a darle sentido sociológico a la ocupación de esas mismas plazas. Es una lástima que no se posean cifras ni estadísticas comparables sobre egresados, que permitirían reforzar esta saludable reconstrucción comparativa.

Luego, el artículo de Osvaldo Graciano profundiza sobre el impulso dado a la investigación en genética vegetal, en el Mi-

nisterio de Agricultura y las facultades de Agronomía de la Universidad Nacional de La Plata y la UBA (pp. 163-186). Los ministros de Agricultura, en particular Tomás Le Bretón, se preocuparon por superar el estancamiento productivo y ampliar el horizonte de producción de alimentos. Quizá estemos ante la constitución de un peculiar *cluster*, con las facultades antes citadas y el establecimiento Santa Catalina, dedicados al mejoramiento de semillas. Se radicaron científicos alemanes y se promovió el envío de graduados a Alemania, a realizar estancias de especialización (que relativiza la verba encendida del ganadero y ruralista Pedro Pagés); también arribaron otras más de Gran Bretaña, Estados Unidos, Italia y Francia. Graciano analiza un desarrollo en el que se integran oficinas públicas, cátedras e institutos universitarios, funcionarios, agrónomos y botánicos, nativos y extranjeros. A pesar de la Gran Depresión y la sobreproducción posterior, la investigación siguió su curso, pero no quedan muy claros sus logros, si bien logró mejoras tangibles en la producción. La creación del INTA y el CONICET resultan dos hitos muy lejanos, si tenemos en cuenta que, a fines de la década de 1930, el campo giró hacia la ganadería y en la de 1940 la lucha contra la langosta convivió con la desertificación de La Pampa, la pérdida de dos cosechas y una política de precios al productor oscilante.

Por su parte, Germán Soprano desarrolla un extenso capítulo sobre la movilidad en el cuerpo de generales del Ejército Argentino (EA), desde el final del Proceso de Reorganización Nacional hasta el sofocamiento de la rebelión carapintada

(pp. 187-217). Es un trabajo propio de la historia reciente que cruza lógicas y prácticas burocráticas y dinámica institucional con una gran cantidad de variables en juego, apoyado en cuadros y notas al pie ampliatorias de los argumentos presentados. Efectivamente, los militares dejaron de hacer política no sin tensiones entre el mantenimiento de la autonomía castrense y las potestades constitucionales que se reservaba el Poder Ejecutivo. Es una reconstrucción en la que captura el clima de incertidumbre e inestabilidad que formó parte de la transición democrática, entrecruzado por las rivalidades entre promociones, espíritu profesional y bautismo de fuego. Resulta interesante la letra del decreto-ley n° 19.101 (1971) y su efectivo cumplimiento, con sus pases a retiro y excepciones, aunque no queda clara la comparación entre tiempos mínimos reales y efectivos (p. 191).

Es una lástima que tan noble compilación no tenga epílogo. No obstante, vale

destacar conclusiones provisionales. Existen varios aportes. Uno de ellos es poder ofrecer investigaciones de índole regional, que no estén tan preocupadas por el eje centro político - periferia, sino enfocados en desentrañar lógicas autónomas con el fin de captar estilos de gestión a escala provincial o municipal. Otro aporte no menos importante lo constituyen las reconstrucciones de mediano plazo, que transitan sin mayores prejuicios y aclaraciones sobre etapas políticas que muchas veces operan con limitantes del trabajo heurístico. Podemos observar elementos y fuentes para avanzar en modelos microhistóricos y en la comparación entre estilos de gestión. ¿Cuántos de estos capítulos avanzarán sobre sus temáticas y formarán parte de investigaciones unitarias que conformarán un libro? ¿Estamos preparados para comparar agencias estatales de diferentes Estados nacionales? Apenas unos interrogantes y los mejores deseos en pos de indagaciones sistemáticas.

*Hernán González Bollo*  
CONICET



---

# RESEÑAS

---



Jacques Le Goff, 2016 (2014 1ª ed. en francés).  
 ¿Realmente es necesario cortar la historia en rebanadas?  
 Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. 109 p.

1

Estamos habituados a pensar la Historia en términos de períodos, épocas, edades, etc. Sin embargo, si bien es imprescindible cortarla, dividirla para entender la evolución de la sociedad, para enseñarla, o simplemente para tener conciencia del paso del tiempo, este no es un acto libre de subjetividad.

A lo largo de su historia, la humanidad ha pretendido controlar el tiempo para su empleo. Los calendarios obedecen a esa necesidad y han permitido ordenar su vida cotidiana. Pero también ha sido importante para ella tener control sobre su largo pasado, el que se ha organizado –dice el autor del libro que aquí reseñamos– por medio de su parcelación. Es justamente el concepto de periodización el que atraviesa la reflexión que recorre las páginas de este ensayo, aparecido poco tiempo antes del fallecimiento de su artífice.

Las divisiones establecidas tienen, empero, sentidos específicos y por ello constituyen materia de reflexión para el historiador. Así, es habitual que éste escinda su objeto de estudio en etapas, de acuerdo a sus nociones intelectuales o filosóficas que en manera alguna son neutrales: según el momento o en el contexto en que se realicen, estas divisiones lejos de ser inocentes tienen ciertas finalidades o usos atribuidos. Por ello, la periodización “... obra del hombre, es tanto artificial como provisoria. Evoluciona con la historia misma... permite controlar mejor el tiempo

pasado, pero revela al mismo tiempo la fragilidad de esta herramienta del saber humano que es la historia” (p. 25).

En las páginas de esta breve obra, Le Goff se interroga acerca de una nueva corriente historiográfica: la historia global y los desafíos que ella implica para la periodización. Para ello y a los fines de mostrar las dificultades que conlleva la parcelación de la historia, el autor reflexiona acerca de la relación entre Edad Media y Renacimiento y de lo problemático de entender este último como un nuevo período. Argumenta, en cambio, sobre la necesidad de adoptar una periodización más adecuada y sugiere la existencia de una Larga Edad Media con subperíodos o renacimientos plurales dentro de ella, que habría llegado a su fin con el advenimiento de la modernidad, en el curso del siglo XVIII.

A pesar de algunos esfuerzos individuales previos, el autor sostiene que fue hacia el siglo XIV cuando se hizo evidente una nueva reflexión sobre el tiempo. Hasta entonces, los hombres y mujeres de la cristiandad tenían cierto conocimiento acerca de lo trascendente de la aparición de Cristo, momento en que la humanidad había entrado en una nueva era. No obstante, no existió una voluntad de periodizar hasta los siglos XIV y XV, en el curso de la época que fue casualmente la primera en ser definida: la Edad Media.

Fue así –afirma– que los primeros en percibirse como parte de un nuevo tiem-

po fueron algunos escritores y poetas, especialmente italianos como Petrarca. Sin embargo, la expresión “Edad Media” no habría sido de uso común hasta fines del siglo xvii. Y fue hacia el siglo xix, al adquirir la historia su especificidad y convertirse en materia de enseñanza (al menos en el mundo occidental), cuando los historiadores necesitaron sistematizar su división en períodos para entenderla y transmitirla. Asimismo, desde la Edad Media, la división más empleada era la que señalaba la existencia de antiguos y modernos, que definía las dos grandes fases de la historia. Desde el siglo xix, primó la oposición entre un Renacimiento de las luces y una Edad Media de oscuridad, en cuya relación –como señalamos– se centra el autor en el abordaje propuesto.

A inicios del siglo xxi –dice Le Goff–, el Renacimiento sigue dando de qué hablar a los historiadores tanto como en el xx, y en general en términos elogiosos. Él cree, sin embargo, que aquél no representa un período particular: se trataría desde su punto de vista, del último renacimiento de una larga Edad Media. De modo tal que, a través de un recorrido por diversas innovaciones en ámbitos como el arte y la arquitectura laica, Le Goff demuestra cómo la Edad Media fue menos *oscura* de lo que se ha pretendido y cómo el Renacimiento vio, por ejemplo, el origen de la brujería. La bruja es, por tanto, un producto –dice– de este pretendido tiempo de esplendor.

Quienes entienden que el Renacimiento es un período específico sostienen, para fundamentar su postura, que han sido decisivos algunos sucesos que tuvieron lugar entre los siglos xv y xvi, ta-

les como el descubrimiento de América, la sustitución de la religión cristiana unificada por la división de la fe y la consolidación de la monarquía absoluta. Le Goff, en cambio, afirma que estos hechos no marcaron un antes y un después y que debemos ubicar el fin de la larga Edad Media a mediados del siglo xviii, correspondiéndose con los progresos de la economía rural advertidos por los fisiócratas, la invención de la máquina de vapor, el nacimiento de la industria moderna en Inglaterra y la transformación política que representó la Revolución francesa en su carácter de movimiento antimonárquico. Finalmente, en materia de pensamiento, la *Enciclopedia* representa para el autor la introducción del pensamiento racional y ateo: la modernidad tendría en ella su manifiesto intelectual.

A través del itinerario propuesto, Le Goff muestra, además, la dificultad de aseverar la existencia de un divorcio entre ambos períodos, y más aún, señala las continuidades existentes. Ni siquiera cree que la llegada de los europeos a América deba ser considerada una ruptura, puesto que –como afirma– no sería hasta mediados del siglo xviii cuando empezaron a sentirse en el viejo continente las principales repercusiones. Tal es así –sostiene– que los efectos concretos y cotidianos de los grandes cambios (en la alimentación, en el comercio, en la economía) pueden recién advertirse a mediados del siglo xviii.

En suma, si bien la historia y el tiempo son algo continuo, el autor reconoce la necesidad de establecer divisiones para poner de manifiesto los cambios que se imbrican en esas persistencias de más largo aliento. De allí que, en un juego que da

cuenta de cambios y continuidades, nos invite a percibir de una nueva manera los costados menos *oscuros* de la Edad Media y una especificidad menos decisiva del Renacimiento. Desde la lente con la que el autor mira el devenir de la historia, éste no sería sino el último subperíodo de una extensa Edad Media. La periodización, necesaria para explicar y enseñar la historia y para tener cierto control sobre un tiempo que evoluciona, debe utilizarse con una mayor ductilidad de modo que permita un uso flexible, especialmente desde que la mundialización de las culturas y la descentralización de Occiden-

te se ha puesto en entredicho. Se puede y se debe –dice– conservar la parcelación de la historia. Gracias a ella, se entiende la forma en que se organiza y evoluciona la humanidad, en la duración y en el tiempo. Pero debe ser un campo de estudio y reflexión para los historiadores contemporáneos.

Por medio de este libro, nacido en un contexto en que los efectos de esa mundialización se hacían más tangibles, Le Goff procura poner sobre la mesa reflexiones y concepciones acerca de las continuidades, las rupturas y las formas de pensar la memoria histórica.

*Yolanda de Paz Trueba*

Universidad Nacional del Centro / CONICET

Leandro Lichtmajer, 2016.  
*Derrota y reconstrucción. El radicalismo tucumano  
 frente al peronismo, 1943-1955.*  
 Sáenz Peña: EDUNTREF. 272 p.

2

A pesar de lo mucho que se ha escrito sobre el primer peronismo, es poco lo que aún se conoce sobre los partidos políticos que fueron sus opositores, cuáles fueron las vicisitudes internas por las que éstos atravesaron y qué estrategias pusieron en juego frente al gobierno peronista.

En efecto, la bibliografía que encaró dichas cuestiones ha sido, comparativamente, mucho menor que la que se dedicó al estudio del peronismo de aquellos años y, dentro de dicha bibliografía, ha sido aún menor la que se ocupó de la trayectoria de dichos partidos en el interior del país. No obstante, en los últimos tiempos se ha intentado modificar esa tendencia, con el propósito de dar cuenta de las variaciones provinciales a fin de matizar las generalizaciones y mostrar la diversidad de actores y prácticas políticas llevadas adelante por ellos.

El libro que aquí reseñamos se inscribe precisamente en la línea de los nuevos trabajos que buscan innovar en la agenda de investigaciones sobre los partidos, en una etapa de la historia argentina signada por las transformaciones, tanto políticas como sociales y culturales.

Versión corregida de la tesis doctoral del autor, *Derrota y reconstrucción* pretende mostrar cómo el surgimiento del peronismo marcó un punto de inflexión en la historia de la Unión Cívica Radical y, en el caso concreto de Tucumán, obli-

gó a dicha fuerza política a reinventarse y transitar por nuevos rumbos que contrastarían con un pasado caracterizado por los éxitos electorales. Pues, excluyendo los períodos de intervenciones y proscripción electoral, los radicales controlaron el gobierno provincial desde 1917 hasta 1943. Luego del golpe de Estado de 1930, Tucumán se convirtió en el primer distrito donde el radicalismo se reincorporó a la lucha electoral, desobedeciendo el mandato abstencionista del Comité Nacional partidario y logró volver a ocupar el poder hasta que el presidente Ramón Castillo decretó la intervención de la provincia, poco antes de ser él también desplazado del poder.

Precisamente, en el primero de los cinco capítulos que componen su libro, Leandro Lichtmajer analiza la situación del partido radical tucumano durante la década inmediatamente anterior a la aparición del peronismo en la escena política, examinando las fracciones internas, sus bases electorales y los entramados de dirigentes y entidades sobre los que se asentó su arraigo territorial.

Así, el autor muestra cómo la tradicional impronta antiyrigoyenista de los sectores mayoritarios del partido en el orden local –impronta forjada en el marco de las disputas entre las autoridades nacionales y provinciales, a raíz de la cuestión azucarera, durante la presidencia de

H. Yrigoyen— fue un factor determinante en la decisión de alentar la participación electoral y rechazar la abstención revolucionaria impulsada por los grupos yrigoyenistas. Una vez alcanzado el gobierno, tras triunfar en los comicios de diciembre de 1934, la UCR de Tucumán se definió como una organización que priorizaba la defensa de los intereses del distrito por sobre las cuestiones nacionales, adoptando un perfil moderado que le permitió oscilar sin problema entre el respeto al liderazgo partidario de Marcelo T. de Alvear y el diálogo con las administraciones de los presidentes Agustín P. Justo y Roberto M. Ortiz.

Este esquema entró en crisis a comienzos de la década de 1940 a causa de una serie de factores, de los cuales uno de los más importantes lo constituyó la crisis de legitimidad que afectó a la dirigencia partidaria, cuyo correlato fue el surgimiento de fuertes disputas internas y el nacimiento de nuevas fracciones, todo lo cual llevó a la disgregación del radicalismo tucumano. Lichtmajer señala la forma en que dicha situación estuvo estrechamente vinculada a las pujas de intereses inherentes a la producción azucarera. Pues las impugnaciones a la dirigencia por parte de los nuevos núcleos contestatarios se cifraron en el rechazo a la creciente hegemonía de los industriales del azúcar en sus filas y eran un reflejo de los conflictos entre dichos industriales y los trabajadores cañeros.

Todo este proceso de fragmentación y crisis identitaria minó la capacidad de la UCR de hacer frente a la emergencia de un nuevo actor político que había llegado para quedarse: el peronismo. Precisamente, en los siguientes dos capítulos de

su libro, el autor se concentra en exponer cómo los dirigentes provinciales del radicalismo se mostraron “lentos de reflejos” frente a los cambios desarrollados durante el gobierno militar instalado tras el golpe de 1943 y, consecuentemente, carecieron de respuestas contundentes para minar las adhesiones que generó Perón. Ante una política social agresiva y transformadora, con la que algunos sectores del partido comulgaban, apelaron a un libreto tradicional que no logró poner un dique al “torbellino peronista”. Esto, sumado a la persistencia de conflictos internos, llevó al radicalismo a una contundente derrota en las elecciones de febrero de 1946.

Acostumbrados los radicales a disfrutar del poder, el impacto de dicho revés electoral profundizó el derrumbe del entramado partidario y obligó a redefinir estrategias y discursos. Y el análisis de tal reconfiguración político-partidaria es uno de los puntos medulares y más interesantes del trabajo de Lichtmajer, pues muestra cómo, tras la derrota, se desarrolló un recambio generacional de los cuadros dirigentes y una reconfiguración organizacional y estratégica, que osciló entre el apego a las tradiciones y la necesidad de adaptarse a un nuevo contexto. El mencionado recambio generacional se vio favorecido por el alejamiento del partido de los empresarios azucareros y por la fuga de muchos caudillos departamentales hacia las filas peronistas, que produjo también la retracción de la hasta entonces vasta red de comités y centros partidarios radicales. Tal coyuntura diluyó la marcada impronta rural que había caracterizado a la UCR, observándose, a partir de ese momento, entre sus cuadros direc-

tivos a un núcleo mayoritario de jóvenes profesionales urbanos, provenientes de la militancia universitaria, como era el caso de Celestino Gelsi, quien, junto a otros dirigentes con los que compartía un perfil similar, lideraría la reconstrucción de un partido que había pasado de ser gobierno a ejercer un rol opositor minoritario.

Para resolver los conflictos internos –sostiene el autor– estos nuevos dirigentes impulsaron un proceso de centralización, con el propósito de combatir el faccionalismo, a la vez que articularon nuevas formas de financiamiento para revertir el cuadro de precariedad económica en que había caído el partido tras el alejamiento de sus filas de los industriales azucareros.

En estrecha imbricación con la reconfiguración interna, los radicales tucumanos perfeccionaron un discurso específico y un ideario propio, delinearon un perfil moderado en el ámbito legislativo y recuperaron parte de la agenda estructurada por el peronismo. De este modo –y aquí está otro de los puntos interesantes que muestra el trabajo de Lichtmajer–, buscaron alejarse de las formas de oposición violenta visibles en otras provincias y en el Congreso de la Nación, lo que les llevó a acompañar algunas iniciativas planteadas por el gobierno y configurar un lenguaje común en materia de justicia social y mejora de las condiciones de vida de los trabajadores. A su vez, adoptaron un contorno identitario de tono antioligárquico que rechazaba la trayectoria del partido durante los años treinta.

Este panorama se dio en el marco del afianzamiento del liderazgo de Celestino Gelsi, quien promovió dicha táctica no violenta, posición que reflotaría años

después en un contexto diametralmente opuesto. Pero, previamente, se produciría un cambio de aptitud que haría que el radicalismo provincial profundizara su rol opositor, limitara sus gestos de moderación y restringiera los puntos de contacto con el peronismo. Esto es expuesto por el autor en el cuarto capítulo de su libro, donde da cuenta de la manera en que la UCR, robustecida ahora en el plano interno, se manifestó contra el giro del peronismo a partir de 1949, como lo expresó el rechazo a los cambios en el sistema electoral y a la reforma de la Constitución.

Simultáneamente al abandono de la moderación legislativa, los radicales emprendieron una ofensiva en el espacio público, aprovechando las huelgas desarrolladas en 1949 para capitalizar el desafío inédito que plantearon al peronismo las medidas de fuerza obreras. Secundada por las autoridades nacionales, la dirigencia radical provincial procuró entonces insuflar fuerza a fugaces organizaciones sindicales urbanas, reactivas a la ley de asociaciones profesionales, y usufructuar la conflictividad de los trabajadores azucareros. Sin embargo, estos intentos no fueron efectivos.

Finalmente, en el quinto y último capítulo, Lichtmajer analiza el derrotero del radicalismo tucumano durante el segundo gobierno de Perón y su aptitud frente al golpe que derrocó a este último. Muestra cómo su recomposición interna también permitió a la UCR provincial entrar de lleno en las disputas de las esferas nacionales del partido, revirtiendo el carácter secundario en el que había quedado relegada desde 1945. Posteriormente, al incorporarse a la corriente frondizista del

radicalismo, los cuadros acaudillados por Gelsi adoptaron una definición de profundas implicaciones futuras, pues Tucumán sería uno de los bastiones de dicha corriente en el interior del país.

En el ocaso del gobierno peronista, los sectores de la UCR local que se erigieron en interlocutores del golpismo fueron minoritarios y los planteles dirigentes rehuieron roles activos tras el triunfo de la llamada "Revolución Libertadora". En lugar de plantearse como heredero de ésta, el gelsismo apeló a una salida electoral con miras a plasmar una línea política que, retomando elementos del peronismo, constituyera una opción viable para amplios sectores de la sociedad provincial. El deseo de configurar un partido con niveles de popularidad pareció llevarse a cabo tras el cisma radical, materializado luego de la Convención Nacional de 1956, y el subsiguiente acercamiento al peronismo por parte del sector liderado por Frondizi, que culminó en el pacto de éste con Perón con vistas a las elecciones de 1958. Su definición frondizista condicionó las posiciones de la dirigencia radical provincial y, junto con el ascenso de Frondizi a la presidencia, tendría lugar la llegada de Celestino Gelsi a la gobernación de Tucumán.

En suma, *Derrota y reconstrucción* constituye un detallado análisis de la manera en que el radicalismo tucumano, con sus particularidades, hizo frente a la irrupción del peronismo en el panorama político, redefiniendo su lugar en la sociedad, los rasgos de su organización partidaria y sus formas de hacer política. El libro aborda, además, las características que asumió la relación oficialismo / oposición en el ámbito provincial, dando cuenta así de la particular dialéctica que se dio en dicho ámbito entre radicales y peronistas, luego de la victoria de estos últimos en las elecciones de 1946.

A la vez que un relato ameno, el libro de Litchmajer es un estudio que combina el examen de la trama organizativa, el fraccionamiento partidario, los discursos de los dirigentes, las representaciones, las prácticas políticas, las campañas y los resultados electorales. Constituye así un aporte importante no sólo para la comprensión de la historia tucumana de mediados del siglo xx sino también para el análisis de la trayectoria de los partidos políticos del período, y es un estímulo para la realización de nuevas investigaciones sobre otros escenarios que interrelacionen las escalas local, provincial y nacional.

Leonardo Fuentes  
Universidad Nacional del Centro

Andrea Andújar, Laura Caruso, Florencia Gutiérrez, Silvana Palermo, Silvana Valeria Pita y Cristiana Schettini, 2016.  
*Vivir con lo justo: Estudios de historia social del trabajo en perspectiva de género. Argentina, siglos XIX y XX.*  
 Rosario: Prohistoria ediciones. 156 p.

3

Este libro forma parte de la colección Universidad de la editorial Prohistoria. Consta de una compilación de seis artículos de diferentes autoras del Grupo de Trabajo Historia Social y Género del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género (IIEGE) de la Universidad de Buenos Aires, que abordan a través de diversos casos históricos las problemáticas de hombres y mujeres vinculados al mundo del trabajo a principios del siglo XIX y XX en Argentina.

En la breve introducción que inaugura el libro, las autoras fundamentan cuáles son los ejes que articulan las diversas investigaciones entre sí. Inscriptas en una Historia social de inspiración thompsoniana –discutiendo, por lo tanto, las visiones lineales y evolucionistas del concepto de clase social–, privilegian la experiencia laboral en la vida cotidiana como el ámbito en donde los trabajadores despliegan los rasgos de su identidad social. Por ello, consideran imprescindible la incorporación de una dimensión de género para el análisis, de esta manera se “...pone en el centro del análisis histórico una gama de relaciones de poder usualmente ignorada” (p. 10). Así, la introducción de la noción de masculinidad y la incorporación de las experiencias de las mujeres que no participan formalmente del mundo del trabajo permiten la emergencia de pro-

blemas y reflexiones que enriquecen las visiones sobre éste, rescatando la centralidad de la identidad del trabajador y desdibujando la separación ficticia entre las esferas de lo público y lo privado.

Esta historia social con perspectiva de género es dinamizada por la introducción del Derecho. En cada uno de los capítulos, se discuten no sólo las reivindicaciones proclamadas por los trabajadores, sino particularmente cuáles eran sus concepciones acerca de lo justo –las que operaban fuera de los tribunales– en su acción cotidiana y cómo se fueron construyendo. Éste resulta el aporte más interesante de la obra, pues la justicia deja de ser una simple potestad del Estado recibida de manera pasiva por los trabajadores y los marginados para pasar a ser un campo de disputa en donde ellos son sujetos activos en su conformación y su aplicación. Por ello, el título de la obra opera en dos sentidos: hace alusión a la recuperación de las voces de los de abajo, de quienes deben “vivir con lo justo”, y pone en cuestión la construcción de la justicia en el terreno de la experiencia.

Para reconstruir las experiencias de la clase trabajadora, las autoras se apoyaron principalmente en fuentes oficiales –estatales o empresariales– y prensa sindical, de alcance local o nacional. A través de su cruce, se reconstruyó el universo de

sentidos habitado por los trabajadores. Adoptando un enfoque microhistórico, se privilegió el análisis de determinados acontecimientos conflictivos, momentos excepcionales que permitieron no sólo el punto de vista de los trabajadores fuese recogido en la documentación sino también la articulación, por su parte, de un determinado lenguaje del Derecho.

El conjunto se caracteriza por componer un mosaico de temporalidades y geografías. Así, se explora desde una ciudad de Buenos Aires en donde los trabajadores negocian con un Estado municipal de formación rudimentaria e incipiente hasta un Tucumán en donde los trabajadores de los ingenios azucareros dieron forma a sus reivindicaciones en diálogo con el Estado peronista. Por lo tanto, este estudio se inscribe en el reciente esfuerzo historiográfico por desarmar una visión centrada en la ciudad de Buenos Aires, que a menudo se caracterizó por generalizar sus hipótesis hacia el interior del país.

Los dos primeros artículos se sitúan en la ciudad de Buenos Aires a principios del siglo XIX y en ellos el espacio y las disputas generadas alrededor de las diversas formas de habitarlo y explotarlo adquieren un lugar central, siendo el poder municipal emergente el principal interlocutor de los trabajadores. En ambos resulta interesante la constatación de la manera en que los vecinos menos distinguidos de la comunidad fueron capaces de negociar y ocupar un rol activo en la regulación de los espacios ciudadanos.

El primer artículo pertenece a Valeria Silvina Pita y toma como punto de partida la situación extraordinaria que significó la virulenta expansión de la epidemia

de fiebre amarilla en la ciudad de Buenos Aires en 1871. La autora se pregunta acerca de las "...contendias políticas que, en nombre de la higiene, el combate de la infección y la salubridad de la ciudad, intentaron regular los ámbitos de encuentro, ocupación y habitación de mujeres y varones que vivían de su trabajo diario o alternado, y de qué manera tales intentos fueron comprendidos, tratados o repelidos por estos y contestados con acciones y vocabularios de derechos." (p. 19).

En el segundo artículo, Cristiana Schettini trata sobre la situación de las trabajadoras sexuales de la Ciudad a través del estudio de una ordenanza municipal de 1875 que reglamentaba la habilitación de las casas de prostitución. La autora realiza un estudio de larga duración, evaluando cuáles fueron las formas de negociar la presencia de dichas casas antes y después de la implementación de la ordenanza. En su artículo, se recuperan las voces de las regentas y los vecinos de la Ciudad, que articulan sus reclamos utilizando los términos del lenguaje de derechos, apropiándose de la novedosa legislación esgrimida por un poder municipal en pleno proceso de construcción de su autoridad.

Los artículos restantes se caracterizan por el abordaje de los obreros pertenecientes a ramas de actividad muy disímiles entre sí y localizados en espacios geográficos diversos. Los interrogantes en torno a sus nociones de lo justo permanecen, pero se imbrican con una exploración más intensiva sobre cuáles fueron las nociones de masculinidad puestas en circulación. De este modo, se evidencia cómo los trabajadores intentaron trazar

los límites de su propia clase y cómo el género fue una figura central en dicha tarea.

En el tercer artículo, Laura Caruso toma como objeto de estudio a los obreros marítimos del puerto de Buenos Aires e intenta reconstruir “su cotidiano laboral y las formas de concebirse y definirse como varones, sus solidaridades y tensiones.” (p.64). En ese sentido, la autora pone de manifiesto las relaciones entre los obreros propias de las diversas formas de habitar el barco, asociadas a la existencia de diferentes jerarquías. En este proceso, otorga particular importancia al gremio que los nuclea –la Federación Obrera Marítima– en la construcción de las nociones de masculinidad, demostrando que la reafirmación de un modelo tradicional de domesticidad era una parte fundamental de su identidad.

En el cuarto artículo, Silvana Palermo realiza un aporte novedoso con respecto a las grandes huelgas ferroviarias de 1917, al considerar los reclamos de los obreros vertebrados por una noción de masculinidad que los colocaba como responsables del bienestar del hogar a través de su manutención. Esta noción no sólo fue constitutiva de la identidad ferroviaria de manera transversal e integradora –como en el caso de los obreros marítimos– sino que también fue un principio ético legitimador de sus reclamos ante los ojos de la sociedad, el Estado y las empresas.

El quinto artículo pertenece a Andrea Andújar. En los campamentos petroleros de Comodoro Rivadavia, la autora encuentra un espacio privilegiado desde el cual poder observar cómo el cruce entre los ámbitos y las actividades laborales, co-

munes y familiares dieron forma a una identidad obrera particular que sostuvo determinadas nociones de lo justo y utilizó determinadas estrategias para su defensa colectiva durante las huelgas de 1932. Es destacable el aporte que se realiza sobre la participación de las mujeres en las huelgas, señalándose la manera en que, aun sin cuestionar las relaciones de género, hicieron su aparición en la escena política ocupando lugares reservados hasta entonces sólo para los hombres.

Finalmente, Florencia Gutiérrez avanza en el análisis de la formación de la clase obrera a través del estudio de la reconfiguración de la agroindustria azucarera, que significó la sindicalización de los obreros azucareros tucumanos, promovida por el peronismo y encarnada en la fundación de la FOTIA (Federación Obrera Tucumana de la Industria Azucarera). Se explora cómo las tensiones y desigualdades sociolaborales entre obreros permanentes y temporales, las divisiones de género y el rol del varón como proveedor intentaron articularse en el interior de la Federación, poniendo en juego determinadas nociones de clase y masculinidad.

En conclusión, el volumen representa un avance en la historia social del trabajo en Argentina. La perspectiva enriquecida que supone el cruce entre derecho y género permite una mayor comprensión de la clase trabajadora. Si bien se inscribe en una larga tradición de estudios de género, el trabajo, con la noción de masculinidad y la demostración de su centralidad en la construcción de la identidad de clase, resulta un aporte fundamental que retoma y amplía los trabajos recientes de autores

como Klubock, Tinsman, Stolcke, etc. Por último, considero que sería interesante poder profundizar las hipótesis de las au-

toras no sólo en aquellos momentos de abierta conflictividad sino también durante la vida cotidiana.

*Paula Andrea Romani*  
Universidad Nacional de Córdoba

Laura Fernández Cordero, 2017.  
*Amor y anarquismo. Experiencias pioneras que pensaron  
 y ejercieron la libertad sexual.*  
 Buenos Aires: Siglo XXI Editores. 240 p.

4

Un concierto de voces que estalla en esa pretendida radicalidad es de lo que trata *Amor y anarquismo*. Con las palabras iniciales de Roland Barthes de *El placer del texto*, que nos recuerdan que “La escritura es esto: la ciencia de los goces del lenguaje, su kamasutra (de esta ciencia no hay más que un tratado: la escritura misma)”, comienza el libro de Laura Fernández Cordero que nos invita a una reflexión profunda. Su introducción, “Una sensibilidad libertaria para el activismo contemporáneo”, presenta los viejos debates anarquistas en torno al amor libre, la emancipación de la mujer, la lucha de clases y la destrucción del matrimonio burgués, entre otras cuestiones. Esos debates dentro de la prensa anarquista argentina se ciñen al período 1880-1930. El diálogo entre pasado y presente es una de las aristas más interesantes del libro. El anarquismo fue, según la autora, precursor de la politicidad del sexo, manteniendo la premisa de que la emancipación humana no tendría significado sin la emancipación sexual. De las intensas polémicas abordadas por la autora se desprende la reflexión sobre la subjetividad revolucionaria, tema no menor. Hubo allí obstáculos, quizás el más notorio fue el marco heterosexual y la imposibilidad de pensar identidades fuera de lo dicotómico. Los seis capítulos que conforman el libro recuperan el aporte anarquista a la discursi-

vidad sexual del período. Es allí donde está el aporte fundamental de la obra de Fernández Cordero, pensar en una sensibilidad hacia la condición sexuada “de los cuerpos de la política y del amor.”

El primer capítulo, “Anarquistas en la Argentina (1880-1930)”, aborda un movimiento multiforme, diverso y políglota, dicha heterogeneidad se acrecentaba en Buenos Aires, donde la prensa era el motor de la difusión de ideas. Entre las publicaciones más conocidas, se encontraban *La Protesta Humana* (1897), luego denominada *La Protesta* (1903) y *La voz de la mujer* (1896). En los años veinte, se suman *La Antorcha*, *La Palestra*, *El libertario*, *Nuestra Tribuna*, a cargo de mujeres, entre muchas otras publicaciones cuyo objetivo era despertar las conciencias e iluminar a los oprimidos. La prensa fue un concierto de voces que en definitiva actuaron como un elemento central en la construcción colectiva de la identidad anarquista. El llamado a la emancipación femenina es aquí un punto central abordado por la autora. Esos discursos se entrelazan desde su perspectiva con los referidos a las relaciones sexuales y afectivas. Aunque esas cuestiones no estaban presentes solamente en el anarquismo, es notable la presunción de que esos principios llevarían a una nueva subjetividad. La revolución modificaría en ese sentido todas las relaciones, incluso las amorosas.

Otra de las cuestiones importantes del libro se relaciona con el trabajo en torno a la opresión y la liberación de las mujeres entendida desde diversas operaciones. Las anarquistas concebían la lucha como social y rechazaban el feminismo sufragista. Dice la autora que éstas se anticiparon, en cuanto a las cuestiones que plantearon, a la segunda ola.

El segundo capítulo recupera a la mujer, tal como lo señala su título: "Otra voz en el concierto social". Allí Fernández Cordero retoma *La voz de la mujer* (1896-1897), la primera publicación anarquista escrita y dirigida por mujeres y se pregunta cómo leerlas. Traza un camino de investigación donde ellas no son objeto sino un sujeto que toma la primera persona para encabezar la lucha colectiva. Allí se plantean temas como la opresión sexual, el aborto, la sumisión, la sumisión en el trabajo y el hogar. En definitiva, como ilumina el libro, las mujeres además de hablar, desean. En esa línea prosigue con el capítulo tercero, "Utopías amorosas", que trata sobre los anarquistas que fundaron la Colonia Cecilia en Brasil, cuyas prácticas de organización, pero fundamentalmente sus amores, analiza la autora. Allí surgirían varios debates sobre el carácter que debían tener las uniones y si el amor libre era conveniente. La omisión de la homosexualidad es el punto sobre el cual apunta en su análisis. Rossi, su líder, concebía que dicho experimento serviría para mostrar la organización social. Siguiendo a Fourier, pensaba en las problemáticas en torno a la manera en que se organizaban las pasiones. El punto central era la transformación de las relaciones de amor, la subjetividad y la vida cotidiana. El reto

más notorio era la aceptación masculina de la libertad de las mujeres y el límite que vuelve a encontrarse en la homosexualidad. En "Donde se lee *La Protesta*, arde todo", el cuarto capítulo, la polémica se lleva la mejor parte en relación al "amor libre". El debate muestra las tensiones presentes, se llama al orden pero nuevamente el sobresalto se hace sentir. Esto es retratado de una forma muy interesante por la autora que muestra las marchas y contramarchas, los matices, la diversidad a partir de un rico material documental que despliega aquí y en toda su obra. "Amor y revolución en primera persona" constituye el quinto capítulo. Allí aparecen en escena Anita Lagouardette y Francisco Denambride, Delia Segovia, Juana Rouco, América Scarfó y Severino Di Giovanni. El énfasis en la revolución cotidiana que estuviera ligada a la intimidad, el encuentro entre subjetividad, amor y emancipación, se aprecia en estas escenas, con límites y desafíos que vuelven a presentarse. Realiza el cierre "Una tribuna propia", el sexto capítulo, que deja caer el telón con el protagonismo de las mujeres, cuya presencia es indiscutible en un campo conflictivo, ya sea porque escriben, por su problematización o por escritos sobre éstas. Algunas fueron más allá, en busca de un periódico propio. Es aquí donde la mirada se posa, excediendo a Buenos Aires, sobre publicaciones de Tandil y Necochea en los primeros veinte. Una cuestión complejiza el abordaje: la autora piensa a las mujeres cruzadas por diferencias ideológicas, de clase y hasta de recursos intelectuales. La interpelación universalista choca, como queda claro en el libro, con la diferencia sexual.

El aporte fundamental de la autora es, sin dudas, plantear que la revolución, para el anarquismo, fue necesaria en la vida cotidiana, en las relaciones sexuales y afectivas, ya que ésta excede la lógica del Estado y del derecho. Como advierte, si bien la emancipación de la mujer no es propia del anarquismo, es central en su ideario. A pesar de su radicalidad, la autora insiste en el límite claro del anarquismo frente a la homosexualidad y en un eje de menor discusión en torno a la maternidad. Con ansiedades y límites acerca de la concepción de la emancipación de la mujer y la cuestión sexual, allí aparece el miedo hacia su figura activa y deseante y ante los amores libres. El mayor de esos miedos surgía frente a la homosexualidad entendida como la degeneración de la especie y de la sociedad. Como afirma con lucidez la autora, el anarquismo no estuvo a salvo de las prescripciones y produ-

jo otras normatividades y elementos de exclusión. Otro punto nodal del libro es salir de Buenos Aires, ciudad que, a pesar de concentrar la mayor parte de la producción libertaria, no puede considerarse como el país en su totalidad. Es allí donde la autora favorece una perspectiva que privilegia la heterogeneidad de características, sean generacionales, de género o étnicas, entre otras.

La obra en su conjunto realiza un despliegue de problemáticas sostenidas por una intensa labor documental que puede apreciarse en todo el libro. Propiciar el abordaje de las continuidades y las rupturas, potenciar los matices y complejizar el análisis de cuestiones no acometidas con anterioridad hacen de ésta una obra indispensable no sólo para el campo de estudios específicos al que se refiere sino para pensarnos y deconstruirnos en un diálogo intenso entre pasado y presente.

*María Soledad González*  
Universidad Nacional del Centro / CONICET

## INFORMACIÓN Y PAUTAS PARA AUTORES

**A**nuario IEHS acepta manuscritos redactados en castellano o portugués; deben ser originales y no publicados o propuestos para tal fin en otra revista. Su convocatoria se encuentra abierta permanentemente..

### RESPONSABILIDAD Y DERECHOS

Por el hecho de someter un trabajo al proceso de publicación, su/s autor/es certifica/n (1) que el manuscrito presentado es original e inédito; (2) que él/ellos es/son titular/es de los derechos correspondientes; (3) que, en caso de resultar aceptado aquél, cede/n esos derechos al Anuario IEHS, el cual se reserva el derecho de publicación impresa y digital; (4) que, de existir coautores, éstos acordaron la presentación del manuscrito; (5) que cuenta/n con los permisos necesarios para la reproducción de texto o figuras cuyos derechos no posea/n.

Las opiniones vertidas en los trabajos que resulten publicados son de exclusiva responsabilidad de sus autores.

No se permite la reedición del artículo publicado en otros medios, a menos que se disponga de la autorización expresa de la revista.

### SELECCIÓN Y EVALUACIÓN

Los artículos son evaluados, respecto de su pertinencia y relevancia, por el staff editorial, en primera instancia; y posteriormente por evaluadores externos, bajo el mecanismo de doble ciego. Las reseñas son evaluadas exclusivamente por los editores.

Los autores deben considerar las observaciones de los evaluadores y de los editores de la revista antes que los artículos sean aceptados para su publicación, lo que puede suponer la realización de correcciones, ya sea formales o de contenido. Una vez aprobadas éstas por la revista e iniciado el proceso de edición, no se admitirán más modificaciones por parte de los autores.

### PRESENTACIÓN

Los textos se enviarán como archivo adjunto a un correo electrónico a la siguiente dirección: [anuarioiehs@fch.unicen.edu.ar](mailto:anuarioiehs@fch.unicen.edu.ar). Los formatos admitidos son doc, docx u odt. Eventualmente, podrá solicitarse el envío adicional de hasta tres copias impresas, destinadas a los evaluadores.

No se exige pago de arancel alguno en concepto de presentación o procesamiento de los artículos recibidos.

#### CARACTERÍSTICAS FORMALES

Los artículos no deberán superar los 60.000 *caracteres*, excluyendo espacios. Las reseñas, los 8.000.

Cada original se ceñirá a la siguiente *estructura*:

- título del trabajo (en mayúsculas) y su traducción al inglés;
- nombre completo del autor o los autores, con indicación de su lugar de trabajo (evitando abreviaturas) y su dirección postal; también se incluirá una dirección electrónica;
- resumen y palabras clave en inglés y en la lengua del trabajo;
- texto del artículo;
- cuadros y figuras (de haberlos);
- notas a pie de página y
- bibliografía.

El *título* del artículo y, si lo hubiere, el *subtítulo* deberán escribirse en mayúsculas. Se recomienda que los artículos se dividan en *apartados* que no superen dos niveles jerárquicos, los cuales se titularán con versalitas y con cursiva minúscula respectivamente.

Se utilizará *un solo tipo de letra* y de un único tamaño, excepto en las notas, en los epígrafes de los cuadros y figuras y en las citas que superen los tres renglones, casos en los que la letra será de cuerpo menor en *dos puntos*.

Las *mayúsculas* se utilizarán solamente para el título del artículo y para siglas. Las *cursivas* se usarán, por un lado, para palabras o expresiones en otro idioma diferente al del artículo y, por otro lado, para resaltar alguna expresión que desee destacarse.

En todos los casos, se utilizará un *interlineado simple*.

Se deberá *evitar* el uso de sangrías y tabulaciones en el texto, así como de espacios entre párrafos (excepto entre éstos y títulos, cuadros, figuras o citas extensas).

El *resumen* será un extracto del contenido del artículo, poniendo énfasis en las aportaciones originales. Se procurará evitar iniciarlo con la fórmula "Este artículo trata de..." y similares. Los artículos irán precedidos de un resumen en la lengua en que se los publica y otro en inglés. Cada uno de ellos deberá tener una extensión máxima de 150 palabras y una mínima de 100.

También deberán acompañarse *palabras clave* (de tres a cinco), separadas por comas, y su versión en inglés.

Los *cuadros* incluirán información que amplíe o complemente lo que se dice en el texto: cuadros, tablas estadísticas y resúmenes sintéticos, entre otros. Se enumerarán correlativamente con cifras arábigas y se insertarán en el cuerpo del texto, en el lugar que les corresponda. Siempre habrá que aludir a ellos explícitamente en el propio texto.

Cada cuadro debe encabezarse con la palabra “Cuadro”, seguida del número correspondiente y de su título, ambos en minúsculas. En línea siguiente, se indicará la fuente de la información; si es apropiado, se consignará “elaboración propia”.

Al enviar el texto en formato digital, los cuadros pueden ir incorporados dentro del cuerpo general del artículo o, en el caso de cuadros de cierta complejidad, en archivo aparte.

La denominación *figuras* incluye gráficos, mapas, fotografías, dibujos y similares. Su inclusión en el artículo responderá a verdaderas exigencias de contenido y en ningún caso a razones puramente estéticas. Se enumerarán correlativamente y se situarán en el cuerpo del texto, en el lugar que les corresponda. Deberá aludirse a ellos explícitamente en el texto.

Cada figura llevará al pie la indicación “Figura”, seguida del número que le corresponda y del título en minúsculas. A continuación, puede añadirse alguna breve explicación y la fuente.

Las figuras se enviarán en archivos aparte (un archivo por cada figura) en formato jpg, con una resolución mínima de 300 dpi.

Cuando las *citas* tengan menos de 40 palabras, se integrarán en el cuerpo de párrafo, entrecorridas. Cuando superen esa cantidad, se ubicarán en párrafo aparte, sangrado, sin comillas y con tamaño de letra *dos puntos* menor.

Las *referencias* de las citas se ubicarán a continuación de ellas, entre paréntesis, indicando autor, año y número/s de página/s; ejemplo: (Brown 2004, pp. 10-12). También se colocarán en el cuerpo del texto las referencias de las alusiones a distintas obras; ejemplo: “Como afirma Finley (2006, p. 9), la estructura de...”.

Las *notas* deben ser las imprescindibles y se situarán a pie de página con numeración automática.

La *bibliografía* deberá aparecer completa al final del artículo, ordenada alfabéticamente y, respecto de cada autor, en orden cronológico. Deberá limitarse a las obras mencionadas en el texto. Para su confección se seguirá la norma ISO 690 (2010) con las especificidades consignadas en su punto A.2.

A continuación, algunos ejemplos de referencias bibliográficas.

Libro:

SPINELLI, M. E., 2013. *De antiperonistas a peronistas revolucionarios. Las clases medias en el centro de la crisis política, 1955-1973*. Buenos Aires: Sudamericana. 224 p.

## Capítulo de libro:

PASOLINI, R., 2013. José Luis Romero y la biografía como forma de la historia. En: J. E. BURUCÚA, F. J. DEVOTO y A. GORELIK, *José Luis Romero. Vida histórica, ciudad y cultura*. San Martín: UNSaM Edita. pp. 41-87.

## Artículo:

HALPERÍN DONGHI, T., 1997. El discurso político de una república agraria. *Anuario IEHS*, vol. 16, pp. 123-130.

## Artículo en internet:

OTERO, H., 2011. Las escuelas étnicas de la comunidad francesa. El caso argentino, 1880-1950. *Anuario de estudios americanos* [en línea], vol. 68 n° 1, pp. 163-189 [consultado el 27 de marzo de 2015]. Disponible en: <http://estudiosamericanos.revistas.csic.es/index.php/estudiosamericanos/article/view/536/540>

## Artículo de periódico:

BRENTA, N., 2015. ¿Esta vez es distinto? *Le monde diplomatique*, Buenos Aires, 15 de marzo, pp. 8-9.